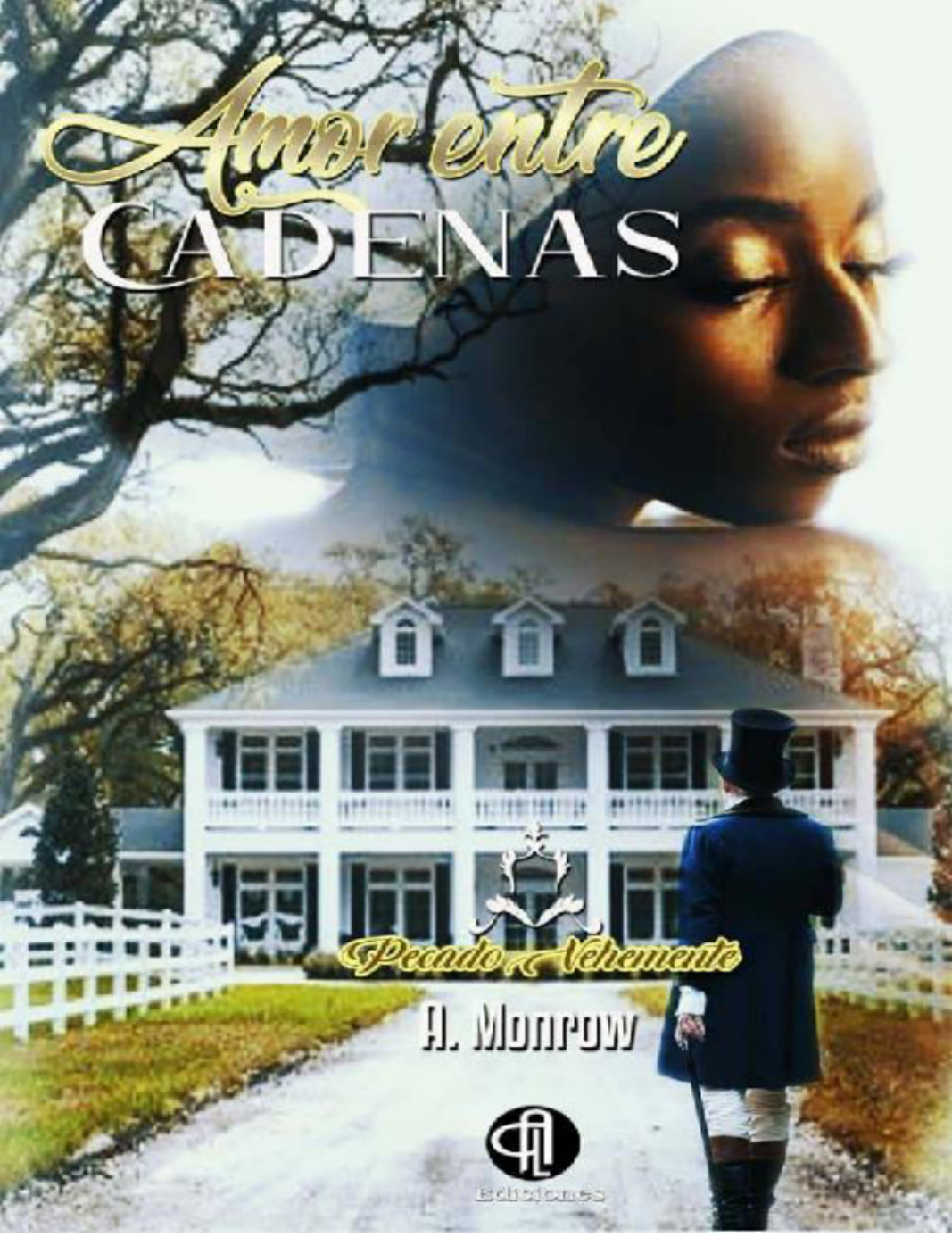
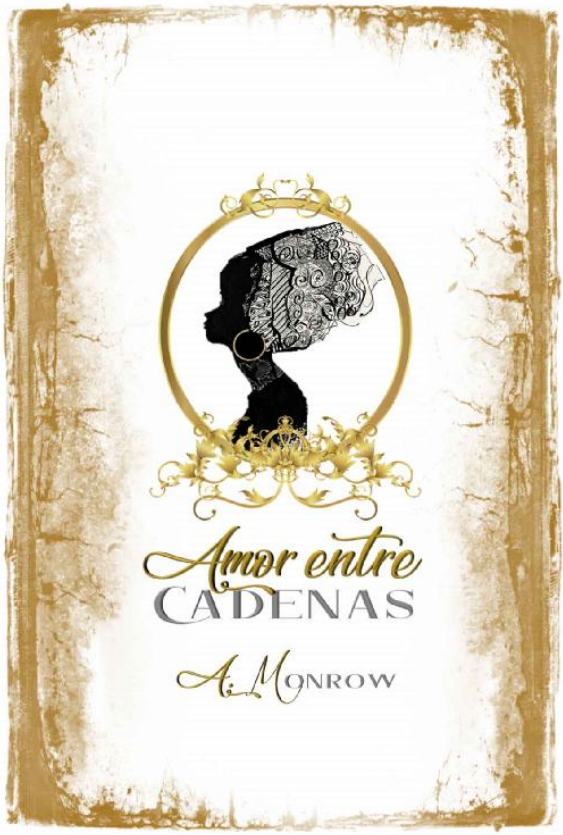

Amor entre
CADENAS
Pecado Vehemente
A. Monrow

Amor entre
CADENAS



Amor entre CADENAS

A. Monrow

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier cambio en la obra ni total ni parcialmente, sin el previo consentimiento de la autora. Todos los derechos reservados.
En esta obra aparecen nombres de países, ciudades, leyes, gobernantes y tecnologías que se han utilizado única y exclusivamente con la intención de darle más realismo y ambientación a la obra, sin intención alguna de plagio. Tambien se encuentra lenguaje o modismos de la época que hacen referencias raciales solo para ambientar la historia basada en la esclavtud, nunca para ofender o discriminar a nadie que lo lea. Cualquier nombre o suceso que aparezca en ella parecidos con acontecimientos reales son pura coincidencia, ya que esta obra es una historia de ficción. Esta novela en su totalidad surgió de la imaginación de la autora.
Título original: “Amor entre cadenas”.
Diseño de portada: Leidy Gracia, Ediciones A.L.
Esta novela fue registrada en SafeCreative.
Fecha de registro: 14-jul-2020 22:00 UTC
Código de registro: **2007144750868**
La portada de este libro está registrada en SafeCreative
Fecha de registro:
© A. Monrow, 2020
Todos los derechos reservados.
Impreso por: Amazon
https://www.safecreative.org/work
Amor entre cadenas: pecado vehemente.
CC by-nc-nd 4.0
Anel Estrella Moran Hernandez

Dedicatoria.

A mi familia: padres, hermanos, esposo e hijas. Todos ustedes son mi motor para seguir día a día y cumplir mis sueños literarios.

A todos aquellos que buscan entre las letras la experiencia de vivir una mayor que deje huella en aquellas historias que nos hacen suspirar.

A mis apasionadas literarias que viven para leer y leen para vivir a través de la pluma que marca nuestro existir.

1 Secretos del pasado
2 Orgullo sometido
3 Melodías del pasado
4 Remordimientos
5 A sangre y fuego
6 ¿Culpable?
7 Deseos y secretos
8 En la intimidad
9 Pensando en ti
10 Pasiones y temores
11 Santuario profanado
12 Labios sellados
13 Segundos vitáles
14 A flor de piel
15 Adiós Virginia
16 Rumores y prejuicios
17 Verdades a medias
18 Mal de amores
19 Tortura de amor
20 Cruél verdad
21 Buscando paz
22 Pasión consumada
23 Peligro al asecho
24 Fuego cruzado
25 Revelaciones
26 Lazos de sangre
27 Sabor a traición
28 Honor y deber
29 Cuestión de pertenencia
30 Ecos del pasado
31 Unión de amor
32 Todo por amor
33 Más allá de la muerte
Sobre el autor
Agradecimientos

“Los hombres se fijan a sí mismos su precio, alto o bajo, según les parece, y cada uno vale el precio en que se estima. Valórate como hombre libre o esclavo, que esto no depende más que de ti.”

EPICTETO DE FRIGIA

Océano Atlántico. Julio 1837

Era un día caluroso y sobre la cubierta del *SS Great Western* varios pasajeros ingleses, satisfechos por los avances en la industria naviera, observaban lo cerca que se encontraban de arribar a su destino en Virginia*, Estados Unidos*. Era en verdad increíble que un viaje, que antes se estimaba en dos meses, se hubiese realizado en quince días. Entre todos se encontraba Lord William James Lancaster, un joven rubio de piel nívea; su ropa elegante, porte altivo y modales refinados hacían evidente su estatus social.

Si bien pertenecía a una de las familias más prominentes no solo de *Inglaterra,* sino también de *América del norte*, sus ojos negros delataban cierta desazón y carencia en esa vida que otros creerían perfecta. Su mirada sombría se posaba en el horizonte mientras de forma inconsciente frotaba su pulgar sobre la superficie corrugada que le cubría gran parte de la palma derecha. La horrible marca de quemadura era parte de él desde pequeño, pero por más que se forzaba en recordar qué la provocó, no tenía respuesta.

Su memoria se había encargado de borrar ese pasaje de su vida, excepto aquel par de ojos verde olivo, adornados por un marco tan negro como la noche y el eco distante de gritos de dolor. Esa mirada inundada en lágrimas expresaba tanto, que se podía leer en ella el miedo y el coraje de su dueña, haciendo más agónico ese recuerdo, evidencia de una catástrofe del pasado. Era confuso sumirse en esas memorias que no le hacían bien, por lo que al percatarse de la espiral en la que estaba cayendo, que era más como una manía a la que recurría con frecuencia, tensó la mandíbula molesto por no poder controlarse.

—Otra vez este lastimero recuerdo —replicó William con enojo. Consciente de que este lo perseguiría toda su vida.

«¿Por qué siento culpabilidad y tristeza al pensar en ello?, ¿qué fue tan

traumático en mi infancia como para borrar los primeros siete años de mi vida?», pensó dubitativo con la efímera esperanza de encontrar la respuesta en *América del Norte*. Según sabía, fue ahí donde todo sucedió. ¿Qué? no tenía idea pues sus padres jamás le hablaron de ello evadiendo todas sus preguntas.

Casi nunca contó con su atención, desde niño se vio rodeado entre nanas y sirvientes mientras sus progenitores se ocupaban de atender los compromisos sociales que demandaba la agenda un Conde. Su única preocupación solo fue asegurarse de la educación de su único hijo y heredero. Cuidaron cada detalle de esta para que él cumpliera a cabalidad con sus labores como gran amo y señor cuándo llegará el momento, lo cual fue muy pronto. A sus diecisiete años se vio obligado a ostentar el titulo familiar con todas las obligaciones que conllevaba debido a la abrupta muerte de su padre: *Lord Arthur Oswald Lancaster*.

Ya habían pasado siete años de eso y seguía sintiendo su ausencia como si fuera ayer la última vez que cruzaron palabra. A pesar de la poca relación entre ambos, le tenía un gran cariño y admiración: *él siempre fue su ejemplo a seguir*. La vara que había dejado su padre era muy alta pues siempre fue un gran hombre y digno Conde. Es por ello que William sentía que la responsabilidad de mantener en alto su apellido era sumamente pesada, aun así demostraría en cada paso ser su digno heredero.

Esos firmes propósitos lo habían empujado en su viaje para retomar el control de una de sus propiedades más lucrativas: *Saint Helen*. Una plantación de algodón que últimamente no había dado los frutos que antes producía y era su deber devolverle su gloria pese a la recesión que sufría el país. Su plan, aunque ambicioso, era firme y no afectaría el patrimonio debido a que contaba con una de las mejores tierras y la mejor mano de obra de la región: *esclavos*. Esta ventaja, que en su natal *Inglaterra* no tendría, sin duda reducía los costos de producción. Con ello y el proyecto del nuevo inversionista en otra variedad de cultivos lograría su cometido.

—¡¿William, por qué siempre te desapareces?! Te he estado buscando —Una voz femenina lo sorprendió a sus espaldas. Era su madre, Lady Scarlett Margot Lancaster; así que por educación giró sobre sí para saludarle con un beso en la frente—. Si fueras mujer te tendría bajo estricta vigilancia con una dama de compañía.

—Pero no lo soy, madre —respondió algo tenso sin levantar ni un poco su gruesa voz, a pesar de la molestia que le provocó el comentario de su progenitora—. Debe acostumbrarse a la idea de que ya no soy un pequeño al que tengan vigilar todo el tiempo —concluyó tendiéndole el brazo con gallardía para escoltarla hacia los camarotes de primera clase que se habían convertido en sus aposentos durante el

viaje.

—Lo sé, ahora eres la cabeza de nuestra familia y por eso es preciso que hables con Sir Thomas Taylor sobre los detalles del contrato, —recalcó la mujer en tono imperativo—. No podemos darnos el lujo de cometer errores en este negocio —concluyó con su refinado acento inglés.

—Ya he estudiado el contrato y no hay falla alguna —respondió seguro de sí el joven de ojos negros sin faltar el respeto pese a que le molestaba que dudase de sus capacidades.

Si no fuera porque necesitaba de su firma para concretar legalmente su posición como albacea de los bienes en *Estado Unidos*, no hubiera tenido que inmiscuirla en estos asuntos de negocios y mucho menos soportar todas sus exigencias. Era su madre y la amaba, pero muchas veces, por no decir casi siempre, discrepaba con ella, no solo en los negocios, sino en su manera de querer controlar su vida.

Precisamente meses atrás había empezado a buscar a «*la futura Lady Lancaster*» sin siquiera consultárselo, lo que los entabló en una fuerte discusión. Para William era demasiado pronto como para atar su vida a la de una mujer que solo se uniría a él por mero negocio. Por muy buena posición social o enorme patrimonio que la elegida tuviera, Lord Lancaster no estaba interesado en un matrimonio que lo supeditara a una vida que no deseaba. Sin embargo, sabía que una vez de regreso a *Inglaterra* no habría poder sobre la tierra que parase a su madre en tan afanosa búsqueda.

* * * *

Plantación Saint Helen, Virginia.

Como todos los días los esclavos, sometidos por el yugo que les privaba de libertad, entre cánticos cargados de dolor y sentimiento piscaban el algodón de sol a sol bajo la vigilancia de Mason Dagger, el capataz más temido de la región. Conocido como el «*Demonio blanco*» gracias a sus legendarios castigos para mantener a raya a las bestias, cómo él les llamaba a los negros. Para él no eran otra cosa pues ni siquiera hablar bien podían.

Desde hacía poco más de un mes, los flagelos habían aumentado junto con las labores con tal de tener todo listo para la llegada de los amos ingleses. Órdenes dadas por el señor Andrew Smith administrador de la familia Lancaster, después de recibir una misiva de *Inglaterra*.

Tras su llegada, el trabajo se triplicó para los negros que no solo cumplían en el campo, sino que debían ser adiestrados cual simios de

circo para tratar bien a los nobles señores y, aunado a eso, concluir las reparaciones de la mansión. Los esclavos no podían quejarse y menos en la presencia de Dagger, su buen manejo del látigo y su puntería con el revólver causaba intimidación. Ninguno rechistaba ante sus órdenes por muy exigentes que fueran, preferían doblegar el orgullo a sufrir la agonía de su látigo, pero no por ello estaban conformes.

«Ya pagarás por todo, Demonio blanco», era el pensamiento colectivo de los esclavos de *Saint Helen* desde el alba al anochecer.

Su resentimiento era profundo pues no había día que no se ensañara con alguno de ellos sin importar género o edad. Cada esclavo había vivido, por lo menos una vez en su vida, los abusos de ese capataz: *sobre todo las mujeres*. Dagger gozaba satisfacer sus necesidades carnales en aquellas que rondaran la edad de los veinte a treinta; para él, a sus cuarenta y siete años, eran un buen aperitivo.

Esa tarde de Julio de 1837 no sería la excepción, ya el ojo avizor de Dagger tenía en la mira a su presa: *Ashanti.* Ella era una mulata que a sus escasos veinte años poseía unas curvas tentadoras para cualquier hombre. Se la saboreaba repasándola con la mirada y, aunque quería satisfacerse de inmediato, en ese momento debía poner orden en el plantío por lo que a todo galope se aproximó hacia un grupo que parecía holgazanear.

—¡Negros flojos! —espetó a viva voz el hombre de piel tostada por el sol—. ¡Bestias infernales, a trabajar! —ordenó acompañado del estridente sonido de su látigo que cortaba el susurro del aire erizándole la piel a los esclavos.

La punta metálica del endemoniado cuero alcanzó la espalda de una esclava arrancándole, junto con la piel, un lastimero aullido de dolor. La mujer de mediana edad cayó de rodillas y temblorosa soportaba los latigazos que le asestaban con mayor intensidad hasta que Ashanti se interpuso mirando con altivez al Demonio blanco. Ella no se intimidaba ante esa mirada azul gélida, desde pequeña había aprendido a tolerarlo.

—¡Rosie, et´á muy débil! —gritó la mulata sin un ápice de miedo de que su torpe dicción lo enojara aún más. Sus ojos aceituna echaban fuego contra el maduro capataz y a este le carcomía el coraje deseando castigar esa rebeldía que le estaba despertando otros apetitos.

Ashanti, sin saber que con su arrebato estaba arrojándose a la boca del lobo, no se inmutó. El único pensamiento que recorría su mente era el deseo contenido de arrojarle una piedra en la cabeza a ese blanco que la miraba con fijeza montado en su caballo. Desde esa altura él podía ver la naciente de sus voluptuosos y firmes pechos que le hacían agua la boca. La excitación superó al enojo tan solo de imaginarse mordiéndolos y estrujándolos.

—Ya caerás, negra orgullosa —susurraba para sí el capataz sosteniéndole la mirada a esa potra bien dotada al tiempo que trataba de ocultar la excitación que crecía entre sus pantalones—. ¡Malditos negros!, —espetó encolerizado por no poder satisfacer sus necesidades en ese instante y dando un giro a su caballo se retiró gritando a voz en cuello—. ¡Esa bestia inútil ya no nos sirve, llévala a las barracas!

La mulata sintió hervir la sangre por cómo se refirió a la mujer que fue como una madre para ella desde que la separaron de la suya al ser vendida a otra hacienda. Así que juntando toda su fuerza se contuvo tragándose el orgullo para no soltar improperios que le costarían una muy buena dote de latigazos en el cepo. Temblando internamente tomó a la débil mujer llamada Rosie para poder llevarla a las barracas. La faena se tornó más fácil en cuanto llegó Robert, hijo de la negra, para este, con su enorme tamaño y extrema fuerza no supuso ningún esfuerzo.

Era increíble que de una mujer tan menuda como su progenitora saliera semejante hombre de facciones no tan toscas, musculoso y más alto que cualquiera. La comunidad negra tenía la impresión de que tal vez se pareciera a su padre, aunque Rosie nunca reveló la identidad de este.

Esa era una de las cosas que compartían Robert y Ashanti*: ninguno sabía quiénes eran sus padres,* hasta de niños llegaron a pensar que su progenitor sería el mismo hombre, pues ambos tenían finas facciones y ojos aceituna, rasgo que ningún otro negro compartía: *todos eran toscos y color chocolate*. A pesar de la tangible evidencia Rosie lo negaba con firmeza, pero sin revelar nada más de su origen por más preguntas que le hacían. Por lo que se resignaron a que nunca habría respuestas, mas la esclava siempre se preguntó: *¿qué de malo tendría saber quién fue su padre?*

—Si hubieras llega´o antes no habría pasa´o esto —recriminó Ashanti al enorme hombre de veintiséis años limpiando el cálido líquido que salía de las profundas heridas—. Aguanta, mi negra linda; te vo´a curar con las hierbas que tengo guarda´as —prometía con dulzura la hermosa esclava.

—Gracia´, mis hijos… No sé qué haría… sin uste´es —respondió agitada la mujer recostada en una manta.

—Ese Demonio te dejó re´maltrata´a —espetó con furia y preocupación Robert cerrando las heridas de las cuales no dejaba de manar sangre.

Viendo muy mal a su madre, el esclavo quería llorar, aun así se mantuvo firme: *él no dejaría que Ashanti lo viera como un hombre débil.* En un silencio angustiante, ambos curaban a Rosie entre hierbas y pociones que habían aprendido a hacer gracias al conocimiento que ella misma les había heredado. Cuando terminaron, la pobre mujer se

veía débil y pálida por la sangre derramada, mas no podían hacer más: *solo les quedaba esperar.* Y eso hicieron unidos por un íntimo abrazo, anhelando que la amorosa negra se recuperara.

Conforme pasaban las horas Rosie se veía peor, los temblores y escalofríos recorrían su cuerpo sudoroso evidenciando su estado. Aun así, esta estaba consciente de forma intermitente.

—Asha… Ashanti… Robert, estén juntos siempre —jadeó la esclava con un hilo de voz. Los jóvenes se acercaron y con dulzura tomaron su áspera mano—. Promete… promete… que la cuidarás —suplicó mirando a su hijo.

La angustia en su mirada y su estado anunciaban su fin por lo que tanto Robert como Ashanti sintieron que el corazón se encogía y un dolor agudo los atravesaba.

—Sí, mamá, yo la cuidaré. Solo descansa pa´que te pongas buena —pidió Robert con lágrimas en los ojos. Su madre seguía impaciente, era como si sintiera que el tiempo se le acababa y la necesidad de confesar lo que a su alma le aquejaba fuera una prioridad.

—No deje que Dagger… no deje… —decía casi ahogándose—. Ashanti… él no debe… Dagger es… es… —Estos balbuceos abrían nuevas incógnitas en los jóvenes pues no entendían el mensaje.

—Tranquila, mi negra. Ya no te agüites; pa´mañana nos dices todo —sugirió trémula la joven, aun sabiendo que eso no sucedería.

—Tu padre… Robert… Robert… —balbuceó con desesperación la negra aferrándose al fino metal que pendía del cuello del musculoso esclavo desde que tenía memoria. Ese relicario que él mismo sabía que su padre le otorgó a manera de reconocerlo en secreto como suyo.

Ellos no entendían el mensaje y mucho menos se imaginaban que Rosie se esforzaba por revelarles la verdad de su origen. La moribunda pedía a sus dioses que le dieran fuerza para poder hacerlo a pesar de haberlos ofendido al entregarse por voluntad a un blanco en su juventud. Unión que nunca fue bendecida por ellos, cómo podrían hacerlo si era un hombre que tan solo por su color era superior a los negros.

—Tú debes… tu padre es… es tu padre —Fue lo último que alcanzó a decir perdiendo el conocimiento por tanto esfuerzo.

Las palabras de Rosie tomaron por sorpresa al enorme esclavo. Escuchar la palabra padre y el nombre de Dagger en esa enredada frase no era nada agradable. Él siempre quiso saber su origen, pero en ese instante no consentía la idea de que ese demonio fuese el hombre que le dio la vida. Nadie tendría que explicarle cómo lo había logrado. La imagen de ese monstruo mancillando a una Rosie joven le asaltó la mente y la sucia acción le hizo renegar de esa posibilidad.

«No, eso es un error», se negaba con la convicción de que el mensaje no fue claro y la duda estaba latente.

—Mamá, despierta. ¿Qué quiere decir, negrita? —exigió angustiado moviendo a Rosie para que despertase, mas solo obtuvo por respuesta un suspiro profundo y helado que salió de sus labios anunciando la muerte de una mujer que siempre protegió a los que amaba.

Y así, en esa lúgubre tarde Rosie partió de este mundo llevándose a la tumba todos sus secretos. Sin embargo, eso era lo que menos les importaba a los jóvenes pues estaban sumidos en el dolor más lacerante que su corazón destrozado había soportado. Tanto sufrimiento hacía que Ashanti cuestionara cada vez más por qué su raza debería humillarse ante esos blancos, «*¿por qué tantas muertes por su culpa?*».

Dagger se encontraba en la pequeña cabaña que se le otorgó para vivir, no era el lugar más acogedor, pero sí mucho mejor que la pocilga que adquirió con anterioridad.

El endemoniado capataz estaba furioso, pues no hallaba cómo ponerle fin a la tremenda erección que la negra le provocó, nunca una esclava lo había puesto así de duro con tan solo verla.

—Condenada, me vas a tener que bajar esta calentura o juro que no respondo —jadeaba masajeándose con vehemencia el miembro, imaginando que tenía a la pobre Ashanti en cuatro—. Vas a ser mía tarde o temprano igual que Caly —gruñó excitado.

«*Cómo disfruté desflorarla hace poco más de veinte años*», rememoraba a esa negra que inició sus secretas obsesiones por las mujeres de esa raza. «*Ninguna fue como ella*», pensó incrementando la intensidad del movimiento para su placer.

El enfermo hombre cavilaba mil maneras de poseer a la mulata sin poder dejar de relacionar a ambas mujeres que lo volvían loco. Y cómo no hacerlo si pareciera que tuviesen la misma cara y los mismos labios, esos que gemían pidiendo que parara cada vez que la tomaba a mansalva encendiendo aún más su sangre.

Presa de sus fantasías, llegando a un nivel de excitación que creía que jamás volvería a tener, estaba por culminar cuando fue interrumpido por unos golpes insistentes en la vieja puerta.

—Señor Dagger, los Lancaster están por llegar —anunció uno de sus subalternos—. Mr. Smith ordenó que aliste a los esclavos.

—¡Maldición! —siseó con enojo aún con su miembro entre las manos—. ¡Lárgate!, ya voy para allá —ordenó dando el ultimo jalón que le dio la liberación que tanto necesitaba para ponerle fin a su fantasía. Pero eso no era suficiente, por lo que estaba decidido a saciar sus apetitos con Ashanti esa misma noche.

Ya mal encarado y con prepotencia, Dagger llegó a las barracas donde el ambiente de dolor y llanto era intenso: *los negros estaban de luto*. Era

evidente por quién, mas eso no lo inmutó, para él, la muerte de un esclavo era como un galardón en una pared de un cazador. Es por ello que ver cómo lloraban la pérdida, como si de alguien importante se tratara, lo molestó. Sin embargo, eso fue mínimo en comparación con lo que sintió al ver a Ashanti en brazos de ese enorme y prepotente esclavo.

Se notaba que esos dos tenían sus amores y no se equivocaba: *un fuerte sentimiento se había gestado entre ellos con el pasar de los años*. No tuvieron que confesárselo el uno al otro, era tangible lo que sentían y aunque no habían pasado de unos cuantos besos, ambos se deseaban con intensidad.

—¡Dejen de berrear, *negros mandingas*[1]! —ordenó ondeando su látigo logrando separarlos por la impresión—. Sus amos han llegado de *Inglaterra* y deben recibirlos cómo se merecen en los jardines principales, ¡negros flojos! —exclamó arreándolos cual ganado.

Temerosos, pero sobre todo ofendidos por su falta de respeto hacia los muertos, los esclavos comenzaron a salir. Ellos sabían que ante tales órdenes no podían rebelarse, para los blancos eran menos que animales y no merecían ni la más mínima consideración a su dolor.

Aunque Robert y Ashanti hubieran querido desobedecer, el estruendoso látigo y esa mirada embravecida de Dagger los obligaba, doblegando su orgullo. Así que, abatidos por su pérdida, dejaron el cuerpo frío de la pobre mujer y cumplieron con las órdenes. Ellos sabían que las órdenes de Dagger eran ley, el castigo por quebrantarla sería fatal.

En total silencio hicieron fila, a pesar de ser todos negros era evidente la diferencia entre los de casa y los de campo. Los primeros portaban uniformes impolutos con telas en blanco y negro mientras que los segundos solo contaban con ropas desgastadas por el trabajo. Tal cual la ley impuesta para la vestimenta de la población negra lo ordenaba para hacer énfasis en la superioridad de esos blancos a los que servían. Por ello era un martirio servirles.

Ashanti era una de las que estaba agradecida con sus dioses por no haber sido elegida por Mr. Smith. Ella nunca había servido a ningún blanco en el hogar y su miedo a equivocarse y ser castigada por ello era evidente, al igual que en sus hermanos de raza que murmuraban y se notaban nerviosos con solo ver bajar de la carruaje los amos: *Lord William Lancaster y Lady Scarlett.*

—¡Silencio, bestias del averno! No pueden hablar, ni levantar la mirada sin el permiso de los Lancaster —Volvió a ordenar el Demonio blanco acompañado por el estridente látigo.

El trato tan humillante que recibían y el dolor, solo lograban incrementar el odio hacia los blancos en el noble corazón de Ashanti. Para ella, eran los únicos culpables de todas las desgracias que hasta el

momento le habían causado.

«Si no fueramos esclavos na´a de esto hubiera pasa´o», pensaba la joven levantado la vista en un acto de rebeldía junto con Robert.

Este al mirar al amo se tensó viéndolo con recelo. No así para la mulata, pues en cuanto su mirada se posó en ellos quedó muda, olvidando sus pensamientos.

Vestían de una forma tan elegante y con tanto refinamiento que se permitió observarles. La mujer de mediana edad portaba un vestido entallado hasta la cintura y con falda ampona en color vino. La delicada prenda le cubría la piel dejando libre la de las manos y la cara inmaculadamente blancas.

El hombre rubio de porte altivo y cuerpo delgado vestía un traje ajustado de tela negra con bordados en plata. Hasta ese sombrero de copa alta contrastaba con su piel tan blanca que parecía que nunca le había dado el sol.

«*Ni los má´ricos de la región visten así*», pensó asombrada viéndolos colocarse en la entrada de la gran casa frente a ellos esperando ser saludados cómo se merecían por todos los presentes.

Los miraban con altivez y ese gesto le hizo recordar a Ashanti el odio que por segundos fue opacado por la opulencia de esas personas. Sin embargo, muy a su pesar y en total sumisión, bajó la cabeza igual que los demás, como haciendo caravana ante los amos. Era irónico verlos así cuando en su interior bullía el deseo de rebelarse pero, con todo en su contra, sabían que de intentarlo su suerte sería la misma de muchos otros ilusos que tuvieron sueños de libertad.

«*Odio que sean superiores po´ser blancos»,* pensaba con rencor la joven de ojos olivo. A pesar de haber nacido con cadenas, su espíritu era orgulloso e inquebrantable. Simplemente no toleraba la vida a la que su color de piel la condenaba cuando lo que añoraba era ser libre.

Estaba tan sumergida en su pensar hasta que escuchó el sonido de un cristal romperse, acompañado de las quejas de una mujer. Con tan solo enfocar la mirada en el alboroto, fue evidente qué sucedió: *una esclava había tirado por accidente encima del ama una jarra de limonada*. Los insultos y reprimendas se hicieron notar mientras la negra, que no hacía más que querer enmendar su error, lloraba nerviosa, sobre todo tras ser abofeteada por Lady Scarlett en castigo a su falta.

Ashanti se tensó y de inmediato avanzó queriendo defenderla, mas fue detenida por Robert, su protector desde que tenía memoria. De no ser por él sería víctima del látigo de Dagger por desacato, cosa que en silencio ella agradeció acurrucada en los cálidos brazos de ese negro que le prodigaba el mejor de los refugios.

La joven de cabello crespo comenzó a destensarse pese a que su ímpetu por poner en su lugar a esa mujer blanca seguía latente. Sin embargo, una vez más, su orgullo fue sometido por las cadenas de su

condición.

«Qué coraje el no po´er defendernos», pensó mirando con fijeza a esos blancos, esperando que sintieran el odio que les prodigaba con todo su ser. Robert trataba de moverla para retirarse como los demás, pero era como si se hubiera vuelto una estatua plantada a escasos metros de la entrada y Lady Scarlett Lancaster se percató de ella.

—Tú, negra. Parece que no eres tan nerviosa como esta inútil —dijo mirándola con desdén.

Sin que la esclava lo esperara, fue apartada del enorme negro. La encumbrada mujer la miraba de arriba abajo como si fuera mercancía, mas Ashanti se mantuvo firme ante el escrutinio.

». Mr. Andrew, deshágase de esa inepta y ponga a mi servicio a esta otra —ordenó con desprecio sin perder la fineza en su vocabulario—. Ah… y para futuras ocasiones evalúe mejor lo que elige.

—Cómo usted ordene, *Milady*, disculpe mi error —respondió el administrador inclinando la cabeza rindiéndole pleitesía a la dama que sin más se retiró en compañía de su hijo.

Si bien William no participó en la discusión, era evidente su molestia: *esa mirada endurecida lo delataba.* Ashanti se percató de ello y no le dio importancia, no tanto como a su mala suerte por haber sido elegida para servirles en casa, lo cual la hacía temblar de coraje.

Robert se acercó hacia ella y la abrazó intuyendo lo que le estaba pasando, pues conocía el significado de hasta el más mínimo gesto de esa mulata que añoraba para sí desde el fondo de su corazón.

«Mi Ashanti es lo único bueno de e´tar aquí y no permitiré que ese alza´o le haga daño de nuevo», pensaba sumergido en la zozobra de que por la nueva asignación se tendrían que separar y le sería difícil protegerla de él todo el tiempo.

Si por él fuera hubiese enfrentado a esa familia para evitar que su negra les sirviera, pero qué podía hacer un simple esclavo ante los mandatos de los amos. Lo único que estaba en sus manos era evitar que conociera la oscura verdad que la unía a ellos. Una relacionada con Caly, su madre, y que le causaría un gran dolor a su mujer. Por fortuna, Ashanti no recordaba que no era la primera vez que se topaban con William Lancaster en sus vidas, lo que garantizaba que ese secreto no sería descubierto con facilidad.

Fundidos en ese abrazo no se percataron de la presencia de Dagger. Este se retorcía de coraje, con la esclava viviendo en la casa grande sus oportunidades de darse un gusto con ella en las barracas eran nulas. Cómo era de esperarse, no tardó en descargar su ira en forma de improperios hacia la joven pareja apresurando su separación dejándolos con una profunda tristeza.

Para ellos ya nada sería lo mismo, de ahora en adelante tendrían escasos minutos para verse y eso con suerte. En verdad era difícil

aceptarlo cuando necesitaban consuelo por la muerte de Rosie.

—Te miro en la *Bacanal*, Mi negro —prometió la joven tras darle un beso fugaz.

Al menos en esa festividad, donde los esclavos de todas las haciendas aledañas tenían derecho a festejar entre cánticos y bailes, podrían reunirse con libertad para amarse. Eso le dio esperanza a Ashanti pues, para ella, estar separados era como quitarle la alegría a su vida entre cadenas. Solo él le daba esos momentos de felicidad que hacían todo más llevadero.

La mulata, resignada a su destino, caminaba tras el obeso administrador hacia el interior de la mansión que sería su nuevo hogar.

—Este va a ser tu cuarto de ahora en adelante, —indicó el hombre. La esclava que estaba acostumbrada a pasar la noche en algo parecido a un corral, se impresionó al ver la habitación con camastros—. Ve a las barracas por tus cosas y antes atender a tus amos aséate como Dios manda para que te quites la inmundicia de dónde vienes —dijo con desdén y asco mirándola de arriba abajo.

Para Ashanti esa era la gota que derramaba el vaso y no toleraría más insultos. El fuego en su mirada ardía y estaba lista para lanzar una gran lista de improperios contra el blanco, pero una mano tapó su boca apenas la abrió.

—Ella entiende lo que debe hacer, yo mi´ma me encargo de que cumpla to´o, Mr. Smith —respondió con obediencia la negra de mirada picara que frenó a Ashanti para salvarla de una buena disciplina por faltar al respeto.

Peisha, cómo se llamaba la risueña mujer, la conocía bastante bien desde pequeña y sabía que no solo había heredado la belleza de su madre, sino también ese carácter altivo que muchas veces la metió en problemas en su juventud.

—Eso espero, los esclavos de casa deben estar pulcros todo el tiempo por el bien de los amos. Servirles es un honor que se les ha concedido a ustedes y deben corresponderlo con higiene en su persona y buenos tratos —Smith concluyó con gran elocuencia como si les estuviera vendiendo la fórmula para convertir la paja en oro.

Aunque esas palabras no hicieron más que herir el orgullo de Ashanti, ella se quedó callada asintiendo a lo que ese presuntuoso hombre decía. Sabía que si hablaba pondría en aprietos a Peisha, quien había prometido a su madre, que fue su gran amiga, protegerla.

Ya solas en cuarto de servicio, fue inevitable que Peisha la reprendiese y no por mandona, sino porque quería evitar que corriera la suerte de su madre, a la cual extrañaba. Ashanti entendía que la mujer era más sabia por su edad, aunque muchas de sus ideas eran erradas al no ver más allá de una vida de servicio, pero no quiso

discutirlo.

—Controlaré la lengua pa´no ser tan rebelde, mujer —prometió sonriendo para tranquilizar a su compañera, dando por finalizada su charla.

Si bien ese día tan gris no daba paso a la felicidad, Ashanti se sentía tranquila. Por primera vez, desde que se convirtió en una mujer en edad de procrear, podría dormir sin el temor de que el demonio blanco abusara de ella.

No escucharía de nuevo esos llantos suplicantes y esos jadeos vehementes que muchas noches la despertaban. Ya no la atormentaría la impotencia de no poder hacer nada, ni la culpa de haberse quedado quieta mientras abusaban de sus hermanas de raza.

Había encarcelada en esa prisión de paredes blancas bajo la extenuante supervisión de Laurie. La odiosa esclava proveniente de *Inglaterra* se había encargado de instruir a todos en las labores de la casa de una forma un tanto obsesiva y abusiva. Al grado de que no respetaba ni siquiera el duelo por Rosie.

«*Esa negra se cree superi´o a nosotros po´ser la esclava de confianza de el ama*», pensó Ashanti desde el primer minuto de haberla tratado.

Interactuar con esa traicionera le causaba malestar, simplemente no concebía que alguien de su raza antepusiera a los blancos por sobre ellos. No era necesario ser muy observador para notarlo, esos tratos desdeñosos y su forma autoritaria de mandar como si fuera una extensión de su ama, la delataban de inmediato.

—¡¿Acaso eres tonta o qué te pasa?! —inquirió la ofensiva Laurie haciendo alarde de su pulcro vocabulario—. ¡Son unos inútiles todos!, ¿es tan difícil entender el código de etiqueta en la mesa de los amos? —remató con suficiencia arrebatándole la caja de cubiertos para arreglar lo que consideraba una estupidez.

Desde el primer insulto que le profirió, la mulata de ojos oliva había hecho un esfuerzo sobrehumano para no rebelarse, pero esa vez su orgullo pudo más y no perdió la oportunidad de ponerla en su lugar:

—¡No tienes que trata´me mal!, po´muy de confianza que seas tambien eres una esclava —la encaró con valentía provocando que sus compañeras se aguantaran la risa de ver la mirada de desconcierto de Laurie.

En el fondo, sus hermanas de raza le aplaudían ese valor, pues desde hacía días ellas se mordían la lengua para no decirle sus verdades. No se atrevían a hacerlo porque sabían que esos dimes y diretes provocarían fuertes roces que querían evitar.

—¡¿Quién te crees que eres para hablarme así?! —espetó Laurie perdiendo la compostura al tratar de abofetear a Ashanti quien le

detuvo el golpe mirándola con altivez.

—Una esclava que no ha perdi´o el piso creyendo ser una de ellos. ¿O crei´te que los amos te miran como su igual? —reviró con saña desmoronando la superioridad de su oponente dejándola herida y sin palabras.

Retomando la compostura, Laurie intentó reprenderla mas Ashanti, con gesto orgulloso, la dejó con la palabra en la boca. Sin más, salió del comedor bullendo de coraje, recordándole cada antepasado a la abusiva y demostrando así que ella no se dejaría humillar más.

Con los ánimos aún caldeados la mulata llegó al cuarto de servicio para liberarse de esa ropa sosa y calurosa que le causaba asfixia así que se quitó el *tignon*[2] que ocultaba su rizado cabello. Estaba harta de que la obligaran a portarlo, pero sobre todo de no poder salir con frecuencia de la casa. El encierro provocaba que prefiriera vivir las inclemencias del campo con tal de tener un poco más de libertad.

«*Cómo extraño sumergirme en el manantial pa´refrescarme en las tardes*», pensó visualizándose en ese paraíso oculto entre los árboles del bosque dentro de la propiedad Lancaster.

Quería sentirse libre aunque sea en su imaginación. Cuando su hogar era en las barracas tenía la oportunidad de escaparse en las noches que los guardias perdían el conocimiento por el alcohol. En la mansión se le negaba ese pequeño placer y cómo no si al anochecer cerraban todo por seguridad, incluyendo los cuartos de servicio. Por desgracia, Laurie poseía las llaves de estos y determinaba su horario de entrada y salida de esa prisión.

—¡Maldita traidora pa´la raza! —exclamó ahogando el grito con la almohada de su camastro en un último intento de destensarse y sacar su coraje, pues se había quedado con ganas de barrer el piso con la cara de esa mujer.

No solo Laurie la tenía en ese estado de irritabilidad, sino el hecho de casi no ver a Robert, necesitaba de su sonrisa y su compañía para alegrarse mutuamente el día. Desde que los separaron no tuvo mucho contacto con él, si acaso unos minutos en los jardines cuando él llegaba del campo. Atesoraba en el alma esos instantes en que su necesidad se hacía evidente con cada beso invasivo y desesperado que se daban despertando deseos intensos en ambos.

Aunque no se lo dijera abiertamente, a ella no le cabía duda de que Robert la quería cómo mujer y tal vez esa misma noche podría serlo en la *bacanal*. Estaba dispuesta a hacer el *rito de la escoba* [3]con él para afianzar su unión. La mayoría aprovechaba la fiesta para unirse en amores con sus parejas y no pensaba perder la oportunidad.

«*Si me lo pi´e, lo haré*», pensó ilusionada y ansiosa de que llegara la noche. Aunque después de lo que acababa de hacerle a Laurie era probable que sus planes se frustraran.

La desazón de haber flaqueado en su autocontrol la abatía ya que era evidente que le traería problemas. Impulsada por reparar el daño se colocó el *tignon* y comenzó con sus faenas dirigiéndose al viejo despacho esperando no toparse con Laurie. Sin retrasos, comenzó quitando el polvo concentrándose en hacerlo bien para que «*doña mandona*», cómo le había apodado, no le reprendiese.

No podía perder la oportunidad de ver al hombre que le causaba mariposas en el estómago. Entusiasmada por la idea, comenzó a tararear la canción de cuna que su madre le cantaba cuando estaban juntas. Ese era uno de los pocos recuerdos que tenia de ella por lo que la nostalgia se hizo presente y las lágrimas quisieron salir. No comprendía por qué los amos tuvieron el mal corazón de separar a una mujer de su hija de tres años.

* * * *

Lord Lancaster se dirigía a sus aposentos tras pasar gran parte del día vigilando los avances de su inversión cuando de repente, escuchó una melodía demasiado familiar. Sin comprender, esta despertó un extraño sentimiento de protección que nacía de su interior. Confundido por tal reacción siguió el dulce canto y conforme avanzaba, su mente anticipaba la letra avivando pequeños fragmentos de su pasado en *Saint Helen*.

—¿Qué me está sucediendo? —se preguntó el Conde con el corazón acelerado sin poder creer que una sola melodía despertara esos recuerdos del letargo en que estaban sumergidos—. Nana Caly —susurró con cariño cuando vino a su mente la imagen de a una negra con sonrisa cálida cuidando de él con prodigioso amor.

Aún estupefacto y contrariado avanzó hacia el despacho de donde provenía la melodiosa voz. Al entrar sintió una gran desilusión pues se encontró con otra esclava que estaba tan concentrada en sus labores que no se dio cuenta de su presencia.

—¿Caly te enseñó esa canción? —preguntó sorprendiendo a Ashanti con su gruesa voz, por lo que casi se cae de la escalera en la que se encontraba subda.

Por fortuna, la mulata con rapidez retomó el equilibrio y bajó extrañada por el cuestionamiento, así que giró para escudriñar con la mirada al curioso en busca de respuestas. Pero al momento de darse cuenta de quién se trataba no pudo evitar sentir una mezcla de miedo y confusión. Por unos segundos lo miró atónita sin comprender la interrogante marcada en esos ojos negros que la estaban perturbando, así que bajó la mirada. Ese día no podía cometer más errores y ser castigada por mirar al amo a los ojos sin su permiso.

»Te hice una pregunta y ordeno que me respondas, ¿por qué cantas esa canción? —William recalcó molesto por el mutismo de la esclava. Y aun así habló con propiedad.

Ashanti sintió un coraje emerger de su interior, no podía creer que hasta cantar se le prohibiera. Eso ya era demasiado, y aun así intentaba contener su lengua afilada que estaba a punto de contestar de forma grosera.

«*Cálmate, no pierdas la oportunida´ de mirar a tu gente y a Robert»,* se dijo internamente para doblegar su orgullo manteniendo la mirada en el suelo.

El terrateniente la escrutaba esperando una respuesta y estaba por insistir una vez más cuando la esclava habló tratando de sonar lo más sumisa posible:

—Caly, mi madre, me la cantaba de…

—¿Tu madre?¿Dónde se encuentra? —William la interrumpió apresurado sujetándola con brusquedad por los hombros.

No es que quisiera lastimarla, pero la imperiosa necesidad de acabar con sus lagunas mentales lo dominó. Estaba seguro de que la mujer que cuidó de él en sus primeros años de vida podría revelarle ese pasado misterioso relacionado con la cicatriz de su mano. Ese que sus padres tanto ocultaron como si hubiera sido una desgracia en sus vidas.

Ashanti, ajena a lo que atormentaba al rubio, temía que le hiciera daño. Por lo que contestó de inmediato sin poder ocultar el coraje que le causaba el dolor de no tenerla a su lado:

—No la he vuelto a mirar po´que los suyos la vendieron cuando yo era una niña.

Para ella no había nadie más culpable que sus amos y ese rencor que albergaba en el interior le dio el valor de mirar con fijeza a William retando la oscuridad de esos ojos interrogantes. Por un instante no le importó el castigo que trajera su insolencia, necesitaba descubrir en esa mirada ¿por qué quería saber de su madre con tanta insistencia?

«*Son los ojos que siempre están en mis recuerdos*», pensó William, consternado, al ser atrapado por ese verde olivo que proyectaba una ira palpable: *altiva y orgullosa.*

Al instante, el torrencial de imágenes que lo invadía cada vez que pensaba en el origen de su cicatriz lo atacó cual enjambre y, por primera vez, le puso rostro a esa mirada expresiva. Esa que desde hace años lo perseguía y que en se mismo instante le volcaba el pecho de una forma tal que se quedó sin palabras.

«¿Qué tiene que ver esta esclava con mi pasado?». El terrateniente se preguntaba contrariado y sin decir nada salió del despacho rumbo a su habitación. Necesitaba pensar con claridad pues ahora tenía más dudas que antes.

El descubrir parte de su pasado le causó menos satisfacciones de las que esperaba y comenzaba a arrepentirse de haber regresado a

América. Sin embargo, era consciente de que ahora tendría que abrir ese capítulo de su vida por muy oscuro que fuese. De lo contrario las interrogantes lo perseguirían para siempre.

«*Tengo que saber qué pasó con esa esclava como para marcarme de esta manera*».

* * * *

Aún en el despacho, Ashanti estaba confundida e impactada preguntándose qué fue lo que realmente había sucedido. No comprendía la reacción de su amo y mucho menos la insistencia por saber de Caly. Tan absorta estaba que no se percató de que Laurie la observaba con gozo malévolo por haber encontrado la perfecta oportunidad para vengarse de ella.

—¡Así te quería ver, Negra floja! —acusó sin ocultar su repudio, ese que nació desde que le demostró que le costaría trabajo domesticarla —. Ya verás lo que te hará Lady Lancaster —amenazó la maliciosa mujer saliendo con premura.

La mulata de ojos oliva reaccionó de inmediato y en su afán por detenerla con un buen tirón de cabello, el fino jarrón de la mesita cayó junto con el juego de té preferido de Lady Scarlett. El escandaloso accidente la hizo temblar de pies a cabeza pues anunciaba problemas, estaba segura de que la ira de los amos se haría presente en forma de latigazos.

«¿Cómo oculta´la porcelana en el suelo y a Laurie desgreña´a con el tignon a medio caer?», pensó asustada Ashanti.

No podría negar lo evidente y menos con varios ojos siendo testigos de sus actos, entre ellos: *su ama.* La desdichada chica trató de remediarlo recogiendo las evidencias de su error, pero fue inútil, la fina dama estaba ardiendo de ira.

—¡¿Qué has hecho, Negra inútil?! —reclamó zarandeándola sin importarle que al jalarla se le enterraran las astillas de la porcelana en las rodillas—. ¿Tienes idea de cuánto dinero cuesta? —espetó señalando el desastre—. ¿Y quién te crees para hacerle esto a Laurie? —concluyó viendo el maltrecho cabello de la aludida.

—¡Ella empezó, yo solo…! —se excusó la acusada aguantando los afilados pedazos del jarrón en su piel.

—¡Cállate! No hay excusa que valga —condenó con autoridad Lady Lancaster abofeteándola sintiendo que no sería suficiente con eso para castigar a esa inútil y rebelde esclava.

«*A punta de latigazos aprenderá que no permito insolencias de este tipo»,* pensó ordenando llevarla ante Dagger.

En verdad quería hacerle sentir su autoridad como si hubiese cometido un gran crimen y no es que lo fuera. Últimamente todo en *Saint Helen* se le hacía peor de lo que era en realidad y cómo no si cada día que pasaba era un recordatorio de ese pasado infernal que

vivió hace muchos años ahí. Y la esclava, víctima de sus odios, lo era aún más: *le recordaba a la negra que tanto perturbó su matrimonio.* Esa con la que su difunto esposo había tenido amoríos.

Esa humillación que pasó al enterarse de que la nana de su hijo era su furcia jamás la olvidaría. Aunque siempre le negó tal hecho y que esa relación hubiera tenido sus frutos, lo dudaba; más ahora que la tenía frente a frente. Esos ojos verdes eran tan casi iguales a los de su marido.

«*Es increíble el parecido con ella, de no ser por esos ojos sería una copia exacta de esa oportunista*», pensó viéndola derramar la primera lagrima que anunciaba la derrota. «*Va a saber quién soy si se atreve a proclamarse su bastarda»*, pensó recordando el amargo tiempo que vivieron en la hacienda.

Dagger, quien miró con un brillo diabólico a su presa. Las últimas dos semanas no había podido hacerle honor a su apodo debido a que cierta libertad se le negó desde la llegada de los Lancaster.Ver a la mulata indefensa a sus pies le podujo placer, y quiso descargar en ella la furia que sentía de no poder satisfacer los deseos carnales que le despertó hace tiempo. Así que sin preguntar el porqué, se propuso cumplir a cabalidad la orden dada por la autoritaria dama que miraba con repulsión a la esclava. Con excesiva fuerza la sujetó por el *tignon* jalándole los cabellos provocándole gran dolor.

Ashanti, presa del miedo, gritaba suplicando piedad, mas eso no le importó al viejo capataz quien la apresó en el cepo antes de proceder a desgarrarle la vestimenta. La oscura piel de la espalda y pechos quedó a la vista de todos los esclavos y aunque Dagger hubiese querido desnudarla para otros fines, eso era igual de satisfactorio. Era tan excitante verla así, que la parte más sensible de su cuerpo despertó deseosa de hundirse en las carnes de la negra. Por lo que no perdió oportunidad de estrujarle los senos sin que nadie se diera cuenta; saciando así parte de su deseo.

El lascivo acto anunció a Ashanti las oscuras intenciones: *ese demonio buscaría poseerla en cuanto tuviera oportunidad.* De inmediato se sintió ultrajada e impotente de no poder defenderse por lo que el rencor y la desesperación la hicieron gritar pidiendo ayuda. Era su forma de luchar en esa pelea perdida, ni siquiera su gente podía hacer algo aunque quisieran. Todos, incluyendo Robert, se quedaron inmóviles, y cómo no hacerlo si los guardias les apuntaban con sus armas. Ante cualquier movimiento no dudarían en disparar. La mulata no podía evitar que las emociones negativas la rebasaran y los segundos se hacían eternos esperando el flagelo del látigo, pues nada lo detendría.

—¡Piedad! —profirió su última suplica sin saber que alguien atendería su llamado.

William, aun desde su alcoba, escuchó los gritos y de inmediato bajó para poner orden. Pensando que era un ataque en su propiedad, con arma en mano se hizo presente en el patio trasero justo cuando el primer latigazo sonó cual trueno evidenciando los hechos. Los plañidos de la esclava se hicieron presentes por lo que posó la mirada en la pobre criatura víctima del castigo del capataz que, con mirada endemoniada, disfrutaba de la tortura.

La imagen le hizo recordar las veces que de niño sus padres lo obligaron a presenciar los castigos para, según ellos, forjar su carácter como amo y señor. Lady Scarlett siempre decía que parte de ser amo era enseñarles a los inferiores su lugar antes de que siquiera se les formara el pensamiento de querer ser más que esclavos. Las normas familiares le impedían siquiera ver con cordialidad a sus sirvientes.

A pesar de ser educado bajo esos dogmas de superioridad y autoritarismo, siempre comulgó con la idea de que no se necesitaba ejercer la fuerza de esa forma. Ni mucho menos compartía la creencia de que el respeto y posición social de una persona dependiera del apellido o color de piel, sino más bien de la moral bajo la que se rigiera. Se odiaba a si mismo por esos ideales que evidenciaban no estar a la altura de su apellido; es por ello que esa utopía siempre se quedó en sus pensamientos.

«Tú debes dar una imagen recta y altiva para poner en alto a la distinguida casa Lancaster», recordaba los consejos de su padre cuando otro latigazo y los gritos lastimeros inundaron el ambiente estremeciéndole el corazón con tan sangriento espectáculo. La visión de esa espalda adornada por sendas cicatrices y heridas sangrantes le trajo a la mente otras imágenes igual de dolorosas, haciendo que por unos segundos el tiempo se detuviera.

«Tenía la mirada perdida en dirección a una fila de esclavos, la mayoría niños de su edad, ninguno le importaba como aquella pequeña de ojos oliva de tres años. La única con la que compartió momentos de juego y a la que, sin proponérselo, le había tomado cariño por el simple hecho de ser hija de Caly. Ashanti, ese era su nombre.

Los gritos y llantos inundaban el ambiente y su joven mente no comprendía por qué los sometían a tales actos. ¿Por qué marcarlos cual ganado? se cuestionaba sintiendo miedo de que le hicieran eso a él también. Con desesperación buscó a Ashanti y al girar vio el acto más atroz: ella llorando sujetada a un tronco y el rojo hierro amenazaba con dañarla. Los impulsos de salvarla lo dominaron así que sujetó el candente objeto, lo que le provocó el dolor más fuerte de toda su vida.

Aun así no logró evitar que la pobre niña fuese quemada, ambos gritaban y con tal alboroto los adultos se hicieron presentes para apartarlo

del fierro que los flagelaba. Entre ellos escuchó a Caly que lo recogía y a su madre que no dejaba de gritar improperios culpándola de la desgracia de su hijo. Aturdido por el dolor, vio cómo lo alejaban de su regazo para castigarla…».

El corazón de William latía acelerado cuando un tercer latigazo le arrancó otro agonizante grito a la negra regresándolo a la realidad. Verla sufrir de nuevo despertó el deseo imperioso de protegerla, ahora que sabía quién era ella en realidad se sentía con esa obligación. ¿Por cariño? ¿Por simple remordimiento?, no tenía idea, él solo sabía que debía hacer algo. Tal vez así se quitaría la culpa de haber fallado en el pasado.

—¡Detente, Dagger! —ordenó sin titubear dejando atónitos a todos. Entre ellos a Ashanti, quien lo miraba sorprendida y agradecida por su intervención.

—Pero, *Milord*… —protestó el demonio blanco.

—¿Te atreves a cuestionar mis órdenes? —inquirió William con altivez provocando que Dagger se sintiera inferior, aun así estaba por responder cuando Lady Scarlett intervino.

—Hijo, esa esclava agresiva lastimó a Laurie y rompió porcelana valiosísima. Debe ser castigada por su mal comportamiento para que…

—Un esclavo tiene más valor económico que la porcelana, Madre —la interrumpió haciendo notar su autoridad—. Y no permitiré que dañen mi propiedad azotándolos hasta dejarlos inservibles —reviró el rubio ocultando sus verdaderos motivos—. De hoy en adelante los castigos serán solo labores extra, menos comida o prohibirles salir a su festividad mensual —ordenó haciéndose oír por todos—. Si me entero de que alguien desacata mi orden no dudaré en tomar medidas —concluyó mirando con fijeza a Dagger que ardía en coraje y se retiró sin más.

No podía dejar que descubrieran lo afectado que estaba por los recuerdos que Ashanti despertó. Tanta era su necesidad de alejarse que ni siquiera vio cuándo la adolorida y realmente abatida joven fue liberada del cepo.

Robert era el que la sostenía con extrema delicadeza y aunque no decía nada, era evidente el coraje que le causaba ver así a su mulata, por lo que se dedicó con esmero a curar cada una de las heridas. Mientras lo hacía, fue tanto el dolor que la joven se desmayó, provocando que el coraje y deseo de tomar venganza en contra de los blancos se incrementara en el esclavo.

—Ese alza´o solo lo detuvo po´que eres su mercancía, mi negra —dijo asqueado por la arrogancia de William. Aunque más bien eran celos, no quería confesarlo pero estaba celoso de no haber sido él quien la defendiera. «*Yo lo hubiera hecho po´amor*», pensó posando sus

gruesos labios en la frente de la mulata.

* * * *

Para William ya había sido demasiado por ese día por lo que, decidido a calmar su mente, montó a todo galope sin rumbo fijo: *necesitaba alejarse del lugar que evocaba su pasado*. Pero sus esfuerzos fueron en vano, aun en las inmediaciones de los bosques cercanos, las imágenes comenzaron a atormentarlo. Así que, abrumado, aminoró el ritmo de su cabalgar parando frente a un apacible manantial y desmontó para meditar esperando que la quietud del agua le ayudaría a sosegar sus pensamientos.

—¿Por qué mi madre fue tan cruel? —inquirió sintiendo cómo se le desgarraba el alma con cada fracción de ese recuerdo: *él siendo sujetado por Lady Scarlett para que viera cómo Caly era torturada sin piedad por el látigo de Dagger, haciéndola pagar por un error que nunca cometió*.

Era tan real que pareciera que la tuviera frente a él empapada en sangre gritando de dolor. La mujer a la que amó como una madre se había convertido en un agónico suplicio hasta que solo quedó un bulto de carne y huesos sobre el suelo.

—¡Fue mi culpa…! —gritó William cayendo de rodillas con el alma destrozada e incrédulo de que un acto inocente de su infancia le haya causado la muerte a la mujer que tanto lo amó.

Hacía mucho que no derramaba una lágrima, su padre siempre le dijo que solo los hombres débiles lloraban, sin embargo, en ese momento no le importó parecerlo. El llanto se hizo presente y entre protestas, auto reproches y golpes en el suelo se castigaba por sus errores. Quería expulsar de su cuerpo esa culpa que le gritaba que era responsable de la muerte de Caly. Sobre todo la tristeza que ese hecho le causaba ya que recordarla había despertado el sentimiento que tanto compartían.

Cerca del manantial acampaba un misionero de no más de treinta y dos años que se había dedicado a recorrer el norte del continente en busca de almas necesitadas de la misericordia de Dios. Misión que estaba dispuesto a cumplir en *Virginia,* pero antes de establecerse decidió pasar la noche en medio de la naturaleza siguiendo un impulso que él consideraba el espíritu de Dios. Estaba orando cuando el clamor de un hombre y los golpes secos que resonaban en las cercanías lo desconcentraron.

De inmediato supo que debía ayudar a esa alma atormentada que clamaba ser escuchada a unos metros de él. Por unos segundos lo miró sorprendido, pues no parecía alguien necesitado: *sus ropas denotaban que era de alta cuna.* Según su experiencia, esas personas centraban su bienestar en su opulencia y no en la paz del alma, sería un gran reto para él. Sabía que si Dios se lo había puesto en el camino era porque

en realidad le necesitaba. Así que con fe levantó la mirada al cielo clamando en silencio encontrar las palabras correctas para ayudar al caballero.

—Hermano, Dios no quiere que sus hijos arrastren semejante carga en los hombros —dijo con solemnidad tomando por sorpresa a Lord Lancaster quien se levantó de inmediato escudriñando con la mirada al pelirrojo—. Él puede soportarla por usted solo si busca la paz que necesita en su palabra —aseguró mostrándole la vieja biblia que perteneció a su familia desde hacía mucho tiempo.

William se alertó pues en la oscuridad no percibía con claridad el objeto. Además, desde hacía unas semanas había oído el rumor de los cuatreros que asaltaban por los caminos y temía haberse topado con uno de ellos. El aspecto del hombre que le hablaba evidenciaba que era un forastero y aunque sus palabras fueran pasivas no sabía sus verdaderas intenciones. Así que, con sigilo, desenfundó el arma que cargaba.

»No tema —agregó el religioso al ver que William le apuntaba—. Soy el reverendo Timothy Denson —se presentó tendiéndole la mano libre por lo que William se destensó

—Lord William Lancaster —respondió al saludo guardando el arma —. ¿Y qué hace un reverendo en mis tierras? —inquirió percatándose del pequeño campamento casi oculto por los robles.

—No quise importunar, mi misión es rondar por el mundo compartiendo la palabra de Dios a quienes la necesitan y por lo visto he llegado al lugar correcto —dijo en tono cordial.

—No lo creo —renegó para sí Lord Lancaster—. Perdón, pero nadie puede hacer nada para enmendar el daño que he provocado — contestó cortés, seguro de que la culpa que lo embargaba no se iría de su alma.

—Tal vez puedo ayudarle, para mi Dios no hay imposibles, Caballero —le invitó a abrirse. No era la primera vez que Timothy se encontraba con un hombre falto de fe así que sabía muy bien cómo apaciguar las penas de esa alma.

Era tanta la necesidad de William por desahogarse que lo hizo, creando entre ellos un lazo de confianza. En esa plática el inglés pudo encontrar la forma de resarcirse, revelándole las consecuencias de lo cometido en la inmadurez de su infancia, esas que eran tan pesadas como para amedrentarlo ahora en su adultez. El misionero lo escuchó en silencio dejándolo desahogase, el dolor en sus palabras revelaba su arrepentimiento aunque a su juicio no tenía culpa alguna. Su triste historia le revelaba que era un hombre de buen corazón: *nunca había oído de la boca de un blanco confesar un amor filial hacia un negro*.

—En verdad le digo que si su arrepentimiento es genuino y tiene fe, Dios misericordioso le habrá liberado de las culpas, él, que es justo y

fiel, lo perdonará limpiándolo de toda maldad.

La guía espiritual de Timothy reconfortó a Lord Lancaster para poder pensar con claridad, aunque eso no se llevó el dolor que le causaba el final de su nana. Sentimiento que le causó el imperioso deseo de resarcir sus culpas. Aun en la muerte, Caly, tenía que perdonarlo y para ello debía hacer algo más que arrepentirse. *«Le prometo, nana, que voy a cuidar de Ashanti como lo hizo usted conmigo»*, juró con solemnidad proponiéndose lograrlo así ella nunca supiera la verdad de lo ocurrido.

En los días posteriores a su castigo, la recuperación de Ashanti fue rápida gracias a los emplastos de hierbas que Robert utilizó. Eso y que Dagger no logró causarle tanto daño por la intervención de su amo. Pese a sus esfuerzos, la mulata no podía sacar de su mente ese suceso y mucho menos sus palabras: *esas en las que apelaba a su valor monetario.*

Era hiriente que fuese tomada como una mercancía que se depreciaría por el maltrato, pero algo en ese nítido recuerdo hacía que dudara de los argumentos de su amo. Algo que nadie más que una persona capaz de leer a los demás podía ver y Ashanti estaba segura de lo que esos ojos negros delataron por unos breves segundos: *un atisbo de misericordia y dolor*. Revelación que le provocaba un mar de preguntas sin respuestas, aunado a un conflicto con su pensar respecto a los blancos.

«*¡Ya sosiégate!, sea po´lo que sea te salvó*», se dijo preparándose para iniciar el día de lavado de ropa en el río que cruzaba la propiedad.

Si bien era un trabajo muy pesado, la negra estaba ansiosa de apurarse a terminar la faena y así ganar un tiempo para ella y poder disfrutar de la frescura del agua. Así que con entusiasmo tomó un bulto de ropa y salió con las demás mujeres vigiladas por los guardias para evitar que se escaparan.

Habiendo pasado unas horas, las esclavas seguían lavando la ropa sobre las piedras sin dejar de cantar. Ashanti, siendo muy lista, aprovechó la distracción por parte un guardia y se escabulló a una zona bien oculta para poder refrescarse el cuerpo completo. La mulata de sonrisa perlada sintiéndose libre se despojó de sus ropas quedando en camisola para sumergirse en la estruendosa corriente.

La joven nadaba placida como si el tiempo no existiera en su pequeño esparcimiento sin saber que alguien la miraba con lascivia. El degenerado de Dagger se relamía los labios saboreando con extrema excitación el espectáculo que le ofrecía la esclava casi desnuda.

«*De esta no se salva esa negra descarada*», pensó repasando la contorneada figura que emergía en las orillas de esas aguas.

Era tanta la intensidad de ese deseo enfermizo que Ashanti lo percibió en forma de una sensación estremecedora por todo su cuerpo anunciando peligro y al voltear lo vio aproximándose a ella. De inmediato su corazón incrementó el ritmo, pues eran evidentes las intenciones del Demonio blanco. Asustada intentó escapar, pero el ágil capataz la tomó de los cabellos atrayéndola hacia sí para empotrarla contra una enorme roca por lo que comenzó a gritar pidiendo ayuda.

—Es inútil que lo hagas, el caudal del río opacará cualquier berrido que emitas —dijo aspirando el aroma del cuello de Ashanti provocándole a esta asco al sentir el nauseabundo aliento olor a tabaco—. Y créeme que te voy a hacer plañir igual que a tu madre cuando te haga mía —amenazó abriéndole la camisola desnudando esa piel color bronce incitándolo a devorar los pechos expuestos—. Cómo me la recuerdas, estaba igual de apetecible la condenada.

—¡Déjeme, maldito Demonio! —ordenó la mulata sintiendo horror al pensar en su madre en la misma situación: *sufriendo el asco de tener esas manos y boca sobre su cuerpo*.

Ya no podía soportar más el contacto de ese animal, como si cada roce la contaminara por lo que luchaba para liberarse de su atacante y no dejaba de gritar esperando ser oída. Por desgracia fue acallada por esa boca rasposa que atacaba sus labios. Mientras él disfrutaba de tan atroz acto la pobre Ashanti se sentía morir y el roce áspero de esas viejas manos le revolvía el estómago. Su espíritu indomable no le permitía darse por vencida y con todas sus fuerzas lo mordió causándole el suficiente daño como para que se separara de ella.

Semidesnuda quiso huir, sin embargo, el Demonio blanco fue más rápido al tirarla al suelo donde la atrapó con su peso para seguir besando su piel. Dagger la mordía enloquecido por la lujuria que el cuerpo de la joven le provocaba, quería tomar lo que tanto deseaba hundiéndose en sus carnes y oír sus gritos de resistencia cada vez que la embistiera. Era lo que más le gustaba de las negras, eran *rejegas*[4] y su lucha le hacía más placentera la experiencia al libidinoso capataz.

Ashanti lloraba pensando que correría la misma suerte que las demás esclavas, mas ella no se rendiría, le haría saber lo que una mujer embravecida podía lograr.

«El Demonio blanco no saldrá bien libra´o de esta». Fueron los pensamientos de la joven entregándose a su espíritu de lucha, ese que sus ancestros le heredaron.

Río arriba, William se encontraba arreglando los últimos detalles del acueducto que serviría para irrigar la nueva plantación de tabaco. Daba las expresas instrucciones a sus esclavos entre ellos Robert, cuando de repente algo parecido a un grito llamó su atención. Era tan

efímero que, por un momento, pensó que era un lobo aullando a lo lejos y cuando volvió a escucharlo, con claridad distinguió la palabra auxilio.

«*Alguien está en peligro*», pensó arreando su caballo y corrió a todo galope en la dirección que su instinto le indicaba seguido de su gente a pie.

Los gritos persistían y casi al llegar a las orillas del río, mucho antes que todos, corroboró algunos rumores que escuchó entre los negros: *su capataz atacando a una esclava*. Jamás creyó que fueran reales hasta que lo vio como un lobo rapaz devorando con vehemencia a su presa. William, como todo un caballero, no podía permitir esa falta aunque la mujer fuera una negra, su código no hacía diferencia en razas.

Decidió intervenir justo cuando el asco se convirtió en ira al ver quién era la desdichada, por lo que sin frenar desmontó de su caballo con agilidad.

—¡Dagger, suéltala! —ordenó con gran ira apuntando su arma hacia el capataz con la firme convicción de que un ser como ese no merecía ni siquiera llamarse hombre—. Ashanti, levántate y ven conmigo —continuó sin dejar de apuntar y agradeciendo en su interior el haber llegado antes de que el daño fuera irreparable.

El perpetrador seguía sin despegar su pesado cuerpo de la mulata que estaba aterrada, por lo que la ira desmedida que le causaba tal desacato estaba dominando a William.

». Libérela o juro por Dios santísimo que no tendré piedad —amenazó dispuesto a hacer efectiva su promesa aun en frente de los esclavos que iban llegando, así que con firmeza disparó hacia el suelo como advertencia. Por lo que Dagger, sorprendido, levantó las manos dejando a la esclava libre.

—No me trate como una escoria cuando esa sucia negra desde hace días se me ha insinuado y uno no es de piedra —reviró Dagger sintiendo tragar bilis al ver a su presa partir muy obediente a su amo.

Ashanti, a pesar de su semidesnudez, no tuvo pudor y se colocó a espaldas de su salvador. En ese momento no existió nadie más que él, quien al sentirla tras de sí tuvo la seguridad de que había cumplido su cometido. Él, sintiéndose victorioso, miró con suficiencia al derrotado capataz lo que enfureció aún más a Dagger, tanto que se hizo evidente en forma de una mueca cual perro salvaje arrugando más su arañado rostro.

Odiaba que un adinerado con aires de grandeza le privara de satisfacer sus necesidades carnales cuando él se merecía poseer a quien quisiera. Si se le antojaba esa negra la tendría tarde o temprano, así que confiando en su pericia con las armas de fuego, en segundos desenfundó y disparó. William, anticipado a su oponente, lo hizo directo al pecho de ese monstruo arrebatándole la vida al instante.

«*Haber acabado con esa escoria fue lo mejor. No solo por Ashanti, sino por la infinidad de mujeres de las que abusó en toda su asquerosa vida*», pensó el Conde orgulloso de sus actos sin importarle siquiera la herida en el brazo que la bala de Dagger le causó.

No era relevante cuando a sus espaldas el temblor del delicado cuerpo de esa joven de mirada angustiada anunciaba una alta necesidad de consuelo. Así que sin importar los testigos, la tomó entre sus brazos para darle seguridad provocando en ambos un estimulante estremecimiento con el roce de sus pieles. En otras instancias ella hubiera renegado de ese contacto, pero era tal su necesidad de sentirse protegida que cedió ante el cálido abrazo que se convirtió en su único refugio. Ningún blanco la había tratado así y mucho menos haberla salvado ya dos veces.

—Gracias, amo. Si uste´no hubiera llega´o él… —alcanzó a decir Ashanti antes de perderse en un mar de llanto acurrucándose en ese pecho fornido que para ella albergaba el corazón más generoso que hubiese poseído un blanco.

William, reconociendo el estado de angustia de su esclava no dejó de prodigarle seguridad en su abrazo dándole la tranquilidad que necesitaba. Pese al llanto, había confianza y nada de incomodidad como si en el pasado lo hubiesen hecho. Y no se equivocaban, de niños esa era su posición favorita cuando Caly les narraba las historias de su pueblo. Ninguno lo recordaba y aun así, de forma inconsciente William, comenzó a acariciarle con delicadeza la espalda cubierta de cicatrices, como cuando la consolaba de pequeña.

En total silencio siguieron unidos sin preguntarse si era correcto tan íntimo y placentero contacto. Amo y esclava eran ajenos al dolor que estaban causando, pues Robert los observaba deseoso de separarlos, pero su condición de esclavo una vez más lo maniataba. Ver a su negra sujeta a ese blanco en tan íntimo abrazo era una puñalada en su corazón. Fue como si para ella no existiera ningún refugio más que ese blanco.

Él era consciente del suplicio al que se vio sometida con el degenerado de Dagger y le agradecía a William el haberla liberado. Pero no aceptaba el atrevimiento que este se tomaba tocado de una manera tan íntima a su mulata. Le revolvía el estómago ver los senos desnudos de su mujer pegados al pecho de ese blanco que le acariciaba la piel de la espalda en total comunión con ella.

«*Ese ha logrado má´que yo que soy su hombre*», pensó sintiendo envidia de esas manos sobre esa piel, de esos labios posándose en esa coronilla, de esos brazos protegiéndola, pero sobre todo sentía envidia de no haber sido él quien la salvara y le prodigara consuelo.

* * * *

Para sorpresa de muchos en *Saint Helen*, una partida de negros llegó

cargando el cuerpo del que fuera su verdugo. Pero no fue tan impactante como ver llegar Ashanti montada a caballo abrazada al amo, como si en ese momento fuese su única ancla para no desmayarse. De inmediato captaron toda la atención pues jamás habían visto que un terrateniente dejase que un esclavo le sujetara de esa forma. Nadie veía más allá de lo evidente, ni se percataban de que ella tenía la mirada perdida a causa de que las imágenes de lo ocurrido corrían por su mente.

Tan absorta estaba que no reaccionó hasta que con gentileza William desenlazó de la estrecha cintura sus manos. Sin su abrazo ella tuvo la sensación de que todo se oscurecía, era como si separarse de él le provocase un miedo incontrolable. No comprendía por qué solo en sus brazos se sentía protegida, así que apenada de haberse aferrado a él como si fuera su único refugio, regresó a la realidad consciente de que no podía depender de la protección de un blanco para estar bien.

En cuanto levantó la mirada se vio rodeada de muchos ojos expectantes, entre ellos los de Robert, seguía sin entender por qué su negra prefirió al amo. Así que, aún temblorosa, se desprendió de William y bajó del imponente animal ayudada por los esclavos que los acompañaban. Sus piernas casi no tenían fuerza, era como si esa amarga experiencia se la hubiera arrebatado y a pesar de sus esfuerzos la oscuridad la dominó en brazos de Robert.

—Llévenla al cuarto de servicio, que no reanude sus labores hasta que se recupere por completo —ordenó Lord Lancaster dirigiéndose hacia la puerta de la mansión donde lo esperaba su madre desplegando su posición con altivez acompañada de Laurie.

Ver la mirada inquisitiva de Lady Scarlett fue suficiente para entender que tendría que rendirle cuentas de la impulsiva decisión de hacer justicia por su propia mano. Lo cual sería un tanto complicado cuando era evidente la molestia que el revuelo de los esclavos le causó al interrumpir su tan apreciado descanso.

—Si no los controlas voy a llamar a Dagger para que lo haga y no me importa si la mercancía se daña —amenazó altiva mirando de soslayo a su hijo sin percatarse siquiera de su atuendo empapado. La altiva dama quería imponer su autoridad como era costumbre.

—Le recuerdo, Madre, que yo soy quién da las órdenes en esta hacienda —puntualizó mirándola con fijeza.

En esos momentos no toleraba sus exigencias y el simple hecho de haber matado a un hombre lo tenía algo alterado, aunque haya sido en defensa propia.

». Y no se moleste en llamarlo, él está muerto —concluyó con frialdad. Tanta que le causó escalofríos a su progenitora.

La asustada mujer se preguntaba qué había pasado, pero la mirada de William la dejó muda. Era tan intensa y sólida que pareciera que

una oscuridad nunca antes vista la dominaba: *como si en su interior se hubiera muerto alguna parte de él*. Y no erraba, al matar a Dagger la percepción que tenía de sí mismo cambió por completo. Pese haber sido educado en las armas como todo caballero, jamás había derramado sangre, y el haberlo hecho era algo que tenía que asimilar y aceptar. Lady Scarlett lo intuía y sin hacer preguntas la respuesta le llegó de inmediato, alarmándola aún más.

—¿Tú? ¿Cómo osaste? —reclamó alarmada.

—Fue en defensa propia por si no se ha dado cuenta, Madre —reviró señalando la superficial herida del brazo, de la cual su progenitora no se había percatado.

Esa evidencia era justificación suficiente, pero Lady Lancaster no comprendía qué habría causado un enfrentamiento de esa magnitud. «*¿Qué provocó que mi hijo, amante de la paz, acabara con la vida de alguien*?». Estaba por encararlo cuando la respuesta pasó ante sus ojos: *la esclava por la que su vástago desafió su autoridad*. Verla inconsciente en brazos de Robert fue como si una epifanía le llegase de inmediato y el horror se vio reflejado en su rostro. No concebía la idea de que su hijo manchara sus manos por una negra.

Lady Scarlett sabía de sus inclinaciones y de su corazón débil por los empleados, pero nunca creyó que lo llevarían a tales actos. Años de educación tirados a la basura, ya que era evidente que los métodos que utilizaron no habían sido efectivos para evitar que se arriesgara como cuando trató de salvar a una niña esclava en esa misma hacienda. Los acontecimientos recientes eran evidencia de que, una vez más, esa debilidad había roto las barreras.

William se percató de las cavilaciones de su madre, la expresión en su rostro la delataba por lo que se apartó de su presencia antes de que siguiera cuestionándolo. Él era todo un hombre y no tenía la obligación de dar explicaciones innecesarias cuando lo único que necesitaba era estar solo y poner en orden sus pensamientos.

—¡William, no me mientas! —espetó la controladora mujer persiguiéndolo por la amplia estancia—. Sé que fue por esa esclava inútil, ¿acaso te gusta? —inquirió con horror pensando que esta vez los afectos de su hijo podrían haber llegado demasiado lejos.

—¡No diga tonterías, Madre!, —La encaró con furia tensando la mandíbula y controlando su carácter para no faltar al respeto a una dama.

«*Su imaginación ha llegado muy lejos, ¿cómo puede siquiera pensar que sienta atracción por una esclava*?».

Podría decir la verdad para evitar esos malentendidos, pero sabía de sobra que su madre nunca comprendería los motivos por los que lo hizo y mucho menos sería de su agrado si se enterara. Su endurecido corazón no la dejaría entender que no importa el color de piel para

ayudar a otro ser humano. Sin embargo, tenía que decirle algo que quitara esas vanas ideas de su mente.

». La única explicación que le daré es que ese cerdo se lo merecía por dañar mi propiedad —concluyó conteniendo la ira al recordar cómo lo encontró sobre Ashanti; y se retiró dejando a la mujer que le dio la vida sin palabras en medio de la estancia.

6

Las nubes oscuras anunciaban las primeras lluvias del temporal que amenazaba con azotar el techo desvencijado de una pequeña cabaña que colindaba con *Saint Helen*. En su interior una mujer de mediana edad llamada Amélie Dagger preparaba la cena en el rustico fogón, su precaria salud hacía más difícil las labores diarias. La pobre no era consciente de que tantos años de cocinar con leña y la humedad de la cabaña ya le habían causado estragos en los pulmones. Pero no era la única víctima, también sus gemelas Susan y Juliet. Las hermosas rubias, a sus escasos dieciséis años de vida, comenzaban con esa tos que pareciera no tener fin.

Las tres, afanadas en sus labores, esperaban a que como cada semana los hombres de la casa llegaran de su jornada en *Saint Helen*. Siendo mujeres en una sociedad patriarcal, estaban habituadas a pasar sus días dedicadas solo las labores del hogar sin vida social, mientras los varones traían el pan a la mesa. Así había sido desde mucho antes de nacer y es por ello que no rechistaban en su tarea y menos cuando la economía no les dejaba tener los lujos que solo los encumbrados y los que tenían sus pequeños negocios podían darse.

—Madre, retírese del fogón —pidió Juliet sentándola en cama, pues una fuerte crisis de tos la estaba atacando—. Susan, saca ese guiso del fuego antes de que se queme —ordenó a su gemela que parecía no apoyarla, esos ojos oliva herencia de su abuela paterna lo evidenciaban—. Tómese el remedio que el curandero le ha dado —sugirió con devoción acercándole la cuchara que contenía ese líquido amargo que las tres tomaban.

Amélie lo había bebido durante años sin poder curarse y, aunque sabía que esa tarde no sería la excepción, lo bebió ya que al menos aminoraría esa tos tan fuerte que le atacaba. Hacía mucho ya había perdido toda esperanza y era consciente de que se agravaría cada vez más, sobre todo cuando ya no pudieran costear tan caro medicamento.

Su salud era lo que menos le preocupaba, sino ver que sus gemelas

comenzaban a caminar la misma senda. Para ellas quería lo mejor y su sueño siempre había sido que algún día se casasen y salieran de esa vida de carencias. Aunque no se lo dijeran, era evidente que como cualquier jovencita de su edad soñaban con casarse y formar una familia, por desgracia ni para una dote decente tenían.

Lo cual era lo mejor, no quería que sus hijas se relacionaran con nadie para que no oyeran lo que se decía de su padre. En los últimos años su predilección por las negras y esa mala fama de Demonio Blanco había aumentado y sería un duro golpe para ellas enterarse. A pesar de no recibir mucho amor de su parte, lo tenían en un altar.

«¿Por qué tuve que crearles una imagen falsa de él?», pensaba arrepentida Mrs. Dagger.

Durante años les hizo creer que Mason Dagger era un hombre muy diferente a lo que era en realidad para que por lo menos sintieran que contaban con una familia unida. Que disfrutaran de su compañía las pocas horas que lo veían, pues había semanas que no las visitaba a pesar de la cercanía de la hacienda. Sus hijas, sumergidas en ese engaño, nunca descubrieron al hombre rudo y mal encarado que era en verdad. Ella les había mostrado a ese hombre enamorado, audaz y caballeroso que fue en su juventud del cual se enamoró.

Por toda esa sarta de mentiras debía de disuadirlas de su realidad: *desde hacía tiempo el único que procuraba por ellas era su hijo Alexander.* Su esposo aun siendo el capataz de *Saint Helen* no aportaba nada, todo lo gastaba en mozas y alcohol. Era como si fuesen un estorbo para él y eso la hería pues a pesar de su mal genio ella lo amaba.

«*Nunca he dejado de hacerlo*», pensó con pesar cuando se escuchó el relinchar de unos caballos que creyó anunciaban la llegada de los varones de su hogar.

Con emoción, las gemelas salieron seguidas de su madre, pero lo que vieron les destrozó el alma, arrancándoles gritos de dolor: *una fina carroza fúnebre estaba en la entrada.* Por unos segundos, Amélie se quedó petrificada llegando a pensar que se habían equivocado de casa. Sin embargo, al ver a los esclavos de *Saint Helen* su corazón se aceleró y con desesperación comenzó a buscar entre los rostros a su amado hijo. Temía que en ese oscuro carruaje reposara su helado cuerpo. En cuanto lo vio cargando el ataúd sintió un gran alivio, mas este se desvaneció al comprender quién era el difunto y el dolor la embargó al igual que a sus hijas desbordándose en llanto.

—¡No, dime que no es cierto! —gritó abalanzándose sobre la caja con tal fuerza que desequilibró a los negros y a su hijo, quien ocultaba lo mucho que le afectaba la pérdida.

El joven, a pesar de saber quién era en realidad su padre, le tenía admiración y cariño. Para él no había nadie que le igualara en hacerse respetar. Todo lo que sabía se lo debía a él, una de sus enseñanzas fue

que solo los débiles lloraban, y estaba dispuesto a no fallarle. Sería fuerte delante de todos, únicamente todo para poder ser el soporte de su madre y hermanas. Sobre todo ahora que a sus cortos diecinueve años se había convertido en la cabeza de esas mujeres por las que daría todo.

—Lo siento mucho, Madre, —susurro al oído de la mujer abrazándola y sus hermanas se sumaron en ese dolor.

—¿Cómo murió? —inquirió Susan, mas ninguno de los esclavos presentes le contestó.

El cruce de miradas entre todos evidenciaba algo muy oscuro, era como si decir la verdad estuviera prohibido. Alexander, ajeno a los hechos en el río, se percató del secretismo y tomó su revólver apuntando a uno de los negros para hacerlo confesar. Ya era bastante extraño que ni siquiera haya podido ver a su padre, cuando llegó de las faenas del campo, no hacía mucho, el ataúd ya estaba sellado de camino a su hogar.

—¡Juro que si no hablas ahora mismo te vuelo la cabeza! —amenazó sorprendiendo a su familia que nunca lo había visto actuar de esa forma. Se veía decidido a cumplir esa amenaza y su aspecto fiero era de temer, sobre todo por la ira que se reflejaba en el azul de sus ojos tornándolos fríos.

—Fue el amo Lancaster, él lo aju´tició allá en el río —dijo temblando y esperando que su vida dejase de ser amenazada—. ¡Le juro que así fue!

—¡Maldito asesino! —espetó con dolor el joven vástago tratando de controlarse para no dar más espectáculos ante su madre y hermanas.

—¡No puede ser!, ¿por qué lo hizo?, —alegó Juliet confundida y llorando sobre el ataúd.

—El difunto intentó matarlo po´una esclava, pero el amo fue más rapi´o.

Oír tal acusación fue devastador para Amélie, le dolía que sus pobres hijas se enterasen de algo tan horrible en ese momento. Sabía que era un golpe muy duro para ellas pues entre gritos renegaban de lo oído: *ya que era más doloroso que su muerte*. Las gemelas no podían creer lo que acababan de oír: *¿Su padre, queriendo matar a otro por una negra?* Para ellas él era un hombre honrado y sin malicia.

«*Mis pobres muchachas, no quiero pensar qué sucederá si se enteran de toda la maldad de su padre*», tal pensamiento le hacía ratificar su decisión de alejarlas de la sociedad que las rodeaba. Sin embargo, ya era demasiado tarde, con tan reveladora acusación las preguntas llegarían y tendría que estar preparada para responderlas. «*Dios, dame fuerza para hacerlo*», clamó en su interior abrazando a sus hijas quienes lloraban desconsoladas.

Y así, esa noche, el Demonio blanco fue velado en total soledad en

esa cabaña donde el dolor reinaba junto con la decepción y el deseo de venganza. Alexander Dagger sentía la necesidad de hacer justicia y no tardaría en poner manos a la obra y sacar provecho. Si era astuto, William Lancaster no saldría bien librado de su crimen, y lo haría pagar con creces la muerte de su padre así fuera lo último que hiciera.

«*No me dejaré intimidar por la posición social de ese Lord que por su dinero se cree de moral impecable cuando es un asesino*».

* * * *

Al amanecer William cabalgaba de regreso a *Saint Helen* tras pasar la noche en la humilde morada del reverendo Dennson. El motivo de buscarlo fue que, tras haber pasado tiempo a solas meditando sobre lo ocurrido con Dagger, no logró sosegarse a pesar de saber que había hecho lo justo. Enterarse de que ese degenerado tenía familia le dificultó todo, despertando en él la imperiosa necesidad de descargar sus culpas.

Quería entender si había errado actuando movido por la ira o si cualquier otro en su lugar haría lo mismo. La culpa lo carcomía porque no solo había sesgado una vida, sino que privó a una familia de un padre y él sabía muy bien el dolor que eso representaba: *un padre siempre sería un padre sin importar sus fallas.* Por fortuna, hablar con su ahora amigo fue liberador, sobre todo esas palabras llenas de la paz que necesitaba, esas que seguían frescas en su memoria:

«*—Lord Lancaster, muchas veces el altísimo nos usa de la forma menos esperada. Así que tenga por seguro que si él lo puso en el camino de esa muchacha fue para usarlo como instrumento de justicia —Esa afirmación traía aún más preguntas en el interior de William: ¿Acaso él no había pecado trasgrediendo uno de los mandatos de su Dios? ¿Por qué en él la muerte de un hombre debería ser tratada de diferente forma?», estaba a punto de formularlas pero Timothy se adelantó a contestarlas:*

». Debe entender que usted ha matado en defensa propia y no como acto premeditado.

Él entendía eso a la perfección así como todo lo que lo movió al dejarse llevar por la ira al ver a Dagger sobre Ashanti. Pero lo que lo hacía culparse en verdad era lo que sintió cuando mató a ese cerdo, ese gozo que superó toda su moralidad. La culpa era evidente en su mirada por lo que el reverendo una vez más se adelantó a decir:

». Nuestra carnalidad siempre gozará del pecado, Lord William. Mas nuestro espíritu es incorruptible cuando le pertenece a Dios. Y la prueba está en que usted tiene el alma amedrentada al reconocer ese pecado que no piensa repetir».

Bastaron esas palabras para que William comprendiera que la maldad no fue lo que lo dominó, sino el deseo de justicia y de sobrevivir bajo la amenaza de muerte. Pues si Dagger no hubiera intentado dispararle las cosas serían muy diferentes.

Se encontraba a mitad de camino cuando se topó con un piquete de soldados provenientes de la legislación, quienes al verlo lo identificaron de inmediato. Acto muy común cuando se pertenece a la clase alta. Eran los privilegios de su poder y alcurnia, estuviese donde estuviese.

—Lord William Lancaster, queda usted detenido por el asesinato de Mason Dagger —anunció el soldado de mayor rango con documento en mano tomando por sorpresa al aludido, quien deseó haber pasado desapercibido para esos hombres.

Le superaban en número y se veía que estaban dispuestos a cumplir las órdenes sin importarles su prestigio, por lo que cualquier oportunidad de escapar era nula. Así que no se resistió y se dejó guiar para esclarecer la situación y para ello haría uso de sus testigos: *evidencia que lo eximiría del cargo*. Aun así necesitaba un buen argumento para limpiar su nombre en esa nación de ciudadanos libres donde los títulos que ostentaba y ni la protección de su joven Reina le serviría.

Era obvio quién lo había acusado: *Alexander Dagger*, de quién se enteró por medio de sus esclavos a pocas horas del suceso. Aunque no le conocía, esperaba encontrarlo en el interior del edificio que aparentaba ser ostentoso. Con la frente en alto entró topándose de inmediato con quienes identificó como la familia de Dagger: *el parecido del muchacho era asombroso*. Este lo miraba de una forma altiva y retadora evidenciando su deseo de hacer justicia por el monstruo que tenía por padre.

Las mujeres que lo acompañaban vestidas de negro tenían una actitud menos agresiva, la desolada viuda no demostraba rencor hacia su persona, solo tenía la mirada perdida y la irritación de sus ojos denotaba los rastros del llanto. El par de jovencitas, idénticas cual gotas de rocío, lo miraban de soslayo como si no pudieran ver de frente al asesino de su padre. Cosa que no le asombró a William, era lógico que así lo consideraran cuando no tenían ni idea de lo ocurrido.

«*Es evidente que no conocen las andanzas de ese pervertido, o de lo contrario no se expondrían a ser humillados con la devastadora verdad que aquí se revelará*», pensó sin inmutarse.

La larga charla con el reverendo le había servido para mantenerse ecuánime ante esa situación, que estaba seguro pronto llegaría a oídos de su madre gracias a la comunicativa sociedad. No por nada se habían quedado observándolo con asombro al ser escoltado por los militares como cualquier criminal. Acción que comenzó con los primeros murmureos desaprobando y cuestionando el porqué de su captura. Al ser la noticia del momento, los más encumbrados ciudadanos no quisieron perder detalle de la vergüenza que aseguraban caería sobre esa familia inglesa de alto renombre.

«Malditos hipócritas, se atreven a tachar y a señalar con saña a cualquiera que es culpado cuando ellos mismos cometen actos más inmorales en las sombras para mantener las apariencias de una vida recta», pensó William avergonzándose de su clase que lo condenaba entre miradas.

Era ya entrada la tarde cuando la audiencia trascurría entre acusaciones que el mismo William rebatía alegando que actuó en defensa propia. La herida del brazo y el testimonio de sus guardias eran evidencia suficiente como para no mencionar el altercado con su esclava. Para los presentes sería un crimen matar a un blanco por culpa de un animal, así considerarían a Ashanti. Aunque le doliera al joven Lancaster ese sería el criterio de aquellos que se creían superiores, por lo que sería culpable ante sus ojos.

Por fortuna, su argumento se reforzaba con los precedentes de Dagger, aquellos que revelaban ese lado oscuro que Amélie les ocultó a sus gemelas, causándoles aún más dolor. Simplemente no podían comprender que su padre fuese ese monstruo del que hablaban. Las palabras cruzadas cual balas en la guerra eran en verdad hirientes, pero eso no detenía los constantes ataques de Alexander, poniendo en evidencia su deseo de hundir a William. Lo que le daba la impresión al inglés de que hiciera lo que hiciera jamás estaría saldada su deuda con él.

—¡Silencio! —sentenció el alto mandatario a cargo de ese juzgado, calmando los cuchicheos que no dejaban de hacer bullicio—. Habiendo evaluado las pruebas y basándonos en la moral intachable de Lord Lancaster y el buen nombre de su familia, dictamino su inocencia —Los ánimos en la sala se caldearon y las protestas de Alexander se hicieron notar poniendo en tela de juicio el veredicto. Para él era evidente que el dinero y la posición del aristócrata valieron más que la vida de su padre—. ¡Silencio! —Volvió a demandar el hombre—. No obstante declaro que en compensación a los demandantes, Lord William Lancaster se verá obligado a cuidar de las señoritas Dagger hasta que les encuentre esposo.

El cuchicheo de asombro se hizo notar, nadie se esperaba tal imposición la cual tuvo diferente efecto en cada uno de los involucrados.

—¡¿Cómo pueden obligarlas a vivir con el asesino de nuestro padre?, eso es una burla! —Alexander espetó con coraje sintiendo que era una humillación para su familia. A él no le importaban los muchos beneficios económicos que esa decisión les trajera, él quería justicia y esa era ver hundido a Lord Lancaster.

—El fallo está dado y si no se atiene a cumplir mi palabra lo acusaré de desacato —dijo el magistrado poniendo fin al alegato y se retiró entre los murmullos de los presentes, dejando a los involucrados

asimilando los cambios que su decreto traería a sus vidas.

William, lo vio como algo justo, además le ayudaría a resarcirse por haberlas dejado desamparadas. Aunque estaba seguro de que no sería del agrado de su madre, quien las vería como un estorbo por el simple hecho de no pertenecer a su clase. Lo cual no le preocupaba, ya encontraría la forma de arreglar ese asunto. Por otra parte, las gemelas estaban aturdidas por todo lo descubierto, pero sobre todo temerosas de su suerte.

Susan, quien era de un carácter aguerrido, ardía en coraje. Pese a la oscura revelación de su progenitor, para ella, William seguía siendo su asesino, sin embargo no rechistó, como mujer no lo tenía permitido. Juliet, la más tímida de las dos; se moría de vergüenza por ser la hija de un ser tan vil, eso y por sentirse una carga impuesta al caballero. Hasta llegó a pensar que tal vez la usarían como empleada, lo que sería más digno que ser una arrimada en esa casa de ricos.

Pese a las incomodidades de su nueva situación, cada una trataba de ver las ventajas de esta, si todo salía bien. Juliet, aficionada a construirse sueños aun despierta, se visualizaba acompañada de Alexander rumbo al altar en una sencilla ceremonia donde la esperaba el hombre ideal. Uno como en las tantas novelas románticas de las que había oído hablar. Mientras que Susan, movida por su ambición, se idealizaba refinada y ostentosa; rodeada de lujos y sirvientes que la atendieran a ella y a su futuro esposo: *un caballero de la talla de su ahora protector.*

Era increíble cómo dos personas idénticas en el físico eran tan diferentes en sus personalidades y manera de ver la vida. En cambio para Amélie Dagger, aunque era doloroso separarse de ellas, tenía la esperanza de que tuvieran una buena oportunidad para salir de su vida llena de carencias. Tal vez bajo el amparo de ese Lord su salud mejoraría ahora que la enfermedad apenas empezaba. Mas lo que tenía en verdad abrumada a la pobre mujer era pensar que, ahora que sus hijas sabían la verdad, la culpasen o la odiasen por ocultársela al querer evitarles ese trago amargo.

«*Dios no quiero perderlas»* pensó mirando al gallardo hombre que se acercaba hacia ellos para robarle a la luz de sus ojos. En ese instante quiso tener más tiempo para poder hablar con ellas y explicarles por qué lo hizo.

—Sé que no es lo que esperaba, Mrs. Dagger, pero tenga por seguro que velaré por su bien —dijo con cortesía William indicando a las jóvenes irse con él en el carruaje que acababa de alquilar—. Cuando las cosas se calmen, búsqueme para asignarlo al puesto que ocupaba su padre —concluyó con firmeza dirigiéndose a Alexander, el cual se tensó y tras una caballerosa reverencia hacia la viuda Lord Lancaster salió dejándola con el alma en un hilo despidiéndose de sus hijas de la

forma más triste, como si nunca las volviese a ver.
Tras un pesado día, al anochecer, llegó a *Saint Helen* en compañía de las gemelas, aunque nadie las conocía era evidente que no pertenecían a su estatus, lo que causó expectación entre los esclavos. Mas se limitaron a guardar silencio pues no eran quienes para cuestionar su presencia, pobres o no, ellas eran blancas y eso era suficiente para demostrar que eran más que ellos. No así Lady Lancaster, que en cuanto se enteró de que su hijo había regresado bajó a su encuentro y no como una madre preocupada, sino más bien decidida a encararlo.

—¡¿Eres consciente de la gran humillación que ha sufrido nuestro apellido?! —increpó sin miramientos al que empezaba a considerar un eslabón débil en su linaje.

Lo pensó desde que sus empleados fueron llamados para ser testigos en un juicio donde su hijo sería juzgado como cualquier pelagatos. Se sentía humillada en ese país, en el que ni sus títulos servían para poner en su lugar a la gente vulgar carente de clase que sometió a su vástago al escarnio público acusándolo de ese crimen.

—Madre, no estoy para sermones y mucho menos le permito que me trate como a un crio de diez años —La frenó William con autoridad cansado de sus reclamos.

—Durante siglos ser un Lancaster ha sido sinónimo de moralidad y orgullo —arremetió queriendo imponerse—. Pero ahora por tu culpa se ha degradado y… —Detuvo su alegato al notar al par de jovencitas cruzando la puerta, percatándose por sus ropas de que no eran más que unas mocosas muertas de hambre—. ¿Qué significa esto? —exigió barriéndolas con la mirada.

Para las gemelas era evidente que no eran bien recibidas en esa casa; el comportamiento de Lady Lancaster se los confirmaba. Aun así estaban decididas a seguir el último concejo de su madre: *no desistir y aprovechar la oportunidad para encontrar marido*.

—Ellas son las señoritas Juliet y Susan Dagger —presentó el inglés con caballerosidad a las aludidas, quienes en silencio solo hicieron una reverencia ante tan fina dama que las miraba con desdén—. Y de ahora en adelante vivirán bajo mi protección hasta que las pidan en matrimonio —Tal revelación casi le provoca un desmayo a su progenitora.

—¿Acaso somos las hermanas de la caridad? —cuestionó en un susurro la inconforme mujer—. Deshazte de esas chiquillas de inmediato —protestó sin perder la delicadeza en sus modales pese a la bochornosa situación, lo que sorprendía a las aludidas.

Ellas estudiaban sus movimientos con detenimiento, pues era realmente atrayente ver tanta elegancia en esa mujer. Ni su progenitora, que siempre había demostrado ser educada, se veía con ese garbo. Dicha impresión despertó el deseo profundo de aprender

cada lección que ella les diera, pues sabían que eso les serviría para incursionar en la sociedad.

—No, así que le ordeno que las eduque cómo es debido —decretó William con firmeza alejando a su progenitora de las jóvenes para que no le oyeran—, y no acepto un no por respuesta —se anticipó al ver que su madre pretextaría de nuevo.

Lady Scarlett sentía que perdería los estribos al ver en la mirada y postura de su hijo esa autoridad que la subyugaba. No podía creer que la rebajase a ser la encargada de cuidarlas y educarlas como si fuera una nana. *¿Por qué una dama como ella debía estar al servicio de alguien?* eso la horrorizaba ya que era una labor denigrante. Tan solo de verlas se le hacían un caso perdido, según ella, para tener clase se debía nacer con esta. Mas no le quedaba otra opción que obedecer al Conde, lo que la hizo sentir degradada por primera vez en su vida.

—Cómo ordenes, pero te aseguro que ni mil años de enseñanzas bastarán para que se comporten como señoritas de alta cuna —reviró con disimulo sin que las gemelas la escuchasen.

William, cansado de discutir, se retiró dejándola temblando internamente por tal humillación. Ocultando toda evidencia de su enfado, Lady Scarlett les dio la cara a esas chicas que miraban asombradas el vestíbulo y, sin cruzar palabra con ellas, ordenó a Laurie prepararles la habitación de huéspedes. Aunque en el fondo hubiera querido relegarlas al cuarto de servicio.

«*Qué pálidas se ven*», pensó viéndolas partir criticando su aspecto enfermizo. «*Ya el galeno sabrá atender lo que tengan*», sopesó proponiéndose que sería lo primero que solucionaría para hacerlas atractivas a los ojos de los aspirantes que se interesasen.

Al amanecer, Ashanti junto con Peisha se preparaban para asear las recámaras, conscientes de que ese día sería trabajo doble decidieron empezar antes de lo acostumbrado. Así que con diligencia cada una tomó sus indumentos y se dirigió a la alcoba correspondiente. Era la primera vez que la joven mulata entraba a ese espacio tan personal de su amo, por lo que estaba nerviosa. Y más cuando fue inevitable que ese aroma tan masculino de madera, canela y especias inundara sus fosas nasales.

«*Todo huele igual al amo»,* pensó limpiando la mesita para después tender la enorme cama cubierta con sábanas color arena.

Estaba por terminar cuando un diario se cayó de la cómoda abriéndose de par en par y lo recogió quedando absorta con la ordenada y estilizada caligrafía que rasgaba el papel. Aunque no entendía lo que estaba escrito, sabía que era la letra de su amo, la reconocía de las cartas del despacho, por lo que por unos segundos deseó de saber el significado de esos trazos. Tal vez así pudiera conocer a ese misterioso hombre que se había empeñado en salvarla ya dos veces.

—¿Po´qué lo hizo? —susurró acariciando la página con la punta de sus dedos cuando de repente, un carraspeo ronco y profundo la hizo brincar del susto.

Apresurada giró sobre sí encontrándose con esos ojos negros que la escudriñaban con detenimiento. En un acto reflejo bajó la mirada sin poder evitar ver que su amo solo se encontraba envuelto en una delgada bata de baño que revelaba gran parte de su fornido pecho. La esclava quedó paralizada, sin saber si salir corriendo, cerrar los ojos o simplemente voltearse ya que nunca había visto a un hombre de su estatus en paños menores.

—Yo… yo… estaba —tartamudeó Ashanti sin poder quitar la vista de la piel expuesta. Tan blanca, limpia y sin marcas que hasta parecía irreal.

Esa visión le provocó el deseo de tocarlo y la sola idea la acaloró de una forma tal que hasta sintió el corazón en la boca. Al querer tocarse el pecho para tratar de detenerlo se percató del libro en sus manos, regresando a la realidad donde el miedo sustituyó toda sensación existente.

«*Tendré problemas si creé que leí e´to»,* pensó Ashanti sin poder ocultar el temor en su rostro. William, percatándose de ello, no comprendía por qué estaba tan asustada sí ya le había demostrado que no era el tipo de hombre que castigaba a sus esclavos. Hasta que vio la fuente su miedo entre esas manos temblorosas, lo supo.

». Se cayó y… yo… yo… po´favor, Amo, no me castigué. No vi na´a —se excusó ella con torpeza entregándole el libro de inmediato.

—Cálmate, te creo —dijo Lord Lancaster sin ningún atisbo de enojo en su gruesa voz a pesar de haber sido interrumpido en su aseo diario. Como si no le tomase importancia al hecho de estar casi desnudo frente a la mujer que durante toda la noche le robó el pensamiento por sobre sus nuevas responsabilidades con las Dagger.

Ashanti, sorprendida, levantó la mirada quedando hipnotizada por ese rostro enmarcado con los rubios mechones aún humedecidos. Nunca lo había visto tan relajado; la única imagen que tenía de ese semblante era fría y tensa. Por lo que ver su gesto cordial, como si estuviera dirigiéndose a otra persona y no a ella la sobrecogió. Esos ojos que evocaban un atisbo de satisfacción eran tan abrumadores que retomó su posición de esclava.

—¿Te gustaría aprender a leer? —cuestionó William seguro de haber encontrado por fin la manera de ayudarla y cumplir su promesa con Caly, lo cual era un alivio.

Había llegado a la conclusión de que darle la libertad sería la mejor manera de resarcir sus culpas, aunque fuese en contra de los estatutos. Sin embargo, de nada serviría si no le daba las herramientas para valerse por sí misma fuera de las labores del hogar. Ahora sabía cómo, la instruiría ayudándole a mejorar hasta esa dicción tan imperfecta. Con esas mejoras, tal vez cuando la liberara podría ganarse la vida con su conocimiento en alguna colonia de libertos, esas de las que había escuchado que existían al norte del país.

«*En cuanto esté lista me encargare de llevarla aunque sea a escondidas para asegurarme de haber cumplido*», pensó deseando que aceptase su propuesta.

—Sí, pa´saber qué dicen los libros —Ashanti respondió ocultando el deseo que la embargó hacía unos instantes: *conocer los secretos del hombre que tenía en frente.*

—Si tanto lo deseas puedo enseñarte y se dice «*para saber*» —la corrigió sin tapujos Lord Lancaster tomando por sorpresa a la mulata.

—Pero, Amo, eso no e´normal —argumentó—, su madre va a…

—No tiene por qué enterarse —la calló colocando su dedo índice sobre los carnosos labios, guiñándole el ojo en complicidad con la esperanza de convencerla.

Era lógico que ella tuviera miedo hacia su progenitora después de lo sucedido hacía unos días. Y la mulata no se equivocaba al temer, pues desde ese día Lady Scarlett y Laurie se habían convertido en sus enemigas juradas. La primera porque Ashanti le recordaba a la querida de su esposo y porque su autoridad fue pisoteada a causa de ella. Y la segunda porque tenía envidia de que el amo la defendiera, su secreta atracción sexual hacia él la hacía sentir celos por un hombre que no le pertenecía.

Ashanti, ajena al odio que provocaba, solo se preguntaba cuáles eran los motivos que impulsaban al amo a tratarla de esa manera. Mas en una vida donde las oportunidades para superarse eran nulas, no podía desaprovechar la que él le brindaba. Estaba segura de que leer le ayudaría a ganarse un dinero y de a poco comprar su libertad. Así que asintió, William, al ver que su plan se estaba concretando esbozó una sonrisa de satisfacción y la despachó con la promesa de hacerle saber cuándo y dónde podrían llevar a cabo sus clases secretas.

Ashanti salió de la recámara llena de ilusiones sumergida en una nube de esperanza, por lo que no notó a Laurie, quien se había convertido en su sombra a petición de su ama. Orden que la mezquina esclava no dudó en aceptar con tal de encontrar fallas que la hundieran. Por desgracia no había notado nada demasiado sospechoso como para acusarla: *ni siquiera esa sonrisa bobalicona que traía al salir de la recámara.*

—Tarde o temprano caerá esa *negra mandinga* y mi ama podrá estar en paz sin su asquerosa molestia —amenazó para sus adentros viéndola desaparecer por la puerta del gran salón.

* * * *

En el campo, Robert se encontraba trabajando sin hablar con nadie, estaba harto de que su gente, entre bromas, pusiera en duda el amor de Ashanti por él. Para ninguno fue grato verla adosada al amo, pero a nadie le dolió más que a él, aunque eso no lo hizo dudar de su negra. Sin embargo, seguía sin comprender por qué fue invisible cuando le tendió sus brazos para protegerla. En ese momento simplemente dejó de existir para ella y hasta que no se vio obligada a alejarse del amo, no se acordó de su existencia.

«Po´qué preferiste su calo´ al mío», pensaba invadido de celos rememorando la escena que lo lastimaba cual enjambre embravecido, igual que ese odio por William que crecía cada vez más.

Eso y las murmuraciones de los negros lo incitaban a demostrarles a todos los que osaran ver a Ashanti como mujer que ella era para él. Era tanto su deseo que estaba dispuesto a hacerla su mujer esa misma

noche en la *Bacanal* para que nadie volviera a dudar de su pertenencia. No harían falta ceremonias, la simple entrega carnal sería suficiente para considerarse uno parte del otro y para dejar constancia ante cualquiera de que la mujer le pertenecía.

—Nos uniremos pa´siempre —murmuró continuando con sus labores invadido por el anhelo de tan esperada entrega.

Estaba convencido de que con Ashanti sería muy diferente a cualquiera con las que estuvo solo por apagar sus ansias, pues nadie había atrapado su corazón como ella. Ninguna mujer le había despertado el deseo de ser exclusivo, y la verdad nunca se lo exigieron. Las mujeres en su vida siempre iban y venían de su lecho sin condiciones, y si regresaban era por la garantía del disfrute de sus cuerpos. En cambio con su mulata había algo más que le hacía sentir pertenencia mutua.

Al caer la noche, ya en la *bacanal* junto con algunos de sus hermanos de *Sant Helen* y de las demás plantaciones. El corazón le repiqueteaba y la ansiedad comenzaba a dominarlo porque Ashanti no llegaba. O eso pensaba pues en verdad se sentía como si fuera un inexperto pese a la fama de buen amante que le precedía. Sabía que no sería la primera vez con una mujer, mas sí la primera que se entregaría por algo más que placer. Esa negra iluminaba su vida en todos los aspectos desde que se convirtió en su razón de vivir aun en la esclavitud.

Veía llegar uno a uno de sus hermanos para disfrutar el festín, pero ninguno era su mujer. Estaba por ir a buscarla así tuviera que burlar a los guardias encabezados por Alexander Dagger, cuando de repente, vio esos ojos oliva tan refulgentes y sintió que la respiración le faltaba. Se veía tan linda con ese vestido color beige casi blanco que enmarcaba su curvilínea silueta y que a través de su discreto escote dejaba ver un poco de esa piel oscura que rogaba sus caricias, haciéndola para él la esclava más hermosa. Ni la flor que adornaba su oscura cabellera opacaba su belleza.

«Esta noche serás mi mujer y pa´nada nos separarán», pensaba Robert embelesado sintiendo un calor sofocante recorrer hasta la más mínima membrana de su ser.

Con el corazón desbocado la recibió rodeándola con sus fuertes brazos. Necesitaba darle seguridad en ellos y que ella los reconociera como su único refugio. Sobre todo, quería sentirla cerca y regocijarse en ese calor que se le había negado en los últimos días, volviéndolos fríos sin sus delicadas formas amoldándose a él. Las mismas que lo recibían con un entusiasmo imposible de ocultar.

Sentirla acurrucada en él le demostraba que su negra lo necesitaba tanto como él a ella. Así que dominado por esa sensación de plenitud la besó con premura gozándose en la cálida y húmeda caricia. Tan

deseada y ansiada como agua en un desierto. El deseo de probar sus mieles lo dominaba sintiendo tocar el cielo con el dulce sabor de su mulata. Y su corazón aceleraba el pulso con tan divina experiencia estremeciéndolo por competo.

La desenfrenada caricia invadió de emociones a ambos esclavos, aunque no de la misma forma: *él se sentía en el paraíso mientras que Ashanti estaba inundada por un temblor descomunal y helado que le recorría la columna*. El frenesí de su negro despertó una sensación similar a un latigazo que la hizo separarse de ese hombre que la miraba desconcertado, por lo que se excusó con lo primero que se le vino a la mente:

—Robert, no po´qué todos nos miran.

Él no dudó de su pretexto pues sabía que a pesar de ser valiente y rebelde, era pudorosa. El pudor de Ashanti era una de las cosas que le atraían, eso y que jamás había estado con ninguno, pero estaba decidido a cambiar eso en unas horas. Debía seducirla y convencerla de entregarse a él sin practicar el salto de la escoba que bien podría ser en un mes, por los preparativos que su gente haría. Ella debía sucumbir a esas pasiones que trataba de ocultar, por lo que estaba dispuesto a todo para hacerla desearlo más que a nada en el mundo, tal cual él ya lo hacía.

—Mejor, mi negra, pa´que se enteren de que eres mi mujer —respondió pletórico, casi gritándolo provocando que Ashanti se ruborizara.

Tan solo de verlo tan atractivo con ese fuego en la mirada que evidenciaba la vehemencia que lo poseía, estremeció a la mulata que sabía muy bien el significado de esas palabras. Esas que hicieron erizar su piel, igual que sus candorosos besos lo habían hecho en el pasado. Se quedó muda esperando la petición que tanto deseaba mientras recorría sus toscas y varoniles facciones, mas nunca llegó. En sus labios solo encontró esa sonrisa seductora que la atrajo desde que dejó de verlo como un hermano. Y sin decir más se integraron a la celebración que se efectuaba a campo abierto bajo unas chozas rudimentarias que hacían las veces de carpas.

Entre cánticos, danzas y tambores el ambiente se inundaba de un espíritu festivo que los incitaba a disfrutar entre viandas y alcohol que ellos mismos destilaban. Todos se entregaban al frenesí de la festividad y por qué no decirlo, a los amantes les nacía el deseo de retozar con libertad entre los árboles cuando el cuerpo se los pedía. Era tan natural que nadie se espantaba, sin embargo, esa noche Ashanti sentía que los nervios la carcomían, así que para destensarse comenzó a bailar al ritmo de los tambores junto con otras esclavas.

Las lenguas del fuego le daban un aspecto hechizante a Ashanti, llamando aún más la atención de Robert. Este se deleitaba en su

danza, era como ver a la mismísima diosa Aja, lo que incrementaba su deseo por tan preciosa mujer. Perdido en el contoneo de esas caderas y el ágil y sensual movimiento de sus piernas quedó hipnotizado. Su corazón latía con intensidad y sentía cómo su cuerpo reaccionaba con cada sutil movimiento de su negra. Definitivamente lo estaba provocando, o eso pensaba cuando sin dar más largas la tomó con posesión por la espalda para bailar junto con ella al ritmo de los tambores.

«*No vo´a poder soportar más tiempo pa´que sea mía»,* pensó envuelto en una nube de erotismo al sentir los firmes glúteos de su compañera rozando su entrepierna. En verdad anhelaba hundirse en los cálidos recovecos de ese cuerpo.

Ashanti se sorprendió al percibir los fuertes brazos ceñirse a su cintura, provocándole un estremecimiento por toda la columna vertebral. El cómo le guiaba las caderas haciéndola sentir su enorme dureza, era atrevido, pero la hacía ver cuánto estaba disfrutando su negro. Hasta el calor de su cuerpo la quemaba junto con la respiración agitada que pegaba en su cuello, erizándole cada milímetro de piel mientras los tambores retumbaban briosos igual que sus corazones. Todo eso le anunciaba que el enorme esclavo estaba más excitado que nunca y que deseaba hacerla suya aun sin el rito de la escoba para hacer oficial su unión.

«Él no busca solo un desahogo, po´que me quiere», pensaba la joven de cabello crespo recordando los comentarios de aquellas que ya habían experimentado estar con él.

Unas decían que era doloroso y otras que no tanto, pero todas coincidían en que fue lo mejor que experimentaron con un hombre. Lo que le causaba molestia, pues si ella no sucumbía, él bien podía buscarlo en otra y eso no es lo que quería. No alcanzó siquiera a razonarlo cuando con agilidad, entre giros desaparecieron del grupo; fue tanta su habilidad que era evidente que no era la primera vez que Robert aplicaba esa artimaña.

—Me enca´tas, mi negra —confesó Robert llevándola a un recoveco donde sabía muy bien no serían interrumpidos en sus amores y con una lentitud casi religiosa le besó el cuello. Obteniendo por respuesta ese estremecimiento que le anunciaba el despertar de un deseo profundo.

Él sabía que debía seguir estimulando a su mujer para que sucumbiera, así que atacó esos labios carnosos con ímpetu atrayéndola hacia sí para sentirla y probar cada rincón de ella. Con tan candorosa declaración el corazón de Ashanti galopaba sin control, expectante a lo que sucedería. Su cuerpo desde hacía mucho tiempo gritaba ser poseído por tan enorme semental, sin embargo, por motivos que no comprendía, en ese preciso instante estaba siendo invadido por una

sensación de inseguridad.

«Es mi primera vez y va´ser con Robert», se decía internamente para sosegarse, pero con cada segundo que pasaba sus pensamientos trémulos eran más intensos.

Ella intentaba poner su mente en blanco correspondiendo a los besos de su negro quien ya la había recostado entre los arbustos. El hechizo de poseer ese cuerpo perfecto que sus manos acariciaban no le permitía ver más allá, ni siquiera el cómo Ashanti luchaba con ella misma cuando el frío temblor recorrió su cuerpo paralizándola. Robert creyó que se estremecía gracias al fuego de su amor, por lo que se propuso hacerla vibrar más con sus caricias.

Nada más alejado de la realidad, pues en ese instante la mulata estaba temblando al sentir las fuertes manos que estrujaban sus senos detonando el caudal de emociones que sufrió con Dagger. Los dolorosos recuerdos inundaban su mente mientras Robert seguía sumergido en el deseo sin saber que para la negra esos labios que tanto había añorado ahora se le tornaban amargos, dejando miedo a su paso.

Inmersa en ese suplicio se quedó muda e inmóvil al borde del llanto, presa del pánico solo pudo cerrar los ojos para contener las lágrimas. En cuanto lo hizo, el destello de unos ojos negros cual obsidiana apareció, mirándola con coraje y ternura a la vez. Combinación imposible en cualquier persona, menos en William Lancaster. Se veían amenazantes ante la maldad de Dagger y cordiales con ella, dándole la seguridad de estar protegida de nuevo, logrando con ello recuperar la movilidad.

—¡Detente, Robert!... —exigió Ashanti negándose a corresponderle y aún temblorosa se separó de él dejándolo confundido, pues la excitación corriendo por sus venas no lo dejaba pensar más allá de lo carnal.

«¿Po´qué pienso en el amo ahora?», se preguntaba la esclava al levantarse.

Se sentía controlada por el efecto de esos ojos insistentes a presentarse en su memoria, mismos que le estaban dando el valor para hablar y detener a Robert que trataba de besarla de nuevo, mas fue rechazado.

—Mi negra, si es po´el rito te juro que lo haremos. Anda, no te resistas pa´ser mía —insistió el excitado esclavo restregando su prominente excitación en el redondo trasero de la dueña de sus deseos para convencerla, pero percibió todo lo contrario. Fue como si un halo frío se hubiera apoderado de su mujer haciéndola tensarse con su contacto—. ¿Ya no me amas? —inquirió molesto por su rechazo.

—No diga´eso, negro tonto… —respondió la mulata con los ojos inundados en lágrimas.

Ella sabía lo que sentía, pese a que en ese instante el miedo le impedía continuar con lo que tantas noches deseó. La culpabilidad de haber arruinado su encuentro con Robert la inundó, más no era superior a la de haberlo traicionado encontrando refugio una vez más en William Lancaster, aunque haya sido solo su recuerdo.

». Es po´Dagger… yo… perdóname —concluyó entre sollozos.

No tuvo que dar más explicaciones, aunque Robert no comprendía del todo a su negra, se dio cuenta de que lo que le hizo Dagger causó un temor muy grande en ella. Así que resignado la tomó en sus brazos para consolarla haciendo acopio de todas sus fuerzas para controlar sus deseos.

«*Esperaré a que me lo pida pa´no apurarla, aunque sienta que muero po ´hacérselo en este instante*», pensó sintiéndose un estúpido por no haberse dado cuenta de lo que le pasaba a Ashanti.

Sabía que sus ansias de poseerla lo orillaron a cometer el error de apresurar las cosas sin preguntarle siquiera, todo por callar las habladurías de su gente y suprimir los celos en contra de Lancaster. Eso lo había cegado haciéndolo actuar como una bestia que quiere marcar su territorio para que cualquiera, sea esclavo o amo, supiera que ella es su mujer y así nadie se atreviese a querer quitársela.

«Maldito Lancaster, pa´siempre arruinando to´o», pensó con odio el negro culpándolo de sus malas decisiones. *«Será mejor que actúe cuanto antes pa´liberarnos de él»*, concluyó decidido a aceptar el truculento negocio que le propusieron no hacía mucho, sin saber que este marcaría el destino de la persona menos esperada.

Había pasado casi una semana después de la *pacanal* y Ashanti no sabía cómo resarcir sus culpas tras haber arruinado su primera vez con Robert. Sin embargo, lo que la tenía más turbada era que aun su subconsciente encontraba seguridad en su amo. Él siempre estaba ahí para salvarla en sus pesadillas, por lo que entre sueños pronunciaba su nombre. Cosa que no pasó desapercibida para Peisha, quien antes de iniciar las labores le advirtió, como si esa acción fuese un pecado:

«—Ay, mi niña, hasta a mí que estoy vieja me pue´e causar malos pensamientos. Es normal que hierva la sangre, pero pa´qué suspirar po´ese blanco, entre él y tú no pue´e, ni debe haber na´a».

Pese a su característica picardía, Ashanti se sintió avergonzada pues era evidente qué deducía su compañera. No la rebatió y la dejó estar, cómo hacerlo cuando ni ella comprendía qué le estaba pasando. La única conclusión lógica era que estaba ansiosa de que su amo cumpliera la promesa de enseñarle a leer. Pese a que era obvio su lado caritativo al hacerse cargo de las gemelas Dagger como si fuesen de su familia y no solo girarles dinero, tenía sus dudas de que cumpliera con ella por el hecho de ser negra.

Con eso en mente limpiaba los muebles del despacho tarareando una melodía cuando de repente, el sonido de la puerta cerrándose tras ella la sobresaltó soltando un chillido.

—Tranquila, soy yo. No fue mi intención asustarte discúlpame —anunció William con caballerosidad al ver su reacción. Para Ashanti fue suficiente con escucharlo para destensarse y giró sobre sí—. Era imperativo encontrar un momento a solas para hablar contigo —concluyó erguido con una mano a su espalda mirándola con cordialidad.

—Pa´servirle…, Amo —respondió la negra sorprendida y embelesada por tan refinados movimientos.

«*¿Po´qué me trata como si yo fuera una dama?»,* pensó confundida

mirando a ese hombre que no dejaba de impresionarla. Tanto formalismo no era común en su raza y hasta se le hacía frío y distante aunque no era raro en los blancos que se hablasen así, aun siendo parientes.

—Para servirle, Ashanti —corrigió William su mala dicción sentándose en el sillón y le extendió la mano para que lo acompañara, provocando estragos en la negra.

Nunca en su vida un blanco la había invitado a sentarse a su lado como su igual, ese trato era muy inusual. Aun así, titubeante, extendió su mano hacia la de él para tomar el lugar que le indicaba y, al contacto, un cálido estremecimiento los tomó por sorpresa.

Ashanti fue atrapada por el delicado roce, tan firme como suave y terso a la vez, nada comparado con las manos fuertes y ásperas de su negro. William, por otra parte, palpó en las de ella la maltratada evidencia de nunca haber descansado, era un mundo de diferencia con la piel suave cual seda de las damas de sociedad. Sin embargo, la calidez de esos ojos tan expresivos que se atrevían a sostenerle la mirada sin pudor le revelaron a una mujer que no guarda apariencias. Algo que jamás vería en su mundo, donde todos son educados para mostrar solo una máscara que cumpla con los estándares morales de la sociedad.

». ¿Recuerdas nuestro pequeño secreto? —cuestionó retomando la conversación y ella asintió expectante—. Entonces te espero en mis aposentos hoy a media noche —ordenó provocando que el corazón de Ashanti se acelerara.

«¿Yo en su habitación? Esto e´una locura», pensó temblorosa. Esa propuesta no era correcta o habitual, pero se estaba dando cuenta de que en su amo nada lo era.

—Pero, Amo…

—Nada de peros, si quieres aprender harás lo que te ordene —La frenó Lord Lancaster evitando que la reticencia de su esclava retrasara aún más su intento de ayudarla. Ya había tenido suficiente con perder una semana entre citatorios con las autoridades debido al último robo de ganado en la hacienda vecina. Además, era urgente que empezaran, pues solo contaban con poco más de un mes antes de retornar a *Inglaterra*—. Te veo a media noche, Ashanti —concluyó colocándole tres pequeñas llaves en las manos y se retiró cual fantasma dejandola confundida por tal ofrecimiento y con el corazón a tope.

—Cálmate y respira. Tienes que co´fiar, es tu única oportunidad pa ´ser libre —se regañó ella por la reacción que la embargaba.

Tenía una mezcla entre temor, culpa y emoción. La primera porque no sabía a qué se exponía al ir, la segunda porque no era lo correcto y la tercera porque por fin aprendería a leer. Para la mulata era difícil estar tranquila cuando las preguntas bullían en su interior: *¿Por qué él*

era así con ella?, ¿qué ganaría él con ayudarla?, ¿cuáles eran sus intenciones?, ¿estaría traicionando a su gente al confiar en un blanco?

Todo ponía en tela de juicio las intenciones de William, hasta que el recuerdo de esos ojos que la perseguían cual fantasma le dieron el beneficio de la duda: *en ellos no había maldad.* Ella, como una gran lectora de ojos, tenía esa certeza porque sus interpretaciones nunca le habían fallado con nadie y debía confiar en ello. Y así, una vez más esa mirada del color de la noche le dio la seguridad que necesitaba para embarcarse en una aventura que marcaría un antes y un después en su vida.

* * * *

Poco antes de la hora pactada, vestida con nada más que su camisón, Ashanti se movía con sigilo para no despertar a sus compañeras de cuarto. Algunas tenían el sueño más liviano que un bebé y la sensación de peligro recorría a la joven, pero no la hizo desistir en usar la llave y salió de inmediato. El fresco aire nocturno la recibió dándole victoria de que por primera vez la amargada de Laurie no controló su salida. Hacía tiempo que no se sentía así y por unos segundos le entró la loca idea de escapar hacia el manantial como antaño, mas le dio prioridad a sus estudios.

«*Pa´otra ocasión*», pensó proponiéndose que pronto se daría ese gusto y con la agilidad de una gata se encaminó a atravesar el largo corredor que llevaba hacia la entrada de servicio de la casa grande.

La luna llena iluminaba la profunda oscuridad ayudándole a escabullirse y sortear a los guardias mientras la adrenalina recorría su cuerpo como cuando se escapaba al manantial. Sin embargo, ahora que ocupaba sus habilidades para escabullirse a la recámara del amo esa sensación excitante estaba en su sistema con más intensidad.

«*Tú puedes, negra»,* se animó al llegar a la puerta con las llaves en mano y tras dos intentos encontró la indicada.

Moverse dentro de la casa fue más fácil, con las amas dormidas no había peligro alguno, así que envalentonada subió los peldaños de la enorme escalera de madera. A cada paso que daba, ese valor se iba esfumando y cuando metió la última llave en el pestillo su corazón retumbó cual tambor. Tan fuerte fue, que sintió que se escucharía en toda la casa por lo que la adrenalina siguió corriendo su cuerpo cual ráfaga de fuego, haciendo más palpable el peligro.

Estaba paralizada y de súbito un temblor le recorrió desde la coronilla hasta los pies haciéndole preguntarse una vez más si sería lo correcto. *¿Qué pensaría Robert si se enterara de lo que estaba a punto de hacer?* Aunque él nunca se lo haya dicho abiertamente ella había leído en sus ojos cierta rencilla cuando se hablaba del amo y más después de los últimos acontecimientos.

«Robert, mi negro, no puede´enterarte de esto», pensó trémula

avivando la culpa de traicionar a su raza por confiar ciegamente en un blanco. «*Ninguno debe sabe´lo*», caviló segura de cómo lo tomarían. El hecho de estar ahí por voluntad propia ya sería malo para ellos, cuanto más pasar la noche con un blanco. Todos la tomarían por una cualquiera y jamás comprenderían sus intenciones.

Mientras Ashanti estaba a punto de declinar, al otro lado de la gran puerta de roble William había escuchado el sutil roce del metal en el pestillo. Su corazón palpitaba victorioso de que todo saliera tal cual lo planeó, ya que la reticencia de la mulata lo tuvo impaciente y escucharla llegar le daba tranquilidad. Sin embargo, ver que la puerta no se abría le anunció la duda en la joven.

«*No voy a permitir que su falta de compromiso arruine mis planes. Ella como mi esclava debe cumplir*». A veces era inevitable que esas enseñanzas tan marcadas le llegaran a la mente y más cuando el resultado de la orden le favorecía a él.

Con evidente molestia abrió la puerta tomando por sorpresa a la mulata, quien con mirada atónita lo observaba. Bastó verla para que la molestia desapareciera, y cómo no hacerlo si ese rostro enmarcado por unos rizos negros le revelaba una belleza exótica que resaltaba con esa mirada salvaje. Nunca la había visto así, por lo que se permitió pasar la mirada con sutileza por ese delicado cuerpo cubierto con un camisón casi trasparente llamando su atención, aun más que cuando la vio semidesnuda en el río, ya que Dagger la tenía en ese momento.

Ahora podía apreciar su esbeltez adornada con unas marcadas curvas. Las puntas erguidas de sus pechos evidenciaban que tenía frío y cómo no con ese atuendo que dejaba al descubierto sus hombros fuertes y femeninos hasta la naciente de un busto prominente. William tragó saliva pensando que era mucha desnudez ante sus ojos ya que él estaba acostumbrado a ver mujeres con más ropa aun en la intimidad de los burdeles. Aunque eran demasiado desinhibidas, comparadas con las damas de sociedad, su vestimenta constaba de esos corsés que no dejaban ver o sentir más allá de las frías telas. Y Ashanti ahora estaba delante de él con nada menos que una liviana prenda sobre su cuerpo, tan natural como si nada.

—¿Amo? —carraspeó la joven sacando de sus pensamientos a William, quien sabiéndose descubierto la hizo pasar no sin antes revisar el pasillo en busca de algún testigo de tan bochornoso encuentro.

La esclava, muda por su reacción y con el corazón repiqueteando incesante, estaba inmóvil en la habitación iluminada por pequeñas lámparas de gas. Estar a solas con él reavivaba sus dudas y prejuicios, por lo que trataba de callar esas voces que le gritaban que se estaba metiendo a la boca del lobo y más después de cómo la miró. Ambos estaban muy nerviosos, aunque no por las mismas razones. Para

William, que lo decubriera mirándola de esa forma fue vergonzoso, jamás le había pasado y que sucediera justo cuando debía estar con ella en tan íntima situación podía malinterpretarse.

La habitación se quedó en silencio mientras los dos ponían en orden sus pensamientos. Ninguno incitó al diálogo lo que fue un acierto ya que cualquier frase en ese momento podría arruinar la aventura que estaban por emprender. Los nervios y pensamientos encontrados reinaban en el ambiente, pero eso no hizo que la palpitante esperanza fuera opacada en su interior. William no quería perder la confianza que su esclava había depositado en él, así que no desistiría de su meta teniendo el camino avanzado. Debía hacer de Ashanti una mujer libre e independiente en un mes como debió serlo su nana Caly.

La joven ya más calmada al ver que William no actuó de manera incorrecta, seguía de pie en medio de la habitación observando cómo él se movía con garbo y refinamiento de un lado a otro disponiendo de papeles, tinta y otros artilugios en un pequeño escritorio. Había veces que se preguntaba si tan rígida postura no le provocaba dolor. No comprendía por qué los blancos gozaban de estar tan erguidos y apretados todo el día con esas vestimentas que a leguas dejaban ver que eran muy incomodas.

—Puedes tomar asiento —anunció William tomándola por sorpresa y obedeció acomodándose en el banquillo que muy cortésmente le ofrecía.

Jamás en su vida había asistido a alguna clase, aun así se propuso prestar la misma atención que puso cuando Rosie le enseñaba de hierbas. Lord Lancaster al ver la disposición de su alumna dedujo que tal vez sería más fácil de lo que había pensado e inició la lección en esa noche de luna llena. Una en donde la esperanza de romper algún día las cadenas que ataban a Ashanti embargó el corazón de ambos y un único pensamiento se adueñó de sus mentes:

«Es justo y necesario», se repetían en su interior para motivarse a seguir adelante pese a lo reprobatorio que podría ser si los descubrieran. Pues nadie entendería sus nobles e inocentes intenciones.

Creyentes de que eso era lo único por lo que debían preocuparse, eran ajenos a la proximidad de la maldad que en pocos días azotaría a *Saint Helen* y a sus habitantes. En ese mismo instante en las llanuras lejanas varios hombres, blancos y negros, se encontraban reunidos. No era evidente el porqué, pero el armamento y hasta sus rostros cubiertos delataban un mal augurio.

Discutían de forma acalorada sus truculentos planes que, tras la muerte de Dagger, serían fáciles de ejecutar. Ahora nada les detendría derrocar a la plantación más prolífera que les quitaba ganancias a los nacionales, quienes estaban en contra de que un extranjero se llevara

la mayor partida. Ese era el argumento inicial, sin embargo, entre los nuevos del grupo los motivos eran: *la venganza y el odio creciente que les movía.*

—Debemos dejar de atracar los sembradíos menores, es hora de ir a lo grande —anunció uno de los presentes.

—En poco tiempo podremos hacerlo y entre tanto atraco por estos lares Lancaster no va a saber ni de dónde vino el golpe —aseveró otro con el fuego de venganza ardiendo en su mirada. Ese odio hacia William era tan palpable que los ahí presentes sintieron temor de tener al musculoso hombre de enemigo—. Solo deben ser pacientes, para esta jugada necesitamos más gente. Ya tengo unos aliados dentro y ellos conseguirán más, cuando sean suficientes para paralizar la seguridad de *Saint Helen* me avisarán y atacaremos.

No era lo que querían oír, mas el hombre tenía razón, si querían provocar el mayor daño posible debían esperar. Así que sintiendo que la victoria estaba muy cerca todos alzaron vítores entre disparos al aire y se retiraron a la espera del gran golpe.

La seguridad se estaba volviendo insostenible en la mayor parte de las plantaciones aledañas. Las noticias de atracos eran el tema cotidiano de conversación junto con el pánico de los terratenientes, quienes estaban preocupados porque el costo de reparación de daños estaba causando estragos en sus bolsillos. Es por ello que William, aún sin ser atacado, ya había mandado a reforzar la seguridad de sus tierras, pero creía que aun así no estaban exentos de que atracaran su plantación y no se equivocaba. Los traidores que habitaban en sus tierras estaban al tanto de todos sus movimientos planeando el golpe maestro.

Ajeno a todo lo que se avecinaba, Lord Lancaster lidiaba con las constantes quejas de su madre por educar a las señoritas Dagger, quienes eran tan retraídas que pasaban desapercibidas. Y aunque era agotador oírla, enfocaba sus esfuerzos en la culminación del negocio con Sir Thomas Taylor. A diferencia de muchos Lores, William era amante de la ingeniería y los nuevos inventos, pues sabía las ventajas que la revolución industrial traería a sus negocios. Es por ello que tenía que convencer al sexagenario de que su visionario sistema de riego, que él mismo había diseñado, era lo mejor para que reinvirtiera en sus tierras.

Sin embargo, ese día era el menor de sus problemas: *otra vez algún bandido había hecho de las suyas saboteando los avances en el acueducto y debía repararlo.* Tenía que estar funcional al atardecer ya que Sir Thomas iría a verlo. Es por ello que con planos en mano vigilaba a detalle a los negros cerca del río que hacían las labores impuestas con tanta premura.

Faltaban muchas cosas por hacer para poder ver funcionar su creación y eso lo tenía muy presionado por lo que necesitaba destensarse para pensar con claridad. La misma que tenía cuando estaba con Ashanti. Por imposible que pareciera, y sin proponérselo,

había encontrado su único desahogo a su lado. A tal grado que durante el último mes esperó cada noche con gran emoción verla llegar a su alcoba.

Con ella podía comportarse sin filtros, ni formalismos para ser él mismo sin temor a fallar en las etiquetas impuestas por la sociedad, lo que le daba paz al caos que era su vida. Lo que no sabía era que también ella había encontrado un respiro en esos instantes que compartían y en los que se conocían cada vez más. Solo con él lograba relajarse y dejar de pensar en los estragos diarios de su condición de esclava, haciendo entre ellos los lazos más estrechos.

Era tal la confianza que él no tuvo reparos en confesarle que la amorosa Caly fue su nana, respondiendo así una de las dudas que Ashanti tenía desde su reencuentro. Con cada cosa que le decía ella veía un cariño sincero hacia su madre, lo que la ayudó a entender el interés que tenía William por ella.

Para la mulata ese sentimiento era muy raro viniendo de un blanco, pero cómo no experimentarlo si Caly le dio amor y cuidado como a un hijo. La había disfrutado mucho más que ella ya que lo que él le contaba sucedió cuando ella aún no había nacido y muy poco cuando era muy pequeña. Lo cual explicaba su falta de memoria, por eso atesoraba esos recuerdos compartidos que William le relataba con cariño.

Lo único que él no se atrevía a contarle era el cruel destino de Caly, saberse culpable de privar de su madre a esa hermosa esclava le dolía mucho. William había sufrido en carne propia la privación del amor paternal, sabía muy bien lo que ella sentiría de enterarse y su desprecio sería muy doloroso. *¿Era miedo a perderla o culpa?,* no lo entendía; de lo que sí estaba seguro era de que cada segundo a su lado le revelaba que, a pesar de sus diferencias, esa mulata fue, es y sería alguien importante en su vida. Lo comprobó hacía unas horas, se sintió devastado y ruin por mentirle a la mujer que estaba ganando terreno a pasos agigantados en sus sentimientos.

«*Será mejor dejarla creer que Caly sigue viva en algún lugar del mundo*», pensó sin poder evitar recordar la conversación que tuvieron antes de que abandonara su alcoba con la mirada triste:

«*—Amo, cómprela pa´que… para que —se corrigió según lo aprendido enorgulleciéndolo por su inteligencia—, ella esté aquí de nuevo —le suplicó aun sabiendo que no podía exigirle cosas a un hombre como él, mas era evidente que la nostalgia se había apoderado de su alma en esos momentos.*

William no respondió enseguida y no por su atrevimiento, sino porque no sabía cómo decirle la verdad que sería como un aguijón en su pecho.

—Ashanti, no es así de fácil. No sabemos a dónde se la llevaron, pues es obvio que no está en ningún plantío de la región o la verías en las

bacanales —Trató de excusarse algo tenso y con un nudo en la garganta.

La culpa de mentirle lo invadía y ella se percató de ese sentir dibujado en sus ojos que se tornaban vacíos.

—Lo sé, Amo, pero po´, digo por hablar tanto de ella la ilusión me cegó —dijo resignada sin perder el contacto visual con él. La confianza entre ellos le había permitido verlo sin que se lo pidiera, tal comunión impulsó a William a acariciarle rostro haciéndola estremecer—. Quisiera poder mirarla aunque sea en un cuadro como este —concluyó retirándose de su lado para ver el retrato de Lord Arthur sobre la encimera; quien era igual a William, solo que con ojos olivo—, así jamás olvidaría su rostro.

Sin más se marchó con la certeza de que el dolor los unía más que nunca como si fueran afines. Nadie jamás había compartido con ella ese sentimiento tan profundo».

—Amo, desbloquear po´aquí nos llevará mucho tiempo —anunció Robert reticente regresándolo a la realidad: *más problemas con el acueducto.*

«*Ay, Ashanti, necesito de esa magia que haces conmigo cuando me ves hasta el cuello de problemas*», pensó William recordando las veces que con su inventiva le ayudó a dilucidar mejor sus conflictos viéndolos desde otro ángulo.

Y como si fuera una aparición la vio regalándole esa sonrisa perlada que tanto le gustaba, provocándole una oleada de escalofrío que le recorrió el cuerpo dejando a su paso el pulso acelerado. Sabía que era producto de su imaginación, pero confiaba en lo que esa mujer de piel color bronce le decía: *no se presione, si debe meter las manos* [5]*hágalo y logrará sus propósitos*. Ese pensamiento lo inundó y con plena convicción se propuso hacer lo que la joven proponía.

—No pararé hasta ver el proyecto funcionando —dijo viendo a su esclava desvanecerse con esa sonrisa que él mismo correspondió.

Decidido se quitó la fina chaqueta que le restringía la movilidad, se remangó la camisa y tomó una de las palas para reabrir el amplio canal que conectaba el río con el acueducto.

—¿*Milord*, qué está haciendo? Deje que las bestias hagan el trabajo —objetó el obeso administrador en un tono alarmado al verlo ensuciar sus ropas al remover la tierra.

—Mr. Smith, se debe actuar para lograr lo que uno se propone y usted junto con todos ellos deberían hacer lo mismo si quieren conservar su trabajo —ordenó William dirigiéndose a los guardias y al capataz: *Alexander Dagger.*

Lord Lancaster era un hombre de palabra y no tardaría en hacerla efectiva si no le obedecían, por lo que se pusieron manos a la obra. Para algunos de los presentes, el mandato denigrante de estar al nivel de un negro era ofensivo y avivaba aún más el fuego de la ira que alimentaba el deseo de venganza contra el inglés.

«*Sigue sonriendo que muy pronto sabrás lo que es amar a Dios en tierra ajena*[6]», pensó el ofendido observándole con una mirada afilada cual daga.

Robert tampoco dejaba de verlo con desdén. William a su costado era ajeno a las rencillas entre ellos, las cuales iban en aumento, pues el esclavo no dejaba de culparlo por tanta carga de trabajo que le impedía ver a su mujer. Se negaba a ver que él mismo lo provocaba pues ocupaba su descanso para otros fines que le traerían beneficios y cuando tenía tiempo libre, la mansión ya estaba cerrada y en ella su hermosa mulata.

Para él, ese hombre era el origen de todos sus males, sobre todo de que se burlasen de él: *seguían insistiendo en que Lancaster le robó a su mujer y más tras enterarse de que en la bacanal ella lo había desairado*.

«*Maldito, pa´pronto nos dejarás en paz*», pensó sintiendo repulsión de tenerlo tan cerca.

Desde niños, esa marcada rivalidad era indiscutible, por ello nunca se llevaron bien. Robert lo tachaba de mimado y envidiaba sus lujos, mas su madre siempre le inculcó que no debería hacerlo porque ninguno tenía la culpa de la cuna en la que nacieron, como si fueran iguales. Él no sabía el porqué de esa obsesión de Rosie, hasta llegó a pensar que era su oculto deseo el que le tomara cariño. Pero eso nunca se dio y menos cuando William lo veía como un esclavo más, las únicas que tenían un trato especial eran Caly y Ashanti. Lo que más le molestaba era la cercanía que tenía con ella: *eran tan afines que estaba temiendo que eso despertara de nuevo en ellos tras tantos años separados*.

«*Debo evitarlo, pa´que ese blanco no vuelva a quitármela*», se prometía pensando en que debía actuar de inmediato. Y sabía una manera de alejarlo para siempre: *Un buen susto que lo hiciera odiar esas tierras.*

Ajenos a los odios que turbaban el corazón de Robert, todos trabajaban en una sincronía casi religiosa paleando los escombros. La tierra se cimbraba con cada golpe de los picos y palas dando ritmo a los cánticos que los esclavos emitían aun con la agitada respiración. Bajo el sol abrasador de agosto los negros demostraron el valor de su raza y los blancos e indios uno a uno fueron menguando, víctimas del cansancio y dolor muscular que provocaba tan dura faena.

William, sudoroso, adolorido y sucio de pies a cabeza, se retiró dando fin a su esfuerzo. Experimentar por primera vez el flagelo que vivían a diario sus hombres le hizo valorar el trabajo de cada uno de ellos, aunque no lo expresó: *él debía seguir en su papel de amo tal cual le habían enseñado.*

* * * *

Desde muy temprano Ashanti se levantó para cumplir con sus labores, el cansancio estaba cobrándole factura y era evidente en sus marcadas ojeras. Aunque hubiese querido dormir plácidamente como los amos

no podía darse ese lujo, y menos ese día pues llegarían visitas importantes a *Saint Helen*.

Bien sabía que cuando los blancos tenían una fiesta, para su gente representaba una faena cargada de labores extenuantes. Mismas que llevaba la mayor parte del día realizando junto con las demás esclavas de casa bajo el mando de Laurie, quien no paraba de arrearlas para demostrar que estaba por encima de ellas.

—¡Pule la plata como te he enseñado!, debe quedar excelsa para la velada —Laurie ordenó haciendo alarde de su extenso vocabulario. Era la tercera vez que veía a Ashanti distraída lo cual le exasperaba.

No es que la mulata fuese floja, sino que no dejaba de pensar en la actitud de Robert que evidenciaba que algo le ocultaba. No solo era su lejanía, también sus desapariciones demasiado sospechosas y frecuentes, eso la turbaba por eso se había propuesto hablar con él esa noche en la *bacanal*. Sin embargo, lo que la tenía más distraída era el recuerdo de la vorágine de sensaciones que experimentó cuando William *acariñó*[7] su rostro: *el corazón se le aceleró y las piernas le flaqueaban*.

«*Por qué me puse así*», pensó rememorando lo abrumador y placentero que fue sentir su cálida piel.

». ¡¿Oíste lo que he dicho, haragana?! —gritó Laurie regresándola a la realidad—. El ama Scarlett no te va a perdonar si por tu culpa sus invitados se quejan, ella quiere que todo esté a la altura de su honorable apellido.

Ashanti por poco explota, mas optó por morderse la lengua y asentir. En su interior tenía ganas de volverla a zarandear, aun así no quiso ganarse un boleto directo hacia el cepo. Aunque ya no había latigazos, los modos del nuevo capataz eran igual de mortales que los de su difunto padre. *¿Quién aguantaría días sin agua, ni pan?,* era como una especie de venganza o así lo veían los esclavos.

—Maldita, nos tiene sin descanso toda la semana pa´sacar… —hizo una pausa advirtiendo su error—, para sacar el polvo dándoselas de patrona —se quejó Ashanti viéndola partir.

—Pue´sí, pero qué le vamo´a hacer. Negros somos pa´partirnos los lomos —respondió con chulería Peisha, sorprendida de la nueva forma de hablar de su compañera. Esa mujer jamás perdía el humor, pese a su edad, su espíritu jovial le hacía estar en paz fuese cual fuese la situación—. Aunque no te cansarías tanto si no te escaparas po´la noche pa´retozar con tu hombre ¿eh?

—Pero, pero… —tartamudeó Ashanti pasmada por la impresión.

Sintió que se le nublaba la visión al saberse descubierta en sus huidas nocturnas, sobre todo por la mala interpretación de estas. No podía dejar que se pensara que ella y el amo tenían intimidad, eso era una locura por donde lo vieran. Antes de siquiera retomar el habla, la

mujer risueña se adelantó con su característico tono pícaro:

—Co´calma, Mi alma, casi pierdes el color. Tu secreto está guarda´o conmigo —susurró con una gran sonrisa. Sin embargo, eso no calmó a la mulata, cómo le quitaría el mal pensamiento que se formó—. Con un negro como Robert huiría pa´ser suya todas las noches. Te dije que necesitabas desfogar ese cuerpo pa´dejar de nombrar al amo en sueños —cuchicheó con burla guiñándole el ojo.

No era lo que Ashanti tenía en mente, pero saber que no creía que se acostaba con William era mucho más gratificante y le devolvió el alma al cuerpo. Aun así se cuidaría más que nunca, cualquiera que descubriera que veía al amo en las noches sacaría las conclusiones erradas y se armaría el acabose. Estaba segura de que hasta Robert, tras lo ocurrido en la última *bacanal*, pensaría mal de ella.

—Gracias, Peisha, solo no le comentes nada. Si se entera ya no va a querer hacerlo por temor a que me castiguen —pidió fingiendo complicidad para asegurarse de que eso jamás lo oyese él.

—Esta negra e´una tumba, tu madre e´testigo de eso —prometió la mujer recordando las tantas veces que vio a Caly escabullirse entre las barracas y el despacho del antiguo amo, mas se guardó esa información.

Ashanti no sabía a qué se refería, pues siempre había sido ajena al pasado de su madre, como si revelarlo le fuera a causar alguna desilusión. Sin embargo, no preguntó más y se dirigió al patio principal para continuar con sus labores, no sabía que lo que encontraría le causaría un gran sobresalto. Ver a William tan desaliñado y con evidente dolor la hizo pensar que había sufrido un accidente por lo que angustiada corrió hacia él para auxiliarlo.

—¡¿Amo William, qué le ha pasado?! —exclamó preocupada ofreciéndole apoyo para bajar del caballo. Lo cual era muy difícil para el inglés que sentía que cada uno de sus músculos clamaba clemencia —. ¿Quién le ha hecho esto?

—Tranquila, es solo el producto del trabajo en el acueducto —Él respondió al desmontar sintiendo cómo los músculos se le agarrotaban, era como si un ardor agónico y doloroso los estuviera estrujando—. Nada de qué preocuparse —agregó para quitarle hierro al asunto.

Trataba de caminar pero la rigidez se lo dificultaba por lo que se apoyó en la mulata que lo miraba angustiada mientras se introducían a la mansión. La mirada que su esclava proyectaba le demostró que lo que sentía por ella era correspondido, dándole gran satisfacción.

—Pues parece que le dieron una revolcada de Dios padre —reviró Ashanti con burla arrancándole una sonrisa a William—. ¿Quién le dijo que usted debía trabajar también? —No pudo evitar ese reclamo, pues había sido una locura.

—Tú —confesó William viéndola a los ojos y tomando su rostro con delicadeza entre las manos—. Gracias, sin tu ayuda no hubiera logrado mi propósito.

Ella no recordaba tan disparatado consejo, aunque eso no era lo que la tenía con el corazón a todo galope. Una vez más él estaba tomándola de una forma tan íntima que no sabía cómo reaccionar, estaba muda viendo esos ojos negros que le desnudaban el alma y esa media sonrisa que lograba erizarle la piel. En medio de la sala de estar ninguno interrumpía el contacto que les permitía comunicarse a la perfección, evidenciando ante todos esa comunión que existía entre ellos: *una que nacía del corazón, pura y sincera.* Única entre almas que se compenetran a niveles inexplicables.

Esa familiaridad y cercanía llamó la atención de la servidumbre, que observaba curiosa sin entender qué pasaba. Los cuchicheos siseaban con las preguntas y rumores que se avivaban por lo que Laurie se enteró de inmediato y al verlos ardió en ira. Si las miradas mataran, Ashanti hubiera caído fulminada al suelo en ese instante.

«*¡¿Cómo es que esa negra tiene esas confianzas con el amo?! Él jamás ha tenido esos tratos conmigo*», pensaba Laurie con una mezcla de celos y odio viendo cómo William la miraba. «*Esto lo debe saber mi ama*», concluyó saliendo a toda prisa dispuesta a arruinarle la vida a Ashanti.

Laurie no le perdonaría habérsele metido por los ojos a su amo cuando ella había intentado de mil formas atraerlo aunque fuera en una noche de copas, obteniendo siempre su rechazo. Por eso no toleraba que otra tuviera su atención y mucho menos el privilegio de estar a su lado fuera de servirle. Pero eso acabaría en cuanto su ama se enterara de lo que acababa de ver.

—¡Ya pagarás, esclava inmunda! —siseó esperando encontrar pronto a Lady Scarlett en el camino a la hacienda ya que había salido en compañía de sus protegidas, esas gemelas que con su educación se estaban convirtiendo en unas mini copias de tan refinada mujer.

La mulata sabía por experiencia que el dolor muscular de William iría en aumento por lo que le ofreció sus servicios para aminorar la dolencia. No estaba segura de si él aceptaría pues los blancos no confiaban en los conocimientos medicinales de los negros: *siempre preferían a los galenos y sus remedios poco efectivos*. Sin embargo, para su sorpresa su amo no se opuso, haría lo que fuera para llevar a término sus planes con Sir Thomas, así fuera un baño de hierbas y masajes corporales a base de aceites.

En la intimidad de su alcoba los esclavos dispusieron de todo lo que Ashanti les pidió y, en cuanto acabaron, los dejaron a solas en el cuarto de aseo con las puertas y ventilaciones totalmente cerradas. La habitación tenuemente iluminada e inundada en vapores con dulces y agrestes aromas creaba un ambiente propicio para lo que las hormonas les dictasen. Aunque eso no era lo que tenía sus corazones acelerados, ambos sabían que en cuestión de segundos él estaría en total desnudez delante de ella, quien lo tendría a merced de sus manos vestida con las ropas más ligeras que poseía.

William en su fuero interno cuestionaba tanta intimidad, aun así se aferró a que sería la única solución a su problema y sin más, desató el nudo que sujetaba la bata quedando totalmente expuesto ante ella. Ashanti, con todo respeto, la recibió sin mirarlo pero eso no evitó que un intenso calor subiese por su cuerpo de manera súbita. Su corazón la ponía en evidencia acelerándose sin pudor y por un momento quiso salir corriendo al sentir que traicionaba a su negro, mas la promesa de ayudar a su amo la retuvo.

«!Cálmate!, aunque nunca hayas visto a un hombre blanco en cueros debes comportarte», pensó tratando de controlarse y al verlo sumergido en la gran infusión su determinación flaqueó.

Era inevitable no admirar la semejante musculatura, así que sin morbo, ni malicia; paseó la mirada por la piel nívea que quedaba expuesta. El hombre, ajeno al atrevimiento de su esclava, tenía el

semblante relajado y los ojos cerrados, por lo que ella tenía la convicción de que de estar abiertos proyectarían esa mirada apacible que tanto veía en sueños. No podía dejar de admirarlo, era como si la sola imagen la hubiera hipnotizado y eso la apenaba.

Sin reparos y haciendo caso omiso a esas sensaciones que afloraban en su interior continuó con el tratamiento pues debía masajearlo mientras los vapores entraban por los poros. Tomando por sorpresa a su amo se colocó de rodillas tras él y comenzó a recorrer sus fuertes hombros con total delicadeza cual caricia erizando la piel de William, haciéndolo sufrir los estragos de su contacto. A cada segundo él sentía que la respiración se le agitaba y sin reparos recargó su húmeda cabeza sobre el pecho de Ashanti e inevitablemente la empapó; haciendo que la blusa se le trasparentara.

Ninguno de los dos decía nada, solo se oían sus respiraciones y el chapotear del agua, haciendo más intenso ese momento. Temblorosa, ella paseaba sus delgadas manos sobre esos musculosos pectorales sin dejar ni un pedazo de piel por recorrer, provocándole una sensación suprema a William. Él no sabía si estaba sintiéndose mejor o era el hechizo de sus manos sobre su piel: *era en verdad gratificante.*

—¿Te han dicho que tienes unas manos deliciosamente milagrosas? —la halagó buscando su mirada al disfrutar de la placentera sensación que Ashanti le regalaba haciendo que sus músculos se destensaran como por arte de magia.

—No, amo, pero no agradezca, es mi deber servirle —respondió la mulata ocultando sentirse halagada. Que un amo reconociese las capacidades de sus esclavos no era común. *¿Pero qué lo era entre ellos?*, ambos formaban el dúo más extraño para su época.

Tener ese rostro a escasos centímetros del suyo era alucinante y evocaba una sensación prohibida para ella por lo que se apartó de su lado para posicionarse a un costado de rodillas. Lord Lancaster sintió que lo abandonaba y hasta que comenzó a masajearle los brazos la tranquilidad regresó. No dejaba de mirarla mientras ella procuraba sanar sus dolencias, por lo que no pudo evitar notar su mirada absorta sobre él, acción que no lo molestó pues era como si lo admirara. Por lo que su ego masculino se sentía satisfecho.

Ashanti recorría con sutileza aquella rojiza marca en forma de media luna en el brazo, le había llamado su atención porque creía haber visto tan peculiar lunar en alguien que no era su amo. La transparencia de su mirada la delató ante William, pues cada vez le era más fácil leerla cual libro abierto, así que tomándola por sorpresa respondió a esas preguntas que bullían en su interior:

—Es una marca de nacimiento —Con el corazón retumbando tan fuerte que casi podía oírlo, la esclava retiró sus manos de la blanca piel sintiendo la vergüenza de ser descubierta en tal atrevimiento. Por

lo que posó la mirada fija en sus manos que se retorcían—. Mi padre decía que era el sello de la casa Lancaster —continuó William rememorando aquella vez que su progenitor le explicó el porqué de tan extraña mancha. Sin embargo, la timidez de Ashanti robó toda su atención y tomándola del mentón le levantó el rostro: *esos ojos aceituna le decían todo*—. No tienes por qué apenarte, es normal que te causara curiosidad.

La mirada cálida de William y esa sonrisa de complicidad que le estaba regalando hicieron que para la mulata todo desapareciera, hasta la culpa se esfumó. Libre de tensiones, solo le correspondió con una sonrisa plena continuando con la faena que no era nada impuesta, lo hacía con gusto.

». Me encanta que sonrías y seas tú misma, Mi negra linda —confesó William embelesado por la belleza que proyectaba, sin saber que esas palabras estaban perforando el pecho de la mulata para quedarse guardadas—, ¿dije algo malo? —preguntó viendo la humedad en sus ojos.

—No, Amo, es po´que… porque ningún blanco me había hablado con tanto cariño —confesó Ashanti abrumada, aunque creía que él era así por el amor que le tuvo a su madre.

—Me alegra ser el primero, —dijo William acariciándole el rostro y sintiéndose pletórico.

Ambos se miraban con intensidad y sin palabras se decían todo, era como si no quisieran romper ese contacto. Sin darse cuenta entrelazaron sus manos como afianzando un vínculo invisible entre ellos, atrayéndolos como si fueran imanes. En verdad podían sentir esa conexión tan hermosa que se estaba formando, mientras sus corazones retumbaban expectantes ante lo que se acontecía.

William estaba absorto en esos ojos oliva que le gritaban mil sentimientos. Perdido en ese ruego latente de su ser que le pedía que no se detuviera, acortó la distancia entre ellos haciéndola temblar. Nunca creyó que entre los dos hubiera tanta complicidad y mucho menos que esa chispa ardiente se encendiera.

La adrenalina de lo prohibido corría por su ser mientras esos labios carnosos se le hacían tan apetecibles y jugosos cual manzana madura. En verdad no sabía qué le estaba pasando, pero deseaba probarlos con gran ansiedad. Él no era el único presa del deseo: *la mirada y la respiración agitada de su esclava era evidencia de que ella esperaba que él se arriesgara a dar el primer paso*. Y eso hubiera hecho si la intempestiva entrada de Lady Lancaster no hubiera roto la atmósfera entre ambos, por lo que al instante retomaron sus posturas distantes.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Negra inmunda? —inquirió la madre arrastrando a Ashanti del *tignon* al verla tan cercana a su hijo.

La mujer temía que le estuviera sometiendo bajo algún embrujo. Solo eso explicaría la escena tan impúdica que sus ojos presenciaban. Cuando Laurie le anunció las confianzas que esa se estaba tomando para con William jamás se imaginó encontrarlo desnudo en la tina y ella a su lado vestida con prendas tan reveladoras que incitaban al pecado.

». ¡¿Cómo te atreves siquiera a tocarlo con tanto *desparpajo*[8]?! —inquirió al borde del desmayo, por lo que Susan la ayudó a sacar a Ashanti del aseo mientras Juliet solo se quedó en el marco de la puerta como espectadora.

Lady Scarlett tenía la respiración agitada mientras su mente la martirizaba con la aberración de su hijo en brazos de esa *mandinga* por lo que Juliet, siendo servicial, intentó atenderla aunque le fue imposible. Laurie, sonriendo maliciosamente, aprovechó el momento para alimentar el odio de su ama en contra de Ashanti. La negra traidora no perdía la oportunidad de hacer exageraciones en su actuar, todo con el fin de que sacaran de la casa a la que consideraba su rival. Esa cizaña encendió aún más la ira de la dama y comenzó a zarandear a la mulata.

—¡¿Qué está haciendo, Madre?! —rugió William iracundo al salir del aseo envuelto en una bata para defender a Ashanti, quien intentaba protegerse—. ¡Ella solo estaba atendiéndome! —espetó arrebatándola de sus manos.

—Pero si… —pretextó la atónita madre viendo las nacientes ampollas en la mano de su hijo—. Laurie dijo que la vio seducirte y te encuentro así con ella, yo pensé…

—Lo que le hayan dicho o haya pensado no justifica que entre de esta forma a mis aposentos —zanjó lanzando una mirada amenazante a la cizañosa negra quien se retiró asustada en compañía de las gemelas—. Y para que se quede tranquila, ella solo me ayudaba con sus hierbas y masajes a aminorar el dolor que me causó trabajar en el acueducto.

Lady Scarlett se quedó muda, no podía rebatir con su hijo, de haber sabido eso antes no se hubiera ensañado con la mulata a la que tanto odiaba. El ser la hija de esa negra atrevida que llegó a colarse en la cama de su esposo la había hecho acreedora de ese oscuro sentimiento, el cual se avivó al verla así con su vástago.

—Tú eres un caballero y no requieres remedios de esclavos. Debiste ver a un galeno para que te diera un tónico —dijo con desdén mirando altiva a Ashanti.

—¡Yo solo quise ayudar al amo! —rebatió la negra sin su permiso ya que no pudo controlar el coraje que le causó su maltrato. De inmediato la mirada gélida de Lady Scarlett la traspasó evidenciando sus intenciones de abofetearla, pero William la frenó instando a hablar

a su esclava—. Mis hierbas le ayudaron a disminuir la dolencia pues son más efectivas que esos remedios que usted dice.

—Puedes retirarte, Ashanti —ordenó William regalándole una discreta sonrisa a la joven que sin más obedeció, ya no aguantaba ni un instante en presencia de esa mujer.

—Ni se te ocurra presentarte en la recepción. Te falta mucho decoro para atender a mis invitados y no quiero ofenderlos con tu presencia —ordenó Lady Scarlett asestando la última puñalada para la negra que estaba por cerrar la puerta.

—Y usted, Madre, deje de imponer su autoridad en asuntos que solo me competen a mí —pronunció William con molestia ordenando que se retirara. Reticente, lo hizo muy enfadada porque una vez más esa negra hubiera estado sobre ella en las decisiones de su hijo.

Pese al alboroto, William no podía acallar el bullicio de preguntas y sentimientos confusos por lo ocurrido con Ashanti antes de que su madre apareciera. Cuestionaba sus deseos y no encontraba paz para ese caudal de sensaciones que ella le provocaba. Simplemente no comprendía cómo un cariño que nació en la infancia estaba evolucionando a pasos agigantados en un sentimiento más intenso jamás experimentado. Era obvio lo que sucedía, mas se negaba a ponerle un nombre: *una parte de él estaba reticente a que fuese realidad.*

«¿Ashanti, qué nos ha pasado?», pensaba algo confuso mientras se alistaba para la gala, rememorando esas sensaciones tan nuevas para él, unas tan profundas que serían difíciles borrar.

Durante la velada, cierta esclava permaneció en la mente de William y con dificultad se mantenía atento en las pláticas de sus invitados. Pese a su falta de atención no se podían quejar pues eran agasajados con lo mejor de los Lancaster: *viandas, música y los más exquisitos vinos*; evidencia del nivel socioeconómico de la familia. Ni en los bailes del gobernador existía tanta opulencia y elegancia, misma que Lady Lancaster imprimió hasta en el más mínimo detalle de la recepción.

Pasaban las diez de la noche cuando todos los caballeros discutían sus negocios entre wiski y puros importados y las damas compartían los postres y licores endulzando el paladar. Entre ellas se encontraban Susan y Juliet bajo la estricta y sigilosa mirada de su tutora. Las gemelas trataban de comportarse tal cual se les había enseñado y, aunque les costaba trabajo, era casi imperceptible que carecían de experiencia en eventos de esa clase.

«Ya no se ven tan ordinarias como cuando llegaron», pensó Lady Lancaster satisfecha de haber hecho un buen trabajo con ellas. «*De tener suerte tal vez esta noche encuentren algún candidato interesado»*, dedujo percatándose de que Sir Thomas no le quitaba los ojos de encima a Juliet: *el pudor y la actitud cándida de la señorita le atraían en demasía al sexagenario*.

La virginal apariencia de ella era un imán para caballeros como él: *ancianos con bastas fortunas que solo podrían conseguir con dinero los placeres de la compañía femenina*. Las niñas en desgracia o sin herencias como el caso de Juliet, era a lo único que podían aspirar. Las familias de alto estatus no les permitían cortejar a sus hijas menores. Por mucho beneficio económico que esto les representase, preferían a los jóvenes acaudalados. Sir Thomas podía cortejar solteronas o viudas mayores de 40 años, pero no era lo que quería. Un hombre como él merecía los mejores ejemplares femeninos tal como Juliet: *pura, candorosa, firme en sus carnes y jamás tocada.* Eso último hacía palpitar su viejo corazón y otras partes más.

A ojos de la dama él era un buen partido a pesar de su edad y creía que era una verdadera mina de oro para deshacerse de la joven cuanto antes. Con esa premisa estaba a punto de poner en práctica sus dotes de casamentera, pero su hijo interrumpió sus planes. Instó a todos los caballeros a que salieran a conocer la obra de ingeniería que hacía productivas sus tierras. Plan que tenía muy bien ensayado para impresionar a su socio y así convertirse en los proveedores mayoristas de tabaco de la región.

Montados a caballo dejaron a las damas y se encaminaron rumbo a los sembradíos tenuemente iluminados por el fuego de las antorchas que se habían mandado a poner. En lo más alejado de la propiedad se comenzó a escuchar el correr del agua, tan estruendoso que llamó la atención de los hombres haciendo que por instinto buscaran su procedencia, la cual no tardaron en encontrar. William, quien había desmontado, les mostraba con orgullo un circuito de canales perfectamente conectados por los que corría el agua.

—¡Vaya! sí que ha puesto todo su empeño para convencerme, Lord Lancaster —dijo con asombro Sir Thomas Taylor sin dejar de ver el complejo acueducto que haría que ya no dependieran de las lluvias de temporal para sembrar cualquier plantación.

Siempre había sido un hueso duro de roer, pero la inventiva y la actitud emprendedora su socio lo convenció para continuar con tan ambiciosa empresa. Y no solo a él, sino a otros interesados en invertir en esa nueva sociedad que prometía ser fructífera.

—Y por lo que veo he cumplido mi cometido, Sir Thomas —respondió William elocuente viendo en los ojos de su socio el brillo de la ambición. Todo iba viento en popa y los cinco caballeros regresaban del recorrido cuando de repente los estruendosos disparos y gritos anunciaban un atraco en *Saint Helen.* Alarmados y a todo galope avanzaron con el único propósito de proteger a las mujeres que estaban completamente solas.

Pese a que William tenía más de un motivo para preocuparse, solo una de las ahí presentes lo tenía con el alma en vilo. No le importaban

las pérdidas, ni siquiera si tendría que enfrentar a los cuatreros que lo saqueaban, solo quería ponerla a salvo de todo. *«Dios, protege a todos, sobre todo a Ashanti»,* pensó llevando al límite a su corcel deseando llegar a tiempo.

Ashanti, evadiendo esos ojos de los cuales había sido presa, salió de la habitación. Y, tras lo que le dijo esa altiva mujer, deseaba no encontrarse con Laurie porque de verla no se contendría para hacerle pagar la humillación de la que había sido víctima. Aunque por una parte creía que el que esa haya entrado al aseo junto con Lady Scarlett fue lo correcto por lo que estuvo a punto de pasar con William. No encontraba explicación a lo sucedido lo único que tenía claro era que había estado mal.

«¿Por qué él se acercó así? ¿Por qué mi corazón latía fuerte sintiendo que moriría si me alejaba de su lado?», se preguntaba camino al cuarto de servicio rogando al cielo y a sus dioses que todo hubiera sido una confusión.

Su mente no dejaba de recordarle que fue tan real como respirar al rememorar el deseo y ese calor en su cuerpo que se elevó al tenerlo tan cerca. Estuvo tentada a besarlo y moría porque él lo hiciera, eso estaba claro y nada justificaba lo acontecido, por lo que la sensación de culpa no la abandonaba. Ella creía que su corazón le pertenecía a Robert, eso era lo normal: *esclavos con esclavos y blancos con blancos*. Por ello se negaba a la absurda posibilidad de que su amo le provocara algún sentir.

Huyendo de sus conflictos tuvo la mala suerte de toparse con Laurie, quien la miraba altiva provocando que se tensara.

—¿Creíste que caería a tus pies? —preguntó burlona mirándola de arriba a abajo—. Por mucho que te le ofrezcas jamás dejará de verte como su esclava, metete eso en la cabeza, Negra estúpida —espetó su rival queriendo abofetearla aunque Ashanti fue más rápida al detener su mano.

—Tan esclava como tú, Negra altiva —siseó la mulata harta de sus tratos apretándole con fuerza la mano, tanto que Laurie se dobló del dolor.

Ashanti no entendía el porqué de tanto odio de su parte, pero si quería guerra, guerra le daría. Aprovechando que la tenía a su merced

la aventó al suelo, se puso a horcajadas sobre esa engreída y le propinó una bofetada tras otra. Quería demostrarle que con ella no podría ensañarse más, y cuando oyó voces cercanas se fue para no ser castigada, dejando a Laurie enfurecida y con las mejillas coloradas.

Agitada y molida de cansancio llegó a una de las bodegas pues sabía que esa vengativa mujer la iría a buscar al cuarto de servicio para hacerle pagar. Así que entre los barriles de vino y los costales de grano se ocultó, solo esperaría a que oscureciera un poco para salir ya que a esas horas la velada habría iniciado y no correría riesgos para poder ir a la *bacanal*.

—Qué cansancio —se quejó la mulata estirándose y acomodándose sobre un costal para estar más cómoda.

Los desvelos, las faenas excesivas y lo agotador del baño a vapor le habían robado sus energías. Entre bostezos y tratando de destensar su espalda, comenzó a relajarse y sin darse cuenta los párpados se le cerraron.

Era casi media noche cuando los gritos y disparos despertaron a Ashanti sobresaltada. Estaba confundida y con el corazón en la boca aun sin saber qué pasaba, pero era evidente que nada bueno.

Escuchando el alboroto se percató de que los mentados cuatreros de los que tanto había oído hablar estaban atacando la plantación, por lo que trató de ocultarse muy bien para que nadie la viese. Agazapada, no dejaba de pensar en el peligro que corría su gente y rogaba que estuviesen a salvo en la *bacanal*, muy lejos de la casa Lancaster. Pensar en ese apellido le provocó una punzada en el corazón.

—¡William! —dijo angustiada el nombre de la persona que se había convertido en alguien especial en las últimas semanas.

El temor de que le pasara algo fue tan inesperado que se sorprendió de sentirlo y, aunque se cuestionó, este fue tan fuerte que sin pensarlo salió de su escondite para buscarlo. Necesitaba con urgencia saber si él estaba bien, tal vez necesitase su ayuda y estaba dispuesta a brindársela para pagarle las veces que la salvó de las garras de Dagger.

Recorría los pasillos resguardándose en la oscuridad cuando en la bodega contigua escuchó los gritos de unas mujeres. Parecía que las estaban ultrajando y como mujer se sintió en la obligación de ayudarlas, bien sabía lo angustiante que puede ser no recibir auxilio. Se movió con sigilo entre los estantes hasta que con la escasa iluminación vio a dos hombres con el rostro cubierto y la poca piel expuesta delataba su etnia: *eran esclavos igual que ella*. Tenían sujetas por la espalda a las gemelas Dagger, sus ojos llorosos y ese rostro envuelto en pánico delataban que las pobres sufrían.

Verlas así trajo a su mente lo que ella vivió a manos de su padre, aun así no dimitió en su propósito y tomó uno de los maderos para poder golpear a los hombres. Aprovechando que no se habían

percatado de su presencia, estaba dispuesta a salvarlas hasta que un tercer hombre entró en escena para decidir el destino de las víctimas. Ashanti estaba totalmente paralizada y no por la desventaja en número, sino porque ese negro era idéntico en su andar y complexión a Robert.

«No, no puede ser, él no haría esto», pensó alterada ante lo que veía. Ese hombre trataba con desdén a las jovencitas que temblaban y suplicaban piedad. Parecía que no tuviese corazón, y ella estaba segura de que Robert no era así.

—¿No dijeron que no las tocáramos?, po´estas blancas no vinimos —increpó un esclavo.

—¿Y qué importa? además, po´ellas van a pagar igual de bien —espetó el enorme negro.

Tan solo de escucharlo Ashanti lo identificó, era él, no había duda de ello. Se sentía decepcionada pues no comprendía qué lo había llevado a actuar así, e impulsada por ese sentimiento abandonó su escondite para encararlo.

—¡¿Rob…?! —No alcanzó a terminar la frase pues un fuerte golpe en la cabeza le quitó el conocimiento.

—¡Maldito, imbécil! —gritó Robert al que la golpeó viendo caer a su mujer y soltando a su presa se abalanzo sobre su compañero logrando desestabilizarlo. Estaba iracundo por lo que se atrevió a hacerle a la joven, tanto que no se percató de que en la revuelta las gemelas lograron escapar.

Los gritos se intensificaron, entre jalones, golpes y reclamos que los estaban poniendo en evidencia hasta que el estruendoso disparo al aire de uno de sus compinches detuvo la riña, alegando que debían huir cuanto antes.

—¡Llévense a Robert, antes de que nos atrapen! —alegó el ojiazul pues el negro estaba reticente—. A no ser que quieras que la despierte para que se entere de la clase de basura que eres —amenazó, por lo que el esclavo no tuvo de otra más que obedecer.

Él no quería dejar así a su mujer, mas no debía permitir que se enterara de que él participó en el atraco por lo que salió del lugar rogando que no lo hubiese reconocido. En vedad estaba preocupado por ella, pero debía alejarse si quería salir vivo de esta. No sabía que esa decisión traería las más devastadoras consecuencias para esa mujer que decía amar.

* * * *

La mirada gélida de Alexander Dagger se paseaba por el cuerpo inmóvil de Ashanti. La veía tan derrotada en el suelo que era una victoria para él: *tenía a la negra por la que su padre murió en bandeja de plata*. No le cabía duda de que sus planes de venganza le estaban saliendo a pedir de boca. Si el destino se lo ponía así, era por una muy

buena y provechosa causa. Sin testigo alguno, volcó sobre ella un cubo de agua para despertarla, tenía la imperiosa necesidad de mirarla a los ojos cuando consumara su venganza.

«*Debo terminar el trabajo que mi padre dejó inconcluso*».

En cuanto el agua tocó el cuerpo, Ashanti recuperó el conocimiento y una punzada en la cabeza le recordó lo sucedido, por lo que la desazón la invadió. Estaba todo tan confuso en su mente que parecía alucinación lo de Robert y pese a lo evidente, ella rogaba que lo hubiese confundido. Mas eso pasó a segundo plano cuando una risa macabra le heló hasta la medula dejándola muda y, al encontrarse con esos amenazantes ojos azules, creyó ver al demonio en persona, por lo que trató de evitarlos.

—¿Ya no eres tan fiera verdad, Esclava? —La fría voz de Alexander paralizó el corazón de la negra—. ¡Mírame a los ojos cuando te hablo! —ordenó con coraje tomándola del cabello con tanta fuerza que ella gritó de dolor. Con ira, Ashanti le golpeó la cara tratando de defenderse, pero solo logro quitarle la pañoleta dejando al descubierto su rostro—. No sabes lo que he esperado para que tú y ese Conde paguen por la muerte de mi padre y ahora es tu turno, Bestia inmunda —concluyó abofeteándola, dejándole un sabor metálico en la boca.

—¡Déjeme en paz! —gritó la negra al tiempo que el rubio la sujetaba fuertemente con el látigo que cargaba con él cual amuleto, pues era herencia de su padre.

Alexander sabía que debía apurarse ya que el atraco no duraría mucho pues los hombres llegarían de su expedición, por lo que no perdió tiempo y con agilidad la amordazó para sesgar sus gritos de auxilio. Ashanti presentaba resistencia pese a que estaba amarrada contra una viga que inmovilizaba sus brazos y piernas abiertas. La pelea de la negra no limitaba al capataz, la sola idea de profanar ese cuerpo cual santuario prohibido estaba dándole impulso para comenzar con la lujuriosa tarea.

Ashantí se retorcía tratando de evitar ser tocada, mas en esa posición era casi imposible defenderse. Cada lasciva caricia de su atacante, quien la tenía totalmente desnuda le anunciaba que estaba perdiendo la batalla. Sentir sus manos en su piel le daban la sensación de fracaso y frustración por lo que las lágrimas no tardaron en aparecer acompañadas de temblores: *esa era la respuesta de su cuerpo ante el ataque del depredador que mordía sus pechos con saña.*

Alexander estaba inundado en el placer de dominar a su presa con plena intención de causarle el mayor daño posible. Era la primera vez que intimaba con una esclava, pero el color de piel no importó, en ese momento su instinto primitivo lo dominaba y más al percibir el temblor de ese cuerpo que no dejaba de resistirse. Era excitante ver esos senos generosos elevarse con premura al ser presas de la agitada

respiración de su víctima: *una abierta invitación para dominarla*.

Sin misericordia alguna la torturaba estrujando con vehemencia y lascivia cada centímetro de esa oscura piel. Quería marcarla para que siempre recordase su lugar en esa sociedad, entre bofetadas, mordidas y rasguños perforaba la psique de la esclava que no hacía más que clamar piedad tragándose las lágrimas de su derrota. Eso solo avivaba aún más el deseo de venganza en el corazón de Alexander, acompañado de una excitación enfermiza y bestial. Cada milímetro de ese cálido laberinto que se resistía a sus dedos y esos gritos ahogados lo hacían desear con verdadera ansiedad hundirse en esa negra hasta que gritara su nombre.

Ashanti con gritos ahogados pronunciaba un solo nombre: *¡William, William!* Lo llamaba hasta en pensamientos, mas su caballero jamás llegó a impedir tan atroz acto del que estaba siendo víctima. La sensación fría de dejar este mundo la sumergió en la más angustiante agonía al sentir el miembro viril de ese depredador invadiendo su santuario. Una envestida tras otra con fuerza y crueldad, obligada a ver la maldad en esa mirada de hielo. Él gozaba mientras ella moría absorbida en la más absoluta oscuridad: *esa intromisión deshonrosa acababa con cada fragmento de su alma*.

Alexander era un monstruo, un ladrón que le robaba lo más preciado, dejando a su paso un vacío que incitaba a morir. En ese estado permaneció por mucho tiempo sin saber que existía hasta que unas manos ajenas se posaron sobre su piel adolorida alertándola. De súbito fue invadida por el miedo de que su voraz atacante se aprovechara de nuevo, sin embargo, al percibir el cálido roce y la voz de Peisha se supo fuera de peligro:

—¡No, Mi niña!, ¿qué te han hecho? —La negra cuestionaba con extremo dolor observando el cuerpo desnudo.

Tenía moretones y los rastros de sangre que adornaban sus muslos y espalda daban la respuesta que la mujer se negaba a aceptar. Se veía tan maltrecha que parecía muerta, y lo estaba, solo que su muerte era en un estado más allá del físico. Para Peisha, quien la quería desde pequeña, ver así a la hija de quien fue su amiga era devastador y no pudo evitar llorar al cubrirla con las ropas rasgadas.

En su mente no aceptaba lo ocurrido, era un acto muy injusto, aun para una esclava. Así que con ternura acarició ese rostro que alguna vez sonrió con inocencia y alegría, aunque esa sonrisa no apareció, solo un estremecimiento acompañado de un gemido de dolor.

—¿Po´qué?, ¿quién fue?

Ashanti hubiese querido contestar todas aquellas preguntas, pero su espíritu la abandonó desde el momento en que ese monstruo la profanó. Solo quedaban los despojos de la mujer que fue. Peisha la comprendía a la perfección, pues alguna vez ella sufrió lo mismo a

manos del Demonio blanco, era como verse en un espejo. Los temblores trémulos, la mirada perdida y sin vida, esa expresión de fracaso y miedo, es lo único que queda como símbolo de una vergüenza difícil de ocultar.

—Tranquila, Mi niña, tu secreto está guarda´o. Nadie se va a enterar po´mí —juró la madura mujer al levantarla para llevarla a los aseos. Peisha bien sabía de esa necesidad de ocultar todo, como si con ello se pudiera salvar la poca dignidad que le queda a una mujer tras tan humillante acto.

Mas eso no era lo único que Ashanti requería. Precisaba de ese apoyo que la misma Caly le prodigó cuando ella más lo necesitó: *le ayudaría a no quedar preñada.* Sabía que el miedo de cargar en el vientre a un hijo de ese monstruo que le causó el dolor de perder lo más preciado sería un martirio para la joven. Ella le evitaría ese calvario que ya se estaba formando en la mente de la mulata.

Ashanti sentía que jamás podría vivir sin esa oscura sombra sobre ella, ni siquiera el agua que corría por su piel llevándose cada trazo de sangre borraría los daños. Ella estaba sucia hasta del alma; Alexander no solo había mancillado su cuerpo, sino su espíritu y eso jamás podría repararse. Se sentía menos que nada; el dolor y la vergüenza de que un blanco la profanara era deshonrosa. Tanto que no se sentía digna ni siquiera de pertenecer a su raza y mucho menos de que algún hombre la mirase como mujer.

«¿Cómo podría Robert amar a la ramera de un blanco?», pensó asqueada de todo.

¡Maldita sea! —Fueron las primeras palabras que Alexander profirió en contra de sus compinches al desmontar en el interior de una cueva.

Estaba realmente iracundo porque los planes no les habían salido nada bien. No contaron con que los hacendados les presentaran batalla alcanzándolos a medio camino. En la trifulca habían perdido a sus rehenes, cuatro jinetes y otros tantos salieron dispersos. De nada había servido el aprovechar que las familias más pudientes estuviesen reunidas para poder secuestrar a sus mujeres y pedir rescate. Pero lo que lo tenía más cabreado era que Robert se hubiese atrevido a acorralar a sus hermanas, eso era una ofensa que jamás le perdonaría.

»¡Bestia inmunda, te dije que solo capturaras a las esposas! —espetó tomándolo del cuello.

En ese momento quería molerlo a golpes por su arrebato, no le importaba siquiera que los pudieran haber identificado o que los que fueron capturados los delataran.

—¡Qué importa a quienes tomábamos! —reviró Robert soltándose con facilidad de su agarre—, pagarían igual po´ellas. Además, tú tienes la culpa de que nos alcanzaran. ¡Te siguieron pa´quitarnos el botín! —reclamó furioso empujándolo con fuerza—. ¡¿Po´qué te retrasaste?!

—¡Eso no te incumbe, Negro! —espetó Alexander dispuesto a pelear, ese inferior no tenía derecho a pedirle explicaciones.

«*Ni él, ni nadie puede cuestionar el gusto que me dio desvirgar a esa mandinga*», pensó arremetiendo con un golpe seco en el rostro del musculoso esclavo iniciando una reyerta *a puño limpio*[9].

El derechazo no le hizo ni cosquillas a Robert y este no se frenó en responder con otro golpe en el estómago de Alexander. Entre dimes y diretes, blanco y negro puño a puño se enfrentaban sin importar el

marcado marcado por su color de piel. En esa extraña sociedad eran iguales, solo unos forajidos en busca de dinero para lograr sus metas. Entre puñetazos descargaban sus iras hasta que fueron separados por sus cómplices, de nada valía molerse a golpes cuando sus cabezas corrían peligro de ser descubiertos.

—Ahora no hay escapatoria. O salimos juntos de esto o nos hundimos todos —amenazó Alexander limpiándose la sangre del labio inferior—. Sobre todo ustedes por lo que son, si quieren salir bien librados tienen que hacer todo lo que les ordene o de lo contrario aténganse a las consecuencias —siseó retomando el liderazgo mirando con recelo a los mulatos.

Aunque a Robert le costaba trabajo aceptarlo, Alexander tenía razón: *al ser negros llevaban las de perder.* Bien podían culparlos de todo y fingir inocencia, por más que ellos los delatasen nadie creería en la palabra de un esclavo contra un blanco. Así había sido desde siempre, su raza no tenía derecho siquiera a opinar, mucho menos a defenderse ante las autoridades. Con todo eso en contra, no le quedó más que asentir sintiéndose humillado, pero nada podía hacer si quería mantenerse librado de las consecuencias de sus acciones.

* * * *

Era de madrugada cuando los caballeros llegaron a *Saint Helen* tras haber rescatado a sus mujeres, quienes lucían tan agotadas y demacradas a causa del trajín del viaje. Por fortuna para ellas, los varones pudieron hacerles frente a sus captores. Sin embargo, eso no le restaba nada al horror de haber sido raptadas y el peligro que corrieron en medio de la balacera. Todas estaban muy afectadas, sobre todo Lady Lancaster que en su vida ni siquiera había estado cerca de un enfrentamiento hostil entre la guardia inglesa.

«Este inhóspito lugar no es digno de una mujer de mi porte, es imperativo irnos a Inglaterra antes de que suceda una desgracia», pensaba tras haber descubierto que algunos de los cuatreros eran parte del servicio de los plantíos aledaños.

Estaba dispuesta a exigirle a William que dejasen esas salvajes tierras, pero tenía que esperar a que sus invitados se retiraran. Estos no tenían el valor de regresar sin seguridad a sus casas en medio de la oscuridad. Por ese motivo les estaban asignando las habitaciones que por fortuna no fueron saqueadas, según los esclavos que recogían los destrozos al llegar de la *bacanal*.

Según el reporte dado a William, el daño en la casa fue mínimo: *jarrones y vidrios rotos.* Solo se llevaron parte de las joyas de Lady Lancaster y el dinero que tenían en el despacho, mas no se desestabilizaba su economía. Y aunque lo hubiese hecho, no era tan importante como saber de Ashanti. Durante las últimas horas, en su pensamiento estuvo principalmente ella, se sentía culpable de haberla

dejado desprotegida por rescatar a las Damas.

«*Ya ningún lugar es seguro*», pensó entrando en el gran salón temiendo que hasta sus propios empleados estuvieran involucrados en el atraco.

Como anfitrión estaba obligado a hacerles compañía a los demás caballeros, incluido Sir Thomas, quien tenía planeado quedarse una temporada en *Saint Helen* cuidando sus intereses. Todos hablaban de formar alianzas por la seguridad de sus familias pero, William turbado en sus pensamientos, no prestaba atención. La zozobra estaba tomando posesión de él al no ver ni un segundo a Ashanti en el ir y venir de sus esclavos que se estaban encargando de la limpieza y eso era realmente extraño.

«*¿Dónde estarás?*». Se preguntaba angustiado mirando con fijeza el fuego de la chimenea.

—Laurie, ¿por qué no todos los esclavos de casa están presentes? —inquirió haciéndolo sonar más como un reproche para no dar a conocer sus verdaderos intereses.

—Perdone la falta, *Milord*. Esas negras flojas no quisieron cumplir mis órdenes —respondió con sorna la aludida esparciendo su veneno —. Esa Ashanti estaba lívida y Peisha me amenazó con agredirme si no dejaba en paz a su amiga, como si el golpe en el rostro le impidiese hacer sus labores —concluyó para dejar en mal a su acérrima rival.

Esa última frase se le clavó a William en el pecho cual aguijón y estuvo a punto de salir corriendo, pero se contuvo y guardó la compostura delante de los que le observaban.

—¿Era muy grave el golpe? —cuestionó controlando sus deseos de saberlo todo.

—No, *Milord*, solo tenía el labio abierto y algo de sangre en la cabeza. Le aseguro que ahora debe de estar dormida la muy holgazana —respondió Laurie sintiéndose superior a la pobre esclava que sufría en silencio. William se quedó mudo imaginandola mal herida y dilucidando qué pudo haberle pasado, por lo que la culpa comenzaba a carcomerle.

«¿Por qué precisamente ella tuvo que salir dañada», pensó deseando que hubiese sido mejor cualquier otra persona. *«Si tan solo la hubiera protegido nada le habría pasado»*. Se culpaba afectado por la noticia, mas supo disimularlo, después de todo ese era un arte que se le daba bien gracias a las enseñanzas de su clase social.

—Espero que no sea una gran pérdida económica, Lord Lancaster —intervino Sir Thomas como si hablase de un mueble.

Esas palabras provocaron que la sangre le hirviera de coraje queriendo hacer que su socio se las tragara, por lo que se tensó apretando los nudillos. Quería estrellarlos contra ese rostro altivo, sin embargo, optó por controlarse, ninguno de los ahí presentes

entendería lo valiosa que era Ashanti para él y no como un bien, sino como persona. Para ellos, los esclavos eran poco menos que ganado que al ser dañados solo representaban una pérdida financiera.

—Es lo que tengo que ver. Con permiso, Caballeros —respondió con voz tirante y salió de la estancia. Se veía tan molesto que Laurie celebraba en su interior pensando que había logrado su cometido, pues era ignorante de la batalla interna de su amo.

Con miles de imágenes en la mente, William se dirigía a los cuartos de servicio haciéndosele extremadamente largo el camino. Era como si el miedo de lo que vería multiplicara la distancia por mil, y cuando llegó, la angustia aumentó anunciándole que la desgracia estaba cerca. Con premura abrió las puertas sintiendo un golpe en el pecho al ver el cuerpo tendido en el duro catre, acompañado de otra esclava que lloraba a su lado, tensándolo aún más.

—Déjanos solos, Peisha —ordenó con la voz más angustiada que la negra pudo escuchar, evidenciando lo mucho que le estaba afectando ver así a la esclava. Tal revelación la hizo pensar que tal vez él conocía quien era la joven en realidad y por eso actuaba de esa manera.

«¿Será que en ve´da la sangre llama?», pensó la esclava mientras dudaba en dejarlos solos y no por desobediencia, sino porque no quería apartase de su amiga que no había hablado, ni salido de su letargo en todo ese tiempo, pero terminó cediendo.

William rompió la distancia que lo separaba de Ashanti y al ver su rostro magullado, el aliento se le fue. Verla así era doloroso, tanto que las lágrimas se cristalizaron en sus ojos, la esclava que lo había llenado de momentos alegres no hablaba, solo tenía la mirada perdida, como si estuviera en un estado más allá de la muerte. La pobre muchacha no podía cerrar los ojos, cada vez que lo hacía, esa mirada fría cargada de ira y lujuria la atormentaba, al igual que todo lo que le provocó su vejación, sometiéndola al más doloroso recuerdo.

». ¿Qué te han hecho, Negra linda? —preguntó trémulo de obtener la peor respuesta y con extrema delicadeza le acarició el rostro provocando que se estremeciera con verdadero temor, al tiempo que esos ojos inexpresivos se abrían como platos—. Tranquila, tranquila, no te haré daño —añadió percibiendo su miedo y la acunó entre sus brazos proveyéndole del contacto y del apoyo que necesitaba.

Escucharlo proferir esa promesa bastó para que ella posara su mirada en el negro de sus ojos provocando una conexión tan fuerte que le erizó la piel. Por unos segundos Ashanti sintió que la voz podía regresar para solo susurrar lo que tanto había esperado decir:

—¡Viniste, no me abandonaste! —Fue lo único que salió de sus labios para sellarse de nuevo.

Abrazada del hombre que tanto deseó que llegara a su rescate, la

pobre mulata rompió en un llanto amargo, como evidencia de su dolor y su único medio de comunicación. Ese dolor que estaba atorado en su ser y no había podido sacar, ahora fluía cual caudal, pues a su lado volvía a estar segura.

—Aquí estoy, Ashanti, nunca te dejaría sola —respondió William con sinceridad sintiendo que una lagrima resbalaba por su mejilla—, perdona por no haber llegado a tiempo.

Una vez más se sentía culpable ante ella, no hacía falta preguntarle qué le había pasado, toda su reacción y estado le había dado las respuestas. No cabía duda de que su actuar era consecuencia de algo superior a un simple golpe, pero él se resistía a creerlo aun con la evidencia delante de sus ojos.

«Dios, que no sea lo que estoy pensando, permite que me equivoque y que nadie la haya dañado de esa manera», suplicó con fervor abrazando el tembloroso cuerpo de Ashanti.

* * * *

Al día siguiente los extremos castigos sobre los esclavos capturados que participaron en el atraco estaban sirviendo como amenaza a todo aquel que osase repetir tales actos. Para William, que era enemigo de la violencia, el que fueran quemados vivos por muy culpables que sean, se le hacía inhumano. Aun así no podía intervenir cuando sus amos tenían pleno derecho de ejercer su autoridad cómo quisieran.

Él era el único que no se vio en la necesidad de hacer valer ese derecho pues ningún esclavo de *Saint Helen* había sido implicado, hasta ahora. La sospecha sobre su gente seguía latente en su interior, era inconcebible que los cuatreros hubieran atravesado sus defensas tan fácilmente. Pero no tenía pruebas que los inculparan y menos cuando su capataz y demás gente aseguraban que todos estaban en la *Bacanal*, en ese paramo retirado de sus tierras, por lo que no llegaron a escuchar siquiera los disparos. Sin embargo, sabía que a esas alturas no debía confiar ni en su sombra.

En pocas horas el estrés era palpable tanto en negros como en blancos, esperando cualquier ataque y su madre no era la excepción. Su histeria femenina era realmente irritante entre *cantaletas*[10] y reclamos por su permanencia en *América*.

«*Si no fuera porque la necesito para la educación de las señoritas Dagger, ya la hubiera embarcado en el primer navío rumbo a Londres*», pensó firmando el oficio que entregaría a las autoridades. No era tan mala idea considerando que allá estarían más seguras y que tendrían oportunidad de encontrar marido, ya después se encargaría de eso. Por ahora, una sola persona necesitaba de su total apoyo y atención.

A William le preocupaba Ashanti, de quien tuvo que separarse para atender sus asuntos. Necesitaba volver a su lado y cerciorarse de que por lo menos hubiese salido de ese estado de abstracción en el que la

dejó antes del amanecer. Nunca creyó que la luz de esos ojos que tanto trasmitían se apagara junto con esa sonrisa perlada: *era como ver una sombra de lo que fue.* El daño no era físico, sino en su espíritu y se trasmitía en su semblante: *parecía muerta en vida y que respiraba solo por ser una acción natural de su cuerpo.*

Con el deseo inherente de hablar con ella para hacerle ver que no estaba sola y que contaba con su ayuda, salió a buscarla a los cuartos de servicio pero no la encontró. Según lo que le dijo una esclava había salido al patio trasero por unos enseres del aseo vespertino. Saber que por lo menos ya no estaba postrada en cama era esperanzador.

«*Seré tu confesor, un amigo, un hombro para llorar, lo que necesites sin importar qué, Ashanti»*, pensó dirigiéndose a su encuentro. «*De ser necesario mataría de nuevo por verte sonreír una vez más*», caviló tenso, deseando hacer justicia sobre aquel que se atrevió a dañarla: *ese bastardo del que su esclava se negaba a hablar*. ¿Por temor o vergüenza?, no lo sabía, pero lograría convencerla de confesar.

Iba decidido cuando la encontró acompañada de Robert, estaba tan cercano a ella que la idea de que fuese algo más que un compañero surcó su mente, lo que le generó un disgusto inusual. Sobre todo al ver los enormes brazos del hombre sujetándola de la cintura, como queriéndola retener, por extraño que le pareciera, reprobaba verlo tan cerca de la hermosa mulata.

Ella parecía incomoda, como si quisiera soltarse del agarre de ese insistente esclavo que estaba ansioso por besarla. La ignorancia de Robert no le permitía ver que Ashanti estaba sufriendo con ese contacto, su cuerpo no soportaba ser tocado con esos fines pues rememoraba su infierno en vida en manos de Alexander. William lo veía tan claro que, tenso como las cuerdas de un violín, no dudó en intervenir para librarla de esa tortura.

Su instinto masculino lo impulsaba a usar la fuerza contra ese hombre como si defendiese sus derechos sobre ella. Pero no se rebajaría a actuar como un energúmeno cuando su autoridad le daba potestad para lograr su cometido. Bastó un carraspeó profundo para hacer notar su presencia sobresaltando a ambos esclavos.

—No son horas de andar con arrumacos —siseó sin poder ocultar su molestia y de inmediato se separaron. La mulata estaba apenada de que la hubiese visto en esas circunstancias. En cambió Robert, tan solo de oír su altanera llamada de atención, sintió que la sangre le hervía de coraje por lo que no pudo evitar lanzarle una mirada tensa.

Ya había sido suficiente con la discusión que acababa de tener con su mujer a causa de él cuando le encaró por haber participado en el atraco. Robert lo esperaba, es más, pensaba que estaría molesta por el golpe en su cabeza. Sin embargo, cuando la oyó reclamar si había pensado en el daño que causaría, como si le importase mucho lo que

le sucediese a Lancaster, perdió los estribos reclamándole sus intereses. Todos sus celos se volcaron en ese instante poniendo en duda lo que ella decía sentir por él tiempo atrás.

Ashanti estaba demasiado frágil para soportar esa confrontación, apenas si pudo levantarse en la mañana, no tenía fuerzas para contender. Ver así a Robert la hacía temblar preguntándose cómo reaccionaría si se enterara de lo sucedido, cuando supiera que ya no era pura como él pensaba, y eso le dolía en el alma. Se sentía menos que nada, ese dolor fue evidente para el esclavo que con un beso robado quiso saldar su error y una vez más fue rechazado, por lo que estaba dispuesto a no desistir hasta hacer las paces con su negra. Pero no lo logró por la repentina aparición de su rival.

». Vayan a hacer sus labores —ordenó el rubio haciendo alarde de su posición de amo y señor mirando con desdén al esclavo.

—Como ordene, Amo —siseó Robert con desdén tragándose su orgullo y se retiró corriendo.

«Ya caerás de tu trono, Lancaster. La vez pasa´a fallamos, pa´la siguiente no podrás levantarte». Amenazó el enorme negro en su interior aunque hubiera querido gritárselo a la cara.

Para William no pasó desapercibida esa falta de respeto y a pesar de querer ponerlo en su lugar sus prioridades eran otras. En un movimiento ágil retuvo con delicadeza a Ashanti tomándola por sorpresa del brazo.

—No fue mi intención hablarte así, pero ver… —se frenó. No podía confesarle la rebelión que se estaba gestando en su interior—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, solo tienes que pedirlo —dijo tomándola de las manos viendo cómo ella quería ocultar el llanto que amenazaba con salir.

«Nadie puede hacer que mi alma sane para sacarme de este martirio», pensó ella con dolor y asco recordando lo vivido.

»Si tan solo me dijeras quién fue, yo te juro que… —Se contuvo William, pues sentía que la voz se le estaba quebrando como nunca antes. Era tanto el coraje que sentía por lo que le hicieron, y no solo hacia el maldito violador, sino por no haber estado ahí para salvarla —. Por favor, Ashanti, solo dímelo —suplicó hurgando en su mirada en busca de respuestas que no llegarían.

La oscura amenaza que pendía sobre sus seres queridos la tenía con los labios sellados, Alexander se había asegurado muy bien de no ser delatado antes de dejarla tirada como un trapo sucio. Ella no sería la que trajera más desgracias a la vida de quienes la querían y mucho menos después de enterarse de la mala suerte que corrieron los otros negros que fueron quemados.

«Si abres la boca, te juro que acabaré con cada uno de los que amas y no tendré piedad… empezando por tu Robert. ¿No te gustaría que

Lancaster supiera quién ha robado sus tierras verdad?». Esa amenaza resonaba cual eco en su mente helándole la sangre.

Con ese peso sobre ella, no podía soportar el escrutinio de William por lo que salió corriendo dejándolo sin respuestas y con el coraje de no haber siquiera conseguido un avance.

Ashanti corría con la mirada nublada por el llanto, muy alejada de la casa y de todos, sin percatarse de que Alexander Dagger le seguía los pasos. Ella era un cabo suelto que no podía dejar que le entorpeciera sus planes y temía que se hubiera atrevido a delatarlo con Lancaster. Debía recordarle que de su silencio dependía el bienestar de su gente. Así que aprovechando la soledad que los rodeaba y que comenzaba a caer el sol, la jaló con brusquedad hacia los matorrales.

—¿Qué hacías con Lancaster? —inquirió amenazante empotrándola contra un grueso tronco. Ashanti, al sentirse prisionera y mirar esos ojos fríos, se paralizó y el temblor dominó su cuerpo. No quería verse reflejada en esa frialdad—. Recuerda lo que le pasará a tu negro si te atreves a hablar —amenazó estrujándole el cuello y mordiéndole con fuerza el labio inferior causando un tremendo asco en la mulata por lo que no pudo evitar llorar.

—No… no dije nada… lo juro —soltó temerosa sudando frío y girando el rostro para que él no atacara sus labios sangrantes.

—Mírame cuando me respondas, quiero ver que dices la verdad —ordenó el rubio girando el rostro de su presa—. ¿Has dicho algo? —inquirió y la esclava se limitó a negar en silencio sin despegar su mirada de la de él.

Tener a esa negra doblegada ante él le provocaba excitaciones que no había tenido el placer de conocer: *sentirse superior y dominar a su antojo a alguien era algo inigualable*. Por lo que no resistió el deseo de volver a tenerla a su merced para recordarle que él siempre saldría ganando cuando se le antojase. Con fuerza excesiva le tapó la boca para que nadie escuchara sus llamados de auxilio y rasgó sus ropas para una vez más comenzar el juego perverso dándose placer en cada estocada.

La pobre Ashanti lloraba soportando la tortura de ser poseída sin su permiso. Era un suplicio sentir esas asquerosas manos estrujándola mientras el dueño de estas la vejaba embestida tras embestida, sin poder hacer nada para detenerlo. Paralizada rogaba que acabase pues no sabía cuánto tiempo duraría, solo sabía que esa no sería la última vez. Estaba condenada a sufrir en silencio sus abusos y el asco de ser usada cual juguete de ese demonio.

—Este será tu castigo cada vez que te vea con intenciones de hablar —advirtió dejándola inmóvil entre las ramas.

Ashanti se sentía sucia, era como si él hubiese dejado en su piel marcas repugnantes que jamás se borrarían: *ni las lágrimas lograban*

hacerlo. Ella solo quería desaparecer de ese mundo que no le había traído más que desgracias.

«*Mientras siga viva él siempre será mi verdugo*», pensó consciente de que jamás podría detenerlo si sus seres amados corrían peligro. «*Po´ellos y por lo mucho que los amo ya no puedo seguir aquí*», concluyó abstraída en la oscura idea de morir que era cada vez más tentadora.

En cuanto Ashanti salió corriendo, William sintió la necesidad de alcanzarla para darle apoyo, era evidente que el miedo se había apoderado de ella una vez más. Estaba por seguirla sin importar lo extraño que pareciera, pero su paso se vio frenado por Lady Scarlett y las gemelas, quienes le anunciaron la llegada de Timothy Denson. Su madre por cortesía lo había invitado a cenar y como caballero se veía obligado a atender a sus visitas. Al menos así lo dictaba la excelsa educación que recibió desde niño.

«*Si no fuese quien soy, no importaría si desairara atender a cualquier visita*», pensó sintiéndose maniatado. Viendo el polvoriento camino donde su esclava desaparecía en la distancia, con garbo tendió el brazo para acompañar a las damas, deseando poder ver pronto a su mulata.

Pensar en Ashanti, durante la cena, le impedía prestar atención a las preguntas de Sir Thomas, las sonrisas coquetas de Susan y mucho menos al pudor de su gemela. El palabrerío de Mr. Smith era un sinsentido para él que estaba absorto en el entrar y salir de los negros que los atendían esperando verla, mas nunca apareció. Eso solo reafirmaba su temor de que ella corría peligro donde fuera que estuviese, temor que se vio reflejado en su rostro por unos segundos antes de retomar la compostura.

Todos hablaban de trivialidades y dinero sin percatarse de su estado, excepto el reverendo. Él estaba atento a su actuar por lo que dedujo que algo malo le pasaba y no eran precisamente los estragos del reciente robo. Desde que se enteró de lo sucedido, el impulso de visitarle se acrecentó como si Dios lo guiase por ese camino, por lo que no dudó en hacerlo. Esperaba ser de ayuda para ese hombre que sin más se retiró dejando a los comensales mudos por la falta de educación. Para Lady Lancaster era evidente que su hijo tenía otros intereses y algo le decía que no serían de su agrado.

En efecto, a William no le importaba más que saber el paradero de su esclava y fue directo al cuarto de servicio: *ella no estaba y nadie la había visto después de él*. Así que sin explicación alguna tomó una de las prendas de Ashanti y se dirigió a las caballerizas dejando miles de preguntas sin respuesta entre los negros. No tenía tiempo que perder por lo que tomó el primer caballo que encontró disponible sin esperar a que le alistaran el suyo.

—¿Lord William, qué le pasa?, ¿a quién busca? —cuestionó su acompañante silencioso sorprendiéndolo pues no se había fijado en su presencia.

—Debo encontrarla, Timothy, estoy seguro de que algo malo le ha pasado —respondió al montar y salieron sin aviso.

Los sabuesos corrían a toda velocidad tras el rastro de Ashanti y William los seguía cual tornado montado en el brioso corcel con la única misión de encontrarla. En cierta forma le parecía una locura tener ese afán, ni él mismo se entendía, pero debía atender al llamado de su intuición que le gritaba que ella no estaba a salvo. Como si una conexión más allá del plano físico, igual a la de las madres por sus hijos, le dictara esos presentimientos.

Sin perder las esperanzas y soportando los primeros vientos helados del año, desmontó cuando los caninos se detuvieron aullando entre unos matorrales. En cuanto descubrió el primer indicio oculto entre la espesura de la vegetación, la tribulación hizo mella en su interior. No era buena señal hallar ese rasgado delantal, estaba seguro de que pertenecía a la dueña de sus angustias.

—Dios va a guiar nuestro camino y la encontraremos —prometió Timothy para traer paz a su acompañante, el cual tras un suspiro asintió apretando con todas sus fuerzas el pedazo de tela e instó a sus fieles perros a seguir con la búsqueda.

Aún con la zozobra turbando su mente, llegaron a las inmediaciones del bosque gracias a los pedazos de tela rasgada o atorada entre las ramas. Lejos de aliviarse se angustiaba, cada trozo era señal de que sus peores temores se harían realidad en ese oscuro paraje que, si mal no recordaba, era el manantial donde conoció a su acompañante. La quietud era casi sepulcral y, aunado a su extrema desazón, sentía que el corazón le latía con más fuerza a la espera de cualquier sobresalto. Y así fue cuando la vio: *parecía una aparición fantasmal que lo miraba con melancolía y dolor helándole la sangre.*

—¡Ashanti, no¡ —gritó Wiliam al tiempo en que ella saltó desapareciendo en las profundidades del agua.

Desesperado corrió a toda velocidad para lanzase tras de esa mujer que deseaba morir. El agua helada flagelaba su cuerpo como miles de dagas perforando su piel, a lo cual le restaba importancia con tal de encontrarla aun en medio de la oscuridad. Se zambulló en las

profundidades y sus pulmones le exigían más aire, pero guiado por el tacto se topó con lo que parecía ser ropa. En ese momento sentía que se ahogaba, mas poco le importaba si podía salvarla.

«*No voy a desistir ahora que la he encontrado»,* pensó haciendo un gran sacrificio para llegar a ella. La mulata estaba anclada en lo más profundo del manantial debido a unas piedras que colocó, antes de saltar, en el interior de sus bolsillos para nunca salir. No se veía con vida y William sintió un agudo dolor desgarrarle el alma. «*Aun muerta la sacaré de este lugar*». La sujetó por debajo de los brazos y haciendo un esfuerzo sobre humano la llevó a la superficie.

—¡No, no!… ¡¿Por qué lo hiciste?! —le reclamaba al cuerpo inmóvil en sus brazos. Él no podía creer que esa muchacha, que hace días reflejaba sus ansias de vivir, ahora se hubiera quitado la vida—. ¡Respira por favor, Ashanti! —exigía sacudiéndola de los hombros como si con ello le devolviese la vida, sin embargo, no lograba ningún cambio—. Si hubiera llegado unos segundos antes yo… —se lamentaba llorando, dando sin querer unos fuertes golpes en el pecho de su esclava muerta.

—*Milord*, ya no podemos hacer nada si así son los designios del señor —dijo con solemnidad Timothy a la orilla del manantial disponiéndose a hacer unas oraciones para el descanso de la joven.

William estaba desgarrado abrazado al cuerpo inerte y no le importaba que alguien más viera su dolor. Lloraba prodigándole el cariño que no pudo en vida hasta que de repente logro sentir una ligera sacudida tomándolo por sorpresa. *¿Milagro? ¿Brujería?* no lo sabía, pero se regocijaba de ver cómo, tras sacar una gran bocanada de agua, Ashanti poco a poco recobraba el conocimiento.

Ella sentía que salía de una gran oscuridad, y aun así percibía los espasmos de su cuerpo junto con el ardor en su garganta al devolver gran cantidad de líquido. Su último recuerdo era la imagen de William con mirada angustiada gritando su nombre. No entendía qué pasaba hasta que se percató de que sus planes habían sido frustrados: *no estaba muerta como era su deseo*. Y lo comprobó al sentir esas manos fuertes sujetándola por la cintura y la espalda, era su amo, lo supo al toparse con esos ojos llenos de preguntas y reproches. Estaba molesto de que en vez de haber aceptado su ayuda hubiese preferido castigarlo con su muerte.

Ashanti solo lloraba sintiendo que le había quitado la oportunidad de liberar a sus seres amados del peligro de Dagger. Nadie, ni siquiera su amo podría librarla del infierno que le esperaba. En sus ojos se veía ese horror del que William estaba siendo testigo, por lo que no fue difícil deducir por qué la mulata deseaba tanto la muerte a sabiendas de que lo tenía a él para protegerla.

—¿Fue él otra vez verdad? ¡¿Ese bastardo se ha atrevido a

mancillarte de nuevo?! —cuestionó encolerizado al pensar en el negro que la acompañaba hace unas horas. Aunque era más una afirmación.

«¿Por qué, Dios mío, por qué?», inquirió molesto al no comprender cómo podrían hacerle tanto daño a ella, quien al sentirse descubierta lloró amargamente dándole así la respuesta a William. «*Juro que haré pagar a ese maldito»,* caviló dispuesto a cobrar venganza cuanto antes, pero la necesidad de consolarla fue mayor.

Tomó a la mulata pegándola a él con fervor, como si quisiera meterla en su pecho para protegerla. Ese deseo no pasó desapercibido para Ashanti, la forma en que la tomaba, el cómo le prodigaba cariño aun siendo quien era, por lo que fue inevitable experimentar esa paz que solo él le daba al acunarla entre esos brazos fuertes. Ambos se abrazaban como si fuese necesario para vivir y entre llantos se prodigaban ese sentimiento que nacía entre ellos.

El reverendo que se había mantenido ajeno a ese intercambio observaba desde otro ángulo, la relación entre amo y esclava. Para Timothy Denson estaba claro que William sentía algo intenso por la mulata y eso era en realidad lo que tenía al joven con el alma atormentada. Y con justa razón, cómo aceptar sin más un amor condenado al escarnio y vituperio de esas personas que no comprendían los deseos del corazón.

* * * *

William no veía nada seguro que Ashanti regresara a la hacienda, no mientras Robert existiera pues se ensañaría con ella cuantas veces quisiera por más que él hiciera el esfuerzo por protegerla. Y él no permitiría que la dulce mulata fuese humillada de esa manera. Bien podía aceptar la propuesta de Timothy quien se ofrecía a llevársela al pueblo y cuidarla, pero la sola idea de saberla lejos le causaba un enorme pesar. Por lo que tomó la decisión de ocupar el viejo *chalé*[11] que estaba lejos de la casa principal, oculto en un claro del bosque que lo circundaba.

Según su progenitor, era una especie de cabaña de caza y nadie sabía de su existencia, por ello le hizo jurar que no le diría a nadie y que sería su pequeño secreto. Promesa que mantuvo, hasta ahora, ni su madre estaba enterada. Lo que le daba la seguridad de que nadie se percataría de su presencia. Además sería de fácil acceso para que su amigo cuidara a Ashanti en su ausencia, ya le diría cómo llegar sin ser visto.

«Espero que esté en buenas condiciones», pensó rememorando la última vez que estuvo ahí junto con su padre un día antes de partir de *Virginia. «Debo llegar cuanto antes*», concluyó apretando el paso pues Ashanti, que estaba acurrucada en su regazo comenzaba a tiritar debido a las ropas mojadas y el viento frío que hasta a él le estaba calando.

Iban en total silencio acompañados por Timothy y no porque se hubiera cansado de exigir respuestas, solo no quiso incomodarla: *él sabría esperar a que ella hablara*. Y no es que ella no confiara en ese hombre que le prodigaba cariño y respeto, sino que se avergonzaba de decirle qué le había pasado. Tenía miedo de que él la viera con otros ojos al saber que no tuvo el valor para enfrentar a ese blanco que profanó su cuerpo, además no quería que él se manchara las manos de nuevo por su culpa.

Al llegar, Timothy se quedó afuera buscando leños para encender el fuego que los jóvenes necesitarían para entrar en calor. El *chalé* no necesitaba más que un profundo aseo, aun así William entró cargando a su mulata, quien sentía en esos cálidos brazos la única fuente de tranquilidad para no perder la razón con tanto sufrir. Motivo por el que al ser depositada en el polvoriento diván que adornaba la sala de estar sintió que la oscuridad la abstraía regresando a ella el miedo de ser violada de nuevo. El frío recorrió su cuerpo y las miles de imágenes de Alexander se lanzaron contra ella torturándola a cada instante.

Para él, verla absorta con la mirada perdida, fue la muestra viva de su sufrir y aunque se moría por decirle todo lo que sentía y que dejara de temer, prefirió no incomodarla. Así como estaba no lo oiría, ella necesitaba asearse y descansar para después, si estaba dispuesta, hablar, pero no podría hacerlo con esas ropas húmedas. Por lo que con profundo cariño y respeto comenzó a desnudarla dejando al descubierto las huellas del crimen más atroz que jamás haya visto. Las mordidas en sus senos y esas marcas sobre la oscura piel, evidencia de unas manos estrujando las caderas, le causaron repulsión y el odio hacia ese degenerado fue acrecentándose.

«¡Robert, maldito malnacido!», pensó viendo los moretones apenas visibles a la luz de las velas. *«Señor, si tú no haces justicia, juro que lo haré yo, así me vaya al infierno*», sentencio muy molesto y por primera vez en su vida renegó de su Dios, mientras las miles de imágenes de ese negro sobre su esclava lo atosigaban cual enjambre.

Conteniendo su imperioso deseo de salir en busca del maldito causante de esa desgracia, continuó aseando a Ashanti con religiosidad. Quería borrar de ese cuerpo, que una vez fue prístino, la huella del pecado. No solo él sufría, ella lloraba en silencio sintiendo esas manos tan distintas a las que la mancillaron. La joven no podía ocultar su rostro consumido por su amarga pena y mucho menos cuando el miedo de cargar en su vientre al hijo de un demonio se acrecentaba.

En ese silencio, esclava y amo se decían todo: *él le demostraba su incondicionalidad y ella la extrema confianza que le tenía*. Ni a Robert le hubiese permitido que la viera así. Pasaban los minutos, como si el

tiempo no existiera en esa dolorosa lucha de sentimientos, sin saber que hace tiempo sus padres habían estado en el mismo lugar en circunstancias diferentes. Arthur y Caly habían sido víctimas y presas de sentimientos encontrados que jamás pudieron controlar y que marcaron sus vidas y, sin querer, las de sus hijos.

Ajenos a ese pasado que no tardaría en cimbrar sus vidas, William le prodigaba cariño enjugándole las lágrimas tras cubrir con una frazada su desnudez. Era algo tan inusual en un blanco que ella no comprendía su afán de protegerla.

—No dejaré que vuelvan a hacerte daño, lo juro por Dios — pronunció él atrayéndola hacia sí.

Su promesa era desde el fondo de su corazón por lo que Ashanti percibió ese sentimiento genuino con el que la prodigaba. La seguridad que él le daba acurrucándola en sus brazos y la caricia de esos largos dedos en su cabello era suprema. Estar a su lado le traía paz, por lo que poco a poco se sumergió en un sueño profundo para poder olvidar, aunque sea por unos instantes, su infierno en ese mundo tan ingrato que le tocó vivir. Con la seguridad de que cuando despertara, su protector se encontraría a su lado.

William velaba su sueño observándola embelesado por la luz que irradiaba ese rostro angelical: *era como si un halo de paz la cubriera mientras dormía*. Él no comprendía por qué ella le despertaba ese sentir aún desconocido, nadie en su vida había llegado a encender algo tan profundo en su alma como para encajarse y no poder salir. Era como si estuviera ligado a ella de una forma inexplicable.

«*Esto que siento no podrá ser borrado de ninguna manera*», pensó acariciándole el rostro.

El labio partido y los moretones que ensuciaban la piel de su mulata no dejaban de recordarle la desgracia que vivió. Las imágenes de un Robert abusando de ella lo atormentaban avivando sus deseos de venganza. Ni las palabras cargadas de sabiduría y espiritualidad de Timothy amainaban la ira y el dolor de su corazón, que aumentaba viendo a Ashanti tan frágil y vulnerable. Debía actuar cuanto antes y hacer justicia por esa hermosa mujer que yacía en sus brazos.

Dejando bajo el cuidado de Timothy a la mujer que lo estaba haciendo experimentar lo inimaginable, William salió del *Chalé* dispuesto a buscar al bastardo que la violó. De camino a las barracas, no dejaba de pensar en ejercer su autoridad sobre ese negro indeseable antes de que el muy cobarde se escabullera. Lo invadía un montículo de ira y venganza que se manifestaba en forma de un calor cual lava por todo su ser, consumiéndolo junto con la poca cordura que le quedaba.

—¡Juro que no tendré piedad y te haré sufrir los estragos de tu crimen, maldito esclavo! —espetó sin miramientos, ni represiones al entrar intempestivamente azotando el portón contra la pared de tablones, la cual se cimbró con colosal golpe despertando a los esclavos—. ¡¿Dónde está, Robert?! —inquirió furioso sobresaltando a los somnolientos.

Ellos no comprendían por qué su amo estaba invadido por la ira y mucho menos qué había hecho el aludido para provocarlo. Solo estaban seguros de que ese algo era muy grave, pues no era común ver a Lord Lancaster en esa actitud casi tiránica.

—No lo hemo´visto desde po´la tarde, Mi amo —anunció trémulo un joven de no más de quince años, enervando aún más a William.

Que ese degenerado desapareciera lo molestaba como nunca antes al grado de que no pudo contenerse y descargó parte de su furia en el joven abofeteándolo. Que Lord Lancaster actuara así tenía atemorizados a los negros pues no comprendían nada. Excepto un par que tuvo la corazonada de que el amo había descubierto su implicación en el secuestro y temían sufrir el destino de los desgraciados que fueron quemados.

—¡Maldito malnacido! —gritó al salir escopetado en dirección a la cabaña del capataz, a quien acusaba de que Robert escapara bajo sus narices.

William aporreaba la puerta de la vivienda con insistencia y autoridad como si un demonio lo hubiera poseído porque Alexander Dagger no respondía. Sin darse cuenta, tan estrepitoso espectáculo había llamado la atención de los guardias nocturnos, quienes corrieron raudos a solucionar tal escándalo. En segundos, lo tenían rodeado con escopeta en mano, pensando que era un perpetrador, pero al percatarse de quién era bajaron las armas.

Ellos tampoco comprendían por qué él estaba hecho una furia preguntando por Dagger, quien había viajado a las afueras de *Virginia* en busca de herramentales y se lo hicieron saber. La noticia le cayó de peso a William, parecía una burla a su autoridad que nunca se le avisara de tal menester llevándose a varios esclavos a dicha faena: *entre ellos al objeto de sus iras*.

«*Así tenga que esperar más de una semana, vas a pagar por tu afrenta*», pensó maldiciendo su suerte deseando encarar al cobarde de Robert lo más pronto posible. Él no sabía que dicha espera sería la cuenta regresiva para una desgracia aún mayor en sus tierras.

En ese preciso instante, el cuarteto de jinetes encabezado por Alexander se dirigía raudo a conseguir el arsenal que les daría la victoria en su próximo ataque. Esta vez no se permitirían ni un error con tal de lograr lo que más deseaban: *causar el mayor daño posible*. Necesitaban conseguir las provisiones necesarias para dar el golpe de gracia a la familia Lancaster, que para su infortunio no tenía idea de que el enemigo moraba bajo su techo.

Tanto Robert como Alexander eran conscientes de que si levantaban más sospechas no tendrían más oportunidades. Ambos sabían que estarían bajo el ojo avizor de William, quien a pesar de ser un ricachón, como le llamaban, había demostrado ser astuto y nada fácil de engañar. Bastante trabajo les costó librar el extenuante interrogatorio al que fueron sometidos y podrían jurar que tendrían al Conde respirando en sus nucas. Tal vez eso no era cierto, pero los cargos de conciencia y el miedo de ser descubiertos les pisaba los talones, provocando que estuvieran alertas ante todo.

Es por ello que, haciendo a un lado su deseo voraz de atacar de inmediato, acordaron ejecutar un plan menos apresurado para asegurar su éxito. Era tan ambicioso que les llevaría semanas, pues no podrían conseguir todo lo que necesitaban en un solo viaje. Aunque eso no era lo que mantenía realmente preocupado a Robert, sino el cambio en Ashanti.

«*¿Po´qué me sigue rechazando?, ¿será que le importa más ese alza´o?»,* cavilaba tras sentirla evasiva horas atrás.

Era como si ella no quisiera ni siquiera mirarle y su sola presencia le causara de todo menos la atracción que antes despertaba en ella. Robert rememoraba con tristeza la última imagen que tenía de su

mulata: *sus ojos crispados y la incomodidad que demostró al sentir sus labios*. Su discusión y actuar le confirmaba al negro que algo malo pasaba con su mujer. Por desgracia no pudo encararla debido a la intromisión del hombre al que más odiaba en el mundo.

El furioso esclavo no se quitaba de la mente la mirada de ese blanco cuando lo vio rondando en amores a su mujer, juraría que fue la mirada de un hombre celoso. La sola idea le retorcía las entrañas, ahora más que nunca debía juntar dinero para escapar con ella y así demostrarle a ese blanco quién era dueño del corazón y cuerpo de Ashanti.

—Pa´pronto seremos libres de ese maldito —siseó amenazante con la esperanza de que esta vez sus planes darían los frutos deseados.

* * * *

Desde el incidente en la cena hacía poco más de una semana, Lady Lancaster no había podido entablar conversación privada con William y así cuestionarle sus actos. La actitud sombría, la evidente necesidad de ir a donde sea que fuese y desaparecer por horas. Ese carácter atormentado difícil de esconder, le gritaba a la astuta mujer que él estaba ansioso de justicia. *¿De qué?,* no lo sabía, pero como toda buena madre, el palpitar en el pecho le indicaba que se avecinaban cosas desgracias si no actuaba de inmediato.

—¿Otra vez vas a ausentarte en la comida y en la cena, William? —preguntó con tono curioso la refinada dama al verlo dirigirse hacia las caballerizas dispuesto a salir de la propiedad con urgencia.

—Tengo muchas ocupaciones —contestó tajante sin querer dar explicaciones. Lady Lancaster torció el ceño al no ser la respuesta que esperaba. Antes de seguir siendo cuestionado, William continuó con altivez—. Mientras yo cumpla en darle el nivel de vida al que está acostumbrada, no tiene por qué cuestionar mis movimientos. Así que deje de retrasarme con absurdos interrogatorios. ¡Ea! —concluyó espoleando su caballo para desaparecer a lo lejos, dejando muda a su madre con la certeza de que algo muy fuerte se había despertado en él para actuar de esta manera.

Esa respuesta tan indiferente y fría le heló la sangre, reafirmando su decisión de tomar cartas en el asunto antes de que su único heredero cometiera alguna estupidez. Ya no tenía duda alguna: *el cambio en William tenía nombre de mujer*. *¿Quién era la furcia trepadora?,* ni idea, aunque lo sabría pronto.

«No dejaré que la lascivia y descaro de esa cualquiera lo embruje desviándolo de su camino y que la deshonra nos manche», pensó llamando a Laurie para encomendarle la más importante de las tareas…

Pese a que no conocía los nuevos planes de su madre, William sabía que su actuar era incorrecto y que levantaría sospechas. Sin embargo,

no se podía controlar debido a las exigencias de la plantación, la inseguridad y sobre todo sus deseos de justicia. No tener noticias de Robert le tenía agotada la paciencia llevándolo a estar irritable.

«Ese enfermo malnacido no se merece ni un día más sin pagar por lo que hizo», pensaba furioso con la intención de esa misma noche salir a buscarle para vengar a Ashanti. No sin antes encontrarse con esa mujer causante de sus tormentos.

Desde que la arrebató de las garras de la muerte no hubo día o noche que no estuviera con ella. No es que no confiara en los cuidados del reverendo Denson, quien con oración y la paz que trasmitía pudo hacer que su dulce negra dejara de ser solo un cuerpo que respiraba y comía. Sin embargo, él necesitaba sentir que la protegía para encontrar la tranquilidad y la felicidad de verla mejor.

Wiliam sentía que nunca podría terminar de agradecerle a Timothy que resurgiera de vez en cuando ese brillo especial que caracterizaba la mirada oliva de Ashanti. Ese placer solo le era permitido verlo en efímeras ocasiones, sobre todo cuando platicaban con la misma compenetración que tenían desde que se escabullía a su habitación. No era difícil lograrlo lejos de todos y sin testigos ya que al llegar él, Timothy regresaba a su casa en el centro del condado.

Durante los días que Ashanti llevaba escondida, William se había encargado de ser su apoyo, su pañuelo y su única compañía por las noches. En plena sintonía aprovechaban el tiempo entre pláticas y en las lecciones de escritura y lectura que cada vez eran más fáciles para la mulata.

«Ahora más que nunca debo prepararla para su libertad», pensaba William casi llegando al *chalé*.

La sola idea de no verla más le dolía en lo profundo, reafirmándole la existencia de esos sentimientos que jamás creyó tener por nadie, pero que ella había despertado. La quería para él, compartiendo su vida como nunca imaginó compartirla con nadie. Sin embargo, no podía ser egoísta al mantenerla a su lado sufriendo las inclemencias de la esclavitud y mucho menos en total peligro por la cercanía de Robert.

No era el único con sentimientos encontrados, Ashanti estaba muy confundida. Compartir desde la comida a la cena dejando pasar las horas juntos en la cálida y acogedora propiedad le traía más que tranquilidad y protección: *ella disfrutaba estar con él y le dolía separarse*. Eso le generaba culpabilidad, pues así debería sentirse con Robert y no con su amo.

Él sabía escucharla y comprenderla al grado de que no la había presionado a que revelara el nombre de su atacante. Era el único que le demostró cariño aparte del reverendo y Peisha, quien acudió a ella cuando le pidió a William que la llamara: *necesitaba ropa y unas*

hierbas para evitar preñarse. Ese día no perdió la oportunidad de preguntar por Robert y según su amiga, él no había preguntado por ella, dándole la impresión a Ashanti de que no le importaba su ausencia.

—Tal vez se ha enterado y ya no me cree digna de él —susurró cabizbaja poniendo la mesa. Sabía que su carácter temperamental y posesivo no le permitiría comprender la desgracia. En cambio William pudo hacerlo sin dejar de verla como lo ha hecho siempre y brindarle su apoyo incondicional.

Siguió con sus labores cuando de repente, el sonido de la pesada puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos. La pobre negra se tensó al rememorar la sensación del peligro, pero al escuchar la gruesa y vibrante voz de William al saludar, toda sensación de miedo desapareció de su cuerpo. La plenitud de su compañía le provocó una sonrisa que iluminó su rostro y giró para encontrarse con esos ojos que evocaban cariño y respeto hacia ella. Él la veía como una mujer decente y eso valía más que todo el oro del mundo para Ashanti.

—La comida ya está lista, Amo —Lo recibió con entusiasmo al mostrarle su puesto en la mesa, misma que compartirían como iguales.

—Gracias, Ashanti —contestó él tras darle un casto beso en la mejilla provocándole un cálido estremecimiento dejándola abrumada por esa sensación, por lo que se ruborizó—. Ya te he dicho que me llames por mi nombre —acentúo apenándola aún más. Para ella era demasiado atrevimiento llamarlo como un igual—. Está bien, Negra linda. Sé que cuando lo hagas te nacerá hacerlo y no porque yo te lo pida —concluyó guiñándole un ojo a esa mulata que era el tema central de sus pensamientos.

Estar con ella se había convertido en más que una necesidad. Era como un vicio el sentirla cerca y bajo su protección, permitiéndole experimentar un estado de tranquilidad inigualable.

«*Solo a su lado me siento completo*», pensó temiendo aún más el día en que la dejara ir para convertirse en una mujer libre e independiente. «*Es lo mejor para ella*», se repetía en su interior al observar su mesurado y candoroso andar hacia el fogón.

Ambos jóvenes, presos de sus secretos sentimientos, se sentaron a disfrutar de la sencilla pero deliciosa comida que con cariño Ashanti había preparado. Durante la sobremesa, en donde ambos se contaban su día como si de esa forma hubieran estado presentes, disfrutaban de todo y de nada. El simple hecho de estar juntos era suficiente por lo que comenzaron con las lecciones.

La inteligente mulata no dejaba de prestar atención a su maestro quien se encargaba de mostrarle la caligrafía que aún se le dificultaba. Tras varios intentos Ashanti seguía cometiendo el mismo error en una letra, es por ello que él colocó su mano sobre la de ella con el motivo

de guiarla. Parecía que la abrazaba por detrás prodigándole calor mientras escribía la frase con su suave guía.

La respiración tibia que chocaba contra su mejilla y ese retumbar del corazón en su espalda hacían disfrutar Ashanti de la placentera cercanía. Hasta ese momento eran los únicos brazos varoniles que no le causaban repulsión y era confuso pensar que se sintiera tan bien en ellos y no en los del hombre que decía amar. Mas eso no la hizo desistir de seguir percibiendo esa placida sensación que William le brindaba.

Ashanti no era la única que disfrutaba del contacto. William lo hacía a un nivel mucho más elevado que ella: *él sentía que se quemaba con el calor de ese delicado cuerpo entre sus brazos*. El roce de esa piel que contrastaba con la suya le embelesaba sobremanera y su corazón se aceleraba con cada segundo que se impregnaba del aroma a hierba fresca que desprendía su esclava. Esas sensaciones evocaron aquella tarde en la bañera, cuando la tentación casi lo consumió. Rememorarla así, humedecida por los vapores, con la camisola empapada revelando sus curvas y ese fuego de deseo en la mirada oliva hizo que su corazón casi se detuviera.

«Es tan hermosa», pensó tragando saliva con el deseo imperioso de susurrárselo al oído para que se enterara de lo que provocaba en él.

Mas no tenía que decirlo, todas sus emociones estaban siendo percibidas por Ashanti que sentía el roce de esa mano sobre la suya como una caricia. Abrumados por el elixir de su cercanía habían dejado de escribir, estaban estáticos en ese íntimo contacto que los envolvía de nuevo con la energía tan atrayente que sus cuerpos despedían. En un lenguaje sin palabras que se palpaba a flor de piel.

Ashanti también estaba rememorando esa primera vez donde sus labios casi se tocaron, aunque la situación la embargó de distinta manera. Ella se debatía entre la confusión, la culpa y el prejuicio, lo que le impedía ver que la atracción era recíproca y que algo muy poderoso se estaba gestado entre ellos.

William, sin conocer la rebelión interna de su mulata, en esos momentos hubiese querido hacer de lado sus prejuicios y arrancarle un beso a esa boca carnosa cual fruta. Se había convertido en una tentación, aunque él no supiera cómo, ni cuándo. Sin embargo, era consciente de que tras lo ocurrido no era el momento adecuado y se lo decía el temblar de su esclava entre sus brazos. Era ignorante de que ese era el lenguaje de su cuerpo demostrando los nervios por su cercanía. Nunca tendría miedo de él.

«*Te esperaré Ashanti, tú darás el primer paso y ese día probare las mieles de tu boca»,* pensaba separándose de ella. Estaba convencido de que la magnitud sus sentimientos no le permitirían frenarse de seguir así, aunque estos iban más allá de la tentación carnal. Lo que él no

sabía era que el corazón de su mulata se encontraba confuso por un hombre que no era él.

—Hoy tengo que retirarme antes. Debo asegurarme de que Alexander y el negro que te acompañaba el otro día regresen a *Saint Helen* —comentó William para romper el incómodo silencio.

No sabía que con ello aclararía un malentendido entre Robert y Ashanti. Para ella, escuchar el nombre del monstruo que destrozó su vida fue repulsivo, pero la otra parte de esa información le dio esperanza.

—¿Están fuera? —cuestionó titubeante y temerosa de la respuesta. William se percató de ese miedo pensando que era por la aversión que ella sentiría hacia el hombre que la violóy eso le hizo no querer desistir de sus planes.

—Desde hace varios días. No te preocupes, yo me encargaré de todo —contestó en tono tenso dándole a entender que estaba enterado de quién le hizo daño. Hecho que pasó desapercibido por Ashanti, ella estaba inmersa en su celebración interna al descubrir el motivo de la ausencia de su negro.

«Robert no me ha buscado porque está fuera, no por repudiarme», pensó sintiéndose aún más culpable por lo que acababa de suceder con su amo. «*¿Por qué me siento así a su lado cuando mi corazón le debe pertenecer a otro?»,* cuestionaba sabiendo que lo que sentía por William era muy diferente a lo que había jurado sentir por el esclavo.

¡Mi ama, se lo juro! Jamás le mentiría —afirmó Laurie con tono zalamero para convencer a Lady Lancaster de lo que había visto—. *Milord* anda de amores con esa sucia esclava —continuó sin poder ocultar lo mucho que le molestaba—. Yo misma los vi en esa casucha donde se encuentran haciendo lo innombrable —acusó con veneno.

Rememoraba su sonrisa al llegar delatando la ilusión de verla y lo mucho que la amaba, era como si fuera a entrar al paraíso. Pero lo que más la torturaba era ver a su enemiga en brazos de William, por lo que no quiso ver más. Era obvio por qué se citaban a escondidas en ese lugar: *aquel hombre que por años deseó en silencio, en ese instante, se estaba revolcando con esa sucia negra*.

—¡No, no y no! Mi hijo no puede, no debe rebajarse a tanto —gritaba con rabia Lady Lancaster sintiendo que la boca se le amargaba. No concebía tal aberración con esa furcia—. La historia no debe repetirse —espetó la fría dama con un solo objetivo en mente: *ponerle fin a todo antes de que fuera imparable*.

La madre trastornada no podía quitarse de la mente la aberrante escena que se gestaba en su imaginación: *Ashanti desnuda sobre su vástago embrujado de pasión, entregándose a la lujuria y exudando pecado por los poros*. Tan solo de pensarlo se le revolvía el estómago y no por la diferencia de razas, sino por la consanguineidad que ella afirmaba tenían. Su hijo se estaba acostando con su media hermana y solo había una forma de ponerle fin a esa locura.

». Necesita una esposa con urgencia —afirmó dispuesta a encontrar a alguien que con el simple sonido de su voz o el roce de su piel lo domine y le haga retomar sus caminos—. Y ya tengo varias candidatas en la mira —A Laurie no le gustaba la idea, pero lo prefería mil veces a saber que una esclava lo había atrapado—. Preparen todo, esta misma noche nos vamos.

Todos ejecutaron las órdenes sin rechistar dejándola sola en la sala pues Lady Lancaster parecía más fría y cruel que el invierno. Lo que

nadie sabía era que por dentro estaba temblando, contenía el llanto que quería desbordarse a causa de los dolorosos recuerdos que creyó haber sepultado. Esos de cuando su marido tenía por querida a Caly, esa negra atrevida que sin disimulo le sonreía mirándolo embelesada aun en su presencia, evidenciando el mal sano amor que le tenía. Él siempre negó sus errores y ahora por su culpa su bastarda se le había metido por los ojos a William.

«No voy a permitir que esto continúe. Así tenga que morir ella también», pensó consumida por sus odios sin percatarse de que ya no estaba sola. Sir Thomas acababa de llegar de su acostumbrado paseo vespertino en compañía de las gemelas y sus chaperones.

Obtener el privilegio de cortejar a Juliet había sido muy fácil desde que externó sus deseos a su tutora, quien vio adecuado que la jovencita comenzara a crear ciertos lazos con el pretendiente. Para Lady Lancaster era el partido ideal a pesar de la diferencia de edades, después de todo, el matrimonio era un negocio en el que los sentimientos no tenían cabida.

—¿*Milady*, qué es lo que la tiene así? —inquirió *Sir Thomas* al verla lívida.

—¡Oh, *Sir Thomas*! —respondió la dama saliendo de su ensimismamiento y con garbo recuperó la compostura. No podía evidenciar la desgracia que estaba a punto de manchar su apellido—. Me he enterado de que requieren mi presencia urgente en *Inglaterra* —mintió con la gracia que solía hacerlo—, pero mi hijo tiene tantos asuntos pendientes aquí que le es imposible acompañarnos y temo que tendré aplazar el viaje —continuó con la treta.

Necesitaba que él tuviese la caballerosidad de facilitarle el viaje con su masculina compañía. No era bien visto, ni seguro, que una dama como ella y menos con dos jovencitas casaderas viajaran solas. Por lo que se sintió orgullosa de su poder persuasivo al escuchar de la boca de *Sir Thomas* su expresa ayuda durante todo el viaje, tanto de ida como de regreso.

Las intenciones del sexagenario no eran por caballerosidad, solo lo hizo con el único fin de no interrumpir su sublime cortejo hacia Juliet Dagger. No quería descuidar sus intereses. Él pensaba que la estaba conquistando cuando la realidad era que ella era respetuosa y cordial con él porque le recordaba a su abuelo. Le encantaban sus pláticas, su sabiduría y la manera en que él respondía a todas sus preguntas sin reproches que la hicieran sentir una ignorante. No sabía que su trato amable estaba escribiendo su destino al lado de un hombre que no era lo que soñaba: *un joven gallardo, enamorado y que la hiciera suspirar con solo verlo.*

* * * *

Las horas trascurrieron y Peisha no se apareció en ningún momento

por el *Chalé*, como se le había ordenado, para anunciar la llegada de Robert a la plantación. Motivo por el cual William tuvo que dejar sola a Ashanti, no le fue fácil renunciar a la adictiva y satisfactoria compañía de su mulata y mucho menos sacrificar sus deseos de permanecer a su lado. Por lo que se repetía a sí mismo que era necesario para brindarle la verdadera protección que necesitaba.

«*Debo acabar con el maldito negro que le ha arruinado la vida»,* pensaba cabalgando hacía *Saint Helen* para alistar una cuadrilla de esclavos armados que lo protegerían en su travesía.

Entrando a galope se vio frenado por una mujer en las puertas de la mansión. La oscuridad le dificultaba la visibilidad por lo que no la reconoció hasta que la tenue luz de la lámpara logró iluminarle el rostro: *era la viuda Dagger*. Él no entendía qué hacía en su propiedad la desmejorada mujer, ya que desde el juicio no la había visto. Si sabía que seguía viva era porque las jóvenes se encargaban de comunicarle su salida cada vez que la visitaban. Su presencia era el anuncio de que algo malo había pasado en su ausencia.

«*Si no fuera así, esta enferma mujer no estaría a deshoras exponiéndose a las bajas temperaturas nocturnas*», pensó convencido de su deducción.

—¡¿Dónde están mis hijas?! —cuestionó angustiada la maltrecha madre tosiendo con fuerza.

La actitud tan poco educada molestó a William, estaba acostumbrado a otros tratos por parte de las personas, aun las de su estatus. Pero hizo acopio de su misericordia tras ver el rostro de la descuidada mujer que entre lágrimas le suplicaba que la escuchara antes de sacarla de su propiedad.

—Señora Dagger, le aseguro que deben estar resguardadas bajo mi techo —afirmó desconociendo los planes de su madre.

—¡Miente, usted miente! —le acusó la viuda dejando escapar el poco aire que le quedaba en los pulmones.

—Con el respeto que me merece, Señora, no le permito que ponga en entre dicho mi palabra —respondió con altivez y tomó el sucio papel que con afán le mostraba la mujer, donde se distinguía una caligrafía desprolija, propia de una joven.

A sabiendas de que eso le retrasaría en sus planes, comenzó a leer la nota y el contenido no le gustó para nada: «*Hasta pronto, madre, tenemos que irnos*». No era nada alentador, ni informativo, aun así desató un acabose en su interior al suponer que las gemelas habían burlado su autoridad escapándose. ¡*¿Acaso en esa casa no le respetaban?!* Suspiro con profundidad y conteniendo su enfado se dirigió en tono cordial a la llorosa mujer que tenía frente a él.

»Pasé por favor para que solucionemos este malentendido —dijo entrando tras de ella esperando que todo se tratase de una broma de jovencitas y no lo que realmente estaba pensando—. ¡Laurie, Peisha!

—llamó con autoridad para que le pusieran al tanto de la situación, mas no obtuvo respuesta inmediata.

Dejó a la viuda frente al chispeante fuego de la chimenea y se dirigió al cuarto de servicio; apenas había dado unos pasos cuando chocó con Laurie. Esta lo miraba ceñuda, nada típico en ella que siempre se afanaba en sus tratos para con él, sus ojos chocolate le gritaban la guerra intensa que se desataba en su interior.

—Amo, su madre antes de salir a *Inglaterra* le ha dejado esto —anunció entregándole un fino papel doblado en 4 y sellado con cera.

—¡¿*Inglaterra*?! —inquirió William incrédulo de lo que oía por lo que rompió el sello sin importarle si el papel se rasgaba y leyó el contenido enterándose de la precipitada partida. Ahora todo tomaba sentido. Esa falta tenía todo el estilo de su madre.

«*Clásico en ella el saltarse mis normas*», pensó muy molesto de su falta de respeto, tanto que ni los argumentos que le presentaba eran válidos.

Según el documento, Lady Lancaster se iba debido a que ya no soportaba la zozobra de ser atacada en cualquier momento y para buscar un mejor futuro a sus protegidas. Él entendía eso, pero por qué no esperó a que él la escoltara y por qué se llevó a las gemelas sin su autorización. *¿Acaso él no era el hombre de la casa? ¿No confiaban en sus capacidades para mandarlas seguras?* William se debatía con su ira interna sin darse cuenta de que estaba siendo observado por su inesperada huésped, quien con mirada angustiada pedía respuestas.

». En efecto… mi madre ha partido a *Inglaterra* con ellas —anunció William y la temblorosa viuda sintió un sobresalto en el pecho rompiendo en llanto.

Se sentía vacía y sola por primera vez en mucho tiempo. Ella sabía que conocer un nuevo mundo era beneficioso para sus hijas. Ahí encontrarían todo lo que ella no podía darles, sin embargo, el que estuvieran tan lejos no lo podía soportar. La pobre mujer necesitaba saberlas bien y verlas de vez en cuando para vivir alegre por lo menos lo que le quedaba de vida, y su ausencia le partía el corazón.

». No se altere, aún puedo alcanzarlas en el puerto y traerlas de regreso —prometió esperando estar a tiempo de hacer cumplir su palabra: *debía poner un alto a su madre y hacerle ver quién mandaba en su familia.*

Sin retrasos salió en compañía de sus esclavos tras dejar instrucciones a Peisha para que le prodigaran techo a la viuda. Con la salud tan precaria que poseía no era nada conveniente que partiera en medio de la helada oscuridad. La misma que envolvía al rubio con su comitiva en un viaje agotador y sin escalas. Si tenía suerte llegarían antes de que la embarcación zarpara, mas no lo sabría hasta estar ahí. Ni siquiera sabía si seguiría a su madre hasta *Inglaterra. ¿O las*

motivaciones en Virginia serían suficientemente fuertes como para desistir?

* * * *

Ya casi oscurecía y William Lancaster no se había aparecido por el *Chalé,* eso tenía a Ashanti preocupada por lo que de vez en cuando miraba por la ventana esperando verlo. Tenía una zozobra en el pecho que le hacía pensar que tal vez no lo vería y eso en verdad la entristecía. *«¿Por qué estoy sufriendo su ausencia?»,* se cuestionaba tratando de ocultar el evidente malestar que le causaba no estar con él esa noche.

—¿Está seguro de que él vendrá, Reverendo? —preguntó por enésima vez un tanto nerviosa.

—Muy seguro, él me hubiera avisado de no ser así —respondió el pelirrojo con veracidad: *su amigo no era capaz de estar un día sin ella.*

No es que fuese un lector de mentes, es solo que la convivencia diaria con ese par le permitió conocerlos más a fondo. Él era testigo del sentimiento que se había gestado entre ellos, uno más allá del afecto común: *un amor tan sublime y sincero como nunca antes existió*. Algo así debía ser motivo de felicidad, mas presentía que lo que sentían les traería de todo menos eso y no por ellos, sino por la sociedad moralista y estricta en sus formas. De salir a la luz lo tomarían como una aberración y todos se volcarían contra ellos en la manera más hostil que el hombre puede imaginar.

«¿Cómo un amor tan puro puede causar tanto daño?», caviló ocultando su sentir ante la joven esclava que lo miraba acongojada a la espera del hombre que le abrió su corazón.

». Si mal no recuerdo, dijiste que anoche salió en busca de su capataz, tal vez algo lo ha retrasado —Se apuró a decir sin saber que eso era lo que la tenía mortificada: *el no tener noticias de William o de Robert avivaba su miedo de que algo malo les hubiese pasado.*

Su temor no era por la inseguridad en los caminos, sino por la perversa compañía con la que contaban: *el demonio de Alexander Dagger*. Eso y el hecho de plantearse la idea de que muy pronto tendría que confesarle su desgracia a Robert, la tenía muy intranquila.

«*Dios de los blancos, si es cierto que proteges a tus hijos, protege a William como los míos a Robert*», oraba en silencio cuando de repente se abrió la puerta del cálido refugio dejando entrar el frío viento.Ella giró esperando ver a William, pero encontró a Peisha quien había llegado para cumplir las instrucciones del amo: *si pasaban de las siete y él no llegaba, debía avisarles su ausencia indefinida*. Para Ashanti, verla ahí era raro, por lo que el corazón comenzó a palpitarle trémulo temiendo malas noticias.

—¡¿Le ha pasado algo a William, Peisha?! —indagó angustiada haciendo evidente su preocupación.

Ni siquiera se dio cuenta de que lo había llamado por su nombre y

no con el respeto que debía. Cosa que no pasó desapercibida por su compañera, poniendo en evidencia sus sentimientos y prioridades.

—Calma, Mi alma, no le ha pasa´o nada al amo —Para la negra era obvio que entre ellos debía existir un gran apego como para que Ashanti actuase así—. Po´lo que veo a ti sí te tiene muy mal no mirarlo, ¿verdad? —cuestionó sentándose a la mesa sin dejar de escrutarla, preocupada por su reacción, mas no obtuvo respuesta más allá de su nerviosismo.

La experiencia de años le daba la sabiduría para ver esas cosas. No se necesitaba ser muy listo para notar que también Lord Lancaster sentía algo: *era incapaz de ocultar sus afectos hacia la mulata*. Bastaba ver el esmero en los cuidados que le prodigaba, la preocupación por ella, su impaciencia al mirar el reloj repetidas veces al día anhelando salir para reunirse a escondidas. Hasta el semblante le cambiaba dejando ver un brillo inconfundible en su mirada: *el del amor*. Y ese mismo brillo estaba viendo en los ojos de Ashanti.

«*Ruego po´que no sea el amor que me imagino*», pensaba la mujer sin saber qué hacer en caso de que fuese realidad. Su amiga jamás le creería sin pruebas que demostraran los rumores sobre su madre y el antiguo amo, pero no podía hablar sin antes cerciorarse de sus sospechas.

». O ¿estas enamora´a del amo? —bromeó esperando que fuese sincera, aunque solo logró que se quedara muda por unos segundos.

Esa pregunta provocó que las dudas comenzaran a bullir en el interior de Ashanti. *¿Qué es lo que realmente sentía por su amo?*, ella no lo sabía. Solo estaba segura de que no era igual a lo de Robert. *¿Acaso su corazón se había dividido?*, tampoco tenía la respuesta, solo reconocía que lo que le estaba despertando William en su interior era tan intenso que parecía irreal.

—¡No digas tonterías, Peisha!, tú sabes a quien le pertenece mi corazón —contestó haciéndose la ofendida sin poder ocultar el nerviosismo—. Además, si pregunté fue porque estábamos preocupados por el amo, ¿verdad, Reverendo? —cuestiono Ashanti mirando al hombre que estaba por salir, el cual solo asintió para sacarla de su apuro.

—Está bueno pues —contestó Peisha nada convencida de ese argumento, ya encontraría el momento de hablar con esa joven ignorante de sus orígenes—. El amo mandó a decir que no podrá venir y que me quede lo más que pueda contigo.

Tras la noticia el reverendo se fue para darles espacio, pues era evidente que tenían mucho de qué hablar. Sin embargo, el haber oído que el corazón de la mulata estaba ocupado por alguien más lo tenía pensando. No sabía si ella había negado sus sentimientos para con William por pena o porque en realidad se negaba a aceptar lo evidente

entre ellos.

«*Será un golpe muy fuerte para Lord Lancaster»,* caviló convencido de que su amigo no estaba enterado de la existencia de ese rival.

En el interior del *Chalé*, ambas mujeres seguían platicando. Pese a que Ashanti no quería provocar que Peisha siguiera formulando suposiciones, no pudo evitar externar su curiosidad: *necesitaba saber por qué su protector había decidido abandonarla.*

—Imagino que ocurrió algo muy serio y por eso no vino —supuso.

«¿Qué habrá sido tan importante como para no vernos hoy?». A pesar de saber que William estaba sano y salvo se sentía molesta y no sabía por qué. *«Él es el amo, no tiene que rendirte cuentas y mucho menos estar a tu entera disposición, negra tonta*», se recriminaba para hacerse entrar en razón.

—¡La que se armó po´la noche, Mi alma! —La comunicativa Peisha tenía urgencia por contar el chisme. Le encantaba mantener bien comunicada a la comunidad negra de todos los movimientos y problemas dentro de la casa, con el afán de tener algo más de qué hablar aparte de las labores diarias—. El amo salió como alma que lleva el diablo pa´buscar a sus protegidas po´que el ama se las llevaba hacia la *Inglaterra* pa´encontrarles marido.

Para Ashanti, saber que William prefirió a esas jovencitas que estar con ella la hizo sentir menos importante y eso le causó una molestia que no pudo ocultar al torcer el gesto. Su compañera se percató de ello y quiso aprovechar la situación para tirar por tierra cualquier vana ilusión que se estuviese gestando en su amiga, solo así le evitaría un sufrimiento mayor.

». Le hubieras visto esa cara de pocos amigos. Pa´mí que el amo las siguió hasta la *Inglaterra* po´que quiere apartar a una gemela pa´matrimoniarse —agregó esperando que su falacia diera los resultados esperados, y los dio. Ashanti sintió una punzada en el pecho tan grande que la poca luz que había en sus ojos se apagó.

Esas últimas palabras hacían eco en su mente desconectándola de la realidad. Sentía que jamás volvería a reflejarse en esos ojos negros que le prodigaban seguridad. No volvería a estar con ese hombre tan diferente a cualquier blanco que hubiese conocido. Pensar que ese hombre había encontrado el amor en una mujer le dolía, sintiéndose traicionada, eso le causaba un coraje que no comprendía. Tal vez era porque la susodicha no era merecedora de ese amor por ser hija y hermana de los dos demonios que la atormentaron. Al menos eso era lo que pensaba la esclava para tratar de encontrar una lógica a lo que estaba experimentando. *«¿Por qué te fuiste?»,* pensó reteniendo el caudal de lágrimas que amenazaban con salir.

Tras una larga charla con su entrañable compañera de labores ya era media noche y llegó la hora de retirarse. Ashanti hubiera querido que se quedara y así no pasar la noche sola pensando en la ausencia de William, pero no quiso insistirle. En cuanto salió a despedirla se dio cuenta de que no había venido sola: *un esclavo llamado Charles la había esperado en la carreta*. A la mulata le dio pena, pues de haber sabido le hubiera ofrecido entrar en vez de dejarlo afuera sufriendo las inclemencias del frío con esas ropas tan raídas.

Estaba por reclamarle a Peisha cuando el relinchar y el trote de un caballo la interrumpió. De inmediato enfocó la mirada para reconocer al jinete y al hacerlo, su corazón brincó pletórico: *era William*. La joven no podía ocultar la felicidad después de pensar que jamás lo vería. Con solo tener su gallarda figura a unos metros, la maraña de escenarios y desazones que había embargado su corazón se evaporó: *las suposiciones de su amiga eran solo eso y nada más.*

—Amo, vine a avisarles cómo lo pidió —anunció Peisha justificando su presencia.

—Ya puede retirarse —contestó cortés al desmontar sin retirar la mirada penetrante de la mujer que ansiaba ver, la única que lo detuvo de partir rumbo a *Inglaterra*. La sola idea de alejarse más de ella era tan dolorosa que lo hizo desistir en su intento—. Gracias por cuidar de ella —concluyó rompiendo la distancia que le separaba de su mulata. Sin importarle los testigos, la tomó en sus brazos con fervor dándole un beso profundo en la frente, como si quisiera llenarse de su esencia.

—¡William, llegaste! —celebró Ashanti estremeciéndose en ese cálido abrazo afianzándose a él con sus delgados brazos. El joven aristócrata se sintió dichoso de escuchar su nombre salir de esos carnosos labios, tanto que no se pudo contener de cargarla y girar sobre su eje haciendo más evidente el nivel de cercanía que tenían—. Creí que no te vería de nuevo.

—Jamás digas eso, Mi negra hermosa —le susurró al oído al depositarla con delicadeza sobre el suelo y volvió a besarle la frente

con intensidad sin despegar sus labios de esa piel que le quemaba hasta el alma.

Ambos corazones palpitaban como uno solo cantándose melodías de alegría. Él quería gritarle a la hermosa mulata cuanto le había hecho falta su risa, su mirada y su simpatía en esas horas agónicas, pero el deseo de no romper ese cálido contacto era inmenso. A través de él sentía cómo ella, en silencio, le demostraba que también había sufrido sin él. Eso le regocijaba y lo elevaba a su paraíso.

Nada de eso pasó desapercibido para los esclavos que los observaban atónitos. Peisha, quien era conocedora del porqué su amiga se encontraba en esa propiedad, no hizo más conjeturas de las ya hechas. Sin embargo, lo que veía Charles le gritaba que esa mulata quería con el alma al amo y caviló la más lógica de las conclusiones: *Ashanti era la querida del amo.*

«*Pa´cuando el río suena es po´que agua lleva. Las habladurías de Laurie eran verda´*», pensó enojado viéndolos con asco. Sentía que ella no solo estaba traicionando a Robert, sino a toda su raza al sentir algo por un blanco. «*Pa´cuando ese negro presumido se entere de que le pintan los cuernos, va a ponerse loco*», fue lo último que pensó al ser jalado por Peisha para retirarse de la propiedad.

William y Ashanti se habían olvidado de su presencia y de todo prejuicio al estar inmersos en las emociones que les causaba el volver a verse. Aunque habían sido solo unas horas de ausencia, para ellos fueron una eternidad. Por eso la mulata no dejaba de agradecer en su interior que no se hubiera ido a *Inglaterra* como había dicho su amiga.

«¡Peisha!», se reprendió internamente al regresar a la realidad y de súbito rompió el contacto dándose cuenta de que estaban completamente solos.

—Lo siento, no debí comportarme así, *Milord* —reparó apenada de haber traspasado los límites, tanta confianza con su amo no era lo apropiado. Aunque sentía que se había propasado, algo muy en el fondo insistía en liberar esos sentimientos que él le despertaba.

—¿Volvemos a los formalismos? —inquirió William enarcando una ceja tras cederle el paso para entrar a la cabaña.

Él estaba tan enamorado que experimentó un profundo pesar cuando ella lo llamó por ese frío título. Lo que más anhelaba era romper la brecha y que la hermosa mulata le abriera su corazón sin reparos, sin embargo, solo agachó la mirada y asintió abrumada. Esos profundos ojos la escrutaban haciéndola sentir desnuda e incapaz de ocultar lo que sentía, aquello que creía estaba mal. La mente de la esclava era un bullicio y las emociones la traicionaban, mas no sucumbió ante ellas.

—Peisha me dijo que usted no pudo alcanzar a su capataz porque regresaba a su tierra —titubeó Ashanti cambiando de tema para

romper el incómodo silenció. Necesitaba oír de su propia boca lo que en realidad había pasado para borrar de su mente cualquier resquicio de duda.

«No soportaría más tiempo sin saber de ti, Mi negra hermosa», pensó William notando su nerviosismo. Tenía el ferviente deseo de decirle qué sentía sin reparos, pero la efusividad que su mulata le había proporcionado se había esfumado. Y, como muchas otras veces, frenó las ansías de su corazón, esas que tenían abrumada a Ashanti.

Estaba muy consciente de que no había medido la intensidad de sus sentimientos al reencontrarse. Cómo hacerlo cuando el ardiente deseo le quemaba desde que partió del puerto. En su mente no había cosa más importante que verla de nuevo. Es por ello que en vez de ir tras Alexander y Robert prefirió no privarse de su presencia y tenerla entre sus brazos un momento antes de alejarse de nuevo y cumplir sus propósitos.

—No tendría por qué regresar a *Inglaterra*, Ashanti. Mis intereses se encuentran aquí —le confeso mirándola con devoción esperando que la mulata entendiera el sutil mensaje, pero siendo ella presa de su lucha interna no lo hizo—. Y en cuanto a lo otro, te prometo que a partir de mañana ya no tendrás que vivir con miedo —concluyó pensando que ella le reclamaba el no hacerse cargo del causante de sus desgracias.

—¿A qué se refiere, Amo? —cuestionó confundida.

—Ashanti, sé muy bien quién te… —Lord Lancaster se detuvo tensándose al recordar la desgarradora imagen del estrujado cuerpo de su esclava mostrando las marcas del abuso—, quien te lastimó. Y no dudaré en hacerle pagar su crimen.

Esa confesión hizo que a ella se le fuera la respiración por unos segundos y se dispararon sus miedos. Si Alexander se enterara, todos sus seres queridos correrían peligro, incluido William. Ella no podría vivir con el temor de que también a él le hicieran daño y mucho menos que se manchara de nuevo con sangre las manos. Eran muy evidentes sus intenciones.

—Pero, Amo… ¿cómo?… usted no… —balbuceaba la joven preguntándose cómo William se había enterado de la verdad.

—Sé que has tratado de ocultármelo, sin embargo me di cuenta de quién fue después de que te vi con él en el patio y luego intentaste morir —externó William tomándola de las manos y viéndola fijamente a los ojos, percatándose de que su esclava temblaba de pies a cabeza —. Tranquila, Mi negra linda. Te juro que ese malnacido de Robert pagará por lo que te ha hecho.

—¡¿Robet?! ¡No, Amo, él nunca me haría daño se lo juro! —respondió horrorizada de que William quisiera hacerle daño. Lo que le hizo creer que ella estaba negándolo para proteger a su agresor y eso

le enfadó sobremanera, simplemente no comprendía sus motivos.

—¡Deja ya de negarlo!, ¡¿acaso no confías en mí?! —La encaró tratando de convencerla.

—No diga eso, Amo. Yo le confiaría mi vida —dijo Ashanti viendo esos ojos negros que con molestia buscaban respuestas, mas no quería inmiscuirlo en esa situación de muerte—. Se lo juro, amo, él no fue —aseveró inundada en llanto postrándose a sus pies, fue tal la humillación para que le creyera que él la levantó y no le quedó más que aceptar sus palabras.

—¿Entonces por qué no me lo dices?, si lo haces te juro que…

—Amo, no quiero que mi gente sepa de mi desgracia, por eso quiero dejar esto cómo está —Lo interrumpió para darle la excusa más apresurada que se le pudo ocurrir, evitando esa mirada profunda que le veía hasta el alma—, por favor ya no insista, para mí sería muy penoso que mi gente se enterara de que un blanco me ha… —se contuvo reteniendo las lágrimas—. Si lo supieran, ningún hombre me volvería a ver igual, ni siquiera como mujer.

Aunque lo que dijo fue para convencerlo de no hacerla hablar más, sus palabras tenían algo de verdad. Para ella era muy deshonroso el no haberse podido defender de los ataques de un blanco cuando siempre le hizo frente a la subyugación. Fue débil y había sido sometida, humillada de la peor manera y no quería que nadie más lo supiera.

—No digas eso —reprendió William abrazándola para consolarla a pesar de que no era la única que sufría. Las palabras de Ashanti evidenciaban sus prejuicios y eso le dolía en el alma—. Estoy seguro de que el hombre que te ama sabrá comprender y jamás te reprochará el que no seas virgen. Él te ama por lo que eres, no por el valor de tu cuerpo —le dijo expresando cada palabra desde el fondo de su corazón.

No pudo controlar el inherente deseo de confesar lo que sentía por ella para sacarla de su error. A él no le importaba ni su pasado, ni su desgracia, ningún prejuicio estúpido haría que dejara de verla cómo lo hacía. Solo le importaba tenerla en su futuro y amarla en cada instante, aun en contra de los cánones de su educación y cultura.

* * * *

Días después, Robert, Alexander y su equipo llegaron a *Saint Helen* provistos del herramental que dijeron ir a buscar. Mera treta para ocultar el verdadero cargamento que aguardaba muy cerca esperando a ser usado para sus fines alevosos.

Pese a lo agotador del viaje, el enorme negro estaba ansioso por rondar a esa mulata que lo traía loco. No solo quería comérsela a besos, sino convencerla de aprobar sus andanzas. Durante el largo viaje había tenido suficiente tiempo para plantear un discurso que la

persuadiría de que era lo mejor para conseguir su libertad. Debía apelar a su sueño de llevar una vida digna lejos de la dominación de los blancos. Es por eso que le urgía encontrarla, pero no estaba en el patio de servicio como era su costumbre, ni siquiera encontró aPeisha para dejarle recado.

—Esperaré a mirarla po´la noche en la *bacanal* —concluyó y se retiró percatándose de que algunos de sus hermanos le lanzaban miradas indiscretas.

Por su actitud podría jurar que estaban murmurando cosas sobre él, mas no les prestó atención, tal vez se sorprendían de verlo tras más de dos semanas fuera. Sin saber la cantidad de rumores que lo envolvían, comenzó con sus tareas renegando de su condición de esclavo y aumentando el odio contra los blancos. A pesar de estar muy atareado, percibió que seguían los cuchicheos y así siguieron hasta la comida. Ya casi al anochecer, las murmuraciones eran tan constantes e indiscretas que lo hartaron y no pudo contenerse.

—¡Pa´hablar de mí escúpanmelo a la cara! —les encaró y todos se dispersaron como hormigas asustadas. Así que valiéndose de su agilidad tomó a uno por las ropas y lo acorraló para increparlo—. ¡¿Negros chismosos, po´qué se traen conmigo?!

El desafortunado estaba temblando viendo al imponente esclavo con los ojos inyectados en sangre que le estaba cuestionando. No sabía si decirle los rumores o callárselos.

—E… ellos…s… solo —tartamudeó—, quieren saber qué le hiciste al amo pa´que fuera po´ti todo endiabla´o. Se dice que es po´… —Se frenó temeroso de su reacción, pero Robert lo zarandeó apurándolo a hablar. El temor de haber sido descubierto en sus tretas comenzaba a emerger y debía saber si era hora de huir—. Que es po´que te querías llevar a Ashanti. Como nadie la miró po´semanas pensamos que habían escapa´o, pero ahora que te miramos creemos que lo que dice Laurie es ve´dad.

—¡¿Qué?! —Aunque la información no fue muy concreta, el miedo y la preocupación se le disparaba. Su negra estaba desaparecida y temía que Lancaster fuera el responsable de eso. Necesitaba saber todo antes de actuar—. ¡¿Dónde e´ta Ashanti y qué dijo esa negra?! —cuestionó con los ojos desorbitados apretujando contra la pared al esclavo que sentía que se le rompían los huesos.

—No sé po´dónde está. Laurie dice que el amo la tiene guarda´a pa´ser su querida y pa´tenerla solo pa´él —soltó con rapidez el joven que casi se orina al ver el enorme puño dirigirse a su cara, por fortuna se estampó con la pared cuando logró zafarse.

Robert no podía tolerar lo que escuchaba mientras la palabra querida resonaba en su mente. A pesar de que las aberrantes imágenes avispaban en su interior no podía creer que su mujer se prestara a tal

bajeza. Ella no se dejaría someter por un blanco de esa forma, le cortaría su miembro o moriría antes de ser usada.

«*Cualquier cosa en vez de entregarse po´voluntad propia a ese*», pensó lleno de ira seguro de que como todo pervertido la encerró solo para satisfacer sus asquerosas necesidades.

El dolor, la ira, el asco y el deseo de tener en sus manos a ese desgraciado incrementaba a cada segundo y sin pensarlo se dirigió a grande zancadas rumbo a la mansión. Que ese Conde se haya atrevido a hacerla suya era motivo más que suficiente para matarlo.

—¡Detente, Maldito negro hijo de… ! —fue lo que escuchó de la boca de Alexander cuando lo acorraló en el establo junto a los otros dos esclavos compinches en el atraco.

Por cómo le tenían sujeto, era evidente que no le permitirían lograr su objetivo.

—¡Déjenme! ¡Tengo derecho pa´reclamar a mi mujer! —espetó Robert furioso poniendo resistencia al agarre.

—¿Quieres arriesgar los planes po´habladurías? —inquirió Jeremía, uno de sus compañeros de fechorías.

—¡No voy a dejar que ese encumbra´o la haga su furcia! —reclamó zafándose del agarre pero el cañón de la escopeta de Alexander en su sien lo detuvo.

—¡Negro estúpido!, ¿qué no ves que ese ricachón solo lo hace para acorralarte y acabar contigo?

—Robert, él sabe lo que hiciste y no tiene pruebas pa´acusarte. Solo ha montado esa farsa pa´descontrolarte y pa´tenerte donde te quiere pa´que confieses —aseguró Joseph otro esclavo.

Desde que William buscó a Robert a mitad de la noche, tuvieron esa sospecha y se confirmó con la desaparición de Ashanti. Tenían la sospecha de que simplemente le negaron salir de la casa grande para poder esparcir los rumores y provocar a Robert. Todo eso se lo dijeron logrando que se calmara un poco, mas la zozobra de no saber nada de su mujer le tenía intranquilo. No sabía qué tan ciertas eran esas suposiciones, sin embargo, le daban esperanza de que no estuviera sucediendo lo que tan horriblemente se había imaginado.

Robert, reticente a quedarse con los brazos cruzados, planeaba buscar a su mujer en la mansión mientras todos estuvieran en la *bacanal* pues dudaba de que Lancaster la dejara salir. Necesitaba hablar con ella. Sin embargo, Alexander Dagger no le había quitado los ojos de encima y sabía que cualquier indicio de rebeldía le traería problemas. Si él se atreviera a desafiarle, ese hijo del demonio no dudaría en hacer uso de esa enorme escopeta que le acompañaba a todos lados.

—¡Malditos blancos! —siseó enardecido por la frustración al verse obligado a retirarse junto con los demás esclavos, desistiendo de sus planes.

Ya en la celebración, entre el alcohol y la música festiva, las murmuraciones a su alrededor seguían: *cada vez más gente creía que los rumores de Laurie eran ciertos*. No tenían ni siquiera tacto al hablar de Ashanti, tan así que hasta él mismo estaba comenzando a creerlos, no el que ella fuese una cualquiera, sino que lo hubiese dejado de querer. Con alcohol en su sistema, ese pensamiento alteraba la poca cordura que tenía, tanto que las lágrimas amenazaban con salir. La negra que él conocía jamás se hubiera sometido a lo que ese blanco le ordenara hacer con su cuerpo.

Las dudas que le embargaban desde antes de su viaje se hacían más fuertes. No eran suposiciones infundadas por chismes: *su actitud nerviosa, esa indecisión, la mirada esquiva que le ocultaba algo y su rechazo*. Sobre todo ese repentino respeto desmedido hacia Lancaster le hacía pensar que su Ashanti ya no era la misma. Dolido y frustrado, Robert seguía embragándose con licor de manzana con la intención de apagar todas esas tormentosas ideas que agolpaban su mente. Sin embargo, entre más embrutecido estaba, el dolor se agudizaba.

—Te dije que este iba a llorar pa´cuando supiera que le pintaron los cachos —se burló Charles también algo bebido.

—Pue´cómo no si su paloma ahorita está retozando con el amo —

respondió su compañera con desdén.

—¡Mi mujer no está co´nadie más, po´que me quiere solo a mí! —espetó Robert echando fuego por la mirada y trató de golpearlo pero por lo bebido que estaba trastabilló.

—¡Deja de engañarte, Negro estúpido! Ella está co´él, yo mismo la miré echando amor po´los ojos, los dos bien abraza´os en esa cabaña po´donde tienen sus amores.

Robert, iracundo, volvía a atacarlo al tiempo que las venenosas palabras no dejaban de perforarle los sesos, haciendo que las imágenes de Ashanti y William retozando en la cama bulleran en su cabeza.

—¡Ese maldito! —gritó fuera de sí—, pronto me las va a pagar pa´cuando todo esto se… —Dagger intervino dándole un culatazo en la cabeza que lo dejó inconsciente.

Alexander demostrando autoridad y causando temor igual que el desalmado de su padre, dio por terminada la celebración. Pese a que todos estaban enfadados no rechistaron. Para obedecerle bastaba con solo ver esos ojos endiablados y sus actitudes belicosas, iguales que las del mentado Demonio Blanco.

—¡Muévanse, Negros mandingas! —ordenaba con odio arreándolos a que levantaran sus pertenencias.

Para todos era evidente que Robert había encendido la mecha de ese Demonio al crear conflictos. Lo que no sabían era que la verdadera ira nació de la imprudencia de este, que por sus problemas de faldas casi los delataba, arriesgando así sus planes. Esa negra que tanto decía amar lo hacía débil.

«Si supieras que también yo he disfrutado de sus carnes», pensaba con sorna y mirada despectiva hacia su complice que seguía inconsciente en el suelo. «*Ese Conde solo está recogiendo las sobras que dejé*», pensó con gran odió hacia William.

Para él, ninguna venganza bastaría para hacerle pagar la muerte de su padre. A ese Conde lo tenía entre ceja y ceja, ya estaba harto de agachar la cabeza ante ese que se decía su patrón. Esa sensación de subyugación hacia los de mayor nivel era humillante para él, que siendo blanco debía estar bajo las órdenes de otro igual como si fuese su esclavo.

». Va a conocer quién soy en verdad —siseo embriagado de sed de sangre y, en un afán de revelarse, decidió darse el gusto de hacer algo que llevaba tiempo deseando—. ¡Sujeten bien al negro a ese tronco!, le voy a dar la lección de su vida —ordenó al ver que Robert comenzaba a recobrar la consciencia.

Los esclavos temerosos dudaron en obedecerle, pero el miedo a ser castigados les hizo cumplir la orden. De inmediato, el veloz látigo surcó el aire con tal fuerza y velocidad que chilló en su andar hasta la espalda de Robert arrancándole un alarido de dolor. Otro y otro más,

eran tan dolorosos y seguidos que el negro perdió la cuenta y la consciencia. Fue cuando el demente capataz dio por terminada su labor dejándolo con la espalda hecha jirones. Y así fue trasladado hasta *Saint Helen*, donde lo despertó arrojándole un cubo de agua helada tras ser sujetado al cepo.

—Y tú, más te vale tener la lengua bien sujeta si no quieres enfrentar de nuevo las consecuencias —amenazó Alexander a su compinche sin que nadie más le oyera antes de dejarlo a su suerte en la fría noche.

Robert estaba débil y luchaba por no desfallecer, de hacerlo se ahorcaría con su propio peso. Estaba condenado a resistir sin ayuda, nadie se arriesgaría a desobedecer a Alexander. Su amenaza infundió el temor suficiente como para no tener el valor de ir en busca del amo para avisarle que se habían quebrantado sus órdenes. Tenían miedo de sufrir la misma suerte y en cierta forma se sentían culpables por haber provocado que Robert perdiera el control a causa de su mala lengua. Pero no podían hacer nada más que rogar que tuviera la fuerza suficiente para soportar el flagelo por lo menos hasta el día siguiente.

* * * *

«*¿Por qué?, ¿por qué?»,* pensaba Ashanti con los ojos inundados en lágrimas al cabalgar lo más rápido que podía.

No dejaba de recordar la conversación que había sostenido con William días atrás. «*Te juro que ese malnacido de Robert pagará por lo que te ha hecho*». Fue lo primero que vino a su mente cuando Peisha le anunció angustiada que habían azotado a Robert. Fue tal el sobresalto que no la dejó explicar más y salió con premura del *Chalé* rumbo a *Saint Helen* pues no le cabía duda de lo sucedido.

Con tal revelación sintió odiar a su amo por haber faltado a la promesa que le hizo. Él le había dicho que no le haría nada y enterarse de que la mantuvo escondida para que no se diera cuenta era muy doloroso. Estaba decepcionada de aquel hombre que la engañó haciéndole creer que era diferente a los demás de su clase. Así que sin pensarlo siquiera y olvidando su posición estaba dispuesta a encararlo para sacar a Robert de esa situación, mas su entereza flaqueó al verlo en el patio de las barracas. La imagen de su negro sangrando y luchando por mantenerse en pie era desgarradora.

«¡¿Qué le hicieron?!», pensó llorando horrorizada sintiendo que el fuego de su odio la inundaba y le partía el alma. En verdad le dolía descubrir que el William que conoció y admiró era solo un espejismo, así que sin demora entró a la mansión para encararlo.

—¡Le dije que él no me hizo nada! —gritó furiosa al entrar a la habitación de su amo sin permiso. Se sentía traicionada, lo había tomado por un hombre bueno y ver lo que hizo le demostraba que no era sincero.

Se abalanzó sobre él en un intento de atacarle, pero no pudo hacerlo porque él alcanzo a sujetarla atrayéndola hacía sí. Al tenerlo tan cerca se sintió desvanecer y solo logró golpes laxos con sus pequeños puños contra ese pecho que no hacía mucho le cobijaba y la protegía. William la sujetaba estupefacto sin comprender por qué la mujer que hacía unas horas era amable y cariñosa con él ahora le prodigaba tanto rencor.

»¡Me engañó!, me dijo que nunca permitiría que me hicieran daño y lo ha hecho torturándolo de esa forma —reclamó conteniendo sus lágrimas.

—¿De qué hablas, Ashanti?, ¿de qué me estás acusando? —cuestionó Lord Lancaster intentando calmar con un abrazo a la mujer que amaba, mas esta le rechazó mostrando aversión hacia él, hiriéndolo en lo más profundo.

Ella notó el efecto de su desprecio en esos ojos negros que reflejaban esa bondad que vio desde que le conoció. Era imposible que ese hombre que se estaba metiendo en su corazón pudiera fingir a ese grado. Confundida, dolida y preocupada por Robert sintió que todo la rebasaba y entre sollozos le suplicó clemencia. William no entendía nada, solo que algo malo la tenía en ese estado.

A pesar de su rechazo se arriesgó a acunarla para consolarla pidiéndole que se calmase para poder ayudarla. Ashanti, sintiendo el calor de esos brazos que la envolvían, trató de resistirse pero no pudo, en ellos se sentía protegida como en ninguna otra parte. Los actos, el desconcierto de su amo y esos ojos profundos le decían que era inocente, comenzando a derribar todo lo que le abrumaba. Las lágrimas se hicieron presentes, aunque esta vez de alivio: *William no la había engañado y estaba segura de que ayudaría a Robert.*

Rompiendo el íntimo contacto lo condujo hacia las barracas con urgencia y en cuanto William vio al negro tambaleándose y mal herido, entendió la angustia de la mulata. De inmediato un aguijón se le clavó en el pecho al percatarse de que ese hombre era muy importante para ella. Aun así, dio la orden de soltarlo sintiendo que el corazón le dolía con cada palpitar descubriendo en los ojos de su negra el amor que le tenía a ese esclavo. Su esmero y cuidado para con él la delataban, se notaba cuanto le afectaba verlo así.

«Ella siente por él lo que jamás sentirá por mí», caviló viendo cómo lo llevaban al interior del cuarto de servicio para curar las heridas. Estaba celoso como nunca antes, deseoso de desquitar su ira con quien fuese y tenía al sujeto indicado.

—Traigan a Alexander Dagger. ¡Ya! —ordenó con firmeza deseando hacerle pagar su insubordinación. No tuvo que esperar demasiado para que el susodicho apareciera con sonrisa desafiante. William lo estudió notando su soberbia y falta de escrúpulos en ese rubio que lo

miraba sin la más mínima expresión de subordinación. Como si quisiera retarle—. ¡¿Cómo has osado infringir mis órdenes?! —inquirió con evidente enojo.

—Debería agradecer que pongo orden sobre esas bestias que necesitan mano dura para que no se aprovechen de la benevolencia de amos tan blandos en su actuar —escupió Alexander altivo sin importar la ofensa. Confirmándole a William que había cometido un error al contratarlo.

De no ser por la carencia de personal a causa de los atracos lo hubiera echado a patadas. En esos momentos no podía darse el lujo de perder a más gente con lo difícil que era encontrarla, ya casi nadie se arriesgaba por los atracos y por tan poca paga. Aun así haría notar su autoridad dándole un escarmiento que no olvidaría.

—¡No te permito que pases por encima de mí! —espetó jalándolo de la chaquetilla—. Y para que aprendas cuál es tu lugar, Unkas tomará tu puesto y no podrás desacatar sus órdenes ¡¿Entendido?! —sentenció empujándolo con desdén haciéndolo caer de nalgas.

El despliegue presuntuoso de su soberanía monetaria tenía colérico al degradado capataz, pero aun así calló, aguantándose la humillación de estar por debajo de un vil indio. Por mucha experiencia que ese tuviera para el manejo de los esclavos y la hacienda, era ofensivo que alguien de su raza tuviese más autoridad que un blanco.

«¡Maldito, encumbrado! Muy pronto ni esa autoridad, ni todo tu dinero te salvarán de arder en el infierno», pensó iracundo y doblegando su orgullo. No podía darse el lujo de que lo despidieran si es que quería culminar su tan ansiada venganza, solo esperaba que no se retrasara por ese negro al que le curaban las heridas con esmero.

Robert jadeaba del dolor sintiendo que lo abstraían, al grado del desvanecimiento. En sus pocos minutos de consciencia creía alucinar al ver a esa hermosa mulata curandolo.

—Ashanti… ¿estás aquí? —cuestionó agitado presa de la temperatura que azotaba su cuerpo.

—Sí, Mi negro. Ya no hables—contestó preocupada de que sufriese el mismo destino que la difunta Rose, pues sus heridas eran profundas.

«*¡Maldito, Alexander! casi le destroza la espalda»,* pensaba la negra tratando de cerrar los últimos surcos con una aguja de lana para frenar el sangrado. Esas heridas eran la evidencia de una advertencia hacia ella por parte de ese demonio.

—Dime… que no es ve´dad… tú y ese blanco… ese hombre —suplicó delirante Robert. Aun en ese estado sus miedos lo atormentaban—, júrame…júrame que no eres suya.

La joven sintió que el corazón se le detenía y se cuestionaba cómo se había enterado de su desgracia. Le sobrepasaba confesar esa verdad que lo haría sufrir, esa que aun sin saberla ya lo torturaba. Era obvio

que para él era una aberración la posibilidad de que un blanco la hubiese tocado y eso le dificultaba sincerarse. La esclava que estaba ayudándola notó la mirada atónita de su confundida compañera, y en susurros le explicó con brevedad a qué se refería el herido. Esas habladurías le causaron más conmoción a Ashanti.

—¡¿Cómo pueden pensar que yo sea la querida del amo?! —reclamó sintiéndose ofendida, pero sobre todo culpable: *la cercanía que tenía con William había creado esos rumores. «No debí aceptar sus cuidados en la cabaña»*. Aun en su delirio, Robert se aferró a saber la verdad evidenciando lo mucho que aborrecía esa situación—. No, Mi negro, no me he entregado a él, ni a nadie —concluyó con la voz temblorosa y salió del cuarto sintiéndose mal consigo misma pese a que no mintió pues ella nunca se entregó a Alexander.

«Si supiera mi triste verdad me aborrecería», pensó abrumada por la situación.

Ya afuera se encontró con William, quien la aguardaba en la entrada. Toparse con esos ojos negros impregnados de dolor la descolocó aún más. Era ignorante de que ella era la causa de ese sufrir silencioso, ese que surgió en él al confirmar que el hombre tendido en el catre tenía terreno ganado en el corazón que tanto anhelaba para sí.

—Hiciste lo correcto, Mi negra linda —dijo William ofreciéndole sus brazos, quería borrar la desazón que le causaba a Ashanti no poder decirle la verdad a su pareja—. Vamos al *Chalé* para que descanses y estés segura.

—No puedo volver —Ella se opuso separándose de él para no dar más de qué hablar—. Todos dicen… —Le daba pena informarle, pues no sabía cómo lo tomaría. «*Es algo muy ofensivo para él*». Quiso callar, pero su mirada la escrutaba instándola a decir la verdad—, dicen que yo soy… que soy su amante, Amo.

La molestia fue evidente en el rostro de William, que se hablaran bajezas de su persona era inaudito, sobre todo que *sobajaran*[12] a Ashanti al lugar de cualquier furcia. Le daba coraje que su poca habilidad para ocultar sus sentimientos la pusiera en boca de todos. Y más lo hacía el que malinterpretaran y mancharan algo tan intenso como lo que ella le provocaba. En ese instante hubiera querido salir gritando que la amaba y que dejaran de hablar mal de ella, mas sabía que ese amor sería incomprendido por cualquiera que escuchase de él. Incluso por su propia esclava: *su queja evidenciaba que para ella era algo deshonroso el que los relacionaran.*

«¿Por qué lo ves así, mi amor?», se preguntaba mirándola con fijeza sin saber qué más decir. Así que con un frío *«lo comprendo»* se retiró.

Él no soportaba no poder revelarle a su mulata la verdad que le quemaba desde el interior: *a sus ojos era evidente que ella jamás lo entendería*. Ashanti se quedó helada y sintiendo que el corazón le

sangraba al ver a William partir tan molesto aunque tenía todo el derecho. Era obvio que le pareciera una aberración que inventaran eso sobre su persona: *¿Él, un blanco de elite, teniendo amoríos con una negra?*

«Tal vez ya nunca se acerque a mí para así poder limpiar esa mancha en su nombre», pensó con dolor, ignorante de las verdaderas razones del enfado de William. Esas que le provocaban la tortura de no saberse correspondido por la única mujer con la que quería vivir la locura de su amor incomprendido.

William estaba herido como nunca en su vida, se sentía un estúpido por permitirse sentir tanto por Ashanti. Mas no sabía cómo arrancarse del alma ese amor no correspondido, por lo que se propuso guardar distancia por su bien y el de ella. Solo así las malas lenguas se callarían. Pese a ello, no permitiría que le hicieran daño de nuevo, así que la puso a cargo de la viuda Dagger, víctima de las inclemencias del frío invernal. Eso la tenía la mayor parte del día en la seguridad de la casa y en caso de salir, como cuando curaba a Robert, iba en compañía de Peisha y otro esclavo.

Con el correr de las semanas, la cizaña de Laurie no frenaba y la mayoría la creía debido a la evidente preferencia que William tenía con Ashanti. Era la única negra que dormía dentro de la mansión, para ser exactos en la recámara contigua a la de él. Decisión a la que no pudo oponerse la mulata pese a que casi se desmaya de la impresión. La forma en la que él le habló en ese momento fue tan impersonal que de inmediato supo que era una orden y, como todo esclavo, sintió la autoridad imposible de revocar en su voz.

Su actitud distante le gritaba que habían dejado de ser quienes eran y la línea divisoria entre amo y esclava era muy tangible, como nunca antes. Ni siquiera las visitas nocturnas se habían reanudado y no porque se lo hubiese prohibido, es más, nunca hablaron de ello, pero era evidente que él quería dejar de ser vinculado con una esclava. Estar separados por las frías paredes era lo más cerca que estaba de ese hombre que extrañaba en demasía. Su sonrisa, su cariño, su voz y compañía nocturna le hacían falta, sobre todo esa placida sensación que solo su abrazo le provocaba.

Lo que la mulata ignoraba que no era la única afectada por la distancia, ni que él se alejó porque no quería sufrir viendo cómo la mujer que amaba suspiraba por otro. William era consciente de que se había autoimpuesto su propia tortura al cortar todo contacto para,

durante semanas, tratar de mermar su sentir. Mas fue inútil socavar todo lo que ella le provocaba, la llevaba clavada en lo más profundo de su ser.

Aun en su soledad, el recuerdo de esos días donde ella fue solo suya, y no en el sentido carnal, lo flagelaba. Revivía las sensaciones, miradas y actitudes de su negra, esas que le gritaban que muy en el fondo de ese corazón algo había germinado. Sin embargo, verla tan dedicada a Robert le decía lo contrario y eso era doloroso. Era un cobarde al no confesarle su amor, pero cada vez que se proponía hacerlo, una carga de prejuicios morales le recordaban todo lo que la estúpida sociedad le imponía. Era como tener un yugo atado al cuello, esclavizándolo a sus lineamientos.

—¿Mi Ashanti, será que algún día estos escrúpulos dejarán de separarnos? —se lamentaba tocando la pared que compartía con la recámara de la mulata, sabiendo que la tenía tan cerca y a la vez tan lejos.

* * * *

Para Robert, los cuidados y las muestras de cariño que con pudor Ashanti le obsequiaba no le eran suficientes para saberla suya. Jamás creyó ser tan inseguro, es solo que seguía viendo en ella cierta reticencia cada vez que intentaba robarle un beso o acariciarla. El hecho de que estuviera herido no era impedimento para él cuando de satisfacer la carne se trataba. No sabía si era porque estaba molesta a causa de sus andanzas debido a que no podían hablar de ello en presencia de Peisha y el otro esclavo que las acompañaba.

«*Necesito probarla, pa´calmarme*», pensó colándose en la solitaria bodega donde la vio entrar. Según su rebelde pensar, ellos tenían toda la libertad para amarse ahora que nadie se encontraba cerca y no desaprovecharía la oportunidad.

—¿Me quieres? —cuestionó sobresaltándola al acariciar esa piel que lo hacía delirar.

—Negro tonto, —Ella le reprendió tratando de recomponerse—. ¿No te he lo demostrado?, ¿por qué lo preguntas?

Ella estaba segura de que lo que sentía por Robert no había disminuido, y también de que alguien más ocupaba todo su corazón y mente. Estar alejada de William durante las últimas tres semanas le hizo darse cuenta de la profundidad de sus sentimientos por él.

—Po´que quiero que me lo digas —susurró seductor robándole un beso arrinconándola contra la pared, pero Ashanti se petrificó y no correspondió con la vehemencia que él esperaba al estar solos y se separaron.

—Ya sabes que te quiero mucho.

Ella no le mentía, seguía sintiendo por él lo mismo que antes de conocer a William. Sin embargo, por este otro era algo diferente, más

intenso y especial. Tanto que le hacía sentirse en el cielo y en el mismo infierno al no tenerlo.

«*Mi lugar debe ser con Robert, no con el amo pues jamás corresponderá a lo que siento*», pensó Ashanti tratando de mitigar la culpa que la carcomía delante del negro. Aunque, por más que quería apagar ese sentir no podía.

Robert, ajeno al debate emocional de su mulata, sintió que el alma le volvía al cuerpo y, sin reprimirse, la besó con ardiente deseo. Con tal arrebato ella supo que había llegado el momento que tanto pospuso: *ahora ya no podía retrasarlo más*. Era presa de la demanda del esclavo, sus insistentes labios y esas manos estrujándola le confirmaban que debía complacerlo. Lo envolvió con sus piernas temblorosas, dudando de hacer lo correcto.

«No debo volver a decepcionarlo, solo así dejará de dudar de mí», cerró los ojos determinada, a pesar de que su cuerpo se encontraba renuente a aceptar las caricias de ese hombre que se deleitaba con ella.

Robert en total excitación sentía quemarse en ella y su correspondencia le incitaba a seguir calentándola como a cualquier otra hembra con las que tuvo el placer de disfrutar. No era la primera vez que estaba con una virgen, pero sí era la primera a la que amaba. Entre caricias y besos borraría cualquier temor que hubiera en la mente de su mulata. Ignoraba la presencia de su enemigo en su pensar, ese que dejó una horrible marca en Ashanti. La inseguridad y temor la tenían temblorosa y nada podía controlarlos hasta que fueron borrados por las palabras que William le prodigó:

«*El hombre que te ama, sabrá comprender y jamás te reprochará el que no seas virgen, pues te ama por lo que eres no por el valor de tu cuerpo*». Estaban grabadas a fuego en su memoria, deseando que ese hombre fuera William solo a su lado no sentía repulsión de ser tocada.

Su imagen gallarda se apoderó de su mente llenándola de confusión. Se suponía que ese lugar lo debía ocupar el hombre al que se estaba entregando, en cambio, su mente era una maraña y no podía dejar de pensar en él mientras otro la acariciaba. Ese que con agilidad y vehemencia se abría camino entre las mullidas telas con el corazón pletórico por no ser rechazado al tocar las curvas de esos senos calientes.

Lo que para él fue divino, para Ashanti estaba siendo difícil. Estaba muy tensa luchando contra su mente que idealizaba a William prodigándole esas caricias que imploraban demostrarle cuanto la deseaba. Era él quien la tocaba con tanta pasión. Ella sabía que estaba traicionando a Robert, mas no tenía control de ese vehemente pecado, el cual hacía que su corazón y respiración se aceleraran aumentando la temperatura.

—Ahora sí sé que me quieres —jadeo Robert con tal erotismo que

la estremeció—. Eres lo má´delicioso que hay.

Ashanti gimió aún con los ojos cerrados reprimiendo el nombre de su mortal pecado hecho hombre, ese que con su solo recuerdo la hacía sentir en el cielo. Ese que estrujaba apasionado sus gráciles senos haciéndola humedecerse con tal intensidad que sentía un suplico. «*Sería suya y de nadie más*». Con premura las ropas cayeron hasta quedar casi desnudos y a pesar de la tela la enorme virilidad acariciaba su humedad, volviendo loco a Robert. Sentía quemarse y morir por ella, disfrutando de esa entrega que creía era para él, jamás imaginó el pensar traicionero de su negra.

Él, haciendo alarde de su gran experiencia sexual, la devoraba con la intención de hacerla enloquecer de deseo por sentirlo dentro de ella. Era su manera de castigarla, necesitaba que viviera ese suplicio para que al unirse disfrutara tanto o más que él. No dejaría de flagelarla hasta que gimiera suplicando que la penetrara, así que con posesión la inmovilizó elevando sus manos por arriba de su cabeza. Esa posición trajo a la realidad a Ashanti junto con el amargo recuerdo de los fríos ojos de Alexander y todo el horror vivido bajo sus manos.

Ella revivía cada vejación totalmente petrificada mientras el negro, con premura y desespero, tocaba con brusquedad su centro. Sus largos y gruesos dedos no tenían piedad de su presa que temblaba con cada roce.

—Robert, ya por favor —suplico Ashanti deseando que todo acabase pero el excitado hombre malentendió el mensaje: *creía que le estaba suplicando que la hiciera suya.*

Sintiéndose victorioso ladeo una sonrisa y en un solo y rudo empellón perpetró ese cálido santuario cual ladrón de tesoros. Ella grito quedando paralizada igual que aquella fatídica primera vez, abstraída en el mal recuerdo sin que su excitado amante se diera cuenta de su estado. Él solo la embestía comprobando sus más aterradoras sospechas. Su amplia experiencia le había dado la capacidad de diferenciar a una virgen y Ashanti no lo era.

«Me mintió, sí se ha revolca´o con ese blanco», caviló furioso sin dejar de embestirla con fuerza y posesión una y otra vez.

La ira lo dominaba en ese momento y las palabras de los que se burlaban de él rebotaban en su mente, mas no se detuvo en ningún momento. Quería cobrarle su traición embistiéndola con más brusquedad y lo hubiera disfrutado de no ser porque lo turbaba la certeza de que ella se entregó a Lancaster. La poseía cual animal en celo, como si estuviese bajo un trance bestial, impidiéndole darse cuenta de que Ashanti no gimió ni una sola vez. Ella estaba totalmente abstraída y así permaneció hasta que Robert gruño descargando su simiente sintiéndose estafado. En verdad le dolía que la mujer a la que

tanto amaba lo hubiera traicionado.

—¡Mentiste! —reclamó con furia y lágrimas en los ojos separándose de ella para tomar sus prendas—, fui tu tonto mientra´te revolcabas como una furcia con ese alza´o —acusó con severidad.

Ashanti sintió que la tierra temblaba con esas palabras cargadas de un desprecio tan enorme que la sacaron de su estado de shock. Se sentía intimidada por esos ojos aceituna que la asesinaban, quiso sacarlo de su error y dejar las cosas en claro. Si bien ella lo había engañado con su pensar, jamás intimó con William de la manera que él creía, pero fue inútil. El negro salió como un demonio tratándola peor que a una mujerzuela y con un solo pensamiento: *venganza.*

Ella quedó sollozando a causa del dolor que le causaba saberse aborrecida, ella no tenía la culpa de haber sido víctima de la maldad. Pese a que sí había traicionado a Robert desde que comenzó a sentir algo más que amistad por William, no se merecía ser humillada así y menos ser tachada de mujerzuela.

—¡Yo no pedí que la desgracia cayera sobre mí! ¡¿Me oíste, Negro sordo?! —gritó con dolor recogiendo los pedazos de su dignidad—, por lo menos él nunca me trató como un trapo sucio cuando supo de mi infortunio.

Subyugada por la humillación, necesitaba desahogarse sin embargo no podía buscar consuelo en William. *¿Cómo contarle que fue repudiada tras entregarse a un hombre?, ¿cómo verlo a los ojos sin confesar que pensó en él de una forma tan lujuriosa?* No se sentía capaz de siquiera estar ante ese hombre, que estaba segura, tomaría cartas en el asunto para escarmentar a Robert. Lo conocía tan bien que no tenía que verlo para creerlo.

Sintiéndose vacía se vistió y siguió llorando hasta que pudo controlarse y aún con los ojos llorosos fue hacía la cocina para poder desahogarse con Peisha. Ella tendría las palabras adecuadas para reconfortarla, mas no la encontró. Estaba por buscarla cuando un fuerte estallido cimbró la tierra y los gritos alterados de la multitud anunciaba la desgracia que se cernía sobre *Saint Helen.* Una explosión había derrumbado el sólido acueducto de piedra dejando terrible daño a su paso.

—¡Dioses, no permitan más desgracias! —suplicó Ashanti sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

Con premura salió en busca de su gente y del único blanco que su corazón había permitido entrar, pero no los vio, solo la enorme columna de humo que surcaba el cielo. La catástrofe era colosal y la angustia se apoderó de ella al llegar a los plantíos donde se desataba el infierno. Sin pensarlo, corrió hacia el siniestro abriéndose paso entre el alboroto de los negros que intentaban sofocar el fuego que arrasaba con todo. En su ir y venir solo veía los cuerpos heridos de los

desafortunados: *la carne viva y el evidente dolor la angustiaba aún más.*

Trataba de atender a la gente que clamaba ayuda sin dejar de buscar en esos rostros a William y no lo encontraba. Gritaba su nombre con desesperación entre la espesa humareda que le escocia la garganta sin obtener respuesta, lo que aumentaba su desesperación. Temía lo peor a cada segundo menguando su esperanza, hasta que una esclava con los brazos llenos de llagas oyó esa voz que clamaba ser escuchada y aun en su agónico dolor respondió:

—El amo… él estaba po´el camino… muy cerca… po´la explosión —Ashanti sintió un golpe en el pecho, tan doloroso que casi se desmaya.

«¡No, él no pudo haber muerto!», pensó corriendo rumbo a lo que fue el acueducto.

Ashanti corría tan rápido como si la vida se le fuese en ello y solo pensaba en llegar a tiempo a su lado, mas el fuego inclemente arrasaba hasta con su esperanza. Al ver a dos esclavos cargando el cuerpo laxo de William con la evidencia del paso del fuego dejando a carne viva su pierna izquierda. La mulata se sintió morir y las piernas le flaquearon cayendo rodillas sin despegar la mirada de la aterradora escena.

—¡No, William, no! —gritó desgarradoramente derramando las lágrimas más amargas de su existencia. No le importaba que su actuar la delatara.

En realidad, en esos instantes, nada le importaba si William se iba de ese mundo que solo le había traído desgracias. Sin reparos se levantó para ir a su lado y con cuidado coloco sobre su regazo la cabeza ensangrentada de ese hombre acunándola con amor: *verlo así era más doloroso que cualquier azote*. La pobre mulata deseaba que todo fuera un mal sueño, pero todo a su alrededor le demostraba que era tan real como el caliente aire que respiraba.

». No puedes irte. Tú menos que nadie —Lloraba con amargura la muerte de su amor acariciando ese rostro pálido cubierto de ceniza y sin rastro de vida.

Abatida, Ashanti besó los párpados de esos ojos que no hacía mucho le transmitían tantos sentimientos. Esos que se había negado a reconocer como el amor más puro e intenso que hubiera sentido en su vida. Aunque se hubiera entregado a otro, su corazón y espíritu estaban intactos para pertenecerle al único hombre que amaba en verdad.

La esclava no podía creer que esa dolorosa experiencia la hubiera hecho recapacitar, sin embargo, el destino así lo había decidido. Tendría que vivir con ese amor en silencio por el resto de su vida recordando a William, pues aun muerto seguiría amándolo. Tal vez era su castigo por amar a un imposible, como recordatorio de que ese

amor jamás podría florecer y mucho menos ser correspondido. Aun así, sentía que sin él el mundo era más oscuro, cuando de repente, la cercanía la hizo percibir la débil y tibia respiración dándole un aliento de esperanza en la desolación que la embargaba.

—¡Está vivo!, ¡mi William está vivo! —exclamó eufórica atrayendo la atención de sus hermanos negros, que seguían amainando el fuego.

El Dios de los blancos no la privaba de la presencia de William por lo que no podía ocultar la dicha que la embargaba. Y no pudo evitar besar el rostro de ese hombre que segundos atrás la hizo sentir la peor agonía.

«Te prometo que no descansaré hasta verte sano de nuevo», pensaba esperanzada mientras los esclavos se llevaban al amo hacia la mansión para ser atendido con urgencia.

William estaba siendo atendido mientras sus tierras ardían con ímpetu, permanecía ignorante del caos que había en el exterior. Si bien algunos esclavos le eran leales y hacían de todo para acabar con el infierno, muchos otros aprovecharon la oportunidad para escapar. Y como si eso fuera poco, se llevó a cabo el mayor atraco de ganado en la historia de *Saint Helen*: *el incendio era, literalmente, una cortina de humo.* Ese había sido el plan de Alexander, Robert y demás cómplices para distraer a todos sin importarles los daños colaterales. Su único interés era dejar a Lancaster con una gran pérdida económica si no es que en la ruina.

Era la venganza perfecta y no solo por el daño causado, esta le trería muchas ganancias a todos los involucrados con la venta de las reses. Los esclavos contaban con ese dinero para aportar recursos a la causa contra la supremacía blanca: *su pueblo debía ser libre como sus antepasados en tierras salvajes*. Otros solo querían empezar una vida lejos de ese régimen esclavista, ese había sido el objetivo de Robert y en él estaba incluida su mulata, pero tras descubrir su mentira decidió unirse a la causa. Esperaba ver algún día a sus hermanos libres y demostrarle a esos blancos que con la dignidad de un negro no se juega.

—¡Arderás en el infierno, Lancaster! —siseaba con furia el fugitivo montado a caballo para arrear las reses. Para él, nada era suficiente como para que su orgullo herido fuese vengado. Ni siquiera el haber provocado la explosión y ver a William siendo engullido por esta—. Po´que ni con tu vida has paga´o el haberte revolca´o con mi mujer.

—¡¿Qué has dicho, Negro inmundo?! —espetó iracundo Alexander al escucharlo. Si era cierto lo que acababa de oír, sus planes en verdad se verían truncados—. ¿Lancaster ha muerto? —inquirió agarrándolo de la chaqueta con tal ímpetu que casi caen de los caballos.

—¿Pue´si así fuera qué? —reviró el enorme esclavo soltándose de

su agarre.

Ese estúpido remedo de capataz no ejercía autoridad sobre él y mucho menos estando libre del yugo de Lancaster. Robert no comprendía por qué le afectaba su muerte si lo odiaba tanto. Además, con él muerto, eran pocas las probabilidades de que estuvieran tras ellos, por lo menos hasta que se deshicieran de las evidencias que los incriminaran.

». Agradezca que lo mandé pa´al infierno a pagar po´la muerte de su padre —exigió orgulloso encarando al rubio.

Alexander estaba tan molesto de que ese salvaje le arruinara los planes que quería golpearlo, pero la imponencia de Robert lo intimidaba. Ya no era su superior y sus ojos le gritaban una rebeldía capaz de matar de ser necesario a quien se atreviera a cuestionarle. Así que solo se retiró cabalgando con rapidez para encabezar la columna de reses.

—¡Maldito, negro!, por su culpa me tendré que conformar con saber que ese infeliz arde en el infierno —escupía con ferviente odio cada uno de sus improperios, tratando de amainar el coraje que bullía en su interior, pues sentía que la muerte de su padre quedaba impune.

Alexander había planeado un daño mayor que el económico o la muerte misma para Lancaster, quien de estar vivo habría perdido hasta el nombre. Su caída en la sociedad era la verdadera venganza, quería verlo sufrir arruinado, pues la posición social para esos aristócratas lo era todo. Tan arruinado y sin vínculos sociales, cualquiera creería los rumores que él haría correr sobre traición al gobierno al relacionar a Lancaster con la venta de ganado ilegal a los insurrectos. Pero ahora que estaba muerto era inútil su plan, ignoraba que su enemigo estaba aún con un pie en el mundo de los vivos…

* * * *

En la habitación principal de la casa Lancaster, iluminada por la chisporroteante llama de una lámpara, se encontraba el amo y señor de esas tierras debatiéndose entre la vida y la muerte. Las heridas causadas por el fuego en verdad eran profundas y más peligrosas que el golpe en la cabeza que lo hizo perder la consciencia. Para desgracia del joven, las predicciones del galeno se habían cumplido: *una infección invadía su cuerpo*.

Estaba sumergido en un incandescente delirio sin saber que la mujer a la que tanto amaba no se despegó de su lado ni un segundo durante la última semana. A ella no le importaban los estragos que el desvelo le causaba. Su prioridad era ver sano y salvo al hombre que había ganado su amor y si para ello debía mantenerse en vigilia cuidándolo, así lo haría. Las quemaduras evidenciaban, en el mejor de los casos, solo afectar su andar eso, si la infección no provocaba que perdiera la pierna. Por eso no dejaba de invocar letanías a ese Dios de

los blancos para que lo sanara.

—William, debes mejorar antes de que alguien quiera alejarme de ti de nuevo —susurró la esclava cambiando las compresas húmedas al recordar con coraje el momento en que la atrevida de Laurie la echó a patadas diciéndole que ella no era quien para estar ahí.

Ashanti todavía podía sentir los celos en carne viva, esos que la hicieron querer golpearla en el instante en que esa se arrojó sobre William, llorando como si él fuera su vida entera. Todos los presentes se dieron cuenta del desparpajo de Laurie, por lo que Mr. Smith con una mirada de desaprobación y asco la arrastro hasta fuera de la casa prohibiéndole la entrada.

La mulata creyó que tampoco le permitirían estar con su amor prohibido pero, para su fortuna, el medico pidió que ella se encargara del cuidado en su ausencia. Al parecer su habilidad como curandera y los emplastes que le colocó fueron determinantes en esa decisión. El galeno creía que eso le daría al paciente más posibilidad de sobrevivir en caso de que empeorara y él no pudiera llegar rápido. Sin embargo, la esclava no veía mejoría.

«Dios de los blancos, no te lo lleves», imploró al humedecer un paño para ayudar a bajar la temperatura se su amado.

Esa noche él estaba muy agitado por la calentura que no menguaba y eso tenía a la negra llena de angustia. Pasaba el paño por el torso desnudo cuando la mano débil de William la sujetó como si quisiera retenerla, la inesperada reacción le dio esperanzas a la joven sobre todo el verlo entreabrir sus ojos.

—Ashanti… Ashanti —Delirante clamaba la presencia de la única mujer que habitaba en su corazón—. No… no… me dejes.

—Aquí estoy —respondió ella sollozante acariciándole el rostro y besando su mano—. Mi William, nunca podría alejarme de ti.

—Ashanti, yo… yo… —Se notaba la agitación en sus palabras como si él intuyera que se le acababa el tiempo—, yo… te amo… te amo… y siempre lo haré.

Esas palabras causaron un gran impacto en la esclava, ella jamás esperó que salieran de esos labios. Estaba conmocionada, al grado de que por unos segundos sintió que el corazón se le detenía. Sobre todo al ver en sus ojos negros la sinceridad de su declaración. Era increíble que él, un gran señor, le declarara su amor. Un amor que era correspondido por lo que no dudó en abrirle su corazón inundado de dicha.

—Y yo a ti, William, no sabes cuánto —dijo sin poder contenerse de besar esos labios que no hacía mucho la tentaron.

Con verdadero ímpetu rompió la distancia entre sus bocas y lo besó con ternura, sintiendo por primera vez que la piel que rozaba su boca era parte de ella: *su complemento y su elixir*. Esa sutil y tímida caricia le

fue correspondida con tal fervor que las lágrimas de alegría la inundaron. Su amor se reflejaba en ese beso cuando de repente, su amado fue arrastrado de nuevo a la inconsciencia, por lo que el llanto de felicidad se convirtió en tristeza.

—No, no. Vuelve a mí, amor —suplicó, pero él ardía en fiebre.

Ahora más que nunca necesitaba que sanara y libre de delirio le confesara ese amor pues temía que hubiese sido producto de una mente confundida por la gravedad de su estado. De ser así, estaba segura de que le resultaría difícil mirarlo a la cara sin recordar ese beso robado. Beso que guardaría en su corazón como su más preciado tesoro. Solo debía esperar que su William despertara y volviera a repetirle cuanto la amaba.

Sin embargo, los días pasaron sin volver a escuchar lo que tanto anhelaba. Según las predicciones del médico, las esperanzas estaban menguando, Ashanti sintió derrumbarse cuando escuchó al galeno decírselo al Administrador, quien en las últimas semanas hizo esfuerzos descomunales para sacar a flote todo.

El dolor de la negra no se podía ocultar, pese a que William amaneció sin fiebre no sabía si esta regresaría. Es por eso que no dejaba de levantar sus suplicas al cielo postrada al lado de la cama de su amor. Ella oraba con fervor cuando de repente un movimiento inesperado interrumpió la letanía, por lo que temblorosa y con el corazón agitado, levantó el rostro para reencontrarse con esa mirada oscura que la estudiaba con detenimiento.

William, apenas si podía sentarse por la debilidad de la que su cuerpo era preso y no se acordaba del atentado que vivió: *solo sentía un dolor lacerante en la pierna*. Todo indicaba que algo muy grave había pasado, algo tan horrible como para provocar que Ashanti estuviera orando afligida a su lado. Su delicada presencia le aceleró el corazón y en cuanto vio esa mirada oliva, que de mil maneras le gritaba su amor, sintió dejar este mundo. Él la miraba con devoción esperando que no fuese una alucinación como aquella que divagaba en su memoria donde ella lo besaba diciéndole que lo amaba.

«*Fue tan real que aún puedo sentir el calor de sus labios en los míos*», pensó estremeciéndose con el pasar cadencioso de esos dedos sobre su rostro. Ashanti, a pesar de la decepción de no oír lo que anhelaba, sintió gran tranquilidad de ver a su amor fuera de peligro. Mas eso no mitigaba su pesar, ese que le echaba en cara que su amor jamás podría ser.

Ambos temían preguntar y encontrarse con lo que suponían una cruel verdad, por lo que callaron manteniendo ese intimo contacto que decía lo que sus bocas silenciaban. Sin saberlo, sus corazones eran víctimas del yugo social en el que vivían, impidiéndoles tener el valor de abrirse y declarar lo que sintieran sin importar cual fuese el

resultado. A sus almas les faltaba la osadía de permitirse amar sin reprimendas, ni prejuicios y esperaban cautelosas a que una de ellas se aventurara para poder corresponder sin pudor. Y así, una vez más, se acobardaron guardando en su ser ese fuego que les consumía hasta casi morir.

* * * *

Con el pasar de los días, la recuperación de William avanzaba a pasos agigantados gracias al tratamiento recetado por el médico. Debido a ello, Ashanti ya no estaba designada a cuidarlo en la noche, solo en el día cambiaba sus vendajes por lo que empezó a relegar esa tarea. Mr. Smith a diario mantenía a su patrón al tanto de los pormenores en la plantación, era algo así como su contacto con el mundo exterior, uno en donde todo era un caos tras la fuga.

En una de sus pocas visitas, la única noticia que le dio tranquilidad a Ashanti fue escuchar que *Alexander Dagger,* estaba siendo buscado por la justicia. Para todos era obvio que él era uno de los atacantes, si no *¿por qué su ausencia?,* la de los negros se justificaba con su deseo de libertad, pero la de él no. Saber que no solo él era el responsable de tanta desgracia hacía sentir culpable a la pobre mulata, sabía que de haber hablado la primera vez nada hubiera pasado. Ni William, ni su gente habrían salido heridos y eso hacía que el enojo hacia Robert creciera, pues siendo egoísta no pensó que los inocentes pagarían por sus crímenes.

«Que injustos fueron al no pensar en las consecuencias que nos traerían», pensó dirigiéndose a atender a Amélie Dagger.

No solo a los blancos les había afectado el atraco y la fuga masiva, sino también a los negros que se quedaron: *las labores se triplicaron.* Hasta algunos esclavos de casa tuvieron que ser reasignados al campo, entre ellos Peisha y los pocos que quedaban no paraban en sus faenas. Eso y atender a la viuda Dagger junto a los negros más dañados, hacía que la lejanía entre los enamorados secretos fuera cada día más extensa. Eliminando así la posibilidad de que alguno de ellos se sincerara con lo sucedido hace días, sin saber que esa falta de comunicación causaba estragos en ambos corazones.

«Dioses, quítenme este sentimiento que jamás será correspondido», pensaba con pesar la joven al rememorar ese beso que se había metido en su alma abstrayéndola de la realidad en el instante en que acomodaba en la cama a la madre del hombre que la mancilló.

Ashanti, siendo noble, sabía que ella no tenía la culpa de que su hijo y difunto esposo fueran unos demonios, es por eso que la trataba con cordialidad. Y más ahora que, según el galeno, la pobre viuda estaba a las puertas de la muerte, el frío invernal había sido muy cruel para ella. Pero perder a sus tres hijos de forma súbita era lo que le afectaba más, sobre todo el enterarse de que Alexander era prófugo de

la justicia. Cosa que, aunque se le trató de ocultar, lo supo por los cuchicheos de los esclavos.

—La desgracia no hace distinción entre razas —susurró la negra con pesar dejando a la enferma mujer dormida, envidiando verla tan cómoda y apacible cando ella tenía un fuerte dolor de espalda, producto del agotamiento—. Uno aquí trabajando hasta morir mientras los prófugos gozan de su libertad quien sabe dónde —se quejó llegando a la cocina.

Sus quejas no eran por un mal corazón, al contrario, era feliz de que los afortunados por fin hubieran encontrado una vida lejos de las cadenas. Sin embargo, tras esa felicidad también le afligía la situación en la que habían dejado a su amor. Estaba partida en dos, por una parte temía que los encontraran ya que estaban peinando toda la zona y por otra sentía que era justo que William recuperara lo que le pertenecía.

». Por Dios, soy una negra y mi lealtad debe ser para con mi gente —se reprendía.

Esas emociones encontradas la hacían sentir en verdad que traicionaba a ambos bandos. Es por ello que en los últimos días empezó a creer que mitigando esa pasión prohibida dejaría de tener esas contradicciones. Evitaba ver a William para no ser víctima del torrente de sensaciones que él le provocaba. Sabía que ya era inevitable ponerse en evidencia con tenerlo cerca y le daba pena descubrirse ante él. Además, era tortuoso estar a su lado y que su corazón latiera deseoso de que en cualquier momento él pronunciara esas dos palabras que la hacían delirar.

La mulata actuaba así pensando que era lo correcto sin saber que esa lejanía no hacía más que confirmarle a William que ese beso había sido una alucinación. Él, ajeno a la realidad, pensaba que su negra seguía amando a Robert y que parte de la intranquilidad que notaba en ella era por no tener noticias de él.

«*Si supieras que en el corazón de ese hombre que tanto amas solo hay maldad*», cavilaba el convaleciente joven en su recámara al recordar esa mirada que le profirió el esclavo cuando lo vio encender la pólvora que casi lo lleva a la muerte. «*Qué bueno que no te expusiste al huir con él*». La sola idea de que ella huyera era dolorosa igual que la lejanía que no le permitía verla.

Era tortuoso para ambos no enfrentarse a su verdad, pero todo estigma social los aplastaba cada vez que por un segundo sus corazones se envalentonaban a sincerarse. *¿Miedo a perderse el uno al otro, prejuicios?,* no lo sabían en realidad, solo eran conscientes de que a cada segundo ese sentimiento contra el que luchaban era más intenso. En verdad estaban comprobando que el verdadero amor, se sufre y se soporta de una forma tal que no puedes escapar de él

porque es aún más doloroso no sentirlo.

Ya iniciaban las primeras nieves y, tras el tratamiento recomendado por el galeno, William se sentía con la suficiente fuerza como para levantarse sin sentir que le arrancaban la pierna. Por fin podría atender todos esos asuntos que amenazaban la estabilidad de sus negocios, mas no era eso lo que lo impulsaba a salir: *su motivación tenía nombre de mujer*. Hacía más de una semana que no había visto a esa mulata que aun en sueños lo cautivaba y necesita saber de una vez por todas qué era lo que en realidad la tenía ausente.

«¿Por qué se ha alejado de mí?», pensó dispuesto a encararla.

—¿Yohana, dónde se encuentra Ashanti?, ¿por qué nunca viene cuando la solicito? —cuestionó abotonándose la fina chaqueta. A través del espejo vio a la dubitativa esclava como queriendo negar la información—. Y no quiero mentiras —inquirió ocultando su temor al pensar que tal vez se había escapado y no se lo querían decir.

Por el tono, la mujer pensaba que el amo estaba realmente molesto con su compañera, y no se equivocaba. La molestia radicaba en haberlo privado de su presencia, al grado de que él sentía que no podía vivir ni un minuto más sin verla. La negra estaba temerosa de las consecuencias, pero la mirada autoritaria de William la persuadió de responder.

—No se moleste con ella, Amo. Ahora mismo asea su despacho para después hacer las demás faenas. Laurie no deja de cargarnos de trabajos y la pobre Ashanti no para en todo el día —Aprovechó la astuta mujer para quejarse de los malos tratos.

Sin decir nada, William tomó el bastón que una vez fue de su padre para poder caminar con más agilidad y salió de prisa pese a la incomodidad de la pierna. El dolor no era nada comparado con lo que sufrió hace semanas, aunque era un indicativo de que jamás quedaría bien, cosa que no le importó en absoluto. Lo que realmente le atormentaba era la ausencia de su negra y, cómo pudo, aceleró el

paso: *ahora que sabía dónde estaba debían hablar*.

Con el corazón galopándole acelerado llegó al despacho y sintió que el alma le volvió al cuerpo al ver a la mujer de sus tormentos afanada en sus labores. En verdad había tomado la mejor decisión al buscarla, ya estaba cansado de que lo evitara como venía haciéndolo. Ni porque era orden de su amo que lo atendiera se presentaba, siempre alegaba el pretexto de que la moribunda viuda necesitaba su total atención.

«*Es indomable*», pensó enamorado de esa cualidad tan atractiva como su belleza que lo tenía embelesado.

Decidido a poner fin a su distanciamiento, con astucia y sigilo cerró el pestillo de la única salida para así asegurar que su mulata no huyera. Sobre todo para que nadie lo interrumpiera en la osadía que estaba dispuesto a hacer con tal de descubrir el porqué de la lejanía de la única mujer que lo hacía suspirar.

Cuando la escurridiza esclava se percató de que no estaba sola ya era demasiado tarde para huir. Ashanti lo sintió detrás de ella a un par de metros, y de inmediato su razón la incitó a salir corriendo, mas su corazón latió acelerado al ver a su amor tan gallardo. Bastó eso para que el cumulo de sentimientos que había evadido se hiciera presente: *esta vez no había escapatoria*. Se miraban sin palabras y aun así estaban en sintonía: *sabían que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa*.

«¡William!», pensó embelesada por su atractivo porte sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

No sabía si era por no verlo durante semanas, pero se veía más guapo que nunca. Esa sonrisa tan seductora que incitaba al pecado y le quemaba la sangre era un delicioso suplicio. Por lo que la mulata luchaba contra el deseo de arrojarse a sus brazos y probar de nuevo esos labios. El sentimiento era mutuo y este se intensificó en William cuando se perdió en esos ojos oliva que le gritaban lo que su dueña callaba. Su brillo reflejaba el más puro sentimiento, el mismo que vio en la mejor alucinación de su vida.

«Eso no pudo ser un sueño», pensó convencido de que había sido tan real como ellos dos en el despacho. Ahora entendía sus ausencias. «*No quería que la descubriera».* Debía dar el primer paso para demostrarle que era correspondida, que lo que sentían ambos era infinito y lo haría probando esos labios que le dieron aliento de vida.

Sus corazones trepidantes incrementaban el ritmo a cada paso que William daba determinado a ponerle fin a lo que tanto les torturaba. No dejaba de ver a esa negra tan hermosa que se robaba su corazón y cada uno de sus pensamientos. Sin pudor la recorrió con la mirada hasta llegar a esos labios carnosos haciéndola temblar.

—*Milord*, no… —dijo ella en un último intento de frenar lo

inevitable, pero él ya la tenía en sus brazos de una forma tal que Ashanti no pudo reprimir un suspiro delator.

—Shhhhh. No digas nada —la calló acariciando con el dedo índice su boca, aprisionándola entre el escritorio y su fuerte cuerpo.

La miraba con intensidad dispuesto a derribar esas barreras una y mil veces más con tal de volver a experimentar la febril fantasía que su boca le regaló en las puertas de la muerte. Ashanti, lejos de espantarse por la repentina acción, no pudo evitar estremecerse con el contacto*: la cercanía entre ambos era avasallante*. Tener los labios de William así de cerca era como perder la razón.

Por su parte, él se sentía en el cielo, beber su aliento dulce como la miel y sentir ese calor que le quemaba hasta el alma era un deleite que ponía a prueba su resistencia. Y, por primera vez, se permitió ser débil y caer ante esta hermosa tentación sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Con osadía se aventuró a probar esa boca con una lentitud que mataba a cualquiera, era como si quisieran rememorar aquel primer beso, pero este evolucionaba a uno más pasional.

Sin reparos se entregaban el corazón revelando todo lo que habían tratado de ocultar*: el más puro y sincero amor que podría existir entre dos seres tan desiguales.* Ella, presa de la pasión que el candente roce le regalaba, saboreaba esa lengua que saqueaba con seducción cada recoveco impregnándola del delicioso y fresco sabor de su amado. Por primera vez no había miedos, ni impedimentos sociales, ni jerarquías entre ellos*: solo eran William y Ashanti*. Dos seres que se amaban por sobre todo y que estaban dispuestos a sufrir la tortura de un amor, con tal de no separarse nunca.

Uno a otro se disfrutaban demostrándose en pleno su amor prohibido, uno que los incendiaba desde el interior, uno tan intenso que marcaría sus vidas de mil y una formas. Sin saberlo estaban sellando su destino, que a los ojos de cualquiera*: esclavo o terrateniente*, no tenía un buen augurio. Mas para ellos, eso no importaba si era al lado de la persona que su corazón había escogido.

—Te amo, Ashanti —declaró apasionado con una profundidad tal que hizo temblar a la mulata.

Él estaba pletórico por confesar ese hermoso sentimiento, pero sobre todo de saberse correspondido: *el brillo en esa mirada y su beso le confirmaban que ella estaba enamorada.* Ashanti sintió morir y tocar el cielo cuando las palabras que tanto anheló fueron pronunciadas, provocando que las lágrimas humedecieran sus ojos. No podía creer que él le abriera su corazón haciendo realidad la más hermosa fantasía y esta vez no había duda.

«¡Me ama, él me ama en verdad!», pensó perdiéndose en el negro de sus ojos sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

—¡Oh, William!, yo también te amo. Mucho más que a mi vida —

confesó ferviente, como si pronunciara un juramento sagrado, haciendo a William el hombre más feliz sobre la tierra.

De nuevo unieron sus labios con frenesí, seguros de que con un amor como el de ellos no habría prejuicios, ni normas que pudieran separarlos. William sentía estaba siendo bendecido desde el cielo por esa persona que le enseño a ser diferente: *su nana Caly*. Solo esperaba que cuando su mulata supiera la verdad, comprendiera por qué se la ocultó; por lo que la necesidad de sincerarse se estaba haciendo presente. Y lo hubiera hecho de no ser por el insistente golpeteo en la puerta del despacho, sacándolos de su idilio: *era Mr. Smith reportándose como de costumbre.*

Los enamorados retomaron su lugar en esa obtusa y marginal sociedad y dieron entrada al hombre que pedía audiencia con William. Lo acompañaba Laurie, quien tan solo con ver lo hinchado de los labios y ese brillo en la pareja, sintió que la sangre le hervía: *ese par había vuelto a sus amoríos aun después de su esfuerzo por separarlos.*

«*Mi ama se tiene que enterar de esto. Esa mandinga no se puede salir con la suya*», pensó mirándola con un odio que no pasó desapercibido para William, mas no era el momento, ni el lugar para llamarle la atención. Ya la encararía después: *su actitud y altanería hacia Ashanti no quedaría impune.*

—Lord Lancaster, disculpe el no haberme anunciado como se debe —anunció zalamero el administrador haciendo la acostumbrada reverencia ante un hombre como William—, pero la urgencia del asunto no me lo ha permitido. Esta mañana nuestros hombres se han topado con una cuadrilla de soldados acarreando un grupo de negros insurgentes encontrados en la frontera. ¡Tienen la marca de su casa, *Milord,* y quieren que vaya a reclamarlos con las autoridades! —concluyó orgulloso.

Por unos segundos el fiel empleado quedó en silencio esperando las órdenes y William no hablaba, se le notaba pensativo. En verdad era una noticia alentadora la que le dieron, un rayo de esperanza que iluminaba las penumbras de su situación económica. Sin embargo, para él era difícil ejercer su autoridad en frente de la mujer a la que tanto amaba: *no era un secreto el gran aprecio que ella le tenía a su gente.* Y no se equivocaba, en verdad estaba preocupada pues sabía las consecuencias que traería el desacato de sus hermanos.

«*¿Habrán atrapado a Robert?*», pensó ella temerosa de que así fuera. Aun después de cómo la humilló y el haber cometido sus delitos no le deseaba mal alguno: *cómo hacerlo si él fue como un hermano mayor que siempre la cuidó*.

El obeso hombre al ver el mutismo del terrateniente dudó de su temple, pero se equivocaba. Lord Lancaster sabía muy bien qué hacer, es solo que estaba ante un dilema: *ser inflexible para escarmentar a los*

traidores o solo ser justo. Cualquiera de las dos caras le traería consecuencias para con su negra, mas no podía demostrar debilidad y poner en riesgo su patrimonio. Así que como todo un Conde tomó cartas en el asunto.

—Preparen las jaulas, los cepos y mi caballo, partimos de inmediato junto con Unkas y sus hombres para escarmentar a esos esclavos —ordenó determinado ante la mirada perturbada de Ashanti, quien sin decir nada salió del recinto con lágrimas en los ojos.

Verla partir le provocó el deseo de ir tras ella, sin embargo no podía hacerlo sin ser tan obvio ante los ojos de quienes los acompañaban. Es por eso que con toda su autodeterminación controló sus impulsos, ya arreglaría todo con ella en cuanto ese asunto terminara. Lo que le sería muy difícil pues, por primera vez, Ashanti vio el lado frío e inhumano en el hombre que tanto amaba y eso era lo que en realidad le dolía. Su reacción la golpeó de frente mostrándole que, por mucho que se amaran, su condición de esclava y amo jamás iba a cambiar.

«Esa siempre será nuestra cruel verdad».

* * * *

«¡Maldita sea!», se lamentaba Robert encadenado y encerrado cual animal junto a más negros fugitivos.

Tras ser capturados intercambiando unas reses por armamento y otros tantos solo huyendo de las plantaciones, sabían que su único destino era la muerte a manos del ejército. A no ser que sus amos los reclamaran para ser incinerados vivos como amenaza a su pueblo. Para Robert era un estrepitoso fracaso verse así tras haber probado las mieles de la libertad durante casi un mes, pero la incompetencia de sus congéneres le privó de esta.

Sin embargo, no le molestaba tanto como enterarse de que Lancaster había sobrevivido. Cuando lo supo sintió que la sangre se le helaba. La estúpida marca que lo identificó como su propiedad lo dejaba a su merced, y estaba seguro de que ese blanco se cobraría el haber atentado contra él. Si no es que ya lo había hecho tomando represalias contra Ashanti. No era un secreto que él la quería y bien podía haberle hecho daño a ella por venganza. Aunque aún le dolía su traición no deseaba que ella pagara por sus errores.

—¡Ahora sí van a pagar con sangre sus faltas, Negros mugrientos! —rugió uno de los guardias abriendo el calabozo en el que los tenían encerrados—. Tú y tú. Esos siete de allá y ustedes también —señaló a un total de quince, incluido a Robert—. ¡Salgan, Inmundos!, su amo ha llegado —los arreó golpeando con su arma a unos de ellos.

Tiritando por el frío, con las ropas raídas y adoloridos por los golpes que ya habían recibido, obedecieron sin rechistar. Salieron al patio de vigilancia donde una decena de hombres armados junto con

Unkas y Lord Lancaster les esperaban. El amo, altivo y sin mostrar debilidad alguna pese a que la pierna empezaba a molestarle, pasó la mirada uno a uno en sus esclavos y fue inevitable reconocer a Robert, quien lo miraba con odio.

Ambos contendientes se miraban con fiereza, gritando con la mirada lo que no podían en público. Y, aunque a William no le temblaba la mano para hacer justicia, calmó su temperamento, no iba a desaprovechar la oportunidad que el destino le estaba brindando. Sabía que a través de Robert descubriría a la horda que atentó en su propiedad dos veces, si daba con ellos no solo haría justicia por lo que le robaron, sino por su Ashanti.

«*Por fin podré descubrir y hacer pagar a quien la mancilló*», pensó victorioso fraguando un plan que implicaba un calabozo, látigos, cadenas y mucho dolor hasta hacerlo hablar.

—Llévenlos de regreso a *Saint Helen* y tomen medidas ejemplares con todos, excepto con ese. De él me encargo yo —dijo decisivo dirigiéndose a Unkas señalando a Robert quien lo miró extrañado. Al negro, esa deferencia por parte de Lancaster no le daba buena espina y tenía razón de temer, está vez William *no se tentaría el corazón*[13].

Sus órdenes se cumplieron con presteza pues la ventisca arreciaba trayendo consigo la helada nieve. La gente de *Sain Helen* sabía que si no llegaban cuanto antes a la plantación, los caminos podrían bloquearse y era muy peligroso estar a la intemperie en tormentas como la que se avecinaba. Aun así, William no tenía planeado regresar con ellos hasta ver cumplidos sus planes.

Con la estruendosa y gélida tormenta azotando el exterior, se encontraba Robert pendiendo del techo con cadenas y grilletes que le estrangulaban las muñecas. El enorme esclavo sabía lo que le esperaba: *la mirada del que fue su amo evidenciaba sus deseos*. Por esa única vez, William abusaría de su poder para descubrir quién estaban de tras de todo, aunque eso fuera en contra de sus principios. Es por ello que lo hacía lejos de *Saint Helen* para que su mulata no se enterase. Conociendo los sentimientos que no hace mucho ella profesó por ese hombre, estaba seguro de que le afectaría.

Determinado a encontrar la verdad comenzó la tortura, latigazo tras latigazo lo cuestionaba ayudado por Unkas cuando la pierna le impedía movilidad. Mas Robert no soltaba palabra, estaba determinado a no delatar a sus hermanos negros. Los latigazos, cada vez eran más potentes al igual que los bramidos de dolor, melodía desgarradora que no era para nada del agrado de William.

—¡Confiesa, ¿quiénes fueron tus cómplices?! —demandó el Conde con autoridad molesto tras *tantas largas*[14]—. Hazlo de una maldita vez, aunque sea por el amor que le tuviste a Ashanti —A Robert le pareció una clara amenaza, confirmándole el riesgo en el que la había

puesto. Sin embargo, lo que escuchó después lo dejó helado—, ¡¿eres tan cobarde que dejarás que el cerdo que abusó de ella más de una vez quede libre?!

—¡¿Qué dice?! —rugió el esclavo descolocado queriendo zafarse de las cadenas que lo sujetaban—. ¡No, no, no! usted miente, ¡miente!

—¡Maldito imbécil!, tú y tus cómplices no solo causaron daños económicos. ¿Por qué crees que la resguardé durante tanto tiempo? —espetó William con furia tomándolo con fuerza de la camisa.

Robert no podía creer lo que acababa de escuchar y se sintió un miserable. Ahora todo cobraba sentido, la lejanía de su negra, ese temor que habitaba en su ser y esa falta de luz en sus ojos. Aunque lo que más le impactó fue enterarse de que ella no se había entregado a Lancaster como le hicieron creer.

William iba a golpearle el rostro cuando el brillante y fino relicario que pendía del cuello del esclavo llamó su atención. Era un objeto demasiado valioso para alguien como él, pero eso no era lo que lo tenía estupefacto, sino que era idéntica a la que pendía de su propio cuello. Tanto que de no traerla pensaría que se la había robado.

«Imposible», pensó consciente de que ese tipo de relicarios eran encargos bajo un diseño único. Y el suyo había sido mandado a hacer por su padre, quien se lo dio al nacer, motivo por el cual era de mucho valor sentimental. Sin decir nada y ante la mirada atónita de los presentes, se desabotonó el corbatín para sacar el suyo. Tanto él como Robert no despegaban la mirada de tan finas joyas exactamente iguales.

». ¿Por qué tienes esto? —cuestionó William sin saber qué respuesta esperar.

—Po´que es lo único que tengo de mi padre —respondió Robert aturdido por lo que ello implicaba: *era hermano del hombre al que más odiaba*. Ahora comprendía el afán de su madre de que no odiara al amo.

En cambio, William no podía creerlo. Movido por comprobar lo que se gestaba en su cabeza, desgarró lo que quedaba de la camisa para ver la única prueba de lo que estaba descubriendo: *la marca de los Lancaster*. No quería que fuese verdad, pues ello le confirmaba un pasado en donde su padre tal vez abusaba de sus esclavas, pero a sus ojos, la media luna rojiza de gritaba la cruel verdad. Era casi imperceptible por la tonalidad de piel, aunque era clara si le prestaba atención.

Sobrepasado y sintiendo culpa por haber flagelado a su propio hermano, salió a toda prisa del lúgubre lugar, dejando a Robert descolocado por el doble impacto. Este no solo había descubierto el secreto de su madre, sino que su Ashanti era inocente de todo lo que la culpó y eso era lo que más le calaba. Sin embargo, su estado no era

relevante para William a quien no le importaba arriesgarse en la gélida tormenta que le caló hasta los huesos. Pese a las molestias de su pierna, cómo pudo, montó su caballo y se alejó deseando nunca haberse enterado de nada…

Sin rumbo fijo William se perdió en el blanco horizonte con miles de imágenes gestándose en su mente. Trataba de recordar algún indicio en su pasado que le hubiese revelado lo que acababa de descubrir, pero nada. Era tan turbio como la idea de que su padre hubiese sido igual que Dagger: *un violador de esclavas.* La sola idea le perturbaba pues, pese al carácter inflexible y esa altivez que le caracterizaba, jamás dio muestras de esas inclinaciones.

Sin respuestas, William deseaba estar en el único lugar donde encontraría sosiego: *al lado de su negra.* Sin embargo, la feroz tormenta se lo impedía bloqueando los caminos, como si la propia naturaleza le prohibiera tener ese consuelo. En su estado no le quedó más remedio que acudir con Timothy, no le daría la paz que Ashanti le proporcionaría, mas sí lo escucharía y tendría las palabras justas para calmarle.

La tormenta arreciaba entumeciendo a William y comenzaba a sentir el lacerante tirón en su pierna. Por fortuna llegó pronto a casa del sabio pelirrojo, que acababa de regresar tras haberse ausentado un par de meses en una misión pastoral en un poblado cercano. En cuanto Timothy lo vio, se percató de esa culpa cristalizada en sus ojos, como cuando mató a Dagger: *su semblante gritaba el deseo de liberar su alma*.

—Pase, Lord William, no puede estar afuera con esta tormenta —Le recibió sin molestarse de que haya interrumpido la quietud de su hogar.

—Timothy, no puedo más con esto —anunció el rubio entrando tan rápido como llegó y, poniéndose cómodo frente al fuego, prosiguió con su perorata—. No entiendo por qué Dios es tan cruel conmigo. ¿Por qué la primera vez que abuso de mi poder flagelando a un esclavo este resulta ser…? —Se frenó dejando al reverendo sin comprender—, ¡mi hermano! —culminó con los puños apretados y

temblando.

Aunque la noticia fue impactante para Timothy, no dudó de su veracidad, era muy común que los terratenientes tuvieran bastardos con sus esclavas. Algo aberrante ante los ojos de Dios y no precisamente por la mezcolanza de razas, sino por el abuso cometido para concebirlos.

». Un hermano que es evidencia del torcido pasado de mi padre —Lo dejó proseguir pues se veía que no era lo único que afligía su alma —. Un hermano del que nunca supe hasta hoy, y que me odia tanto como para casi matarme —confesó William sintiendo que eso le dolía mucho. En verdad era perturbador viéndolo del ángulo que lo viera, sin embargo, Timothy, como siempre, tenía las palabras justas para calmar su alma:

—Veo que enterarse de esto le ha afectado mucho, mas no debe culparse por los errores de su padre —dijo con su habitual tono conciliador—. Hasta donde veo, usted no sabía que ese hombre era su hermano. Y conociéndolo, William, puedo asegurar que pese a todo, valió más esa consanguineidad que el deseo de justicia para frenar el castigo. ¿O me equivoco? —continuó con gran seguridad viendo con fijeza los turbados ojos de su amigo.

—Así es, pero lo peor de todo es que el odio es mutuo y no solo por lo que le he dicho, sino por amar a la misma mujer.

Esa revelación sí impactó al reverendo. A sus ojos, esa rivalidad anulaba la posibilidad de que algún día los lazos entre ellos se afianzaran. Cuando dos hombres se enfrentan por un amor pueden ser capaces de todo por salir vencedores, así era la naturaleza humana y hasta el más santo podía verse tentado. Aun en la biblia se podía notar, un ejemplo muy claro para el hombre de fe era el pecado de David, que al querer para sí a Betsabé, una mujer casada, mandó matar a su esposo.

«*Quizás en este momento, William esté invadido con la idea de algún pecado de esa magnitud*», pensó consciente de que el humano ha estado tentado a tolerar y jugar con el pecado, sin excepción.

—¿William, sus deseos por castigar a su hermano fueron impulsados por el amor a Ashanti? —preguntó para comprobar si estaba en lo cierto. El aludido lo negó pues sabía que lo había hecho en parte por ella, aunque nunca por la rivalidad de amores—. Al no actuar movido por esas pasiones debe sentirse libre de culpa y, en cuanto a qué hacer con su hermano… tal vez un poco de misericordia le muestre que no es el enemigo que piensa.

Cada palabra que salía de la boca de Timothy Denson estaba cargada de sabiduría y hacía pensar con claridad a William. Mas era difícil, la única forma de mostrar su misericordia sería dándole la libertad, sin embargo, dejarlo libre era muy riesgoso. El rencor que

cubría su alma no le permitirá reconocer que ha estado equivocado y puede que quisiera culminar lo que no terminó la última vez.

«¿Cómo podría seguir manteniendo cautivo o como esclavo a mi propio hermano?», pensó consciente de que aunque quisiera ayudarlo, ahora más que nunca sería imposible liberarlo. Las autoridades estaban al tanto de su culpabilidad en el atraco y sacarlo del atolladero implicaría mucho más que solo dinero y un buen apellido.

* * * *

La nieve cubría el paraje desde la tormenta dos días atrás y no había señales de William. Por eso Ashanti estaba preocupada por el hombre que hacía latir su corazón. Sí, no podía evitar amarlo por sobre todo. La mulata sabía que la ausencia de su amor era a causa de la tormenta, pero la zozobra le decía que algo más causó su lejanía.

«*Dios, tráelo con bien*», clamó en silencio viendo al cielo y suspiró con profundidad antes de entrar a la mansión cuando de repente, vislumbró a un jinete cruzar los umbrales de la propiedad.

Fijó sus ojos en él y conforme más se acercaba, su alegría se hacía evidente: *era William*. El alma le volvió al cuerpo y su corazón latió de júbilo reconociendo a su dueño y no por el poder de amo y esclava. Para ella, él era el dueño de todo su ser más allá de lo físico. Así que, movida por el deseo de reencontrarse corrió hacía él con el único fin de perderse en su abrazo y, por qué no decirlo, volver a besarlo. Como imanes, sus cuerpos se atrajeron con una intensidad tal que el viento helado desapareció de su entorno: *eran presas del calor abrasador que los envolvía en su idilio.*

—No sabes cuánta falta me has hecho —confesó William uniendo sus frentes mirándola con fervor pues sentía que a su lado estaba completo—. No verte ha sido un tormento, mi amor —susurró casi rozando esos labios carnosos y conteniendo el deseo de probarlos ante los espectadores quienes estaban confirmando lo que ya sospechaban.

—Para mí igual, yo… yo… —Ella titubeó temblorosa, reponiéndose del impacto de que la llamase *«mi amor».* La oscuridad de los ojos de su hombre la absorbía, al grado de que sintió que tocaba su alma—. William, mi William, no vuelvas a abandonarme —suplicó obteniendo un beso de su amado en la frente.

«Sí mi negra linda, soy tuyo y de nadie más», pensó con ardor el gallardo joven consumiéndose en el deseo de demostrarle con libertad a esa mujer cuanto la amaba.

Sin embargo, en esa sociedad racista era imposible y más delante de los incomodos testigos que les observaban. En especial un par de esclavas los juzgaban: *una con odio y deseo de acabar con su felicidad y otra con decepción*. Esa última se debatía entre contar lo que creía una verdad o callar por la posibilidad de que no fuese cierta.

Ambos estaban atados por esos prejuicios, aun así, con premura

buscaron la privacidad de la mansión y entraron al despacho entre arrumacos. La urgencia de poderse amar con libertad no les permitió llegar hasta la recámara de William. Ahí siempre podían ser ellos sin restricciones y ambos necesitaban encontrar esa comunión que los había unido desde el principio.

Sabiéndose solos, sin protocolos, ni limitantes, se fundieron en un beso profundo, ardiente y demoledor que los hacía perder el alma. Con frenesí disfrutaban la cálida bienvenida de sus bocas, que se comían como si disfrutaran el más exquisito de los majares. La llama de su amor los quemaba trasportándolos a un lugar donde solo existía el delirio de besarse y sucumbir ante el estremecedor tacto de sus manos.

William acariciaba con lentitud pasmosa las curvas de su negra pegándola a su cuerpo mientras ella le recorría su ancha espalda hasta llegar a la nuca. Eran esclavos del delirio de su amor prohibido que entre respiraciones agitadas el fuego los consumía para renacer en uno solo. Tan avasallante era el deseo que William se aventuró a recorrer con besos el cuello de su amada desabotonando con lentitud el vestido. Pero el temblor y las lágrimas que brotaron de los ojos de Ashanti lo frenaron.

—No, mi amor, no temas. No pienso hacerte nada —dijo besando con ternura las mejillas húmedas.

Él pensaba que sus lágrimas eran de miedo debido a su turbia experiencia con los hombres, mas se equivocaba: *eran de felicidad y a la vez de liberación*. Para la mulata era la confirmación de que pese a las diferencias sociales su amor seguiría vivo mientras sus corazones latieran. Y lo comprobó al perderse en el mar apacible de sus ojos.

—Lo sé, es por eso que mi corazón te pertenece solo a ti que nunca harías nada para dañarme.

Esas palabras cargadas de sentimiento se metieron en el alma del joven inglés. Le hacían feliz y le dolían a partes iguales. Él bien sabía que ahora no solo le ocultaba la verdad de Caly, sino la del negro que una vez ella amó. Necesitaba liberarse de esa carga que no le permitía ser pleno con la mujer que tanto amaba. No saber cómo ella reaccionaria ante la verdad le hacía dudar y temía perderla. Ashanti, siendo tan observadora notó ese pesar en sus ojos, sabiendo que solo lo provocaría un sucio secreto.

». ¿Hay algo que deba saber, William? —cuestionó sin despegar la mirada de sus pupilas y él se sintió desnudo ante el escrutinio.

«*Debo ser sincero con ella*», pensó el aludido y, tomándola de la mano, le indicó que se sentara para contarle esa verdad que había cambiado su vida.

—Ashanti, no sé cómo lo tomes, pero es necesario que lo sepas —anunció provocando un vuelco en el corazón de la mulata, esas

palabras solo anunciaban algo malo—. Robert apareció y fue apresado por ser uno de los cuatreros que atacó mis tierras y que intentó matarme —informó para que su amada entendiera el porqué de su actuar y no lo culpara.

La joven se quedó muda pues nunca pensó que Robert llegase ese grado de maldad. Si bien fue difícil aceptar que era un cuatrero, imaginarlo como un asesino era mucho más, el hombre que conocía nunca mataría por maldad.

—¡No, él jamás…! lo debieron haber inventado —protestó levantándose del asiento un tanto alterada.

—¡No es invento!, yo lo vi detonar el explosivo que casi me mata — Esa confesión fue el clavo de la cruz de Ashanti y eso le dolía en verdad por lo que no pudo retener las lágrimas.

La negra estaba tan decepcionada de Robert que sus ojos lo gritaban y William se percató de ello. Conocía esa mirada que pensó era para él*: la misma que le profirió al oírlo dar las órdenes para con los fugitivos*. Fue inevitable pensar que a ella le preocupaba Robert.

». Tranquila, si te sirve de consuelo, no permitiré que se quede ahí —concluyó tenso, estaba celoso pues era evidente que Ashanti sentía aún algo por ese hombre.

Sin embargo, para la mulata fue confuso oír esas palabras que sonaron a promesa dándole a entender que su amado se estaba viendo obligado a salvar a Robert por ella.

—¡No!, ese traicionero debe pagar por lo que te hizo. No desistas por mí —ordenó con una seguridad tal que fue evidente para el inglés que las lágrimas que había derramado no eran por amor a su rival, lo que le dio gran tranquilidad. Aun así, se vio obligado a sacarla de su error.

—Debo hacerlo y créeme, no es por ti… —Tomó un respiro pesado y continuó—. Hace dos días me enteré de que él es… mi medio hermano —confesó dejándola muda—. Tiene la marca Lancaster en el brazo —aseveró pegando sus frentes al sentirse liberado de una de sus tantas cargas.

Se sentía tan placentero que pensó en seguir descargando su alma, mas no sabía si ella soportaría tanto en tan poco tiempo. Y no estaba equivocado, ya era demasiado. Ashanti no dejaba de pensar en sus palabras al tiempo que las imágenes de la marca se repetían en su mente y no solo la de William. Un recuerdo no muy nítido de cuando era niña le mostraba esa marca casi imperceptible en Robert. Se recriminaba internamente al no haberse dado cuenta antes, pero jamás pensó en las ironías de la vida.

«Son hermanos y Robert lo odia por mi culpa», pensó la mulata aturdida. Era horroroso siquiera creerlo, aunque lo que en verdad la embargaba era algo mucho más doloroso y no solo para ella. *«¿Qué*

pensará William de mí si se entera de que he sido suya?».

No era difícil intuir que esa sucia verdad crearía una llaga en el corazón del hombre al que ahora amaba. Tanto era el sufrir de Ashanti, que la vorágine de sentimientos la abstrajo cayendo inconsciente en los brazos del único ser que la veía como lo más valioso: *un hombre enamorado que daría todo por ella.*

Los pobres inocentes no sabían que esa sería una de las tantas dificultades que los seguirían. Alexander Dagger a las pocas semanas del gran golpe se enteró de que «*el maldito ricachón*», como le llamaba a William, seguía vivo. La noticia le hizo supurar la herida, pues no entendía cómo ese podía correr con tanta suerte. Mas el hecho le daba pie para llevar a cabo el plan que había maquinado para derrocarlo por lo que comenzó a mover las piezas para logarlo. Solo hacía falta una sola cosa por hacer, presentar las pruebas que inculparan a Lancaster de esa venta ilegal que precisamente él mismo acababa de concretar en el interior de un burdel barato.

—¡Maldita sea! Si no estuviera entre los más buscados no necesitaría un aliado de buena posición para hacerlo —siseó molesto al salir sintiendo sobre sí la tensión que experimentó desde la primera vez que vio su nombre y rostro impresos en un cartel de se busca.

Desde ese entonces vivía escondiéndose y huyendo hacia el sur, lo que lo hacía odiar cada vez más a William. Por fortuna para Dager, en el condado en el que se encontraba todavía no llegaba esa información, aunque sabía que no tardaría mucho. Sin embargo, su último descubrimiento lo obligaba a regresar con urgencia al lugar donde más le buscaban: *Virginia.* Hacía un par de noches se topó con unos negros fugitivos y entre ellos estaba Jonas, uno de sus compinches, enterándose así del infortunio de Robert.

El endemoniado joven era consciente de los riesgos que representaba su captura*: si ese mandinga hablaba de más, todos sus planes se verían frustrados*. No estaba dispuesto a que por segunda vez Robert tirara por tierra esa venganza que tanto añoraba.

«Debo detenerlo, así tenga que cortarle el cuello con mis propias manos», pensó sabiendo que la hora de cobrar facturas había llegado, cosa que le causaba un gran placer. «*Y tú también, Lancaster, esta vez no te vas a salvar*», caviló con odio invadido por el deseo de concretar sus planes sin saber que a varias semanas de distancia el mismo sentimiento se profería hacía él.

Robert, aún encarcelado, tenía un solo pensamiento en mente: *acabar con el bastardo que mancilló a su negra.* Para él, el haberse enterado de su parentesco con William era algo minúsculo en comparación al haber descubierto la desgracia de Ashanti. Se sentía un imbécil por no haberse dado cuenta de que esa mujer a la que tachó de lo peor era inocente. Una víctima de un degenerado, pero

sobre todo, víctima de sus malos tratos, su odio y sus palabras al creerse traicionado.

«¿Cómo puedo hacer pa´que me perdone?», pensaba consciente de que eso sería, si no imposible, sí muy difícil. La conocía tan bien que estaba seguro de que después de tal humillación ella jamás lo vería como el hombre que una vez amó.

—¡¿Po´qué no me lo dijiste?! —rugió con ira dando un estruendoso golpe en la húmeda pared. Su falta de confianza le dolía mucho y el sentimiento de celos hacia Lancaster incrementaba: *no concebía que Ashanti confiara en ese blanco y no en él*—. ¡Ese demonio va a pagar co ´sangre po´tomarte así! —sentenció tensándose por las imágenes que atormentaban su mente.

Era un suplicio estar ahí encerrado y no poder hacer nada contra ese bastardo que no tenía rostro pero sí raza*: era un maldito blanco*. Estaba seguro de ello pues ninguno de sus cómplices negros se atrevería a hacer eso sabiendo quien era Ashanti para él. Sobre todo porque en los dos atracos toda su gente estuvo con él, no así los blancos.

«Lo encontraré y cazaré como a una sucia rata», pensó sentenciando a muerte a su enemigo. Sería una buena forma para resarcir el daño hecho hacia esa negra de ojos oliva que no tenía culpa de nada.

Con el correr de los días, los pobladores de *Virginia* continuaban sumidos en su rutina, mas no todos estaban en las mejores condiciones: *Robert seguía encarcelado*. Sin que él lo supiera, las influencias de William habían logrado frenar las torturas e interrogatorios y conseguido una celda menos precaria. Por lo menos hasta que ganara el juicio de propiedad, ya que solo podía sacarlo de ahí reclamándolo como dueño: *como si de un animal u objeto se tratara*.

Las leyes solo le permitían exigir sus derechos de propiedad para castigar a su esclavo cómo él quisiese. Al menos es lo que William apelaba haciéndole creer a esa sociedad racista que así actuaría, no le gustaba, pero era la única forma de usar su influencia.

Su interés por liberar a Robert era genuino y eso conmovía a Ashanti enamorándose más del gran hombre que era: *uno muy diferente a cualquiera de su posición y raza*. Todas sus cualidades la hacían aferrarse más a él pues temía perderlo. No podía evitar sentirlo con su secreto a cuestas.

«Aunque William me ame, saldrá herido si sabe que he intimado con Robert», pensaba con pesar encargándose de la moribunda viuda Dagger.

Su agonía era dolorosa y no podía hacer nada más que brindarle cuidados especiales hasta que el creador la recogiera. Hasta a la persona menos cordial podría causarle un poco de conmoción verla así. Es por eso que, pese a la insistencia de William de que Ashanti dejara de trabajar, siguió atendiéndola.

Él ya no toleraba verla trabajar como los demás. Eso no pasaba desapercibido para sus esclavos y con los recientes descubrimientos en su familia, las habladurías eran un fastidio que se volvía mínimo ante la faena de levantar sus tierras. Mas su verdadera preocupación era el cómo tomaría su madre la noticia de su amor por la mulata.

«No creo que tarde mucho en enterarse», pensó él dirigiéndose a su recámara tras una larga jornada para tomar un muy merecido baño.

Estaba seguro de que a esas alturas del partido, Laurie ya la habría puesto sobre aviso. Sería un tonto si no lo pensara. Sin importar lo mucho que él y Ashanti trataran de ser discretos, lo que sentían el uno por el otro saltaba a la vista de los que vivían en la mansión. Las muestras de cariño eran inevitables y cada vez les era más difícil resistirse al delirio de un beso furtivo cuando creían no ser vistos.

—Mi Ashanti, cómo te extrañé hoy —dijo nostálgico mientras estaba sumergido totalmente desnudo en la bañera.

No sabía que al otro lado, atrayéndose como imanes, estaba la bella mulata sufriendo del mismo mal. Amarse y compartir el tiempo que la vida les regalaba era tan imprescindible como respirar y no haberlo hecho ese día les dolía en extremo.

Iluminado por la escasa luz de la lámpara, el apuesto rubio tenía la vista fija en un solo punto: *la puerta que compartía el aseo con la recámara de la mujer que tanto amaba*. No era de extrañarse que en ese tipo de construcciones dos recámaras compartirán el aseo, sin embargo, en esos momentos para William esa libertad representaba mucha tentación.

El deseo de irrumpir en su intimidad le quemaba las entrañas incitándolo a romper el código de caballero que desde días atrás le impidió tomarse esas libertades.

—¿Dios, por qué me pruebas de esta manera? —dijo sintiendo que cada milímetro de su cuerpo era llamado hacia ella.

A segundos de sucumbir, como una aparición divina, Ashanti atravesó el umbral sin siquiera darse cuenta de que no se encontraba sola. En silencio, William observaba la curvilínea figura envuelta en un ligero camisón creyendo que la imaginaba. Hasta que escuchó el pestillo cerrarse supo que era tan real como el aire que respiraba.

Su corazón latió incesante temiendo que si hablaba ella saldría corriendo apenada y no se equivocaba*: era muy pudorosa.* Mas eso no lo privó de admirar con detenimiento cómo se refrescaba con el agua de la vasija. Parecía tan distinta a cómo la había visto antes, ese cabello que siempre vio cubierto por el *tignon* lucia esponjado y comenzaba a humedecerse y a caer por su frente.

La mirada de William se perdía embelesada en ese rostro humedecido, dándole un brillo exótico a esa piel que contrastaba con la blanca tela del camisón víctima del agua. Era como si ella estuviera desnuda frente a él, inevitable ser abstraído por tal despliegue de sensualidad.

«Es hermosa», pensó pasando un fuerte trago de saliva y al subir la mirada se encontró con esos ojos oliva que lo observaban expectantes.

Ashanti quedó estática, no sabía si salir corriendo o lanzarse a los brazos del sensual hombre que la miraba de una forma muy distinta: *su mirada exhalaba fuego*. Esos ojos negros estaban provocando que

temblara por dentro.

—William, yo… yo… —titubeó jadeante, perdida en el atractivo panorama.

Ver su amplio torso desnudo le aceleró el pulso y la respiración provocando que sus turgentes pechos subieran y bajaran en un vaivén cadencioso y sensual. Unas traviesas gotas eran las afortunadas en perderse entre sus curvas mientras ella se mordía el labio inferior con una sensualidad tal que William deseó ser él quien lo mordiera.

—No te vayas, mi amor —pidió él extendiéndole la mano para que se acercara consumiéndose en el deseo de que ella aceptase.

Cuando ella sin dudarlo lo complació arrodillándose a su lado, sintió que no habría nada mejor. La calidez de su tacto los invadió provocando que un suspiro profundo saliera de los labios de Ashanti. Con solo oírla, William se estremeció despertando sensaciones realmente placenteras y cada una superaba a la anterior. Sobre todo cuando ella comenzó a acariciarle el amplio torso sensibilizando cada fragmento de piel, agitando su respiración.

Se miraban con intensidad mientras el recorrer de los dedos provocaba en William un arrasador estremecimiento que le llegaba hasta su entrepierna. Sentía que la temperatura de la habitación estaba subiendo y no era por los vapores aromáticos que la embargaban. Él no dejaba de mirarla con detenimiento intentando controlarse, pero era inútil, el simple roce hacía que su corazón palpitara con brío mientras su virilidad se erguía bajo el agua.

«Nunca me había excitado con tan solo el roce de una mujer», pensó convencido de que la que tenía frente a él no era cualquier mujer. *«Muero por hacerla mía»,* deseó más que nada en la vida presa del efecto que causaba en él, quedando prendado de ella como si fuese su todo.

Al acariciar esa piel tan tentadora, Ashanti sucumbía ante el calor abrasador que la invadía disfrutando de cómo William respondía a su tacto. Ella se estaba consumiendo en el fuego que ese blanco exhalaba, tan intenso era que su abdomen se contrajo y la placentera humedad en su entrepierna le arrebató un jadeo que intentó reprimir.

En un sensual arrebato, Lord Lancaster asaltó sus labios con posesión atrayéndola hacia sí provocando que sus respiraciones se aceleraran aún más. Su ágil lengua la exploraba con profundidad, paladeando ese dulce sabor, aferrándose a él como si fuese su sustento de vida.

El cómo la besaba y recorría su silueta con lentitud llegando al límite del empapado camisón hizo retumbar el corazón de Ashanti llevándola a desear más que un simple beso. Ella, consumida por el deseo, se aventuró recorriendo con parsimonia los músculos de ese hombre que parecía un volcán. Sus caricias quemaban, provocando

que la piel de la mulata se erizara arrancándole un sensual gemido al momento en que él ascendía por sus piernas llegando a la naciente de sus glúteos desnudos.

William no dejaba de disfrutarla venerándola como lo más preciado de su vida. La besaba con vehemencia sufriendo la deliciosa tortura de esas caricias que le suplicaban que no se detuviera poniendo a prueba su resistencia.

Ashanti, envuelta en el calor de esos brazos temblaba y no de miedo*: era el deseo recorriendo cada parte de su ser*. Los besos de su hombre borraban todo vestigio de su oscuro pasado y dejaban a su paso plenitud y la certeza de que ambos querían lo mismo: *apagar ese fuego que los estaba consumiendo.*

Su ardiente anhelo de entrega, le gritaba a William: *sigue soy tuya*, por lo que con presteza la sentó a horcajadas sobre sí en el interior de la tina. La pasión lo invitaba a romper las barreras que impedían unir piel con piel y disfrutar de esas curvas que con sensualidad se mostraban ante él. Quería tener todo su cuerpo unido al suyo y besar sus gráciles pechos, así que sin más, la despojó de sus ropas quedando extasiado. William nunca había tenido visión más hermosa que ese cuerpo totalmente desnudo.

—Tu piel es un dulce manjar —declaró jadeante y con vehemencia recorrió su cuello saboreando cada centímetro hasta llegar a esos senos tibios que se elevaban para ser devorados con devoción, sintiendo cómo ella se erizaba con el calor de su boca.

—¡Oh! William, mi William —gimió Ashanti disfrutando cada succión y lengüetada que la hacía delirar y mover sus caderas como nunca pensó hacerlo, aprisionando la prominente dureza entre su húmedo sexo y el abdomen de su hombre.

—Sí, mi amor, soy tuyo y quiero que también seas mía —respondió él con la voz ronca al tiempo que con sus dedos exploraba la cálida sexualidad.

Su negra se retorcía en sus manos, consciente de que nunca había experimentado tanto placer. Y los ardientes gemidos acompañados de su nombre lo estaban enloqueciendo, por lo que no dejaba de torturarla con su tacto.

». Dime que lo deseas tanto como yo —jadeo suplicante de que así fuera, pues moría por hacerla su mujer.

—Sí, hazme tuya —jadeo Ashanti sintiendo la enorme virilidad rozando su palpitante sexo. Quería ser suya, todo el cuerpo se lo gritaba respondiendo a esos besos y caricias que la llevaban al cielo.

—¡Oh, Ashanti!, ¡mi Ashanti! —dijo él embriagado por el ardiente deseo de introducirse en ella y hacerle el amor con todo su ser. Con delicadeza y en un movimiento lento embistió ese cálido laberinto disfrutando de su estreches, provocando un gemido intenso en ambos.

La mulata estaba deseosa de sentirlo en su totalidad y sin despegar la mirada de la de él unió sus caderas gozando de su enormidad. Besándose con vehemencia comenzó su intensa danza en esa cálida habitación donde solo los gemidos de ambos y el chapotear del agua eran audibles.

Los amantes se devoraban con hambre provocada por la pasión prohibida de su encuentro, haciendo más excitante su entrega. Cada embestida, caricia y gemido aumentaba de intensidad pues sus cuerpos así lo pedían para incrementar su placer.

Esa noche, entre jadeos incesantes, Ashanti era inmensamente dichosa al entregarse en total sumisión al hombre que amaba. No era una sumisión dada por el poder que le confería ser el amo, era por el simple hecho de saberse parte de él pues ya no eran más amo y esclava: *eran dos amantes entregados el uno al otro por amor.* La intensidad de su encuentro gritaba el nivel de entrega de ambos, William lo sentía más allá de su piel, él mismo estaba dando su alma por adorar a su mujer.

Con ese amor y devoción, se deleitaban en cada roce, beso y caricia bebiendo cada gemido llenándolos de plenitud. El tiempo no existía, solo la necesidad de fundirse en esa pasión que rompió las barreras de las clases sociales. Para ellos no había nada más importante que entregarse en total plenitud hasta quedar impregnados en su alma.

Y así, con esa promesa indeleble que marcaba el choque de sus cuerpos explotaron en el más puro placer clamando sus nombres como únicos dueños. Ahora él era de ella y ella de él, y eso nada ni nadie podía cambiarlo: *ni siquiera la sociedad que dictaba las normas.*

* * * *

En un blanco amanecer a mediados de enero, los amantes furtivos yacían desnudos en el lecho que fue testigo de su ardiente entrega, dando una imagen que impactaría a cualquiera que los viera. En un abrazo intimo William envolvía a su mujer bajo las mullidas frazadas, nunca el blanco y el negro había contrastado tan bien.

A esos enamorados les faltaron horas y fuerzas para continuar amándose, con una sola vez no les bastó: *se entregaron de mil y una formas en todos los rincones posibles*. Siendo la cama de él último lugar donde sus cuerpos laxos se rindieron para adorarse aun en sueños, sabiendo que al llegar el alba, los dogmas que los regían los separarían por largas horas.

Se veían tan apacibles y felices que causaban envidia, nada los perturbaba hasta que los gritos de horror y el estruendoso golpeteo en la puerta los despertó. Ashanti, sobresaltada, intentó separarse de William pensando que los habían descubierto, mas él no la soltó: *estaba dispuesto a enfrentar a quien fuera*. Al darse cuenta de que estaban solos y que el alboroto seguía en el exterior, la idea de otro

atraco llegó a sus mentes.

William de inmediato se reincorporó para atender el llamado insistente, no sin antes pedirle a su mujer que se resguardara y que no se atreviera a salir fuera de la casa. Envuelto en una fina bata entre abrió la enorme puerta encontrándose con una Laurie alterada.

—¿Qué sucede?, ¿por qué tanto alboroto? —cuestionó con autoridad. Laurie iba a responder, pero se quedó muda viendo la evidencia del pecado.

Las marcas violáceas sobre la piel del cuello de William gritaban en alto que pasó la noche en brazos de una mujer. La rencorosa mulata quería gritar de coraje y arrastrar por el suelo a la atrevida que ya tenía rostro en su imaginación, para ella no existía otra culpable más que Ashanti. No dejaba de pensar en ellos dos retozando, hasta se le había olvidado el porqué de estar ante el rubio.

«*Ahora comprendo por qué esa maldita negra no atendió mi llamado*», pensaba sin dejar de otear por el corto espacio libre entre William y la puerta y no la encontró.

Estaba consumida de celos y sobre todo por la envidia de no haber sido ella la elegida por el hombre que protagonizaba sus más calurosos y húmedos sueños.

». ¡Responde cuanto te pregunto, Esclava! —demandó William molesto. Escucharlo llamarla de esa forma despectiva la regresó a la realidad y haciendo uso de su autocontrol se limitó a responder:

—*Milord,* la viuda Dagger ha muerto. La incumplida de Ashanti la dejó en compañía de una chiquilla que no supo qué hacer —La taimada Laurie habló con toda la intensión de dejar en mal a su rival.

William se tensó y no por la noticia, sino por escuchar cómo esa negra se expresaba de su mujer y estuvo a punto de abofetearla, pero se contuvo y con voz autoritaria habló:

—No te permito que levantes falsos testimonios de mi gente por una simple suposición sin fundamentos. Ashanti no estaba, porque salió temprano en busca de unas hierbas para la ahora difunta —inventó para evitar habladurías. Laurie quiso revirar, por lo que él se adelantó dando un ultimátum—. Si vuelvo a enterarme de que abusas de tu cargo, calumniando, humillando o ensañándote con mi gente te relegaré al campo para que recuerdes cuál es tu lugar. No eres superior a nadie.

«*Mucho menos a Ashanti»,* pensó molesto viendo la expectación que sus palabras causaron en la atrevida esclava que tenía un halo de derrota en el rostro.

». Ahora que lo sabes, limítate a ir por el galeno para que dé fe del fallecimiento y extienda un registro. Él te dará instrucciones de qué hacer con eso y cuando acabes encárgate de los preparativos del sepelio.

Humillada, Laurie no dijo nada y con la mirada gacha se retiró llena de odio hacia esa mujer que su amo tanto defendía. Sabía que se había buscado tal reprimenda al arriesgarse acusándola tan abiertamente, pero lo hizo para provocarla a salir de su escondite y que diera la cara, mas no resultó.

Por fortuna Ashanti nunca la oyó, pues se escabulló hacia su cuarto por el baño para vestirse con lo primero que encontró y salir sin que se dieran cuenta. Quería evitar que descubrieran lo que tenía con William y no porque se apenara: *ella más que nadie quería que todos se enterasen.* Sin embargo, la amenaza de que lo suyo se acabara cuando todo saliera a la luz la limitaba.

Nada le dolía más que perder la oportunidad de amarlo como lo había hecho hacía unas horas…

Con el gélido viento pegándoles en el rostro, el reverendo Denson, Lord William y Mr. Smith junto con unos cuantos esclavos rendían sus respetos ante el féretro. Amélie Dagger estaba a siendo sepultada en la cripta Lancaster tras morir sin la compañía sus seres amados.

No es que no se les hubiera intentado avisar a sus gemelas desde que las cosas empeoraron, sin embargo, la distancia jugó en su contra. Pese a que la reveladora misiva, provocaría el inminente regreso de Lady Lancaster, William no dudó en enviarla hacía semanas y era muy probable que en pocos días la recibieran. Por lo menos así estarían preparadas para saber qué encontrar en cuanto regresasen.

Temía la llegada de su madre, algo le decía que los motivos que expuso en aquella nota de despedida no eran del todo ciertos. Algo mucho más poderoso provocó que regresara a su patria dejando a Laurie cuidando sus intereses hasta su regreso. Lady Scarlett era una mujer astuta y no actuaba por impulso o al azar. Siempre la vio planeando cada uno de sus movimientos con un solo fin: *lograr lo que se proponía costase lo que costase*. Y no se equivocaba. En esos momentos, al otro lado del mundo, ella estaba escribiendo su futuro, uno que según ella, pondría orden a la desordenada vida de su hijo.

Desde su llegada a *Inglaterra* no zanjó en su empeño de encontrar la mejor esposa para su vástago. La idea se le metió entre ceja y ceja desde ese horrible día en el que se enteró de que su hijo intimaba con esa atrevida esclava. Era algo que debía impedir por mil y una razones, sobre todo porque esa aberración era producto de un pecado cometido por su esposo, uno que la hizo llorar lágrimas de sangre.

Sabía que los errores de los padres afectaban a los hijos, pero jamás creyó que el suyo llegase a cometer incesto y condenar su alma al revolcarse con esa cualquiera. Hubiese querido gritárselo a la cara, mas sabía que sus palabras serían huecas para él siendo víctima del hechizo de esa negra. Se aferraría aún más a ella a falta de pruebas y

no podría más que ganarse el odio de su propio hijo, haciendo imposible el separarlos.

«*Solo una dama a su altura que sepa conquistarlo borrará el recuerdo de esa pasión enfermiza»,* pensó Lady Lancaster en medio de una gala donde se codeaba con la crema y nata de la sociedad londinense.

Se sentía victoriosa de por fin haber encontrado a la mujer ideal:Lady Clarie *Darmounth*. La hermosa rubia reunía todas las características: *era fina, joven, virtuosa, de alta cuna, inteligente y heredera de un imperio naviero*. Aunque su mayor arma era el poder de convencimiento que ejercía con esa voz angelical y el aire de seducción bajo esa pureza virginal que evocaba a las más bajas pasiones. Cualquier hombre, soltero o casado, la veía como un fruto prohibido que los tentaba a quebrantar su moral con tal de mitigar el deseo que les despertaba.

A Lady Lancaster no le cabía la menor duda; regresar a *Inglaterra* fue muy beneficioso tanto para su hijo, como para esas protegidas suyas. Las gemelas Dagger, siendo muy listas, siguieron al pie de la letra sus enseñanzas, tanto que nadie las criticó o sospechó de que no perteneciesen a su exclusivo circulo. El único en ese lujoso salón que sabía su precario proceder era Sir Thomas Taylor.

El sexagenario no las había dejado solas debido a su imperioso interés en cortejar a la hermosa Juliet Dagger. Su candorosa sonrisa y carácter cordial llamaron la atención a más de tres candidatos, sin embargo, Lady Lancaster ya había dado su palabra y eso era inalterable: *por honor y por educación.* A los interesados les ofreció la oportunidad con Susan, quien con su altivez, seducción y frivolidad era atractiva, solo que no llamaba la atención como para ser esposa, sino una buena amante.

«*Ser la querida oficial de un caballero la beneficiará mucho y le asegurará un buen futuro»,* pensó con desdén viendo cómo captaba las miradas en el baile, en verdad los tenía hechizados. «*Una jovencita de su posición es a lo más que puede aspirar en esta sociedad*». Concluyó para después prestar atención a su futura nuera.Lady Clarie resplandecía de orgullo en esa velada que gritaba en lo alto la próxima unión de las familias.

Lady Lancaster y los Vizcondes de Darmounth habían acordado que el cortejo se llevase a cabo en el otro continente para acercar a los jóvenes. No era lo convencional, pero la astuta dama movió sus cartas para lograr sus objetivos: *humillar a Ashanti con la presencia de Clare y que esta enamorase a William sin que se sintiera obligado*. Lo que no hubiera sucedido si le hacía venir hasta *Inglaterra*, él ya no era el jovencito que obedecía sus órdenes sin rechistar, era un hombre de decisiones y objetivos fijos.

Al otro día de la gran gala, faltaban pocas semanas para su regreso

a *América* y las tres damas tomaban el té en la residencia Lancaster. Ninguna tenía idea de las lacerantes noticias que les esperaban. Conversaban animadas cuando Oswald, su mayordomo, hizo acto de presencia para entregar un pequeño sobre a Lady Scarlett.

—*Milady*, llegó esta misiva con carácter urgente desde *Virginia* — anunció con formalidad provocándole un vuelco desagradable a la fina mujer que con manos temblorosas tomó el documento.

La última vez que recibió una carta con esa denotación, hacía más de dos meses, se le anunciaba el infortunio de William. En esa ocasión fue tanta su angustia que quiso partir de inmediato, pero el barco zarpaba a *América* un mes después. La zozobra la consumió hasta que recibió otra misiva de mano de William anunciando que el peligro había pasado, sabiéndolo sano y salvo canceló el viaje para seguir con sus objetivos.

«*Espero que tanta urgencia sea para anunciar su pronto regreso y no otra desgracia*», pensó preocupada rasgando el sobre en sus manos que venía firmado con la letra de su hijo.

Tras unos minutos Lady Lancaster terminó de leer quedando pensativa: *la noticia que se le había conferido dar no era nada alentadora para sus protegidas.* No es que le importaran mucho, es solo que sabía lo angustiante y doloroso que era recibir esa información a tanta distancia: *ella lo vivió cuando su amada madre enfermó de muerte en Escocia*. Y ahora tenía el diagnóstico del médico en sus manos y lo que leyó era contundente: *Amélie Dagger estaba condenada a muerte por una enfermedad desconocida en los pulmones*.

—Juliet, Susan —dijo buscando las palabras.

Su semblante puso sobre aviso a las aludidas, la última vez que las llamó tras leer una carta se enteraron de que Alexander era un prófugo de la justicia. Saber que siguió la mala línea de su padre fue doloroso para ambas. Las pobres no sabían que lo que estaban a punto de escuchar lo sería mucho más.

». Lo lamento pero… pese a todo esfuerzo por parte del galeno, ya no se puede hacer nada por su madre, lo siento, le queda poco tiempo de vida —concluyó tratando de sonar lo más empática posible.

—¡Nooo! —suplicaron al unísono las jóvenes, víctimas del dolor que les causó la lacerante noticia, haciéndolas sentir culpables de haberla dejado sola.

Susan amaba mucho a su madre y no quería perderla, por lo menos no cuando estaban tan lejos de ella. Es por eso que, aun con el dolor y pese a su orgullo, se dispuso a suplicar entre sollozos dejando notar su pena:

—Por favor, madrina, adelante el viaje a *Virginia* pronto.

—¡Necesitamos estar con ella cuanto antes! —exigió Juliet derramando miles de lágrimas y orando en su interior poder llegar a

tiempo aunque sea para despedirse.

—El barco parte en cuatro semanas. Imposible ir antes —respondió con voz calma Lady Lancaster, sabiendo que esas exigencias no eran por *irrespetarla*[15], sino por la imperiosa necesidad de estar con la mujer que les dio la vida.

Ella más que nadie las comprendía y dejó pasar por alto ese arrebato de sus protegidas, quienes no tuvieron otra opción más que resignarse a vivir las semanas más angustiantes de sus vidas. Las pobres jóvenes no sabían la dolorosa tragedia que les esperaba en cuanto pisaran suelo americano ya que el soplo helado de la muerte se les había adelantado…

* * * *

En la sala que fungía como juzgado se oía el resonar del mazo del juez alegando orden al alboroto que había causado el juicio de un negro. Era la primera vez que juzgaba un caso así: *un amo apelaba por él reclamando sus derechos de propiedad siendo el principal afectado de sus aberrantes crímenes*. Si bien sus argumentos eran válidos y muy contundentes entorpecía la justicia para poder dar con la banda de cuatreros que puso en un predicamento la seguridad de *Virginia*. Por desgracia, la ley estaba a favor del dueño y siendo imparcial debía emitir un veredicto.

—Habiendo presentado las pruebas suficientes por parte de Lord Lancaster, y después de estudiarlas, dictamino que sus derechos de propiedad serán restituidos para que escarmiente a su esclavo cómo él decida —Fue un respiro para William escuchar que tras varias semanas de juicio logró rescatarlo de ser ahorcado. Mas las protestas y uno que otro insulto por parte de los terratenientes se hizo audible—. ¡Silencio! —espetó golpeando con autoridad el mazo—. Sin embargo, no se le dará la libertad hasta pasado mañana después de ser sometido a un exhaustivo interrogatorio donde recaudaremos más información sobre sus cómplices.

Esas palabras que prometían justicia callaron a la multitud, pero para Lord Lancaster y Ashanti eran testigos de la tortura que viviría Robert, pues sabían a qué tipo de interrogatorio le someterían.

». La legislación de *Virginia* se compromete a no dañar en extremo la propiedad de Lord Lancaster —prometió el canoso hombre como si no hablara de un ser humano—. En caso de que por nuestros métodos quedase en malas condiciones, como para no fungir bien en *Saint Helen*, le será restituido el valor monetario o en especie para que no represente pérdida económica a tan distinguida familia. Se cierra la sesión.

Con esas últimas palabras que a cualquier terrateniente le hubieran sido indiferentes, el joven aristócrata se tensó, lo quisiera o no, estaban hablando del hijo de su padre. Con esa falsa promesa

disfrazada de benevolencia por parte del juez, confirmaba que sus deducciones no estaban tan erradas: *los blancos no tenían corazón.* Y él era uno de ellos, pues no lo tuvo al ponerlo en ese predicamento cuando ordenó que lo apresaran acusándolo del atentado contra su vida.

«*De haberlo sabido antes, las cosas serían muy diferentes*», concluyó sintiendo a su lado el apoyo que tanto necesitaba por parte de la mujer que habitaba en su corazón. William bien sabía que sin su presencia, las últimas séis semanas hubieran sido insoportables. «*Solo ella, sus besos, el hacerle el amor todas las noches como si no existiera un mañana y despertar a su lado, amainan el cumulo de presiones que embargan mi vida*», pensó sin poder ocultar en su mirada lo mucho que ella le provocaba.

Robert se percató de ello desde el primer instante, lo que lo hacía odiarlo aún más. Pese a que sabía lo que Lancaster había hecho por evitarle la muerte, tenía un resentimiento enorme contra él. Su cerrada mentalidad no lo deja ver más allá de un blanco reclamando una propiedad, cualquiera en su lugar lo hubiese visto así.

«*Para los adinera´os, solo somos bestias*», pensó sin dejar de ver a William mientras se levantaba de la silla donde lo tenían encadenado para ser llevado de nuevo a la húmeda celda.

En el corto trayecto ambos hombres se miraban sin decir nada y en cuanto Robert posó su mirada en la mulata, vio en sus ojos oliva la decepción hacía él. Era doloroso, pero lo que más le dañó fue la cercanía entre ambos. Si bien los enamorados no se daban muestras de amor en público, él distinguía la química que los envolvía, bastaba con ver la adoración en sus ojos. Ella lo miraba con una calidez superior a la que en algún tiempo proyectó hacia él y eso lo torturaba mucho más que las lacerantes heridas que tenía en la espalda.

«*No, ¿po´qué, Ashanti?, po´qué eliges a ese alza´o. Lo peor es que yo mismo te arrojé hacia él po´tratarte mal*», se recriminaba arrepintiéndose de sus actos impulsivos en cuanto sus miradas se conectaron.

Ashanti, siendo tan perceptiva, sintió su dolor y no pudo evitar compadecerse de él, sobre todo al ver las condiciones en las que estaba. Su ropa hecha girones era lo de menos, lo que impactaba eran las heridas en mal estado. Verlo así alertó a su sanadora interior y se propuso brindarle ayuda, era evidente que, de no atenderle de inmediato, su condición empeoraría.

—Wil… Amo, —se corrigió sonrojándose. Cada vez le era más difícil guardar las formas delante de esa gente que jamás entendería que una esclava y su amo pudieran amarse con intensidad—. Debo curar a Robert, si no lo hago padecerá fiebre y no creo que resista el interrogatorio —dijo sin poder ocultar su angustia esperando que su amado no malinterpretara sus intenciones.

William, al ver el notorio interés de su amada hacia el esclavo, se enervó, no podía negar que su pasado con él todavía lo resentía. Aunque cada noche se encargaba de borrarle con sus besos y caricias cualquier recuerdo de ese amor, no podía olvidar que alguna vez ella sintió algo por él. *¿Celos?* por supuesto, no soportaba que ella se interesara en otro aunque no fuese románticamente, la quería solo para él: *era por la única mujer que sentía ese grado de pertenencia.* Sin embargo, conociendo el buen corazón de su mujer comprendió sus intenciones.

—Lo sé, mi negra linda, lo sé. Hablaré con la guardia para ver qué podemos hacer —dijo inmovilizando cada musculo para frenar la necesidad de abrazarla.

Su ego masculino le impulsaba a hacerlo para demostrarle a Robert que él era el único con derecho de verla como mujer. No podía evitar esa rivalidad palpable entre ellos y no sabía si algún día iba a parar.
Aun en los barrios menos prolíferos de *Virginia* andaba de boca en boca el dictamen del juez, quitando y aumentando cosas según al parecer de cada persona que lo comunicaba. Por lo que no fue difícil que la valiosa información llegara a oídos de Alexander, quien hacía unas horas acababa de llegar.

—Ese esclavo debería ser colgado y no liberado después del interrogatorio. ¿Qué nos garantiza que su amo lo mantenga controlado y que no vuelva a cometer crímenes? —se quejaba un carretero bebiendo una pinta de cerveza en la misma taberna donde se ocultaba entre las sombras el hijo del demonio. Vestía una enorme gabardina que le cubría parte del rostro a fin de no ser descubierto.

«Debo callar a ese negro a toda costa», pensó fraguando en su mente maquiavélica la forma de hacerlo antes de que su compinche hablara de más. «*Con lo que pienso pagar, nadie podrá resistirse a mi encargo*», caviló dando un sorbo a su bebida viendo entrar a un par de guardias, por sus uniformes juraría que trabajaban en la penitenciaría donde se encontraba Robert.

—Nadie evitará que Lancaster pague su afrenta, y mucho menos un negro lengua floja —siseó con odio el endemoniado hombre para dirigirse después al par de uniformados, decidido a cumplir su propósito costase lo que costase. No en vano esperó más de un mes en juntar el dinero que le abriría las puertas para lograrlo.

Era sorprendente a qué magnitud había crecido su odio por ese hombre a quien culpaba de la muerte de sus progenitores. A Alexander no le cabía duda de que la muerte de su madre fue intencional, tan solo por atraerlo y capturarlo y esa era la gota que derramaba el vaso.

«Ese maldito ricachón ha tocado lo más sagrado para mí y debe pagar con sangre», pensó poniendo parte de su capital ante los guardias que

miraban avariciosos la pequeña fortuna. Con solo verlos supo que los tendría a su merced y que esa misma noche el inferno en tierra se desataría por los bajos instintos que dominan al ser humano…

* * * *

Ya estaba casi oscureciendo cuando William bebía impaciente una copa de Wisky dentro de un establecimiento cercano al ayuntamiento. Timothy Denson lo acompañaba, pero ni sus palabras lo tranquilizaban desde que Ashanti entró a curar a Robert. Los guardias tras recibir una ayuda económica solo la admitieron a ella para no levantar sospechas. Sentía que al permitirle entrar la dejó desprotegida, desde hacía unos días la notaba pálida y aunque ella juraba estar bien, le preocupaba. Y esa preocupación se había triplicado ahora que algo en el ambiente le gritaba que el peligro estaba al acecho, era como si el mal se anunciara.

—¡Ya es suficiente! —sentenció levantándose de su asiento—. Cada minuto que Ashanti pasa ahí adentro ella se expone a…

—Lord William, cálmese. Le aseguro que ella va a estar aquí con nosotros sana y… —No terminaba de hablar cuando un estruendoso estallido hizo retumbar hasta el suelo que pisaban.

El corazón de William dio un doloroso vuelco y, con la velocidad que su pierna le permitía, salió del local sabiendo que los estallidos eran el presagio del peor de sus males. En el exterior, la confusión y los gritos de auxilio pasaban de forma acelerada, tanto que no sabía dónde mirar. El infierno se desataba ante sus ojos igual que esa tarde en que casi pierde la vida y al ver el edificio en llamas la angustia le desgarró el alma.

—¡Ashanti! —gritó intentando pasar, mas los guardias que habían escapado se lo impidieron—, ¡déjenme entrar, no puedo abandonarla! —ordenó forcejeando, pero le superaban en número.

—¡Es imposible con las llamas impidiendo la entrada! —reviró uno de los guardias que lo sujetaban—, el almacén de armamento explotó a causa de una revuelta que inició un negro que intentó fugarse —informó mientras los demás intentaban amainar el fuego —. Además, la explosión derrumbó toda el ala norte, sabrá Dios si hay sobrevivientes.

Esa revelación devastó a William, ahí se encontraban Ashanti y Robert. Todo indicaba que no podía hacer nada para rescatarles, sin embargo no se dio por vencido y comenzó a movilizarse junto con los pobladores para acarrear agua. De una u otra forma debía derribar la ardiente barrera que le impedía llegar a la mujer que más amaba en el mundo.

Era imposible respirar con las cenizas esparciéndose como una bruma. El infierno ardía en pleno consumiendo todo a su paso; Casi no se veía nada alrededor, mas los gritos agónicos anunciaban que la muerte cobraba factura a los desafortunados. Eso fue aterrador para Robert, quien recobraba el sentido, por unos segundos no supo qué había pasado hasta que el dolor punzante en el costado le recordó que un guardia intentó asesinarlo. Recordaba que Ashanti lo empujó desviándolo de la trayectoria del mosquete y que el malnacido la golpeó en la cabeza dejándola inconsciente.

—¡Mi negra! —exclamó alterado.

Desesperado, Robert se abría paso buscándola entre los escombros hasta donde el fuego le permitía avanzar. No debía estar lejos pues, antes de dejar la celda tras vencer a su atacante, la tomó entre sus brazos para sacarla de ahí. No contaba con toparse con más guardias que lo atacarían empeorando todo: *entre forcejeos, el fuego de las candelas alcanzó el cuarto de armas iniciando el infierno en el que se encontraban.*

». ¡¿Po´dónde estás?! ¡Ashanti! —gritaba sintiendo que el sofocante calor no lo dejaba respirar.

Todo parecía en su contra hasta que la encontró tendida en el suelo; verla de ese modo le causó un dolor en el pecho al pensar lo peor. Aun así, con premura quitó los escombros tomándola entre sus brazos escuchándola quejarse, lo que le dio esperanzas. Consciente de que debían encontrar una salida antes de que el fuego arrasara con las estructuras se movilizó. Los crujidos de la madera y la viga ardiendo caían anunciando su fin al tiempo en que él corría con su negra al hombro. Y, como si los dioses se apiadaran, una salida creada por el fuego se abrió ante sus ojos: *el enorme boquete se extendía hacia fuera de la construcción.*

«*Es ahora o nunca*», concluyó el osado esclavo huyendo con Ashanti

sin que ningún poblador se diera cuenta gracias a que se encontraban en el lado opuesto amainando el fuego.

Cubierto por el manto oscuro de la noche, Robert corría con una sola cosa en mente: *ser libres y no volver jamás a esa vida de esclavitud en la que habían nacido*. Juraba que eso sería suficiente para que su mulata lo perdonara, pues la haría muy feliz. Desde niña había sido su sueño: *libertad sin restricciones, ni obligaciones impuestas por blancos…*
Recluido en una cueva, Robert estaba preocupado por su mujer que no reaccionaba desde hacía días. Ashanti no estaba mal herida, pero aun inconsciente parecía delirar murmurando palabras inteligibles, no importaba el brebaje que le diera, ella no despertaba. Al parecer, el golpe había sido muy fuerte, pues se quejaba de dolor seguido llevándose las manos a la cabeza, aunque ya se le notaba más tranquila con lo último que le dio.

Ser prófugo de la justicia no le permitía buscar más alternativas que guarecerse con ella durante el día y cargarla a cuestas en la noche para avanzar en su escape sin ser atrapado. Desde hacía días les seguían los talones y en más de una ocasión logró burlarlos, no permitiría que les arrebataran de nuevo la libertad. Y menos ese alzado de William, pues estaba seguro de que él los perseguía. Una de las noches en que casi los atrapan creyó verlo acompañado de varios guardias y Unkas, quien guiaba a sus perros de caza.

El mulato no había errado. Lord Lancaster tras descubrir que su mujer y Robert no figuraban entre los cadáveres se vio envuelto en líos legales que lo acusaban de haber propiciado la fuga. Decían que por eso Ashanti había entrado, con el fin de ayudar al esclavo, pero él juraba que se la habían llevado a la fuerza, y no cedió hasta que le dieron el beneficio de la duda. Por eso ahora encabezaba la cuadrilla de búsqueda para dar con ella y esclarecer todo.

—Despierta, mi negra, pa´que huyamos y no nos haga sus esclavos de nuevo —susurró acariciándole la mejilla antes de darle a beber una infusión de hierbas que preparó con lo que encontró en el morral de Ashanti.

Estaba guardando todo y borrando sus huellas pues Unkas era un buen rastreador, siendo un nativo americano se le facilitaba mucho. Estaban por partir cuando ella abrió los ojos. La joven estaba desorientada y no sabía qué hacía ahí*: solo rememoraba haber salvado a Robert.* Con el corazón acelerado se levantó buscando a su alrededor topándose con él mirándola expectante al tiempo en que la punzada le recordaba que algo malo había pasado.

—¿Dónde está William?, ¿qué hacemos aquí? —cuestionó sujetando su cabeza con una mano y tomando con la otra el cuenco que el negro le brindaba. Era una infusión de sauce: *efectivo para aminorar dolencias*. Robert no pudo evitar molestarse de que preguntara por su

rival sin siquiera agradecerle el haberla salvado.

—¿Po´ese blanco casi nos atrapan y todavía preguntas po´él?

—¡No lo entenderías, así que déjame salir! —reviró ella al ver que le bloqueaba el paso.

—¡Ah, no! tú ere´mi mujer, po´eso vienes conmigo —dijo tomándola como costal por lo que Ashanti comenzó a patalear entre protestas.

«No dejaré que vuelva con ese alza´o», pensó Robert dispuesto a todo con tal de recuperarla. «*Con él solo sufrirá siendo menos que él, y co´migo… ella será mi todo*», se aferraba Robert a su fantasía en donde Ashanti volvía a ser suya y el fantasma de Lancaster desaparecería como si nunca hubiese existido.

—¡Suéltame, negro brusco! No soy un animal u objeto que puedas tomar a tu antojo —exigió la mulata viendo cómo se perdían en la noche.

«Po´más que se resista es mía y nadie puede cambiarlo», pensó el esclavo evadiendo las suplicas de Ashanti, ya aprendería a aceptar que su destino estaba junto a él y no recluida con Lancaster.

Tras bastante tiempo de protestas, ella calló al ver que no le daban resultados, parecía que a su captor no le importaba. Seguía avanzando a grandes zancadas hacia un rumbo desconocido, pero ella no estaba dispuesta a quedarse con los brazos cruzados: *a la primera oportunidad escaparía*. Guardaría sus fuerzas para cuando las necesitase, aunque la posición en la que se encontraba no le favorecía en nada. Era incomodo viajar así pues los mareos de los que había sido víctima desde semanas antes del incidente se intensificaban.

Faltaba poco para que clareara el alba cuando Robert paró, era tiempo de buscar refugio y algo de comer. Pensando que su mujer estaría dormida la bajó de su hombro y cuál fue su sorpresa al recibir tremendo golpe por parte de ella en su hombría provocándole agacharse del dolor. Ashanti sin perder oportunidad corrió como Dios le dio entender sin saber a dónde ir, solo quería perderlo para poder volver con su amado.

No llevaba mucho de haber dejado a Robert con el orgullo herido cuando este le dio alcance derribándola para frenar su huida. No desistiría en su intento de retenerla a su lado. La mulata hecha una fiera no dejaba de presentar batalla rehusándose a ser sometida, pero él le superaba en fuerza y tamaño. Además, cómo la tenía, estaba en desventaja: *las muñecas ancladas al suelo por sus manos y su cuerpo sobre ella.*

Ashanti lo encaraba reprobando sus acciones, por mucho que él se empeñara jamás se sometería a su antojo. Ella era de William y de nadie más. Para Robert, estar entre sus piernas de nuevo, aunque en circunstancias diferentes era tremendamente incitador. Su cuerpo

reaccionaba presa de los recuerdos, sobre todo al admirar ese orgullo que no se doblegaba ante nada. Desde niños fue una cualidad que amaba y ya de adultos era un atributo muy sensual de su negra. Ese fuego altivo le encendía la sangre por lo que no dilató en arrebatarle un beso a esa boca carnosa que lo enloquecía y hacía latir su corazón desbocado.

A Ashanti le tomó por sorpresa ese arrebato por lo que se quedó estática, aunque no por mucho tiempo. Estaba a punto de golpearlo de nuevo en la entrepierna cuando un disparo y el ladrido de varios perros hizo eco alertando a ambos. La distracción le sirvió para quitárselo de encima, debía escapar pues no sabía si los intrusos eran amigos o enemigos, no podía arriesgarse.

La aturdida esclava corrió como si la vida se le fuera en ello. De repente un nuevo estruendo de un arma de fuego le heló el corazón, haciendo sentir el viento invernal sobre su cuerpo como si fuese una briza de verano. Sin embargo, no volteó y siguió corriendo con el único propósito de encontrar el camino que la regresara al lado del dueño de esos ojos negros que tanto amaba, sin saber que estaba más cerca de lo que imaginaba. William había podido vislumbrar cuando Robert la besaba, era lo menos que esperaba encontrar tras tantos días de búsqueda. Inundado por la ira desmontó su caballo sin importarle el tirón de la pierna, eso era mínimo ante el deseo exponencial de acabar con su medio hermano.

—¡Ni se te ocurra ir tras ella! —ordenó con coraje empuñando su arma tomando por sorpresa a Robert—. Ashanti regresa conmigo —siseó tenso sin poder quitarse de la mente lo que acababa de ver.

Necesitaba oír de sus labios el porqué de todo eso, por lo que dejó de ver a su enemigo al observar cómo su bien más preciado se perdía en el blanco paraje. Robert aprovechando la distracción lo embistió, el arma voló por los aires y comenzó una pelea a puño limpio sin importarles su parentesco. Al caer el arma entre las rocas se accionó otro disparo que por fortuna no les alcanzó.

William y Robert descargaban sus odios como fuera, la corpulencia del negro era superior a la del joven inglés, pero no era ventaja ante la agilidad de este para esquivar y dar golpes. Era como ver pelear a dos titanes de mundos diferentes disputándose lo más valioso.

El intercambio era feroz y la testosterona se sentía en el ambiente hostil alrededor, pues para ambos valía la pena derramar sangre por Ashanti. Ese era su pensar y puño a puño se cobraban todas y cada una de las que se debían. Robert quería hacerle pagar todo su sufrir en la vida de esclavitud y el haberle quitado a Ashanti. William, herido de celos, quería matarlo por llevarse a su mujer y ponerla en riesgo. No había pasado más que un par de minutos cuando, el grito desesperado de una mujer hizo eco llamando su atención.

«¡Ashanti!», pensaron ambos separándose sintiendo aún la colérica necesidad de acabar con la existencia de su rival.

—Esto no se va a quedar así —sentencio William subiendo a su caballo para alcanzar a Ashanti. No perdería tiempo valioso con ese esclavo, ya su gente se encargaría de él. Al ir a pie, Ashanti no podía estar lejos y la encontraría rápido. Lo había hecho una vez en las peores circunstancias y lo haría una y mil veces con tal de saberla a salvo.

* * * *

Ashanti, siendo presa del miedo caminaba a tras pies iluminada por la naciente luz del alba. El corazón le latía con ímpetu cada vez más pues no muy lejos de su ubicación se oía el ladrido amenazante de esas bestias infernales que podrían comérsela viva.

—Aguanta y no mires a tras —se decía a sí misma subiendo una pendiente poco elevada cuando un fuerte mareo la hizo resbalar.

Sabía muy bien la causa de su malestar y por eso mismo debía resguardarse más que nunca, no pondría en riesgo al fruto de sus entrañas por su falta de fortaleza. Estaba por retomar su andar cuando una silueta oculta entre los arboles anunciaba el peligro, la pobre mulata creía que sería su fin al no tener escapatoria. En cuanto escuchó la amenazante voz soltó un fuerte grito al tiempo que todo a su alrededor daba vueltas de forma más intensa que los días pasados.

—Mira nada más lo que me trae la fortuna —siseó Alexander Dagger saliendo de su escondite para arrinconarla contra un grueso árbol.

Todo fue tan rápido que a Ashanti no le dio tiempo de escapar, el demonio ya la tenía acorralada y bien sujeta. Su presencia y cercanía gritaban peligro, sobre todo esa gélida mirada que se paseaba perversa sobre ella atemorizándola: *a ese engendro del mal no quería encontrárselo ni en el infierno*. Pero por desgracia él estaba merodeando los alrededores, ya que desde hacía días le seguía los pasos a la cuadrilla para culminar lo que en su fallido intento por destruir a Robert no pudo. Y ahora con ella como prisionera le sería más fácil capturarlo y acabar con ambos.

—¡Déjame! —exigió Ashanti peleando y pataleando con fuerza mas él era en verdad fuerte—. ¡Auxilio! —gritó al sentir que el desgraciado la estrujaba y comenzaba a relamerle el cuello, provocando que Alexander se enfureciera y la abofeteara.

—¡Grita más para que ese negro venga!, así acabaré con los dos de una buena vez —sentenció con tono demente.

Ashanti, sintiéndose morir, comenzó a llorar. Sin embargo, su espíritu de pelea no se vio frenado.

—¡No va a ser tan fácil, maldito! —siseó mordiendo con todas sus fuerzas la oreja de su atacante de una forma tal que se la arrancó,

provocándole un dolor tan fuerte que la soltó.

Viendo su oportunidad, ella corrió sin saber si encontraría refugio. Sin proponerselo estaba corriendo en dirección a William, quien al escuchar el grito de auxilio cabalgaba con premura. Y no solo él, sino también los guardias movilizándose con agilidad al separarse para tapar los flancos. Robert también corría lo más rápido que podía y al igual que su hermano sintió un vuelco al ver a Ashanti huyendo despavorida con sangre manando de su boca.

Ninguno sabía qué había pasado hasta que vieron a Alexander persiguiéndola. Este, sabiéndose en desventaja contra los dos hombres que le miraban amenazantes, con agilidad tomó a su rehén: *esa esclava sería su seguro de vida*. La adrenalina no le permitía ver que William y Robert no eran su única amenaza, los guardias le apuntaban escondidos entre el paraje.

—¡Suéltala si quieres vivir! —amenazó tenso Lord Lancaster viendo en la mirada de su mujer angustia. Pese haber reencontrado a su amado, ella no podía expresar otro sentimiento cuando todo apuntaba a que sería el fin, la daga en su cuello era mucha amenaza.

—¡Si me disparas, ella se muere conmigo! —sentenció Alexander con la vista fija en William quien le apuntaba con su revólver. Bajo tal amenaza, William se sintió maniatado mas no estaba dispuesto a darse por vencido—. Yo que tú me quedaba en mi lugar, maldito negro —amenazó viendo a Robert acercarse por el costado.

Ver el pequeño hilo de sangre tiñendo de rojo la piel de Ashanti fue suficiente para hacerlo frenar. El mayor deseo de los medio hermanos era dispararle entre ceja y ceja a ese malnacido, pero no podían, de hacerlo, al caer el cuerpo de Alexander degollaría a la mulata.

». Así me gusta, que me obedezcan —se burló creyendo tener total control—Y tú, maldito ricachón, si quieres que ella viva termina mi trabajo y vuélale los sesos a ese soplón —ordenó.

William no estaba dispuesto a ser su marioneta. Y menos cuando vislumbró a espaldas de su enemigo a un par de guardias acercándose con sigilo, por lo que aprovechó la oportunidad que la vida le daba. Si mal no había entendido, ese hombre acababa de confesar su culpabilidad al mandarle matar a Robert y si tenía suerte podía hacerlo confesar más. «*Es el testimonio que necesito para limpiar mi nombre y liberar a Ashanti de cualquier sospecha*», pesó tomando el papel de inquisidor contra su propio hermano colocándole el arma en la sien.

Debía hacer hablar a Alexander, ahora o nunca, para que las autoridades que les rodeaban escucharan todo. Robert se percató de los planes de William y, aunque pareciera inaudito, por primera vez hicieron a un lado sus rivalidades para poder salvar a la mujer que tanto amaban.

—¡¿Fuiste tú el que me mandó a matar?! —inquirió furioso el negro.

—¡Quien más si no! —fanfarroneó Alexander—. Lancaster, si no terminas el trabajo juro por Dios que la sangre de esta esclava correrá. Lo que sería una lástima porque es muy buena bajando los calores del cuerpo, ¿verdad, cariño? —dijo con plena intención de que Robert supiera antes de morir que él ya había probado a su mujer—. Cuéntale a ese *mandinga* lo mucho que has disfrutado cada vez que he estado entre tus piernas —exigió toqueteando a Ashanti, estaba viviendo un infierno bajo su asqueroso tacto por lo que las palabras se atoraban en su garganta.

Con tal revelación, ambos hombres sintieron que el fuego de la ira se incrementaba en su interior junto con el deseo de hacer correr la sangre de ese desgraciado. Ahora sabían quién era el culpable de la desgracia de Ashanti, pero ahora que los guardias estaban a un par de pasos no desistirían de su plan. Haciendo un soberano esfuerzo frenaron su sentimiento de venganza y dejaron actuar a las autoridades sabiendo que de una u otra manera, Alexander iba a pagar.

El violador se mofaba en su interior al creer que llevaba las de ganar, cuando un uniformado logró quitarle el arma sometiéndolo para llevarlo ante la justicia. Con lo que habían oído era más que suficiente para eximir de los cargos a Lord Lancaster y sus esclavos y nadie dudaría de ello. Ese hombre al que estaban encadenando cual ganado, era un criminal muy buscado por todo el condado y la recompensa por él, vivo o muerto era muy jugosa.

Sintiéndose libre, Ashanti corrió a los brazos de William mientras Alexander no dejaba de resistirse ganándose unos fuertes golpes. Se sentía derrotado pues sabía que su único destino sería la horca, sin juicio, ni nada. Todo por ese adinerado que había acabado con su familia uno por uno, lo que le hacía temer por sus hermanas. La ira que le causaba el no poder protegerlas no le dejaba pensar y, entre maldiciones y amenazas, alcanzó a gritar a voz en cuello:

—¡No te librarás de mí tan fácilmente, Lancaster! ¡Juro por la memoria de mis padres que pronto vas a pagar!

La amenaza se sintió cargada de odio y con tanta seguridad que por un momento provocó temor en el aludido. Hasta Robert temió que lo que habían pasado no sería nada comparado con lo que se avecinaba y no estaba errado. Alexander Dagger, días antes, ya había conseguido la ayuda que necesitaba para inculpar a Lancaster.

El terrateniente que se ofreció quería sacar a ese amante de los negros, como él le decía a William, de la jugada. Según él, sus debilidades por esas bestias solo eran una mancha muy notoria en la alta sociedad y por ello no se merecía ser parte de la élite. Estaba

seguro de que perdiendo el prestigio de su apellido también perdía la credibilidad en sus negocios y eso le convenía en demasía a ese misterioso aliado.

Tras la captura de Alexander, William y su gente tomaron su camino rumbo a *Saint Helen*. Ashanti y Robert ya no eran prófugos así que no estaban obligados a seguir el ritmo de la guardia. Por lo menos ese fue el acuerdo al que se llegó con la autoridad tras un jugoso intercambio monetario. Gracias a eso, la versión oficial sería que el cuatrero confesó provocar la fuga para tomar como rehenes a los esclavos y que lo llevaran a la ubicación de un dinero obtenido en el atraco. Con los antecedentes de Alexander nadie lo refutaría: *para toda Virginia él era un criminal y merecía morir*.

Incurrir en esas prácticas corruptas iba en contra de los principios de un Lord, pero valía la pena para quitarse a la ley de encima. Aunque no era la solución a todos sus problemas: *aún debía decidir qué hacer con Robert*. No podía liberarlo en medio de la nada y ya, William estaba sujeto a cumplir con lo estipulado en el juicio o por lo menos simular que lo hacía reteniéndolo en su propiedad. Es por eso que lo llevaba de regreso, encadenado y escoltado por su gente, aun así este lo miraba altivo como gritando que unos simples grilletes no lo doblegarían. Lo que le exasperaba a Lord Lancaster.

«*Solo hasta que mi apellido deje de estar en la mira podré deshacerme de él, liberándolo bajo el registro de una falsa venta*».

Era la única forma al no poder extender una carta de libertad. Al ser la esclavitud una práctica muy apoyada por las leyes en ese país todavía no era legal hacerlo. Sin embargo, eso no lo tenía tan preocupado como la salud de su mujer. Su palidez y los vértigos que la asaltaban obligándolos a parar como hacía unos minutos, anunciaban que no se encontraba bien. Necesitaban llegar pronto a sus tierras y mandar por el galeno, por fortuna ya estaban muy cerca.

«*Tal vez tanta impresión le ha afectado la salud*», concluyó William

viéndola recargada en el tronco reponiéndose del malestar bebiendo agua fresca. No dejaba de observarla pues desde que la encontró la notaba extraña dándole la impresión de que algo le ocultaba.

Ashanti estaba abstraída en sus pensamientos sin dejar de divagar en todo lo que acababa de pasar pues pareciera que la vida misma se empeñaba en separarla de su amor. Si todo iba en su contra aun ocultando su relación, *¿qué pasaría cuando todo saliera a la luz?*, o cuando supieran que estaba esperando un hijo de William. Como curandera tenía perfecto conocimiento de sus síntomas, pues había tratado a muchas de sus hermanas negras.

Estas le pedían algún brebaje para eliminar su desgracia, así ellas le llamaban a su estado producto de los abusos de Dagger. Ella habría hecho lo mismo en su lugar, aunque su situación era muy diferente. Si bien estaba embarazada de un blanco: *él era el hombre al que amaba.* Ashanti estaba segura de esa paternidad, pues con él nunca tomó ninguno de esos brebajes como lo hizo con Robert y Alexander. *¿Fue descuido o a propósito?,* no, simplemente su amor era tan grande que no sintió esa necesidad de evitarlo. Con él lo quería todo, así desafiara las costumbres y la lógica de su entorno.

Ella no era la única con ese pensamiento, William, siendo un hombre de mundo conocía formas de evitar engendrar hijos no deseados. Era una enseñanza básica para caballeros de su clase a fin de no sufrir el deshonor de cargar con un bastardo. Pero con Ashanti, cada vez que le hacia el amor eso carecía de importancia; es más, podría decirse que hasta lo deseaba. Era como si con ello su amor fuese consumado con la intensidad y pureza que su mujer merecía.

«*Nuestro hijo»,* pensó dichosa la mulata al tiempo que esa dicha era consumida por la gran oscuridad que lo rodeaba: *su bebé nacería esclavo sin importar quién fuera su padre*. Para la pútrida sociedad en la que vivían eso no tenía valor, al ser hijo de una negra era solo mercancía. «*Dios, cómo lo tomará William cuando se entere de nuestro pequeño*», pensó angustiada reteniendo las lágrimas al acariciar con discreción su vientre.

Lord Lancaster no sabía qué ocupaba la mete de su mujer, solo veía la duda e indecisión en su rostro, así que la abrazó dándole seguridad. Por primera vez en muchos días ella se sintió a salvo. Casi se dejó abstraer por ese halo protector cuando una pesadez se le clavó al costado. Era como si una energía negativa estuviese siendo proyectada hacia ella, no tuvo que indagar de donde venía: *era Robert mirándola muy molesto.*

El sentimiento era mutuo, Ashanti estaba muy ofendida de que él se hubiese aprovechado de su inconsciencia para llevársela. Era muy triste comprobar que recurría a lo que fuera con tal de salirse con la suya. Eso la hacía replantearse el concepto que tenía de él, antes creyó

que se había visto forzado por Alexander a implicarse en los atracos, mas ya no lo creía tan inocente. Es por eso que no le dirigió la palabra en todo el camino. Eso tenía Robert en una contienda interna constante por lo que en un arrebato de ira la jaló cuestionando sus apegos hacia su rival.

—No tienes derecho de decidir por mí —*repeló*[16] la negra soltándose de su agarre desaprobando que quisiera controlarla como si fuese de su propiedad.

—¡¿Y él sí?! —cuestionó Robert queriendo abalanzarse sobre ese blanco engreído que tomaba a Ashanti por la cintura con posesión sin que ella lo rechazara—. ¿Po´qué prefieres a ese que te quiere de esclava?, ¡eres una estúpida, po´eso no te das cuenta! —reclamó queriendo alejarla de su medio hermano pero este, enardecido, lo recibió con un golpe certero en la quijada haciéndolo trastabillar.

—¡No vuelvas a llamarla de esa manera jamás! —ordenó el Conde propinándole otro golpe que le abrió el labio. Unkas y su gente intentaron controlar la situación, aunque desistieron al instante en que, con un solo gesto, William les desautorizó. Pondría a ese negro en su lugar sin ayuda de nadie.

—¡Basta! —gritó la mulata poniéndose en medio al ver que estaban dispuestos a marcar su territorio cual animales salvajes—. Lo elijo a él porque entre nosotros existe algo tan fuerte que tú jamás entenderías, Robert —acusó mirándolo con fijeza frenando a ambos hombres que intentaban cruzar el umbral para volverse a enfrentar.

—¡¿Entender qué?!, ¿que eres la ramera que usa pa´que le caliente la cama? —escupió Robert hiriéndola en lo profundo.

No era su intención pero, por desgracia, cuando la ira lo rebasaba su arma más poderosa era la lengua. Era como si no pudiera controlarse y entre palabras hirientes sacaba todo lo que carcomía su alma.

—¡Ella no es ninguna meretriz, negro imbécil! —rugío furioso William tras escuchar tan denigrantes palabras; quería moler a golpes a ese desgraciado aunque Ashanti lo retuviera con sus pequeñas palmas sobre su pecho—. ¡Tampoco es mi esclava, es mi mujer te guste o no! Y eso ni tú, ni nadie puede cambiarlo. ¡¿Entendieron?! —sentenció con autoridad hacia todos los presentes al percatarse de que, aun sin decir nada cuestionaban su juicio.

—¿Y tú le crees? ¡Po´los dioses, Ashanti! —replicó con furia Robert queriendo hacerla entrar en razón.

—¡Sí, porque lo amo y porque él jamás me ha mentido, ni manipulado para obtener lo que quiere como tú lo has hecho! —respondió altiva sin derramar ni una lágrima. No le daría el gusto de ver lo mucho que sus palabras le dolieron.

Ashanti quería ponerlo en su lugar y lo que recibió a cambio fue

una sonrisa cínica, como si se estuviera burlando de ella. En un mundo como en el que vivían cualquiera lo haría, pues era inverosímil un amor entre un blanco y una negra. Era algo prohibido y sin un futuro escrito, mas eso no le importaba: *mientras hubiera amor y confianza entre ellos lo demás salía sobrando.*

—¿No te ha menti´o?, ¿el excelso Lord ya te dijo po´qué jamás verás a tu madre? —soltó sardónico helándole la sangre a William. Ashanti se tensó sintiendo que el corazón le palpitaba incesante expandiendo a lo largo de su cuerpo una sensación de incertidumbre.

—¡Cállate, Robert! —exigió con autoridad William, quien tenía la certeza de que si seguía hablando lapidaría su relación.

No era el momento para que Ashanti se enterara de esa verdad, ya había pasado por mucho y una pena más sería fatal. En efecto, la cizaña sembrada ya hacía que el corazón le latiera de forma dolorosa como si presagiara una desgracia. Ella quería exigir que se explicara, mas las palabras se le hicieron un nudo en la garganta, sin embargo, no dejaba de mirarlos interrogante denotando la angustia de su interior.

—¡No, Lancaster, ella debe saber que po´tu culpa Caly murió! —acusó sin miramientos, como si no le importara el dolor que esa revelación le causaría a la mujer que decía amar.

La funesta verdad petrificó a Ashanti clavándosele en el pecho como un aguijón y la palabra muerte resonaba sin cesar en su interior. Su madre, esa mujer que tanto anheló ver de nuevo, ya había muerto y nadie se lo dijo. Eso era cruel, pero lo que hacía más dolorosa esa verdad era enterarse de que William no solo lo sabía, sino que él era culpable de ello. Era algo tan horrible que sentía que las fuerzas se le escapaban.

—¡No, no, no! —gritó la negra sintiendo que el alma se le desgarraba viendo la culpa en esos ojos negros—. ¡¿Por qué, por qué?! —exigió descontrolada golpeando con todas sus fuerzas el pecho de ese hombre que le juró amor.

Ella no admitía tal traición, no del hombre que amaba y al que se entregó en cuerpo y alma, era como si se hubiese burlado de ella y eso era lo que menos quería escuchar. Sin resistir más, salió corriendo dejando escapar la amarga pena por sus ojos acrecentando el dolor de una pérdida. William, conteniendo el deseo de matar a Robert, la siguió para aclararlo todo. Debía hacerlo, así la perdiera para siempre ella merecía saber la verdad.

«Dios, pon las palabras exactas en mi boca para hacerla entender», clamaba pues sabía que en ese momento ella estaba cegada por la ira y la impotencia. Necesitaría de muchas horas para poder explicarse por lo que ordenó a su gente llagar a *Saint Helen* sin él y encerrar a Robert. *«Ya arreglaré cuentas con él»,* pensó, por ahora su mujer era lo

único que le importaba, además sí sucedía algo en la plantación Unkas sabía cómo encontrarle.

* * * *

«¿No, por qué ella tuvo que morir?, ¿por qué, William?», eran los pensamientos que torturaban a Ashanti huyendo de la amarga realidad que ahora era su vida, si se le podía llamar así.

Sin darse cuenta, sus pasos la llevaron a la construcción que no hacía mucho había sido su refugio. Ante tal hallazgo, la abatida negra cayó de rodillas llorando y renegando de haber llegado a ese lugar donde compartió tantos momentos con ese hombre al que amaba. Sí, ella seguía amando a William pese a la horrible acusación y eso era lo que más le dolía: *amar al asesino de su madre, el padre de su hijo.*

—¿Dios, este es mi castigo por haber entregado todo lo que soy a un blanco? —exigió saber sujetando su vientre como si quisiera ocultar al creador la prueba de su pecado.

Inundada en su pena no se dio cuenta cuándo William la alcanzó, él quería abrazarla mas debía dejar que se desahogara para que se calmara y pudiera escucharlo: *solo así lo entendería.* Estaba dispuesto a esperar el tiempo necesario y así fue hasta que el llanto amargo se convirtió en gimoteos cargados de sentimiento. Así que viendo la oportunidad delató su presencia tomando por sorpresa a esa mujer por la que daría la vida. Era su oportunidad.

—Ashanti, debemos hablar —dijo firme sorprendiéndola, pero ella solo le lanzó una mirada aturdida: *se debatía entre oírlo o simplemente olvidar todo lo que fueron y seguir su vida lejos de él*.

Al instante en que William se vio reflejado en el oliva de esos ojos percibió lo mal que se encontraba, aun así estaba firme en sus planes: *hablar largo y tendido*. El debate interno de la mulata ponía en duda todo, aunque siendo inteligente creyó conveniente oír la otra parte de la historia. Así que con el corazón partido y con miles de preguntas entró al *chalé*, el lugar donde el amor que tanto la torturaba se gestó.

Por unos segundos que parecían eternos, en total silencio ambos se miraron sabiendo que la hora de la verdad había llegado y eso atemorizaba a cualquiera. William quería romper el mutismo y confesarle con el corazón en la mano esa culpa que le oprimía el pecho, sin embargo, Ashanti se adelantó:

—¿Cuándo? —Fue lo primero que pudo articular, quería saber cuánto tiempo la habían engañado y por el bien de todos los implicados esperaba que hubiera sido algo reciente.

—Hace más de dieciocho años —confesó el rubio sin perder el contacto de su mirada.

Tal revelación fue como un golpe en el pecho para la negra*: vivió engañada toda su vida*. Todos a los que consideró su gente le mintieron: *incluido Robert.* ¿Pero por qué?

». Era solo un niño y… —La voz de William reflejaba el dolor que le causaba reabrir ese capítulo por lo que se levantó de súbito dándole la espalda a su mujer. No se mostraría débil ante ella—. Te juro que no fue mi intención, ¡yo solo quería salvarte! —espetó girando hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos mientras tocaba la cicatriz que evidenciaba ese doloroso pasado.

Ashanti no hacía más que tratar de comprender qué pudo haber pasado para que un niño provocara la muerte de una mujer.

—¿Qué pasó?, dímelo por favor —cuestionó mirando con fijeza los ojos en los que quería ver reflejada la verdad.

Sin más preámbulo William comenzó su perorata sin olvidar detalle alguno y aunque veía el dolor cristalizarse en la mirada de su mujer no paró. Con cada sincera palabra veía en esos ojos oliva la calidez de antes. En efecto, Ashanti conforme lo escuchaba caía en cuenta de que él no tenía la culpa de la muerte como Robert le hizo creer.

«*Solo era un niño que no sabía que sus buenos actos traerían consecuencias dolorosas*», pensó lamentándose de no poder recordar ese pasaje de su infancia.

Si bien no tenía memorias, siempre se había preguntado por qué su marca de esclava estaba tan distorsionada. Era como si una parte la hubieran arrastrado. Lo que William le estaba relatando casaba a la perfección con la cicatriz en la mano de él. Sin embargo, no entendía por qué se negó a sincerarse cuando le preguntó sobre esta en una de las tantas noches que compartieron.

». Tú no eres culpable de su muerte, sino… Dagger —recalcó ella sintiendo repugnancia. Ese demonio, al igual que su hijo, se merecía estar en el infierno—. Lo que no puedo entender es que me engañaras, ¡pudiste abrirme los ojos muchas veces y te quedaste callado! —reclamó pues le dolía su actuar.

—Lo sé, te lo oculté por cobarde: *el miedo de perderte me paralizaba cada vez que intentaba decírtelo.*

Escucharlo decir eso le recordó que ella también había callado muchas cosas por miedo a su reacción y perderlo para siempre. No era quien para juzgarlo como si ella no cargara con secretos culposos, los mismos que la hacían comprender su silencio, mas no el de su gente y Robert. Ese era otro punto en contra del enorme negro, que a cada instante perdía camino con Ashanti.

—Es difícil hablar cuando se puede perder demasiado —susurró sintiendo la necesidad de liberarse, pero el estridente llamado a la puerta la interrumpió.

Era Unkas que anunciaba la llegada de Lady Scarlett a *Virginia*. Para la pareja, su presencia presagiaba una tormenta proveniente de tierras lejanas que amenazaba con destrozar cualquier sueño. Una que de no ser fuertes arrasaría con los cimientos de ese amor que juraban

tenerse… Las habladurías que corrían entre los esclavos, los miedos o los celos serían el menor de los obstáculos. Ninguno causaría tanto daño entre ellos como la presencia deLady Clarie Darmounth.

Desde hacía dos días Lady Scarlett había llegado a *Saint Helen* en compañía de las gemelas y de su mejor arma: *la hermosa y fina Lady Clarie Darmounth*. Ambas *Ladies* tomaban el habitual té de medio día en la salita de estar, pues las gemelas se encontraban en la cripta dejando flores a su madre difunta. Su duelo acababa de iniciar tras enterarse de la dolorosa noticia, pero eso no frenaría los planes de boda que rondaban la mente de Lady Scarlett.

Para la altiva viuda era un hecho que se daría sin contratiempos pues aseguraba que su hijo caería doblegado ante la delicada rubia tan solo con verla. *«Sería un ciego si no lo hiciese»,* pensó observándola. La sagaz dama sabía que una esposa comoLady Clarie era el ideal que cualquier hombre desearía: *joven, educada, con una belleza que invitaba al pecado*. Y cómo no hacerlo si con su virginal aspecto y esa mirada cobalto tan seductora encendía a cualquier varón que la mirase.

Lady Clare conocía muy bien sus atributos y sabía usarlos a la perfección dándose a desear sin parecer una cualquiera. Su madre le había enseñado muy bien todos los trucos para hacer sucumbir al codiciado Lord Lancaster. Su fama de hombre difícil de atrapar le precedía, mas la joven estaba segura de que sería presa fácil. Ella no sabía del alboroto que rodeaba a William las últimas semanas en *Virginia*.

Lady Lancaster había sido muy astuta al mantener a Lady Claire al margen de las novedades con las que Laurie la recibió, lo que hizo la trinar de coraje. No toleraba que su hijo fuese considerado un amante de esas bestias inmundas y no permitiría que semejante baldón cayese sobre su apellido, mucho menos que truncase los planes de matrimonio. El cual debía realizarse cuanto antes, el cómo no importaba, pero debía arrancarle del alma a su vástago esa obsesión por los negros. En especial por esa mulata que lo embrujó. Su primogénito necesitaba liberarse del aberrante pecado de haber

mantenido relaciones carnales con su propia sangre.

«Esa esclava inmunda me las va a pagar una a una», pensó iracunda.

Estaba impaciente por ver a su hijo así que, sin perder las formas se levantó de su sitio dejando aLady Clarie en el salón. Estaba por salir a interrogar a Unkas que había prometido ir por William cuando la blanca puerta se abrió dejando ver a su vástago acompañado de esa despreciable mulata. Estaban tan cerca el uno del otro que era pecaminoso verlos, ni siquiera le importó el aspecto algo desaliñado de su hijo. Eso era nada comparado con lo que irradiaban y por poco pierde la compostura.

—¡William! —reprendió la mujer al no poder soportar tal descaro.

El aludido, al escuchar la voz reprobatoria se tensó y por instinto protegió a su mujer poniéndola tras de sí. La mirada de su progenitora anunciaba que quería hacerle daño, era como una amenaza de muerte sin palabras que Ashanti percibió de inmediato. Lady Scarlett, ardía en deseos por verla hecha nada igual que a su madre, pero se contuvo en cuanto la cándida voz deLady Clarie resonó a sus espaldas:

—¿Pasó algo, *Milady?* —preguntó con extrema delicadeza luciendo su esplendor envuelta en el elegante y abultado vestido azul cielo. Era como si su presencia inundara el ambiente de un sutil aroma a rosas y lavanda que embriagaba a los presentes.

Ashanti no podía dejar de ver a la estilizada señorita: *era hermosa*. Su pulcro cabello dorado, las mejillas y labios rosados junto con esa piel tersa la hacían ver tan delicada que la hizo sentir incomoda. Sobre todo cuando la miró como si en ese mundo de apariencias y lujos la negra no tuviera cabida. Lady Scarlett al darse cuenta del efecto que su futura nuera había causado, agregó colocándola a su lado:

—Nada, querida. Es solo la emoción de ver a mi hijo después de meses. William, te presento aLady Clarie Darmounth.

—Un gusto, *Milady* —respondió gallardo William, quien a pesar de intuir el motivo de su presencia tomó su mano para besarla.

—Tu prometida —puntualizó Lady Scarlett con saña provocando un vuelco en el pecho de su vástago y una punzada dolorosa en el de Ashanti.

«!¿Prometida?! No, eso es imposible. Él no pudo ocultarme algo así», pensó celosa y confundida viendo cómo la delicada mano de su rival era besada por los labios de su hombre. Era tan evidente lo que sentía que Lady Lancaster sintió un triunfo enorme.

Él, obligado por las rígidas normas de etiqueta, no podía revirar cuando lo único que deseaba en ese momento era hablar con su madre y poner las cosas en claro. No si con ello humillaba aLady Clarie, que solo era una víctima de los planes impositivos de su progenitora. Ashanti, por otra parte, sintió el deseo de arremeter contra esa blanca

que sonriente embelesaba a su hombre, quien no dejaba de mirarla y ni siquiera negaba lo dicho. Por lo que mirando altiva a las inglesas salió azotando la puerta tras de sí.

—¡Qué insolencia! Si no es indiscreción que se lo diga, *Milord,* debería azotarla para que aprenda a comportarse —sugirióLady Clarie encendiendo la ira de William, quien viró hacia ella con ojos retadores.

Quería defender a su mujer, pero prefirió no gastar tiempo con alguien que de seguro no entendería su sentir hacia la esclava. Tenía plena certeza de lo humillante que fue para Ashanti y su deseo de ir tras ella bullía aunque vio más imperioso el disolver el supuesto compromiso, antes de que todo se complicara.

—Madre, debemos hablar —ordenó tajante mirándola con fijeza y se introdujeron en el despacho sin siquiera despedirse de su supuesta prometida, actitud que esta tomó como descortés. No le extrañaba, con la reputación de su prometido esperaba esa reacción.

Mientras en el interior de la casa Lancaster se gestaba una contienda de palabras entre madre e hijo, Ashanti se alejó de la mansión sin importarle si con su desdén ofendió a esas mujeres. Lo haría de nuevo y hasta les propinaría unas buenas bofetadas para demostrarles que su color no era sinónimo de superioridad y que como mujer ella podía ponerlas en su lugar.

Por largo tiempo caminó sin poder quitarse de la cabeza la imagen de William y esa rubia. Tan turbada estaba que no se dio cuenta de que la seguía Laurie acompañada de otro negro. La esclava ladina no se le despegaba cumpliendo las órdenes de su ama: *encerrarla sin que William se enterara.* Movida por esa imposición, lejos de la vista de todos sujetó con fuerza a su presa quien la recibió con una bofetada tan fuete que la desequilibró.

—¡Déjame! —reclamó Ashanti—. No tienes ningún derecho a tocarme.

—Negra engreída, ya se te acabó la suerte —sentenció Laurie con saña en el instante en que el otro esclavo sometía por la espalda a la mulata tapándole la boca con una mordaza.

Entre forcejeos la introdujeron en una de las lejanas celdas de castigo sin que ella dejara de gritar el nombre de su hombre pidiendo auxilio. Sus gritos ahogados fueron en vano, ni siquiera cuando alcanzó a liberar su boca la oyeron, solo Robert que estaba encadenado en el compartimento lateral. La mulata tenía miedo de que las imposiciones de Lady Lancaster acabasen hasta con ese amor que luchaba contra la misma sociedad.

—Pa´qué te esfuerzas, nadie te va a escuchar po´aquí —dijo el mulato sorprendiéndola—. Si me hubieras seguido, pa´ahora seríamos libres —reprochó pues desde que llegaron lo tenían encadenado pese a

que su destino ya había sido sellado con tinta. Lady Scarlett no quería un negro criminal en la plantación y de inmediato pactó la venta—. Pero le creíste a él y ahora míranos —concluyó.

—¡Cállate! tú no tienes derecho de reprochar mis actos —lo encaró con furia contenida—. No después de todo lo que me has ocultado.

—Tal vez he actuado mal, aunque jamás lo haría pa´usarte y después tirarte, po´que a pesar de todo yo sí siento algo sincero po´ti —confesó el esclavo descolocando a Ashanti.

Ninguno se había percatado de la reciente llegada de Lady Scarlett. Saber que entre ellos existía algo, en ese momento fue irrelevante, solo sirvió para reafirmar su pensar de que la mulata era una meretriz igual que su madre.

«Esa negra debe entender cuál es su lugar», pensó con los ánimos caldeados tras la discusión con William que seguía aferrado a cancelar el compromiso. Aún oía sus hirientes palabras antes de salir a buscar a esa mujer: *La amo madre y eso nunca podrás cambiarlo así me impongas matrimonios arreglados e imposibles de disolver*.

Palabras que hicieron comprender a Lady Sacrlett que aunque vendiera a Ashanti jamás lograría sacársela del pensamiento a su hijo. Él la buscaría aunque muriera en el intento a menos que esta le rompiese el corazón. Sin embargo, para que esa mujer estuviese dispuesta a hacerlo debería saber la verdad, solo así ese amor enfermizo por él moriría. Su vástago no debía sufrir los estragos de saberlo, él no lo merecía: *sería mucho más doloroso que un corazón herido*. En cambio, esa esclava sí debía pagar su pecado, así llorara sangre, solo así resarciría todo el mal que tan solo con nacer le hizo a su familia.

«Tiene que desaparecer de inmediato de nuestras vidas», pensó la rencorosa dama viendo en Ashanti a la mujer que, según ella, hacía décadas se metió en el alma de su marido. Ella seguía sufriendo ese desamor que la hizo sentir desde el inicio del matrimonio ese hombre que fue su esposo ante la ley y ante Dios, pero que nunca fue suyo en cuerpo y alma. *«Él le pertenecía a esa esclava y no se repetirá la historia»*, concluyó pensando en lo desdichada que seríaLady Clarie.

—¡Eres igual a tu madre! —espetó abofeteándola—. No, tú eres peor: *una licenciosa que goza del pecado de revolcarse como perra encelo con su propio hermano, ¡mi hijo!* —Acusó con asco abofeteándola de nuevo, dejando impactados a ambos esclavos con la revelación.

Ninguno de los dos aceptaba que fueran hijos del mismo hombre, aunque la más afectada era Ashanti. «*¡No, no, no! eso no puede ser*», pensó horrorizada y estaba a punto de externarlo cuando Lady Lancaster continuó:

». Sí, negra estúpida, eres el fruto del pecado de mi esposo y Caly. Si no me crees pregúntaselo a esa esclava celestina que dice ser tu

amiga.

La joven no tenía palabras, solo deseaba que fuese una cruel mentira, pero el hecho de que Lady Lancaster revelara su parentesco decía mucho. Ningún blanco, y menos alguien de su nivel, revelaría esa consanguineidad y ni siquiera la inventaría: *por vergüenza, por honor y por orgullo*. La cruel verdad la hacía sentir sucia pues, sin saberlo, se había acostado con sus dos hermanos y ahora esperaba un hijo de uno de ellos.

—Un hijo del pecado y no del amor —susurró. Aunque Lady Lancaster la escuchó por su cercanía, pensando que se refería a sí misma.

—Del pecado más deshonroso ante los ojos del Señor —secundó la altiva mujer—. Algo así no debe seguir y por eso vas a desaparecer de su vida, pero para que deje de buscarte primero le romperás el corazón. Y después te venderé a una sucia mina para que nunca sepamos de ti —dijo amenazante. Bastaron esas palabras para hacer hablar a Robert:

—¡No puede véndela a la mina! —Por el bien de Ashanti debía hacer algo o esa encumbrada que la miraba como si fuese estiércol acabaría con ella.

—¡¿Cómo te atreves a desafiarme, negro inútil? ¿Por qué dices que no la puedo vender?! —espetó molesta.

—Po´que ella es mi mujer y a mí me han vendido ya a su socio — Robert tenía razón, era el único derecho de esa gente: *ser vendidos en pareja solo si eran marido y mujer según sus ritos.*

En cuanto esta ley se promulgó muchos terratenientes protestaron, mas en poco tiempo vieron el beneficio monetario tanto al vender como al comprar. La compra venta de parejas de negros representaba una futura descendencia y a su vez más propiedades para el comprador, por ello era más fructífero. Los amos lo hacían ver como un acto de benevolencia cuando solo sacaban ganancia al decidir su destino con una firma y una transacción económica. Justo como la que ella estaba dispuesta a hacer con tal de deshacerse de esa *mandinga*.

—Mentira, eso no está en la carta de tu venta. ¿A caso estarías dispuesto a lo que sea para quedarte con esa negra amante de mi hijo? —inquirió viendo la oportunidad perfecta para que William dejase a esa mujer de una vez por todas—. Piensa bien lo que responderás o soy capaz de molerla a palos con tal de desaparecerla de su vida.

—Lo que sea, ama —respondió dejando a Ashanti muda, estaba claro que Robert lo hacía para salvarla de una muerte en las minas.

—Muy bien, ella se irá contigo. Y tú —dijo señalando a Ashanti—. Más te vale que a la primera oportunidad le rompas el corazón a William, o el que morirá a palos será otro —ordenó la astuta madre soltándola para que cumpliera su cometido y se fue dejando a la pobre

mulata sumida en una profunda tormenta en el alma.

Pensar siquiera que él era su medio hermano era mucho más horrible que el haber sido ultrajada por Alexander Dagger- Por lo menos eso sí podía asimilarlo, pero lo otro era inverosímil.

«*Este amor que William y yo nos tenemos no puede ser producto de los lazos de sangre que nos unen*».

Una parte de ella todavía se resistía a creer lo que acababa de escuchar y necesitaba que Peisha se lo confirmase o negase. Así que con andar apresurado llegó hasta las barracas, sabiendo que solo ahí la encontraría. En efecto, Peisha estaba terminando de ingerir sus alimentos junto con sus hermanos negros quienes se quedaron estáticos observándola: *unos con desaprobación y otros con desdén*.

Para ellos, Ashanti era una traidora de su raza al enredarse con el amo, mas no se amilanó. Peisha, por su parte, no la rechazó y sin palabra alguna supo, con solo ver esos ojos llorosos, que el momento de hablar había llegado, aunque tarde, por fin podría hacerlo. Ambas salieron y tras encontrar privacidad en las caballerizas, la joven se sinceró y se derrumbó en llanto indagando sobre ese pasado que la alcanzaba para turbar su futuro.

—¡Dime que es una cruel mentira por favor! —suplicó viendo la verdad cristalizarse en los ojos de su amiga.

—No pue´o afirmar que anduvieran de amores, pero sí que Caly estaba muy enamorada del amo: *vivía pa´complacerle*. Yo nunca lo´miré en sus amores, solo supe que entre ellos había algo difícil de explicar.

Tal revelación le decía todo y nada a Ashanti, por una parte no le confirmaba que ella fuese hija de ese hombre, sin embargo, tampoco lo desacreditaba. Tanta especulación la dejaba más confundida y sin saber qué creer. *¿Cómo podía dar por verdad algo que solo se basaba en suposiciones?* Ella bien sabía que la pasión no se podía ocultar, que cuando te dominaba en cualquier instante sin importar los riesgos uno sucumbía. Es por eso que el hecho de que nunca los vieran siquiera besándose apuntaba a que fue un malentendido, la ilusión de que así fuera se veía en su rostro y Peisha lo vio por lo que continuó:

». Mi negra, los dioses saben que muchas noches cubrí sus ausencias pa´cuando se escabullía junto con Rosie pa´verse con él.

«¡¿Lo veían juntas?!», pensó sorprendida y horrorizada al mismo tiempo: *no concebía que se prestaran a esas bajezas*.

Era aberrante imaginar que intimaran con Lord Arthur al mismo tiempo y hasta llegó a pensar que tal vez las obligaba a cumplir sus retorcidas necesidades carnales. No lo sabía y prefería no seguir indagando, así que salió aturdida: *necesitaba estar sola y aclarar sus ideas.* Con lo que le dijo Peisha, confirmaba que Lady Lancaster no mentía y era tan doloroso comprobarlo que no quería que nadie más sintiera lo que ella padecía, mucho menos William.

«Tú nunca lo sabrás, mi amor», meditó sufriendo por ese sentimiento que no desaparecía a pesar de saber que era prohibido, por lo que debía idear la manera de mitigarlo tanto en ella como en William tal cual había ordenado Lady Scarlett.

Caminaba pensativa cuando la voz atronadora de su hombre llamándola resonó a sus espaldas haciéndola temblar, pero no pudo evadirlo pues le dio alcance tomándola del brazo. Sentir el sutil roce de sus dedos fue abrumador y aunque su cuerpo reaccionaba ante ese candoroso tacto, su alma le gritaba que se alejara para no sucumbir ante el pecado de amarle.

—¿Dónde estabas?, llevo horas buscándote —Su cercanía le erizó la piel y aun en contra de sus pensamientos su corazón palpitó vigoroso, emocionado por saberlo cerca.

«¡Ya no más, negra tonta; él es prohibido!», se reprendió internamente antes de girar.

—Ahora no, William. Solo... solo déjame en paz.

Ashanti quería salir corriendo o desaparecer, pues aún no estaba lista para verlo, así que se soltó de su agarre y aun así él la retuvo jalándola hacia sí con brusquedad. Él se sentía ofendido por su rechazo aun sabiendo que su actuar era por orgullo y celos tras sentirse amenazada con la llegada deLady Clarie.

—No hasta que entiendas que te amo solo a ti —dijo casi rozando sus labios provocando que su mujer anhelara probarlos—, y que no voy a cumplir con ese compromiso. Tú y yo volveremos a...

—¡Basta! deja de prometer lo imposible —sentenció Ashanti molesta consigo misma por permitirse conmover por la latente promesa de amor de su... hermano. Sí, debía aprender a verlo de esa forma para no ser débil—. ¡Tú te casarás con esa blanca y yo siempre seré una esclava! —gritó sintiendo que se le partía el corazón. En cada palabra descargaba todo el coraje que sentía hacia la vida que le tocó —. Habría sido mejor haber escapado junto a Robert —soltó sabiendo que había llegado la hora de romperle el corazón para que dejase de amarla.

—¡¿Hubieras preferido escaparte con él?! —espeto William enardecido tomándola con fuerza. Estaba desesperado por oír su respuesta por lo que no dejaba de escrutarla con la mirada.

—Yo... yo... —titubeaba ella sin saber cómo continuar, pero William la calló con un demandante beso.

Quería recordarle con esa intensa caricia lo que ellos sentían y hacerle entender que ella estaba por sobre cualquier dama de sociedad que se dijera su prometida y lo estaba logrando. Abrazada por la pasión del hombre al que amaba, Ashanti correspondió al candoroso beso que con cada segundo borraba todo rastro de dolor y así fue por lo que pareció un largo tiempo. Aun en esa bruma de deseos y

pasiones, el oscuro pasado de sus padres salió a la luz haciéndola sentir odio por sí misma.

«¡Dios, arráncamelo del alma y no permitas que lo siga viendo como hombre!», clamó en su interior, consciente de que eso sería imposible si seguía cerca de él. Movida por ese impulso se separó con brusquedad abofeteándolo, lo cual descolocó a William.

—¡No vuelvas a besarme! lo que tuvimos solo fue una locura que jamás volverá a ser y es hora de aceptarlo. No me busque más, *Milord,* y haga su vida con esa señorita mientras yo hago la mía con alguien que no esté limitado por su estatus social —sentenció saliendo a paso apresurado tratando de ocultar lo mucho que le dolían esas palabras que se negaba a sentir.

William sentía que el corazón le dolía porque su mujer dio por terminada su relación a la primera de cambios. Él pensaba que su orgullo no la dejaba darse cuenta del daño que provocaba con romper su amor. Estaba por salir tras ella mas Peisha, quien había permanecido oculta, lo detuvo:

—Déjela, amo, la pobre no tiene cabeza pa´nada.

La negra tenía razón, en ese momento ninguno de los dos estaba en condiciones de arreglar la situación. Lord Lancaster sabía que cualquier cosa que hiciera saldría contraproducente, por lo que se propuso esperar un poco a que las aguas se apaciguaran, solo así podría hacerla entender.

Al anochecer, William, dolido y acorralado por su estatus social debía tomar decisiones y meditarlas al calor de un buen coñac. Pero ni sus efectos sedantes lo tranquilizaban para pensar en frío. Por otro lado, Ashanti se encontraba acurrucada entre los costales de trigo, tal como estaban las cosas no podía regresar a la mansión. Sabía que no tenía la suficiente fuerza para evitarlo estando tan cerca.

«Ante él soy débil, tanto que puedo sucumbir a esa atracción que me quema el alma», pensó con culpa rozando sus labios rememorando el que fue su último beso: *uno cargado de amor e intensidad.*

Ahora que no tenía dudas de sus orígenes se sentía asqueada y deseaba más que nunca que esos lazos de sangre no existieran. *¿Qué le diría a su hijo cuando preguntara por su padre?,* tal vez se vería obligada a callar la verdad tal cual lo hicieron Rosie y Caly para no causarle sufrir alguno. Sí, Ashanti no concebía la idea de deshacerse de ese ser que no tenía culpa del pecado de sus padres, un pecado disfrazado de amor.

—Necesitamos desaparecer para siempre —concluyó consciente de que era necesario por su salud metal, por lo que ser vendida junto con Robert era lo mejor.

Aunque él también era su medio hermano, sería más fácil lidiar con eso pues él también lo sabía y no había sentimientos de por medio que

la hicieran flaquear. Pese a todos los contras sería mucho mejor que vivir su calvario, sabía que solo apartada de William moriría ese amor que luchaba por sobrevivir. Pero sobre todo por la seguridad de su hijo, Lady Lancaster deduciría de inmediato la paternidad de William y eso era muy peligroso.

«*Solo Dios sabe qué sería capaz de hacerle»,* pensó angustiada acariciando su vientre.

Ya era mucha maldición nacer esclavo como para también ser tachado como aberración producto del incesto. Tan solo pensarlo era doloroso, es por eso que la valiente negra estaba determinada a hacer todo lo posible por evitarle esa pena: *su hijo sería su prioridad y marcaría el rumbo de cada una de sus decisiones desde ese instante.*

Ashanti siguió cavilando todo una y otra vez, hasta que con el alma adolorida cayó en un profundo sueño. Sabía que al despertar la vida continuaría tan *arrecha*[17] con ella como siempre.

Como era costumbre, a medio día el almuerzo ya estaba servido pero soloLady Clarie estaba en el comedor. La curiosidad de saber dónde se encontraban los Lancaster incrementaba pues tampoco los vio en el desayuno y era una total falta de respeto dejar a un invitado solo. La hermosa inglesa estaba dispuesta indagar sus paraderos y no por preocupación, sino para poder reencontrarse con William. Desde el día anterior, las ansias por volverle a ver la tenían alterada pues no pudo evitar ser presa del magnetismo que él emanaba.

«*Es más gallardo de lo que había imaginado*», pensó embelesada aumentando su determinación por ser su esposa.

Se sentía muy afortunada de tener un prometido joven, varonil, apuesto y de buena posición, cualidades que no se encontraban en un solo hombre tan a menudo. Por lo menos así lo vio con muchas de sus amigas que terminaron casadas con hombres que parecían sus abuelos.

El caso más cercano era el de la desafortunada Juliet Dagger, quien se casó con Sir Thomas Taylor semanas antes de viajar a *América*.Lady Clarie no dejaba de sentir lastima por ella cada vez que la veía con él y no quería ni imaginar cómo sería su vida íntima. Aunque según Susan Dagger, quien se había convertido en su amiga, el *Sir* no consumó el matrimonio por respetar el duelo de su mujer, quien ya anticipaba la muerte de su madre. Pero eso era solo un corto respiro para Juliet y tarde o temprano tendría que cumplir con sus deberes maritales.

Nada comparado a lo esperado con el apuesto William. Como a la mayoría de las jovencitas casaderas, a Lady Clarie le hacía ilusión imaginarse su vida juntos*: en su mente todo era intenso y candoroso con un William enamorado.* Moría por sentir la emoción que le provocaría su primer beso, por lo que trataba de visualizarse envuelta en sus brazos besándose con una pasión desbordante como la que describían en esas novelas de romance que tanto leía.

La dulce prometida no sabía que el corazón de ese hombre que tanto anhelaba estaba ocupado por un amor imposible de borrar. Y mucho menos se imaginaba el acabose que ese intenso sentimiento estaba por gestar en tierras vecinas a *Saint Helen.*

Era pasada la una de la tarde cuando William despertó víctima de la tremenda sed y el agudo dolor de cabeza. Como todo hombre que se preciara de beber en exceso, se juraba no volverlo a hacer mientras se aseaba. Aun en ese estado, la tentación de abrir la puerta para ver a Ashanti lo obligó a entrar en la habitación contigua, pero no la encontró. Necesitaba hablar con ella y arreglar todo, así que la buscó por todas partes de la mansión.

William comenzaba a desesperarse, que nadie le diera razón de ella no le daba buena espina. La idea de que su madre la hubiera asignado a las labores del campo para alejarla de él lo estaba cegando, tanto que cuando tropezó conLady Clarie ni siquiera volteó a verla. Tal desdén hizo sentir ignorada a la joven rubia provocándole un tremendo enfado hacia el difícil Lord Lancaster, cuya fama de haber rechazado a muchas candidatas le precedía.

«No seré la siguiente despreciada en la larga lista», concluyó en su interior pensando que el actuar de su prometido era mera estrategia para desilusionarla y que por orgullo ella desistiera en el compromiso. «*Si quiere jugar juguemos, Lord Lancaster, yo también tengo mis ases bajo la manga*», pensó retadora proponiéndose ganar, así que lo siguió a las afueras de la mansión.

William, ajeno a la mujer que estaba tras él, cuestionó a un peón que llegaba con la cuadrilla de negros del campo, pero él tampoco sabía de Ashanti: *era como si la tierra se la hubiera tragado.* Y su angustia incrementó al instante en que vio llegar de las afueras a Unkas conduciendo la carreta que se usaba para trasportar a los esclavos que se vendían. Tan solo con verlo, la más horrible de las ideas se gestó en su interior, elevando sus niveles de ira al máximo.

—¡¿Qué has hecho con mi Ashanti?! —lo encaró tomándolo de las solapas demostrando su interés por la negra de tal forma queLady Clarie se sintió humillada. Simplemente no entendía cómo otra podía importarle más que ella.

—¿Quién es esa tal Ashanti que busca con tanta vehemencia, *Milord?* —inquirió en tono altivo retándolo con esa mirada azul que helaría a cualquiera, aunque para William el mohín de su prometida pasó sin pena ni gloria.

—Temo que no es de su interés, *Milady* —siseó sin soltar a Unkas quien se debatía entre informarle o no las órdenes que había ejecutado —. Ahora si me permite, tengo asuntos más importantes que a tender —concluyó.

«*No pienso lidiar con niñerías de una irritable señorita de dieciocho*

años», pensó llevándose al capataz: *era evidente que él sabía algo y se lo sacaría por las buenas o por las malas.*

—¡¿Exijo saber quién es esa que es tan importante para usted como para ignorar así a su futura esposa?! —Fue lo último que oyó decir aLady Clarie cuando de un portazo se encerró en el granero con el indio que temía perder su trabajo.

La exigencia de William era palpable, tanto que no necesitaba preguntar de nuevo, bastaba su oscura mirada para reclamar la verdad. Así que sin dilatar más, el temeroso empleado soltó todo: *Ashanti había sido trasladada a la propiedad vecina tras venderla.* Un torbellino de emociones nada agradables se desataba en el interior del inglés. Iban desde la ira hasta el desprecio hacia su progenitora quien era artífice de tal acto, según lo comentado por Unkas.

Movido por ese coraje salió como un demonio y tras arrear su caballo galopó tan rápido como la bestia le permitía hasta llegar a su destino. Sin bajar de su animal y armado con su revólver reclamó con autoridad le devolvieran a su mujer. Eran tales los estruendos de sus exigencias que la paz de la propiedad fue perturbada llamando la atención, tanto de esclavos como de los guardianes quienes le apuntaban con sus escopetas.

Ajeno a la riña, el nuevo dueño del plantío *The Paradise: Sir Thomas Taylor,* acababa de firmar un contrato sin importarle los deseos o inquietudes de los negros que compraba. Por desgracia para esos negros, el que dejaran a hijos, hermanos o amistades de años, era algo sin importancia para sus dueños quienes los veían solo como una propiedad. Lady Lancaster se encontraba en esa transacción cuando percibió el alboroto, y salieron para poner orden.

—¡Le exijo respete mi propiedad! —ordenó el sexagenario con voz firme al ver a William que seguía montado sobre su caballo, este se movía imponente de un lado a otro relinchando con tal brío que pareciera que estuviera en contienda al igual que su jinete.

La orden no inmutó a William, sino el hecho de que fuera su propiedad. Según tenía entendido, para él, no era una buena vida establecerse en un poblado menos avanzado que las ciudades de *Inglaterra*. Lo que no sabía era que todo ese pensar cambió gracias a su reciente estado civil y a sus urgencias maritales. El anciano hombre se moría por disfrutar de Juliet cual jovencillo mientras su cuerpo se lo permitiese y no lo lograría siendo huésped de los Lancaster. Movido por su deseo solucionó el impedimento con una jugosa suma y en poco tiempo podría realizar su más anhelada fantasía: *hundirse en ese cálido y estrecho tesoro que le hacía hervir la sangre.*

—La respetaré en cuanto usted respete mis derechos sobre mi esclava —sentenció William apuntándolo con el arma sin un atisbo de temor a que le dispararan. No así su madre que, viendo el peligro que

él corría por culpa de esa negra, estaba alterada.

—¡Por el amor de Dios! William, baja el arma —suplicó la mujer—. ¿A caso estás dispuesto a morir por una sucia negra? ¿Se te olvidó quién eres?

—No tanto como a usted el que en *Saint Helen* no se hace nada sin mi autorización —reviró ofensivo. La dama ya esperaba este tipo de reacción, es más, deseaba que así fuera para poder llevar a cabo su plan—, y que Ashanti no está en venta —aseveró haciendo sentir su autoridad.

Sir ThomasTaylor, viendo el fuego en la mirada de su socio, le mostró el contrato para hacerle ver que su firma estaba en él y que todo era legal. William, al ver el documento se percató de su rúbrica al tiempo de que los retazos de algunas memorias venían a él: *su madre aprovechó su estado de embriaguez para que firmara algo sin verlo*. Por fortuna cuando tomaba nunca quedaba tan mal como para no recordar.

«Tiene razón, la venta es legal», pensó repasando la mirada en el aberrante documento en el que figuraba solo el de Robert junto con otros negros. Por fortuna faltaba el de Ashanti y tomaría ventaja de ello.

—Por los demás no puedo hacer nada, pero ella sigue siendo mía —dijo señalando a la mulata que estaba oculta entre uno de los pilares de la mansión. Ella no debió haber salido, mas bastó con escuchar su voz para que por inercia lo buscara bajo la premisa de que sería la última vez que lo viera—.Vámonos, Ashanti —concluyó extendiéndole la mano seguro de que su mujer no dudaría en irse con él, sin embargo, ella seguía estática.

—Se equivoca, ella me pertenece al estar unida en matrimonio con uno de los negros que compré. Y como verá, este contrato ya ha sido sellado con su blasón. Es irrevocable.

Tras escucharlo solo dos palabras se repetían incesantes en la mente de William: *Matrimonio e irrevocable.* De ser cierto lo que acababa de decir su socio no podría hacer nada, así lo dictaba la ley.

«*No, no puede ser posible. ¡Ella no es mujer de Robert, es mía!»,* pensó consternado viendo a esa mulata que tanto amaba. «¿*Acaso se unió a él ayer cuando me abandonó*?», caviló recordando sus últimas palabras.

Movido por ese sentimiento apabullante desmontó de un salto y sin importar las miradas encaró a Ashanti alejándola lo más posible. Necesitaba saber la verdad.

—¡¿Es eso cierto?! —inquirió con gran molestia tomándola de los hombros sin dejar de escrutar esa mirada vacilante que no dejaba dudas.

La joven tenía miedo al sentir por primera vez la ira de ese hombre que le prodigó amor. Verlo así la tentaba a decirle todo lo que

pensaba, y aun así las palabras se le hicieron un nudo en la garganta. Era como si todo su ser se revelara a romper con ese amor que tanto le alimentaba el alma, sin embargo, se contuvo y solo asintió tratando de evadir su mirada.

«*Perdóname, mi amor, solo así dejarás de sentir ese amor pecaminoso que nos consume a ambos*», pensó con lágrimas en los ojos viendo cómo el dolor turbaba esa oscura mirada que tanto la había embelesado.

». ¿Cuándo? —siseó él tensando cada uno de sus músculos—. ¡¿Cuándo maldita sea?! —gritó exasperado por no obtener respuestas. Ashanti estaba a punto de flaquear, por lo que tomando fuerzas del único ser al que quería salvar habló:

—Desde antes de entregarme a ti —Ella no mentía, se había entregado a Robert hacía mucho tiempo—. He tratado de decírtelo, pero no sabía cómo, creí que si trataba de olvidarlo sería suficiente… Lo siento, una unión así, para los negros, es para siempre —En eso sí mentía, para ella nunca fue razón para ser mujer de Robert para toda la vida, no como lo fue cuando se entregó a William y ahora eso era imposible pues ambos eran sus hermanos.

Esas palabras sonaron como un cristal roto que fue clavando cada una de sus astillas en William. Estaba abatido y como si hubiera perdido la fuerza la soltó sintiendo asco por la mujer que lo engañó: *¿se había entregado a él siendo esposa de otro?* Quería descargar su ira contra ella, mas el amor que le tenía se lo impedía, era como estar dividido: *su orgullo estaba herido y la aborrecía, al tiempo en que su alma y corazón daban todo el amor por ella*.

El rubio respiraba acelerado conteniendo las lágrimas que querían demostrar su debilidad cuando de repente, los pasos apresurados y firmes de alguien lo hicieron girar. Robert había llegado para defender a Ashanti, a William le bastó verlo para que toda esa ira contenida aflorara y se abalanzó sobre él para hacerle pagar todo lo que hizo. Una vez más se enfrentaban a puño limpio sin importar el daño.

El alboroto llegó a oídos de los demás y entre jalones y una que otra escopeta apuntando a las sienes pudieron detener la batalla entre dos hombres que se odiaban a muerte. Ambos con las respiraciones aceleradas y miradas asesinas se retaban hasta que, en un silencio que helaba la sangre, William se retiró a todo galope.

«*Juro por mi honor que no volveré siquiera a pensar en esa mujer*», pensó negándose a verla por última vez. Era doloroso que el último recuerdo que tuviera de Ashanti fuera más amargo que la hiel: *el de un adiós con sabor a traición.*

Las semanas pasaban tras la amarga despedida de esos amantes heridos que aún sufrían los estragos de un amor prohibido, y nada lograba sacarlos de ese sopor. Sin embargo, la vida seguía y a los demás pareciera no importarles. Por lo menos así fue para Ashanti que de inmediato inició labores como esclava personal de Juliet Taylor, mientras que Robert fue delegado a labores pesadas de la casa: *reparaciones y traslado de materias e insumos.* La vida no se cansaba de echarles en cara que su lugar era estar por debajo de la supremacía blanca.

En su nueva vida rutinaria entre tareas y mandatos solo había una diferencia: *el trato que se tenían el uno al otro*. Ante todos, blancos o negros, ellos eran un matrimonio, pero en la intimidad solo eran dos personas unidas por la sangre de un blanco que embarazó a sus madres. A Robert le costaba trabajo creerlo y frenar sus deseos de la noche a la mañana, y eso lo tenía contrariado. Solo hasta que oyó de labios de la mulata lo que Peisha sabía, las piezas cayeron en su lugar con suficiente fuerza como para darle claridad.

La aberrante realidad era como una pesada loza en sus hombros pues, al igual que en Ashanti, en su alma siempre estaría el hecho de que se acostó con su propia hermana. Lo que más le avergonzaba es que ella aún seguía aflorando el deseo en su ser, sobre todo al dormir en la única cama que les habían asignado. Tanta cercanía era difícil para ambos por las rencillas pasadas.

Con el pasar de los días, resquicios de esa amistad de antaño volvieron a ver la luz cuando de forma desinteresada, le anunció que él jamás negaría ser el padre de ese hijo que esperaba. Lo hizo para darle seguridad a la mulata, aunque muy en el fondo pensara que ese embarazo no era nada bueno. *¿Qué resultaría de la unión de dos hermanos?*, se preguntaba a menudo, mas nunca se lo decía: *esa creatura era lo único que le daba alegría y mitigaba esos sollozos que al*

llegar la noche se hacían presentes. Él bien sabía a quién iban dedicadas esas lágrimas y eso le exasperaba.

«*¿Po´qué no puede dejar de verlo como hombre?»,* cuestionaba viéndola salir de la cocina con la bandeja del desayuno de Juliet Taylor.

Ashanti sí sufría por ese hombre que no quería salir de su corazón, pero lo que la tenía casi sin dormir era que en un par de meses sería imposible ocultar su estado ante los amos.

«*¿Y si no es como yo?*», pensaba preocupada de que, al nacer, Lady Lancaster atara cabos. «*¿Qué harán con él ella y William*?», se cuestionó angustiada sabiendo que la única solución era alejarlo de esa vida para siempre.

Por su hijo estaría dispuesta a enfrentar la travesía de escapar y encontrar ese poblado de negros libertos del que alguna vez oyó hablar. Lo que no sabía era cómo lo haría si prácticamente vivía enjaulada. Ningún negro estaba sin vigilancia, sobre todo al salir al patio y en esa casa las habitaciones de los esclavos no tenían conexión con el exterior, además, el único que poseía la llave de la mansión era Sir Thomas. Lo que hacía imposible escapar en la noche.

«*Ni el ama tiene libertades aquí*», pensó dispuesta a atender a aquella joven que la salvó de una buena paliza tras el alboroto de William.

Esa tarde Sir Thomas Taylor quería castigarla junto a Robert por tal indisciplina, por fortuna Juliet intervino alegando que si en verdad la amaba no lo hiciera. Los argumentos eran débiles, mas el sexagenario con tal de ganarse los favores de su mujer accedió. Para Ashanti, esa fue una muestra del buen corazón de Juliet, desde que la conoció, a diferencia de su gemela, ella se le hizo muy sensible y cordial con esa sonrisa cálida que le llegaba a los ojos. Sin embargo, ahora se veía con una tristeza imposible de ocultar y no era para menos tras la muerte de su madre y hermano.

«*No cabe duda, seas negro o blanco, cuando la desgracia toca a tu puerta no puedes evitarle el paso*», pensó la mulata tras dejar la bandeja en la mesita y se dirigió a preparar el baño.

Era muy sabio su pensar, pues en verdad para las gemelas era difícil intentar ser felices: *¿Quién lo sería así?* Descubrir que la mala semilla de la que venían germinó en su hermano y que la muerte también se lo había llevado no era nada grato: *ahora solo se tenían la una a la otra*. Todo por seguir el deseo de venganza, una que en el pasado Susan añoró, pero que tras enterarse del lado oscuro de su padre entendió los porqués de muchas cosas en su vida. Eso la llevó a aceptar que su ahora protector actuó según las circunstancias.

Ambas sufrían, aunque la más afectada era la pobre Juliet. Para su desgracia o fortuna, la joven no sabía cómo tomarlo, Sir Thomas logró su cometido y la desposó hacía dos meses. El hombre, al ver la

competencia que tenía en *Inglaterra*, no pudo aplazarlo más y convino con Lady Lancaster las nupcias sin importar la disposición de Juliet. Esta se vio obligada a cumplir las imposiciones bajo la premisa de que era lo mejor pues no tendría otra oportunidad así, según su protectora.

«*Dios, ayúdame a soportar esta encomienda*», pensó la tímida esposa al iniciar su nuevo día agradeciendo que por una noche más su marido no durmiera con ella.

Las noches eran los únicos instantes en que se sentía segura y libre de soportar sus insinuaciones, galanteos, esos roces y besos no deseados. Sobre todo esa mirada pesada y libidinosa que delataba las ansias de hacerla suya. Ella se sentía ultrajada con su descaro que le recordaba en silencio que dentro de poco estaría obligada a cumplir con sus deberes maritales, unos que a sus dieciséis años no tenía idea de cómo ejecutar. Solo sabía que debía dejarlo hacer su voluntad y satisfacerle, al menos es lo que su madrina le dijo unas horas antes de casarse.

—Ya está listo su baño, ama —anunció Ashanti tomando por sorpresa a la rubia que se había olvidado de que no estaba sola.

—Gracias —dijo pensativa viendo que su esclava estaba a punto de irse—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestionó dubitativa, esperaba que siendo ella casada disipara sus dudas—. ¿Qué tan difícil es para una mujer… —Pausó sintiendo que el color se le subía a la cara por lo que estaba a punto de preguntar—, estar con su marido? —soltó de repente.

De inmediato la negra entendió a qué se refería: *su rostro y la vergüenza que saltaba a la vista lo decían todo*. No era extraño que a las jovencitas blancas nunca las instruyan en las artes carnales, para ellos era casi un pecado hablar de ello, lo raro era que llevando dos meses casada hiciera esa pregunta. Eso aseguraba que seguía siendo virgen y aclaraba por qué dormían en habitaciones separadas, pues eso se estilaba tras la llegada del primer hijo.

Era obvio que la joven ni siquiera debía conocer las funciones de muchas partes de su cuerpo. Así que la negra buscó las palabras indicadas para explicarle cómo es que un hombre y una mujer se unían en cuerpo y alma. Con ese pensar, no pudo evitar evocar esos momentos con William los cuales la inundaron de los sentimientos que él le provocaba, revelándole a Juliet lo hermoso que era entregarse al ser amado. Lo placentero que la experiencia era y la eterna conexión que se formaba en ese lenguaje sin palabras donde el amor se expresaba en su forma más pura.

Ashanti se veía radiante hablando de ello, era tanto el amor que reflejaba que Juliet sintió envidia, pues ella no amaba así a su marido y temía no experimentar nada placentero a su lado. La esclava, de inmediato se percató de ese semblante que gritaba el anhelo de

libertad y arrepentimiento. Cómo no sentirlo si era una niña que se convirtió en la esposa de un anciano. Ella conocía muy bien la vacía experiencia de entregarse sin amor, pero sobre todo el amargo dolor de ser tomada sin desearlo y ese inglés no dudaría en satisfacerse aunque fuese a la fuerza. Esa sola idea despertó en la negra la necesidad de protegerla.

«Mientras yo viva aquí, ese hombre no la tocará», se propuso como un deber innegable.

—No se preocupe, Amita, su marido no podrá hacerle nada —prometió solidaria dándole esperanza a esa joven en cuyo rostro se cristalizaba la eterna pregunta: *¿Cómo?*—. Ya verá, esta negra sabe mucho de hierbas y conozco unas que dándole un té diario provocarán que no se le levante ni el ánimo.

La solución era sencilla y nada sospechosa, al fin y al cabo, Sir Thomas siempre tomaba su té de la tarde tan religiosamente como rezar. Aprovechando eso, ambas jóvenes, que desde ese instante forjarían un lazo más allá de la amistad, iniciaron su plan esa misma tarde. Mas eso no evitó que al anochecer Juliet soportara con asco los besos y caricias del anciano que con lujuria quiera poseerla. La esposa se tensó pensando que todo había fallado pero, por fortuna, las hierbas cumplieron su cometido: *el decepcionado hombre tuvo que rendirse al darse cuenta de que la virilidad no le respondía y sin decir nada salió de su alcoba.*

«*Gracias, Ashanti. Sigo en deuda infinita contigo*», pensó tranquila y con una sonrisa en el rostro.

* * * *

El último mes y medio, desde que se enteró de lo impensable, William vivía recluido en su alcoba ahogando sus penas en alcohol. Creía que por lo menos eso lo haría olvidar el dolor que su negra le provocó, sin embargo, la rabia seguía consumiéndolo tan solo de imaginarla en los brazos de Robert. De no ser por los esclavos que le llevaban a diario el elixir que sedaba su dolor, pensarían que estaba muerto. Lady Lancaster no tenía permitido entrar a verlo, ni siquiera Timothy pudo acceder. William no quería ver a nadie, ni saber de nada pues todo y todos le recordaban a esa mujer que tanto daño le había hecho.

«*Le entregué hasta el alma y estaba dispuesto a todo por defender nuestro amor*», se lamentaba en los pocos momentos de cordura. «*Ahora comprendo sus cambios y renuencias cuando la encontré*», pensó rememorando esos ojos oliva que le gritaban a viva voz que ella le ocultaba algo.

—Y yo tan estúpido… dándole tiempo… para no presionarla —balbuceó arrastrando las palabras antes de darle un largo trago a la botella embruteciéndose aún más.

No sabía que estaba cavando su propia tumba con cada trago. Y es

queLady Clarie, quien no conocía el trasfondo amoroso de los rumores que escuchaba, seguía determinada a no darse por vencida. Ella no sería la burla de *Inglaterra* al regresar soltera y despreciada por ese hombre que veía ahogándose en alcohol a través de la rendija de la puerta del baño en el que llevaba horas recluida. No señor, no les daría de qué hablar a esas que la envidiaron y hasta a las que le advirtieron los riesgos cuando se enteraron de su compromiso.

«*Aunque mueva mar y tierra, nos hemos de casar, Milord. O dejo de llamarmeLady Clarie Darmounth*», pensó la determinada dama saliendo de su escondite para ejecutar su plan. Seducirlo en ese estado no sería tan difícil, pero la seducida fue ella: *ver su torso desnudo le provocó un latir acelerado que le robó el aliento.* «*Es tan atractivo aun con esa tristeza en su mirada*». Estaba deseosa de arrojarse en sus fuertes brazos y consolarle sin importar que sufriera por otra, ella sanaría ese herido corazón para ganárselo.

Su presencia fue notada de inmediato por William, que sumido en el estupor del alcohol, vio aLady Clarie con su larga melena ondulada tan etérea como una aparición angelical. Ese ángel iluminado por la tenue lámpara resplandecía en su oscuridad llevándolo a la cama para tomarlo en su regazo y consolarle. Él era ajeno a la hecatombe que le esperaba por lo que se dejó acariciar y bebió del frasquito que ella gustosa le ofrecía. Ese dulce liquido lo sumía en una paz que le nublaba el pensar, más de lo que ya estaba.

La joven heredera estaba jugándose todo en ese arrebato, pero de una forma u otra aseguraría su posición como la futura Lady Lancaster. Tras beber la última dulce gota lo tenía a su merced, así que comenzó a besarlo sintiendo por primera vez el cumulo de emociones que desata un beso. Al sentir su vehemencia creyó ser correspondida, jamás pensó que él estaba siendo víctima de una hermosa alucinación en la que Ashanti era la protagonista.

William no sabía cómo, solo que estaba ahí con él, dispuesta a ser suya de nuevo despertando el deseo de demostrarle que solo él podía ser su hombre. Sintiéndose vivo en sus labios la besó con esa pasión que solo ella le despertaba y con posesión la colocó bajo su cuerpo aprisionándola para no dejarla ir. De ser necesario le haría el amor mil veces hasta borrar todo rastro de ese al que alguna vez se entregó.

—¡Eres mía, solo mía! —susurro a su oído erizándole la piel aLady Clarie que temblaba emocionada.

Tenía la respiración acelerada por el éxtasis de disfrutar por primera vez la pasión de un hombre. Él la acariciaba como si fuera lo más sagrado, gritando a través de su mirada el deseo de hacerla suya y dejar una marca indeleble en todo su ser. La mujer que veía como Ashanti lo incitaba a seguir, así que con premura comenzó a despojarla de sus ropas para besar y adorar cada trozo de piel. No

sabía que ese simple acto lo ataría a lo impensable: *por obligación y por honor*…

A la mañana siguiente, el barullo que se escuchaba fuera de la habitación despertó a William sintiendo una resaca de los mil demonios. Quiso levantarse para averiguar qué provocaba tal escandalo cuando de repente se percató de que no estaba solo: *una hermosa rubia yacía a su lado*. Tan solo el verla le anunció que su vida estaba arruinada.

Lady Lancaster entró como tornado enfurecido a su alcoba despertando hastaLady Clarie, quien tras verse descubierta esbozó una sonrisa ladina y cubrió su desnudez con la sábana. Para la puritana madre fue una bofetada ver en esa situación a su hijo, pese a que ya había sido avisada por la esclava que se encargaba de recoger las botellas.

—¡¿Qué hiciste, William?! —le incriminó preguntándose si acaso no lo educó bien. Ni en sus años de libertinaje en *Inglaterra* hizo algo así, siempre se preció de decir que su hijo, aun tomado, jamás tenía problemas de faldas.

William se reprochaba eso mismo sin poder recordar nada, mas la inocente víctima de su lujuria evidenciaba sus actos. Confundido, se devanaba los sesos en recordar los últimos hechos, pero nada venía a su mente hasta que llegó el recuerdo efímero de un ángel que le daba de beber un elixir que trajo hacia sí a su Ashanti.

«*¿Acaso mi embriaguez me llevó a pensar que Lady Darmounth era ella*?», pensó alterado y frustrado de no poder recordar nada más.

—¡No, no puede ser! esto es una confusión —se negó retirándose deLady Clarie mirándola consternado.

—Pero, *Milord*, yo le entregué mi virtud con amor infinito —confesó la joven al borde del llanto—. ¿Acaso me engañó seduciéndome con promesas de un amor que jamás sucederá? ¡No puede repudiarme y negar que me hizo suya! —acusó llorando y mostrando la sábana que contenía la prueba de su entrega.

—¡Por supuesto que no!, William es un caballero, Querida, y cumplirá con sus obligaciones —demandó la impositiva madre mirando al aludido con firmeza.

La boda se llevaría a cabo en poco tiempo para ocultar algún embarazo antes del matrimonio, si es que lo hubiera. Solo dejaría correr el tiempo justo para que los Vizcondes de Darmounth fuesen avisados y llegaran a *Virginia*.

William no dijo nada, aun siendo un Lord estaba atado a las consecuencias de sus actos y el único medio para resarcirlos era el matrimonio. Como bien le enseñaron desde muy joven, la virtud de una dama inglesa era sagrada y no podía rechazarla tras haberla robado. No importaba que estuviera en tierras ajenas a su patria, aun

ahí era imperdonable manchar el honor de una señorita de alta cuna.

«¿*Cómo pude haber abusado de una jovencita de tal forma*?». Aunque no recordara tal acto eso lo hacía sentir como una basura, pero era un Lord y cumpliría con su deber.

Pese a que Sir Thomas no había conseguido intimar con Juliet, ella estaba harta de soportar esos minutos interminables cada vez que él lo intentaba. Era un suplicio que la estaba consumiendo, mas Ashanti no podía hacer nada, sus hierbas solo provocaban impotencia pero no controlaban el deseo.

—Es horrible, Susan —sollozó la afligida esposa en brazos de su hermana que estaba de visita como cada semana—. No te imaginas lo que tengo que soportar: *sus manos tocándome, sus besos asquerosos y ese aliento horrible* —confesó sintiendo que el estómago se le revolvía.

Su gemela sentía su malestar de la misma forma que percibió muchas otras sensaciones desde que tenía memoria: *era como si estuviesen conectadas*. Por ello no tenía que explicarle el nivel de asco que le provocaban las visitas de Sir Thomas Taylor. Todo lo contrario a la excitación que ella misma había experimentado en *Inglaterra* cuando, en algunas de tantas fiestas, se dejó llevar un poco más allá de un casto beso.

—Oh, Juliet, en verdad quisiera que no sufrieras esto —dijo enjugando sus lágrimas para que nadie, además de Ashanti que estaba atendiéndolas, la viera—. Te prometo que encontraré la forma de ayudarte, por ahora debes calmarte y estar tranquila ahora que estará ausente —continúo tratando de consolarla, pero Juliet temía que al llegar su marido pudiera hacerla suya pues durante una semana no tomaría ese té que lo hacía impotente—. Además, debes tener la mejor actitud porque estamos en vísperas de una gala —Cambió de tema para distraerla entregándole un sobre membretado y sellado con el blasón Lancaster.

—¡¿Tan pronto Lord Lancaster se compromete con Lady Darmounth?! —cuestionó Juliet sorprendida de que su protector con fama de hombre difícil de conquistar estuviera en vísperas de boda.

—Sí, y no te imaginas por qué —soltó Susan dispuesta a contarle todo sobre el desliz que protagonizó el futuro matrimonio.

La noticia era escandalosa aunque a ninguna le turbaba tanto como a Ashanti, quien intentaba permanecer impávida. Para socavar el

dolor que le provocaba saber que William se casaría se aferraba a la idea de que él no le pertenecía y que no podría haber algo entre ellos, mas era inútil: *el alma le sangraba.* Sobre todo al conocer los pormenores de boca de la comunicativa Susan.

«*¿Le hizo el amor en nuestra cama?*», pensó la mulata siendo víctima del dolor lacerante que atravesaba su corazón, haciendo evidente el gran amor que todavía sentía por él.

Estaba inundada en celos y rabia imaginándolo en sus brazos, prodigándole un amor que en el pasado le perteneció. No le importaba que hubiera sido bajo los efectos del alcohol: *la había hecho suya y eso ya era demasiado*. Pese a su fortaleza no podía soportarlo y mucho menos ocultar cuánto le afectaba, hasta las hermanas se percataron de ello: *parecía una estatua con el rostro lívido*. Era como si su mundo se tornara oscuro y sin vida por lo que de forma súbita se desplomó causando tremendo estruendo por la bandeja de plata que tiró.

* * * *

Entre manjares exquisitos, las mejores bebidas y el compás del *vals*, parecía que todos los presentes se encontraban en algarabía celebrando las prontas nupcias, sin embargo, no era así. Bajo la máscara de felicidad que exigía sociedad, los ojos de William reflejaban el deseo irrefrenable de que todo fuese una loca pesadilla. Desde que perdió a Ashanti así veía su vida y más con el último giro que dio: *en poco tiempo contraería nupcias conLady Clarie.*

«*¿Cómo pude ser capaz de siquiera besarla*?», se preguntaba viéndola pendida de su brazo tan feliz y orgullosa en esa fiesta de compromiso.

La pregunta no era porque le causara repulsión la fina dama, sino porque no recordaba aquella experiencia que selló su destino junto a una mujer que no amaba. Era como si le hubiesen borrado la memoria y eso era lo que lo tenía intranquilo, pues nunca le sucedió ni con la bebida más embriagante que llegó a probar. Pero para su desgracia, eso poco importaba: *su deber era salvar la honra de su futura esposa.*

—¡Felicidades, Lord Lancaster! Lady Darmounth es una excelente elección —dijo Sir Thomas acompañado de su esposa—. No cabe duda de que la unión de su patrimonio incrementará aún más su estatus en nuestra sociedad.

A ninguno de los aludidos les molestó en absoluto que el hombre tomara su matrimonio como un negocio: *en su mundo era lo que se estilaba*. Al menos así les educaban desde que tenían uso de razón: *matrimonios arreglados sin amor, con suerte, este llegaría después*.

—Eso espero —se limitó a decir William sumido en sus pensamientos con la mirada fija en la mujer que le robaba el aliento. No podía evitarlo aunque con su traición se mereciera todo su odio.

El que Ashanti estuviera ahí no le extrañaba. Como era costumbre entre la alta sociedad, los invitados llevaban a sus mejores esclavos de

casa ataviados con uniforme de gala listos para servir a sus amos. Y por desgracia o suerte, esa noche Ashanti había sido la elegida. Así que tendría que lidiar con los ímpetus que afloraban en su interior tan solo de saberla cerca.

Juliet Taylor, siendo tan intuitiva, se percató de inmediato sorprendiéndose de cómo miraba a Ashanti: *Lord Lancaster no podía ocultar su interés en la negra.* Así que en un intento de queLady Clarie no se diera cuenta de quién robaba la atención de su prometido, la incitó a dejar que los varones platicaran como era costumbre y fueron con las demás damas.

—Ha sido muy buena adquisición, *Milord* —comentó Sir Thomas tras descubrir que no le quitaba la mirada a la esclava—. Ahora sé lo especial que es y por qué no quería venderla.

Esas palabras provocaron que William lo mirara con los ojos entornados.

—Explíquese —siseó tenso.

Los celos y la traición de Ashanti le hacían tener la errónea idea de que su socio estaba siendo seducido por ella y eso le hacía hervir la sangre. Nada más alejado de la realidad, el hombre solo quería presumir su buena suerte por tener dos esclavos al precio de uno. Tras llegar de su viaje se enteró del embarazo pues el desmayo de la mulata provocó que la revisasen cual ganado y no pudo ocultar lo evidente.

—Además de que es muy hábil en las faenas, vender a una hembra en cinta muy por debajo del costo no es buen negocio. Tampoco la vendería sabiendo que la cría me traerá ganancias cuando sea mayor y haya adquirido habilidades.

El oírlo hablar de Ashanti como si ella fuese un animal incitaba a William a golpearlo en frente de todos. Pero no lo encendió tanto como el enterarse de que ella estaba embarazada: *esa era la mayor ofensa que había recibido*. Eso le provocó un sobresalto superior y sus iras se volcaron hacia otra persona que para su mala suerte no se encontraba presente.

«*¿Un hijo de Robert?*», pensó con ganas de ahorcarlo.

—En hora buena por sus negocios, Sir Thomas —intervino Timothy para salvar a su amigo que estaba tenso, sumido en un mar de emociones nada favorables—. ¿Lord William, me permite unos minutos para hablar de los pormenores de su enlace? —agregó el sabio hombre apartándolo del bullicio hacia uno de los solitarios jardines traseros.

—¡Maldita vida! —explotó William iracundo.

—Cálmese, estos arranques no le traerán nada bueno.

—¡No puedo hacerlo! No cuando sé que Ashanti va a tener un hijo de ese bastardo —espetó removiéndose el cabello deseoso de liberar la ira que lo estaba carcomiendo.

No podía soportar que ese desgraciado fuese tan afortunado. No solo le había robado a su mujer, sino que dentro de poco serían padres mientras él estaba condenado a resarcir sus faltas con Lady Darmounth. Timothy se percataba de su sufrir y estaba a punto de hablar para calmar su alma cuando Lady Scarlett llegó hasta ellos. Su rostro ceñudo fue suficiente para hacerle comprender que debía dejarles solos y así lo hizo.

—William, si no quieres poner en entre dicho tu compromiso. Te exijo que te comportes como un caballero y atiendas a tu prometida como se merece.

Esa orden solo lo tensó más, sin embargo, no rechistó: *su madre tenía razón*. Sin decir nada se dirigió al salón con paso firme controlando la tormenta que bullía en su interior.

«*Debo calmarme o esta fiesta será la epitome de las humillaciones para Lady Darmounth*», pensó consciente de que ya bastante tenía ella con haber sido tomada antes del matrimonio.

Al entrar al salón, el tradicional *vals* de compromiso estaba por iniciar y como todo un caballero pidió la mano a su prometida para comenzar esa danza elegante y vigorosa. Entre sutiles roces y giros vertiginososLady Clarie era guiada sin perder contacto de la mirada de su prometido. A los ojos de todos eran la pareja perfecta, mas no para Ashanti.

«Que rápido me olvidó», pensó afligida escabulléndose hacia el jardín. Ya no soportaba el flagelo de ver a la radiante futura esposa acompañada del sonriente William. *«¡Negra tonta, así debe ser! él no te pertenece como hombre»*, se recriminaba dejando escapar sus lágrimas.

Su terco corazón no entendía de razones: *era esclavo de una pasión que jamás moriría y seguía latiendo por ese hombre que ya era de otra.* El dolor, los celos y el coraje la inundaban, pero el odio a sí misma predominaba por seguir amándolo aun sabiendo que era prohibido ante los ojos de Dios y de todo el mundo. Siguió llorando su pena tratando de mitigar lo que sentía y en cuanto pudo calmarse regresó al interior para atender a sus amos.

Atravesaba uno de los pasillos que llevaban al gran salón cuando unas manos la jalaron hacia el interior del despacho. Fue tan rápido que no le dio tiempo de reaccionar, por lo que el miedo se disparó hasta que escuchó esa voz que lograba que su corazón se acelerase.

—¿Es cierto que esperas un hijo de ese malnacido? —inquirió William sin ocultar su molestia girándola hacia sí: *necesitaba ver en su rostro la verdad*. En cuanto sus ojos se conectaron miles de sentimientos los abrumaron, pero en ambos imperó el de los celos.

—¡¿Y qué si así fuera, *Milord*?! —reviró Ashanti soltándose de su agarre—. No tiene por qué reclamarme cuando usted ha retozado con esa señorita con la que se va a casar —soltó sin poder evitarlo. Era

como si todo su ser quisiera echarle en cara su falta a ese amor que tanto le juró.

William se sentía ofendido por la respuesta y movido por ese sentir la acorraló contra la pared: *tenía ganas de contender y besarla a partes iguales*. Para ambos era muy confuso estar bipartidos en sus emociones pues la ira y el deseo tornaban el ambiente demasiado intenso.

—No puedes recriminarme la única noche que fallé por estar ebrio a causa del dolor que tú me causaste. No cuando tú te entregaste a otro no sé cuántas veces y ahora hasta cargas en tu vientre la evidencia de tus actos —acusó William clavando su mirada en ese oliva que lo había embrujado, sin darse cuenta de que la cercanía era cada vez era más corta. Tanto que hasta sentían que temblaban y que sus respiraciones se agitaban.

—¡Jamás me entregué a él después de ser tuya! —reclamó Ashanti tratando de hacerlo sentir culpable de haberle fallado.

Estaba tan inmersa en el caudal de emociones de la discusión que no se dio cuenta de lo mucho que sus palabras estaban revelando. Esa confesión revolucionó la mente de William, quien no dejaba de ver esos ojos cristalinos que gritaban a viva voz que no mentía.

«*Si no ha vuelto a ser de él, ese hijo que espera es…* ». Esa sola idea desató un mar de sentimientos en su interior y movido por estos tras posar su mano en el vientre de la mulata susurró muy cerca de esos labios carnosos:

—Es mi hijo —La esclava no tuvo el valor de negarlo y solo asintió temblorosa, embriagada por el dulce aliento de ese hombre que la miraba como si fuese su bien más preciado.

Ambos amantes prohibidos se olvidaron de todo el mal que les rodeaba y, guiados por ese deseo que les gritaba que se rindieran el uno al otro, se besaron con intensidad. Era como si con ese beso quisieran saldar la cuenta de tantos besos negados a lo largo de esos meses. Con premura se acariciaban sintiendo que la piel recobraba la vida robada, una vida sin saborear las mieles de sus labios.

». Sigues siendo solo mía, te amo —jadeó William entre besos recorriéndole cuello al tiempo en que desabotonaba el vestido.

El ardor en el acalorado encuentro anunciaba un incendio difícil de extinguir cuando de repente, un ruido sordo los hizo separarse. Aún agitados, vieron que la puerta estaba entre abierta como si alguien los hubiera espiado y eso llenó de miedo a Ashanti regresándola a la realidad: *una vez más había sucumbido al pecado de besar a su hermano.*

—Esto no debió pasar —dijo ella avergonzada de sí misma acomodándose las ropas luchando con esas emociones insanas. Mas la cercanía de William la estaba debilitando, por lo que se alejó de él.

—¡No! Esta vez no me dejarás sin respuestas —exigió él reteniéndola como si ella le perteneciera en cuerpo y alma. Ahora que

sabía que esperaba un hijo de él y que ella seguía amándolo no la dejaría ir—. ¡Explícame de una maldita vez por qué si me amas me rechazas y te empeñas en seguir a su lado! —espetó desesperado por no entender las razones de su actuar.

—¡Porque es un amor que no debe ser! —alegó la mulata callando su oscura verdad.

—¡¿Por qué no puede ser?! —cuestionó al tratar de besarla para hacerla entrar en razón.

—¡¿Por qué tú y yo somos hermanos?¡ —soltó la mulata llorando. Ella no quería que él se enterase, pero era lo mejor, ya que sus acciones revelaban que jamás la dejaría—. Mi madre y tu padre eran amantes y yo soy el resultado de ello.

—No, eso es imposible —reviró William separándose aturdido por la noticia—. Estás mintiendo para que desista.

Ante la negativa de William, Ashanti le contó todo, tanto la versión de Lady Scarlett como la de Peisha. Tanta información era abrumadora y, al igual que ella cuando se enteró, él también se negaba a creer que un amor como el que sentían era algo manchado por el pecado. Sin embargo, todo apuntaba a que así era. Tras tan dolorosa charla, la mulata se marchó dejándolo solo para que asimilara su realidad.

Lord Lancaster daba vueltas y vueltas en su cabeza a todo lo que ahora sabía y comenzó a comprender los comportamientos de su mulata: *su lejanía, ese afán por dar por terminada su relación y su falso matrimonio con Robert*. Ahora sabía que era falso porque de ser cierto lo que le dijo, él también era su hermano. No comprendía por qué el destino se ensañó tanto con ellos tres al permitirles siquiera enamorarse siendo hermanos. Trataba de imaginar el dolor de Ashanti al enterarse, y suponía que debía ser peor que el que él sintió cuando vio la marca Lancaster de Robert.

«*La marca… ella no la tiene*», pensó seguro de ello pues conocía palmo a palmo su cuerpo.

La mayoría de los Lancaster la tenían, aunque había excepciones en su familia, sobre todo en mujeres. Aun así necesitaría algo más contundente que una marca para descubrir la verdad y poder creerla por completo. Solo una cosa tenía segura, hermana o no, ella esperaba un hijo suyo.

«*Ningún hijo mío será propiedad de nadie*», pensó dispuesto a hacer todo lo posible por liberarlos costara lo que costara.

En mes y medio se celebrarían las nupcias y entre tantos enseres típicos de un evento de esa magnitud todo mundo en *Saint Helen* estaba atareado. Los nervios se respiraban en el aire, en especial los deLady Clarie y no precisamente por la preparación de la fiesta: *temía que alguna fuerza divina la hiciese pagar sus atrevimientos*. La joven sabía que había llegado demasiado lejos para obtener lo que tanto anhelaba, mas no se arrepentía.

«*Nadie tiene por qué saberlo»,* pensaba tratándose de calmar al caminar por uno de los solitarios patios traseros acompañada de su esclava personal Sophy.

—Tranquila, ama, ya verá que *Milord* no se dará cuenta de nada —dijo la negra—. Le aseguro que mi pócima va a ser tan efectiva como la otra vez. Solo ponga la cantidad que le digo y él estará consciente comiendo de su mano, lo bastante confundido como para no darse cuenta cuándo oculta la prueba de su honra.

—Dios te oiga, si Lord Lancaster descubre que sigo siendo casta no sé qué va a pasar —dijo apesadumbrada. No se dio cuenta de que tenían compañía hasta que una risilla a sus espaldas la sobresaltó: *era Miss Susan Dagger acompañada de Laurie.*

—Ya decía yo que *Milord* no podía caer tan fácil. Me pregunto qué diría mi madrina si se enterara del engaño —dijo burlona Susan por lo queLady Clarie perdió el color al saberse descubierta.

—Por lo que más quiera, Miss Dagger, escúchenme primero —suplicó la dama dirigiéndose a ambas llevándolas con premura a sus habitaciones. Debía convencerlas de no hablar—. Les doy lo que pidan, pero por favor guarden silencio —Fue lo primero que dijo en tono angustiado al llegar a la privacidad de sus aposentos.

—Si me da una gran dotación de esa poción y me explica bien cómo se usa tendrá mi silencio —negoció Susan y no precisamente a su favor. «*Si Lady Darmounth hizo creer a Lord William que perdió la*

virtud en su cama, Juliet también lo hará», pensó con la esperanza de que fuese la suficiente para confundir a Sir Thomas todas las noches para que la dejase en paz.

—Mi lealtad hacia mi ama está por sobre todo —respondió Laurie en cuantoLady Clarie la miró esperando su respuesta—. Aunque tal vez haya una cosa de superior valor que podría mantener sellada la boca de esta negra.

—Lo que sea, es tuyo —aseguró la rubia pues su silencio era el que más le importaba. Si ella la delataba con Lady Lancaster todo estaría perdido.

Laurie tenía el impulso de delatarla y a la vez pensaba en las consecuencias de hacerlo: *el compromiso se anularía y eso dejaría libre a su amo para ir en pos de Ashanti.* Eso no lo gustaba en lo más mínimo, por lo que estaba dispuesta a callar a cambio de su más ferviente deseo.

—Una noche en el lecho de su marido —dijo firme provocando un jadeo de asombro en las demás mujeres, quienes pensaban que era una descarada al pedir eso.

—¡¿Cómo te atreves, mugrosa esclava?! —inquirió molesta la futura esposa tratando de abofetearla, pero la negra detuvo su mano.

Su mirada altiva decía que hablaba muy en serio y si en verdad quería su silencio estaba condenada a cumplir sus exigencias. Así que sin perder su rango y dignidad,Lady Clarie aceptó tan aberrante trato, ya se las ingeniaría para hacerlo. Tal vez debía usar una tercera vez esa maldita pócima la cual consideraba algo del demonio.

Tras el bochornoso momento, las damas quedaron a solas e iniciaron una larga charla sobre las bondades de dicha poción. SegúnLady Clarie, era tan eficiente que bastaba con solo unas gotas para dejar inconsciente a Sir Thomas y hacerle creer que intimó con su mujer dejando la prueba con sangre de animal en las sábanas. Susan se sorprendió de saber que con más dosis hasta podía confundirlo tanto que no se daría cuenta si hizo el amor con su esposa o con una mujerzuela.

«*Por fin mi hermana dejará de vivir ese infierno*», pensó la gemela al salir de la habitación con una buena cantidad de poción recién preparada por Shopy a base de hongos, bayas y otras hierbas.

* * * *

Las últimas dos semanas William no dejó de darle vueltas al hecho de ser hermano de la mujer que amaba. Cuestionaba la veracidad de tales hechos pese a la evidencia verbal de Peisha y su madre, a quien estuvo tentado a encarar pero no obtendría otra respuesta diferente a la que ya sabía.

Él necesitaba saberlo directamente del culpable de su desgracia y por eso pasaba la mayor parte del tiempo repasando los viejos diarios

de su padre. Por lo menos los que había dejado en el despacho de *Saint Helen.*

«*Si realmente existió algo entre él y nana Caly debió haberlo escrito*», pensó leyendo esas memorias que hablaban más de sus logros en la hacienda, futuros negocios y muy de vez en cuando de los afectos familiares.

Solo reafirmaba lo que ya sabía, su padre fue un hombre muy emprendedor, honrado, severo en sus menesteres y poco expresivo con los seres queridos. Eso de nada le servía, solo le generaba más dudas sobre la falta de marca en Ashanti.

—¡¿Dios, por qué nos haces esto?! —cuestionó molesto tras terminar de leer el ultimo diario y no haber descubierto nada, como si fuese una sucia artimaña del destino que se empeñaba en abolir ese amor que rompía todas las reglas.

Estaba frustrado y con furia empujó el estante haciendo caer todos los libros, al menos eso creyó hasta que se percató de uno que parecía estar adherido al mueble. Viéndolo con detenimiento se dio cuenta de que en realidad era una especie de caja con una particular y elaborada cerradura, esta tenía una forma que bien conocía. Era imposible no hacerlo cuando desde pequeño la vio cada vez que abría el medallón que su padre les regaló tanto a él como a Robert.

«¿Es una llave?», pensó sintiendo que el corazón se le salía del pecho No le cabía duda de que en esa caja estaba oculto algo que su padre quería que solo sus hijos vieran.

Sin saber qué encontraría y con las manos temblorosas, colocó el medallón abierto el cual cazó a la perfección. Pero esa no fue la sorpresa, sino el contenido de la misteriosa caja: *dos cartas; una de ellas dedicada a él junto con un diario más ancho que los que había leído.* Tan solo con verlo sintió que en él encontraría lo que buscaba, así que se dispuso a leer la misiva que rezaba así:

«*28 de Agosto, 1820*

William:

El día que encuentres esta carta tal vez hayas regresado como amo y señor a Saint Helen y ya no esté a tu lado para darte respuestas. Es por eso que para tranquilidad de mi alma quiero explicártelo todo por este medio.

No sé si ya hayas descubierto las consecuencias de mi pasado en estas tierras lejanas o si me tomes como un cobarde por haberlo ocultado tantos años, por eso te pido que antes de juzgar mis errores leas mis memorias para que entiendas por qué nos alejé de aquí.

Créeme que lo hice muy en contra de mis anhelos, sin embargo, tras la muerte de mi querida Caly comprendí que estar aquí ponía en riesgo a quienes amaba. Confío que para este entonces te habrás dado cuenta del desmedido odio de tu madre a estas tierras y su gente y te preguntarás por qué, no la juzgues mal, pues una vez más yo soy el culpable.

Pese a ello no podía permitir que ese rencor causara más daño y mucho menos que descubriera que no eres mi único hijo. Si para cuando me leas todavía no lo descubrías te pido me perdones pese al daño que te hago con estas confesiones, mas era imperioso que lo supieses ya que es mi deseo que no le niegues la libertad que se merece: es el fruto de mis entrañas.

Lo sé, tal vez en este punto quisieras retroceder el tiempo y jamás enterarte, pero necesitaba descargar este secreto que me ha quemado el alma y no por vergüenza, sino porque no he podido demostrar en público el amor que siento por esa creatura como lo hago contigo. Nuestra sociedad me ata y lo hace mucho más el deseo de protegerlo, no quiero que su destino sea tan fatal como el de la pobre Caly, los rencores de tu madre tienen alcances inhumanos.

Espero que tras enterarte de todo no profeses ese mismo rencor y que esa empatía y cordialidad que te caracterizó desde niño primen sobre la vorágine de sentimientos que tendrás tras leer mis memorias.

Me despido de ti con la conciencia en paz, sabiendo que aun en la distancia de los años seguirás siendo cabal y un hombre de honor con los valores arraigados que en los Lancaster se han transmitido de generación en generación.

Lord Arthur Lancaster».

Fue catártico encontrar esas palabras después de tantos años. Las sentía como un aguijón en el pecho pues en ellas se reflejaba el cariño hacía Caly y el dolor que le provocó su muerte, lo que dejaba claro que tenía sentimientos por ella. No mencionaba a Ashanti como su hija y temía que en el polvoriento diario su padre lo confirmara, sin embargo, con todo el valor lo tomó y se sumergió en una extensa lectura.

Página a página que leía sentía que era como topase en las memorias de otra persona. En esos párrafos no había rastro del hombre de negocios y empezaba a conocer otra faceta de ese hombre recto que tanto admiró. Descubría a un Artur Lancaster enamorado y afectado por los mismos estigmas que él: *su corazón le pertenecía a una esclava y no precisamente Caly, sino a Rosie la madre de Robert.* Tal revelación daba esperanza a William, por lo que siguió leyendo sin importar la hora, debía resolver por qué entonces se gestó ese rumor de tener una relación.

Su empeño por descubrir la verdad le reveló que su padre sentía un aprecio profundo por Caly, admiraba su lealtad y buen corazón: *ella era su confidente y su gran amiga*. Desde jóvenes demostró ser la única que lo entendía y le hacía ver sus errores pese a los dogmas sociales: *algo muy inusual entre un amo y una esclava.* Su padre era consciente de los sentimientos que ella tenía por él, pero jamás la vio como mujer, jamás despertó esas emociones que solo Rosie le despertaba desde

antes de conocer a Lady Scarlett.

William se sentía identificado con su padre, quien fue presa de un amor prohibido y lo compadeció pues conocía todo lo que lo ataba. Al igual que él, se vio obligado a no luchar por ese amor debido a un matrimonio arreglado, mas eso jamás abolió lo que sentían. Tanto Rosie como su padre estaban dispuestos a arriesgarse a verse a escondidas para consumar su amor. Caly, aún enamorada, ayudaba a Arthur a verse con su amante en el mismo *Chalé* donde Ashanti y él llegaron a ocultarse. Por lo menos así fue hasta que en una de esas noches, mientras esperaba en las afueras el infortunio tocó a la puerta de la pobre mulata.

«*16 de Octubre, 1816*

Me siento culpable, mientras Rosie y yo consumábamos nuestro amor, Caly sufría la peor de las barbaries. Nunca olvidaré el estado en el que la encontramos no muy lejos del Chalé, el horror en su rostro magullado y esa tristeza que opacaba su mirada anunciaban su desgracia. Al inicio no quería decirme nada, ¿por temor o vergüenza? no lo sé, y eso me hacía perder los estribos. ¿A dónde fue esa confianza que me tenía?, pero ahora que lo sé de labios de Rosie quiero matar al bastardo que se atrevió a vejarla, aunque no sé quién fue.

He tratado de obligarla a que me diga su nombre mas no quiere decirme, solo me dijo que ha quedado preñada y que no quiere que su bebé nazca bajo el estigma de ser hijo del mal. Saberlo me enardeció y fue tanta mi desesperación por descubrir lo que sus labios callan que no pude disimular mi cercanía y mi ahora esposa nos encontró en el despacho en medio de esa discusión acalorada. De por sí, desde que llegó a Virginia la ha odiado por ser de mi confianza, ahora estoy seguro de que ha malinterpretado mi relación con Caly. Me lo hizo saber sin miramientos estando a solas: cree que es a ella a quien veo en las noches que me ausento de su lecho…».

—Lo sabía, ¡ella no es mi hermana! —celebró William leyendo el doloroso párrafo.

Por fin había hallado lo que tanto añoraba, solo una incógnita seguía en el aire: *¿Quién era el progenitor de Ashanti?* Por cómo fue concebida, un solo nombre vino a su mente: *Mason Dagger*. La sola idea era enfermiza por todo lo que su negra pasó a manos de los hombres de esa familia, así que siguió leyendo por lo menos para sacarse ese tétrico pensamiento. Mas lo que se encontró lo hizo cuestionar aún más los caminos que Dios trazaba para sus creaturas:

«*25 de Agosto, 1820*

Maldigo el ser tan ciego y no haber podido proteger a Caly. El monstruo que le destrozó la existencia y la vejó tantas veces pudo, ahora le ha quitado la vida: Mason Dagger, mi capataz. Mi querida amiga me lo confesó en su lecho de muerte pidiéndome que proteja a su pequeña de las

manos de ese hombre y rogándome que ella jamás lo sepa.

El impulso de matarlo con mis propias manos acrecentó en mi interior al instante en que ella exhaló su último aliento de vida, pero una vez más me vi maniatado. Si demuestro mi sentir, mi esposa corroborará sus absurdas sospechas, mismas que llevaron a la muerte a Caly. Solo ese odio desmedido pudo provocar que su oscuro corazón deseara castigo tan atroz por un crimen que no cometió y no quiero esa suerte para Ashanti. Estoy seguro de que haría lo que fuera por arremeter contra la que cree es mi bastarda.

La muerte de esa negra que solo cometió el pecado de serme leal, es un aviso de sus alcances y no puedo arriesgarme a que descubra quién es en realidad la dueña mi corazón. Por el bien de Rosie y del pequeño Robert tendré que alejarme de ellos con todo el dolor de mi alma, solo así podré protegerlos…».

—¡Por Dios!, mi Ashanti jamás debe saber quién fue su padre, sería algo muy doloroso —aseveró William, consciente de que el peso de ese retorcido secreto ahora recaía en él, pero haría lo que fuera por evitar que ella lo supiera.

Estaba seguro de que si le fue difícil aceptar el haberse entregado a su supuesto hermano, ahora ella no podría soportar enterarse de que su verdadero hermano abusó de ella. Sin importar qué, él callaría esa trágica verdad que le fue revelada, esa que dispersaba las espesas nubes de tormenta que habían oscurecido su vida.

Sin importar el estigma social, William por fin se sentía libre de amar a su mulata y a ese pequeño que se gestaba en su vientre lo cual lo hacía en extremo feliz. Se moría en deseos de hablar con ella y contarle que habían sido marionetas de un pasado confuso. Sin embargo, no podía buscarla en la otra plantación sin levantar sospechas.

«Madre no debe enterarse de que he descubierto todo», pensó consciente de que de hacerlo pondría en riesgo a su mujer. Como bien leyó en el diario de su padre: *el alcance de sus odios no tenía límites.*

Por suerte esa misma noche era la *bacanal* y aprovecharía la oportunidad para ver a Ashanti sin que nadie lo descubriera. Así fue como, ayudado por Unkas y Peisha, tras ser puesta al tanto de la falsa consanguineidad, pusieron en práctica su plan. Oculto no muy lejos de la celebración, William esperaba ansioso la llegada de su mujer; caminaba de un lado a otro cuando de repente sus compinches la llevaron frente a él.

Ashanti se veía altiva y a la vez tan frágil que el corazón le palpitó trepidante, cual adolecente que sufre por primera vez los efectos de la atracción. En cambio, la mulata estaba atemorizada por cómo fue trasladada: *Unkas le había tapado la boca y sujetándola con firmeza la raptó sin que nadie se percatara*. Mas cuando vio a su hombre, el

corazón dejó de latirle temeroso para entonar ese ritmo acelerado que la hacía perder el norte y el sur. Aun así se mantuvo firme tras soltarse del agarre del indio que los dejaba solos.

—Perdona los modos, pero tenemos que hablar, mi amor —dijo William anticipándose al torrencial de preguntas que veía venir.

Ahí estaba de nuevo esa palabra que si bien Ashanti amaba escuchar, también le dolía hacerlo sabiendo que él ya le había profesado amor a otra. Sobre todo porque ese amor que decía tenerle era algo que no podía ser.

—¡No puedo ser tu amor, William!, el único sentimiento que puede existir entre los dos es el fraternal y… —Lord Lancaster la calló con un profundo beso haciéndola temblar.

Ella se debatía entre su sentir y su pensar por lo que de inmediato se separó de él sintiendo el vacío que provocaba no amarle como deseaba. Estaba determinada a hacerle entender cuando él se adelantó:

—¡No somos hermanos! —aseveró el rubio con el diario de su padre en mano.

Sin que ella pudiera revirar comenzó a leerle los fragmentos que reafirmaban la verdad, ocultando lo referente a su origen. Conforme Ashanti lo oía se sentía como la mayor ilusa por haber creído tales falacias de boca de Lady Scarlett.

«*Pero yo vi dolor en ella y sus ojos reflejaban una amarga verdad»,* pensó aún confundida al tiempo que las palabras de Lord Arthur despejaban toda duda y le hacían creer en William: *conocía la cabalidad del hombre enamorado que tenía enfrente.*

No dejaba de verlo bajo la tenue luz de la luna que reflejaba en su mirar el fulgor de la liberación de un alma atormentada. Y por unos instantes ambos hallaron la paz que hacía mucho no tenían sumergidos en un abrazo profundo.

Ashanti, acurrucada en esos brazos fuertes, se sintió completa hasta que la sombra del futuro cercano empañó toda esa felicidad que Dios mismo les negaba disfrutar. Así que con brusquedad se separó de él dándole la espalda para ocultar su llanto.

—De nada sirve saberlo ahora —dijo sintiendo la herida más profunda. Para ella hubiera sido mejor no haberse enterado pues ahora le dolía más el hecho de que su hombre estuvo en otros brazos. Por lo menos antes era más llevadero pensar que era lo mejor al creerlo su hermano—. No cuando es un hecho que te vas a casar con esa inglesa que ahora es tu mujer. ¡Me fallaste! —acusó con dolor tratando de alejarse con rapidez.

—¡Espera! —La detuvo William consciente de su error—. Sé que ante tus ojos soy un miserable que no merece conseguir esa redención que apacigüe mi alma, y tienes razón —dijo reflejándose en el

desprecio que gritaban esos ojos oliva: *sentía que la había perdido para siempre*—. Solo permite que Robert la encuentre tras leer esto —pidió entregándole el viejo sobre que su padre le dejó.

Ashanti solo tomó el documento y sin mirar atrás se perdió entre la espesura de los arbustos dejando a su hombre con un hueco en el alma.

Para William era evidente que la vida se empeñaba en que la historia se repitiera, él hubiera dado todo porque no fuese así, pero su error de una noche lo tenía maniatado. Aunque Ashanti era su prioridad, su moral lo ponía en un predicamento. *¿Acaso para que él fuese felizLady Clarie se merecía el escarnio público de la deshonra? o ¿Ashanti se merecía el lugar de amante y seguir siendo esclava junto con su hijo para estar a su lado?* Las dos preguntas se merecían un rotundo no por respuesta.

«*No puedo ser egoísta y pensar solo en lo que me hace feliz si es que quiero tomar la decisión correcta*», caviló consciente de que tal vez esta no sería del todo de su agrado.

Desde la fiesta de compromiso Juliet no podía quitarse de la mente lo que vio en el despacho. Que Ashanti y William se besaran con tal intensidad la hacía pensar que todos los rumores que una vez oyó en *Saint Helen* tenían algo de verdad, mas no creía que era su amante. El cómo la miraba desde antes, el amor que le prodigó entre besos y ese ardiente sentimiento tan palpable entre ellos revelaban que lo que tenían iba más allá de lo carnal.

Eso era evidente hasta para un ciego y ahora ella era testigo de algo prohibido que se obligó a callar pese a las normas sociales que la regían. Su silencio era en pago a la gran ayuda recibida por Ashanti, a quien veía como si fuese alguien importante en su vida. No sabía por qué pero su corazón se inclinó por esa esclava con quien era tan afín y a la que veía desde ayer padeciendo un dolor tan profundo que calaba el alma.

Juliet creía que era por la cercanía de la boda, sin embargo, la realidad era que la negra sentía que había perdido parte de su alma tras hablar con William. La verdad que le dio un respiro de alivio, le trajo la muerte cuando comprendió que su hombre y no su hermano ya era de otra.

«¿Por qué tuvo que ser así?», pensó la mulata reteniendo una lagrima traicionera.

—¿Lo amas demasiado verdad? —preguntó Juliet tomándola por sorpresa, pues Ashanti no comprendía a qué se refería—. Los vi en el despacho —anunció haciéndola temblar ya que era consciente de la amistad que Mrs. Taylor tenía con la mujer de William y temía que la acusara—. Tranquila no diré nada, solo necesito saber la verdad para poder decidir —aseguró sin ápice de maldad en su voz para ganarse la confianza de la mulata.

No mentía, ella estaba en un dilema desde la última vez que vio a

su hermana Susan. Esta la hizo partícipe del más oscuro secreto deLady Clarie y se sentía ruin al callar tan más bajo acto que traía la desdicha de dos seres que se amaban. Es por ello que necesitaba saber de labios de Ashanti si era verdad lo que veía para estar segura de no cometer error alguno en sus decisiones.

—Ama, yo, yo… —la negra vaciló temerosa, pero algo en esa joven le decía que podía confiar en ella como si de una hermana se tratara —. Lo amo con toda el alma, y me mata que ahora él sea de esa mujer —Bastaron esas palabras para convencer a Juliet.

—Te equivocas, él sigue siendo solo tuyo —aseguró la rubia sorprendiendo a la mulata por la seguridad con la que lo decía—. ¿Recuerdas las gotas que viertes en el vino de mi esposo cada noche? —Ashanti asintió consciente de lo que estas provocaban—. Ella las utilizó para manipular a Lord Lancaster e introducirse en su cama haciéndole creer que habían intimado. Lo hizo para obligarlo a contraer nupcias, sabía que como caballero no podía negarse.

Con tal revelación Ashanti sintió que las piernas se le doblaban. Y no era para menos, tras mucho sufrir por primera vez sentía que las cadenas que amordazaban su amor comenzaban a resquebrajarse.

—Ama, dígame que no me está mintiendo —pidió llorando, sin poder comprender cómo una blanca podía ver su relación con buenos ojos.

Juliet, pese haber sido educada con ese estigma social hacia los negros, los veía como humanos no como bestias y le causaba empatía lo que vivían. Además había algo que pocos conocían de ella, era una ferviente defensora del verdadero amor: *ese con el que siempre soñó*. Por ello veía en Ashanti y William a dos personas que se amaban y no a amo y esclava como cualquier otro y estaba dispuesta a ayudarlos en lo que la necesitaran.

—No, mujer, *Milord* nunca la ha tocado y si es verdad lo que vi, puedo asegurar que su corazón te pertenece.

Esas palabras eran sagradas para Ashanti y la hacían atravesar una intensa mezcla de emociones. Por un lado la felicidad de saber que su hombre no había sucumbido a la pasión de otra y por otro el coraje la hacía querer arrancarle los pelos a esa inglesa alevosa. Ahora más que nunca lucharía por él y comenzaría por buscarlo antes de que fuera tarde, pues la boda se celebraría en dos semanas.

William cabalgaba a todo galope surcando el bosque hacia el único lugar donde quería estar: *en los brazos de su mujer*. Llevaba en la mano un pedazo de papel, sujetándolo como su bien más preciado, y cómo no serlo si contenía una nota de su amada.

Seguía embriagado de la alegría que le causó ver su descuidada caligrafía, reconocería en cualquier parte sus trazos titubeantes por lo que no dudó de su origen. Ni siquiera porque la mensajera fue Mrs.

Taylor, quien con el pretexto de ayudar en los preparativos de las nupcias llegó a *Saint Helen* sin levantar sospecha alguna. Todavía no comprendía por qué se prestaba a ayudarles a consumar algo fuera de los estándares sociales, pero eso no le importaba más que ver a su negra.

En cuanto abrió la puerta del *Chalé* encontró en medio de la pequeña salita a su mujer: *se veía hermosa irradiando un brillo en la mirada que reflejaba amor puro.* Ambos enamorados estaban exaltados y movidos por esa emoción se arrojaron a sus brazos sumiéndose en un candoroso abrazo. Tan intenso que por unos momentos sentían que tocaban sus almas.

Ashanti hubiera querido seguir así, mas se moría por revelarle la trampa de la que había sido víctima. Sin reparo alguno se lo dijo causando en William una expectación enorme. En verdad estaba muy molesto por haber sido blanco de esa burla que bien pudo ser fraguada por su madre. Ambos pensaban lo mismo pues eran ajenos a esa información.

—¡¿Cómo pude ser tan iluso?! —espetó sintiendo ganas de hacerles pagar su afrenta. No estaba dispuesto a ser su marioneta y mucho menos seguir adelante con esa unión del infierno—. Mi madre me va a oír —aseveró determinado en ir a poner las cartas sobre la mesa.

—¡No, por favor! —Lo retuvo la mulata—. Si se entera de que ya sabes todo… no sé lo que haría para separarnos de nuevo —dijo con la voz temblorosa recordando la maldad que vio en sus ojos cuando la amenazó con venderla a las minas.

William estaba enterado de ello y con lo que leyó en el diario de su padre confirmaba que la maldad y el odio de su madre no tenía límites: *él no estaba dispuesto a poner en riesgo a Ashanti ni a su hijo.*

—Tienes razón, por el momento ambas deben creer que se han salido con la suya… —dijo abrazando a su mujer, posando los labios en su frente—. Pero te juro que les haré pagar por esta treta que casi nos separa para siempre —Tomó el rostro de su negra entre sus manos mirando con intensidad esos ojos oliva que tanto lo embrujaban—. Te amo, Ashanti, no sabes cómo temí perderte.

—Y yo a ti, Will, con todo mi ser. Sin ti todo ha sido un infierno.

Con esas palabras él sintió que lo eximía de la culpa que tanto lo había amedrentado y sin preámbulos la besó con ímpetu. Regocijados en total libertad, sus caricias expresaban todo en el lenguaje etéreo y sublime que decía más que en mil palabras.

El candoroso contacto les nublaba la mente haciéndoles sentir ese estremecimiento embriagante que extrañaban. Los amantes saboreaban las mieles de sus labios y sus lenguas se acariciaban con esmero incrementando su necesidad de sentir más allá de lo que un beso les ofrecía.

Su piel lo pedía y sus manos lo buscaban con desespero perdiéndose entre las mullidas prendas dando paso a esa pasión desbordante que los calcinaba. William, como buen amante adicto a su mujer, la recostó sobre el diván y sintiendo el fuego en la sangre se abrió paso entre sus piernas. La adoraba entre besos al tiempo que desanudaba el corsé que aprisionaba esos senos turgentes que lo volvían loco mientras Ashanti le desabotonaba con rapidez cada prenda para sentirlo piel con piel.

—Mi negra divina, te extrañé tanto —jadeó disfrutando del cadencioso contoneo de su mujer que avivaba cada membrana de su virilidad.

—No más que yo —gimió Ashanti deshaciéndose en el recorrer de esas manos sobre su piel.

Embriagados de pasión las ropas cayeron dejando la piel expuesta para ser mordida besada y acariciada centímetro a centímetro. Se disfrutaban sin pudor reconociendo aun las imperfecciones de sus cuerpos: *practica que le encantaba a William.* Él gozaba besar todas y cada una de esas cicatrices que adornaban su cuerpo, adorando a su mujer de una y mil formas. Para Ashanti era como si sus besos las aborrecen haciéndola sentir que cada caricia dejaba huellas de amor que quemaba su alma.

«*Jamás amaré a nadie como la amo, ni desearé a otra como la deseo*», pensó devorando sus senos y recorriendo con las palmas el abultado vientre donde habitaba su hijo desde hacía casi 5 meses.

Con pasión veneró cada curva, aun las que modificaban su cuerpo provocando que Ashanti gimiera con más fuerza. Los gemidos incrementaron al sentir la enorme dureza de su hombre abriendo sus carnes, dejando a su paso un abrasador calor que la consumía cual carbón. A cada segundo quería más de él, por lo que lo adosó hacia sí con sus piernas para sentirlo en su totalidad y dar inicio a su ardiente danza.

El fuego bullía en sus carnes con cada certera estocada, haciendo sus cuerpos chocar con fuerza y al mismo tiempo con ternura: *fusión desigual que solo en ellos se daba*. Ante tal entrega el placer los quemaba con cada roce vibrante que marcaba el compás vigoroso.

Cada estimulo los hacia elevarse en una nube de pasión y Ashanti gozaba la tortura vehemente que elevaba su necesidad de rozarse contra él haciéndolo padecer el delirio de su entrega. La humedad y la calidez de su sexo eran una droga para él y en cada estocada sentía que nunca sería suficiente: *la necesitaría como el aire para respirar*. Movido por ese impulso primario y en medio de tan ardiente entrega, él le expresó su más profundo anhelo.

—Se mi esposa —jadeó William con potencia viéndola a los ojos al instante en que el interior de Ashanti apretaba su virilidad anunciando

su clímax por lo que sin romper el contacto visual incrementó la intensidad de sus embates.

Sabía que era una locura lo que acababa de pedir, pero era una locura que solo viviría con ella. No le importaba si no firmaban papeles o si era por sus ritos, quería que fuera solo su mujer, estaba decidido a todo con tal de que nunca más los separaran. Así de grande era su amor por esa mulata que lo miraba enamorada y con el corazón hinchado de alegría por tan gallarda propuesta: *el miedo jamás le impediría vivir a su lado.*

—¡Sí, sí!, contigo hasta el fin del mundo —respondió jadeante disfrutando la efervescente sensación en su sexo que parecía arrasar su ser llevándola al límite del placer al igual que a William.

Con tales sueños se quedaron abrazados disfrutando del contacto y sintiendo por fin que la vida les sonreía por permitirles ser uno como siempre…

Tras la candorosa reconciliación, William y Ashanti casi no podían verse, era difícil hacerlo en medio de los preparativos de una boda que jamás existiría. Sobre todo porque los supuestos suegros no dejaban de acaparar el tiempo de los prometidos que se casarían en 4 días. El motivo de seguir con la farsa era evitar que alguien tomara acciones más drásticas y separara a los amantes furtivos antes de que huyeran de esa sociedad que marginaba su relación.

Lord Lancaster se sentía frustrado por no poder róbasela de una vez sin que nadie sospechase de él en ese mundo dominado por las apariencias. Sabía que si lo hacía en ese momento los pondría en peligro debido a la investigación de un supuesto desvió de recursos ilícitos en apoyo a esclavos fugitivos. Por lo menos eso era lo que decía la notificación del juez en cuanto llegaron a investigar sus libros y cuentas. Desconocía que tal injuria venía desde el mismísimo infierno donde Alexander Dagger ardía. Incluso muerto logró cumplir su venganza ya que su socio anónimo hizo la acusación con el afán de derrocar a su competidor más fuerte en venta de tabaco.

Tal bajeza tomaba fuerza con su actuar de los últimos meses, la sociedad de *Virginia* comenzaba a creer que sus afectos hacia los negros eran muy claros. Aunque nadie lo dijera a viva voz, él sabía que seguían acusándolo de haber ayudado a Robert a escapar de su celda: *la gente de ese poblado prejuzgaba y acusaba a diestra y siniestra*. Es por ello que se abstenía de liberar a Ashanti con la mano en la cintura.

«*Así tenga que volver a mancharme las manos de sangre o morir para lograrlo, Ashanti y mi hijo serán libres*», pensó esperando en el *Chalé* acompañado de Timothy.

Tenía el deseo de que sus planes resultaran y de que la confiable Mrs. Taylor hubiera podido entregar la misiva que envió a Ashanti

igual que las anteriores a esa. Nunca dejaría de agradecer que se haya convertido en su aliada. «*Los designios de Dios son misteriosos pues sin saberlo ayuda a su propia hermana*», reconoció agradecido.

Pareciera que todo estuviese a su favor, tanto que gracias a que no podía ver el ajuar deLady Clarie pudo salir sin dar explicación alguna. Ni su madre sospecharía que estaba por ver a su mujer y cumplir su más anhelado sueño. Uno que no solo era amarla a escondidas y hacerle el amor sin pudor dejando que sus cuerpos fueran esclavos de esa pasión que los elevaba a los cielos experimentando un gozo más allá de lo carnal.

«*Esta tarde Ashanti será mi mujer ante Dios*», pensó dichoso sin poderlo ocultar. Hasta Timoty lo veía en su actuar y su mirada, ya no había rastro de esa tristeza que lo embargaba desde que lo conoció en esa noche en el manantial y eso le alegraba en demasía.

En The Paradise.

—Amita, tengo miedo de que los demás se lo digan al amo y se moleste —pretextó la esclava señalando sus ropas: *un vestido de satén azul con encajes y bordados plata*. Y no es que fuera desagradecida, apreciaba el gesto en verdad pues jamás nadie le había dejado usar una prenda tan hermosa—. Si tan solo me dijera por qué es necesario que vista así, yo…

—No seas terca. Ya te dije que es una sorpresa y debes verte hermosa para Lord William que no te ha visto en días —pretextó Juliet incrementando la curiosidad de la negra que de por sí desde el día anterior estaba ansiosa por ver a su hombre tras recibir su misiva —. Además, nadie verá el vestido si lo ocultas bien —aseguró colocándole la vieja capa raída que la cubría en su totalidad y sin más, salieron de *The Paradise* montadas en una carreta conducida por Robert.

Vestida así nadie sospecharía, mucho menos sir Thomas quien creía irían a ayudar a los Lancaster en sus preparativos nupciales. Tras un recorrido relativamente corto llegaron a esa pequeña construcción oculta en el bosque.

El corazón de Ashanti, ya hinchado de alegría, se aceleró dichoso al ver a su hombre tan gallardo como siempre aun con el bastón. La presencia del reverendo Dennson le dio la corazonada de que este encuentro con William sería muy diferente a los anteriores. Y no se equivocaba, él se encontraba ahí para cumplir la peculiar petición de su amigo*: oficiar un matrimonio*.

—¿Por qué están todos aquí? —preguntó absorta Ashanti viendo bajar a Robert y a Juliet de la carreta como si fuesen a quedarse.

—Mi negra linda, hoy delante de todos ellos serás mi esposa — anunció William señalándole la base del grueso roble donde yacía un pulpito improvisado donde se oficiaría su unión, una sin validez legal

ya que la sociedad no lo aceptaba. Sin embargo, para él bastaba con un juramento y unas palabras nacidas del corazón para ser un matrimonio ante los ojos de Dios: *sin contratos matrimoniales, ni leyes terrenales de por medio.*

Ashanti no podía creerlo, estaba tan emocionada que temblaba de pies a cabeza*: por fin sería esposa del amor de su vida y eso era más valioso que todo el oro del mundo*. Era la más hermosa sorpresa que su hombre le había dado y estaba segura de que la orquestó ayudado por Juliet. Pero seguía sin comprender la presencia de Robert, y más después de todos los roces que tuvo con William.

La pequeña Juliet, ajena a las rencillas entre los hermanos, quiso apoyar con un testigo más. No lo creyó inadecuado ya que para ella, el que él se prestara a fingir un matrimonio con Ashanti con tal de evitarle un futuro trágico decía mucho de él. Por ello confiaba en que sería el indicado para apoyar a la pareja. Por fortuna, cuando Robert se enteró de las nupcias, por muy extraño que pareciera, por primera vez no lo vio con malos ojos.

Si bien ese matrimonio le restregaba en el rostro que ella jamás sería de él, ya no le dolía como antes. Tal pareciera que su corazón se hubiera resignado a que esa mujer que tanto quiso, amaba a otro y que entre ellos solo existiría ese cariño de dos personas que se criaron juntos. Ahora solo le deseaba lo mejor aunque no fuese a su lado.

La revolución de su pensar fue a raíz de esa carta que Ashanti le leyó. En ella supo que su madre alguna vez fue víctima de un sentimiento así de intenso por un blanco. Al principio le confundía, pues siempre pensó que había sido producto de un abuso, aunque en la misiva, Lord Arthur derrumbaba toda mala imagen que tuviera de él.

Todo eso le hizo comprender que en el corazón no se manda y que para Ashanti sería más un hermano que un hombre. Por esa sola razón le ofreció su brazo sintiendo la obligación de guiarla hacia ese Lord que tiempo atrás consideró su enemigo, como si con ese acto se la entregara.

Ni él mismo entendía cómo el odio desmedido hacía él fue apaciguado. *¿Acaso sus rencillas se acabaron? o ¿simplemente su orgullo fue sometido?* Robert no lo sabía, pero las palabras del que fue su padre habían dejado una huella profunda. Y cómo no si con ellas le dejaba claro que fue amado junto con su madre pese a haber sido abandonados por motivos muy diferentes a los que siempre imaginó.

«*Ese hombre pa´siempre deseó que no nos viéramos separados po´los estigmas sociales o raciales*», fue lo último que pensó mirando con fijeza a William quien tomaba a Ashanti frente al improvisado pulpito que presidía Timothy armado con una biblia.

Ese simple gesto sin palabras fue suficiente para que William

supiera que no solo a él le había afectado leer las revelaciones de su padre. Y al igual que en Robert resonaba sin cesar ese deseo de su progenitor. Por eso estaba dispuesto a darle, en los próximos días, una buena suma de dinero junto con una falsa carta de libertad para que escapase e hiciese su vida en paz. Aunque eso era lo que menos le importaba en esos instantes. Su único interés era Ashanti, que lucía hermosa y no solo por las finas prendas: *su negra tenía una belleza especial que aun con harapos resplandecía.*

En cuanto el reverendo anunció el motivo de su reunión, Ashanti, sintiendo que el corazón se le salía del pecho, se perdió en la mirada de William. Enamorados escuchaban las hermosas palabras que Timothy declamaba, con ellas dejaba un gran mensaje de amor en esa pareja que tenía frente a él. Este calaba profundo pues les hacía ver que Dios no reprobaba esa unión y que, pese a lo que la sociedad dijera, ambos eran sus hijos: *dignos de amar y ser amados*.

Ninguno de los presentes había atestiguado nada igual y el reverendo en especial se sentía honrado de haber sido elegido como oficiante de la unión pura y sin maldad de sus amigos. No tenía duda de ello pues, sus votos eran nacidos del alma, sin ensayos, ni mascaras: *esos jóvenes profesaban las promesas de amor más profundas que había escuchado en toda su vida.*

—Por el poder que Dios ha depositado en mí, yo les declaro marido y mujer. Lord Lancaster, puede besar a su esposa —anunció imprimiendo en los cónyuges la dicha de que nada, ni nadie jamás los separaría: *ahora eran esposos ante los ojos de Dios.*

La pareja exhalaba felicidad en ese profundo beso que decía más que miles de tratados sobre aquel sentimiento que muy pocos conocían. Sin necesidad de una fiesta ostentosa o vestidos caros, eran felices y hacían castillos en el aire con el sueño idílico de ser libres: *ella de las cadenas y él de la sociedad*. Y no es que fueran ilusos, era solo que la bruma de su amor no les dejaba ver las oscuras nubes que amenazaban con cimbrar los cimientos de su castillo.

¿Cómo lograrían desafiar los dogmas sociales de su época?, era la pregunta que primaba en sus mentes carentes de respuestas. Solo estaban seguros de que para lograrlo tendrían que escapar a un lugar donde no fuesen señalados, pero *¿dónde?* Ninguno de los dos lo sabía, aun en ese mítico poblado de negros libertos, del cual Ashanti hablaba, serían señalados.

«*Nadie en este mundo comprenderá jamás que cuando hay amor no existe clase social, ni color de piel que lo corrompa, y mucho menos que nuestras almas serán una sola para siempre*», pensó Ashanti besando a su ahora esposo.

En unas horas sería la boda Lancaster y Sir ThomasTaylor estaba inquieto en su despacho, el motivo era una misiva para su mujer que había interceptado a manos de una esclava. De por sí era muy raro que Juliet intercambiara cartas con Lord William sin su consentimiento, más lo fue la insistencia de la mensajera por entregársela solo a ella. Esos actos fueron suficientes para incitarlo a leer el revelador contenido que rezaba así:

«Mi amor:

No sabes lo mucho que he luchado contra el impulso de ir a tu encuentro y echar todo por la borda sin importar que mi madre o Sir Thomas nos persigan por robarte de su lado. Los días se han vuelto eternos sin tus caricias, sin tus besos y sin el reflejo de tus ojos oliva que me devuelven el palpitar cada vez que me miras enamorada. Extraño tu esencia, tus sonrisas, el roce de tu piel y sentir tu intensa entrega cuando te hago mía.

Por amarte aunque sea unos minutos a escondidas soy capaz todo, pero lo soy más por amarte con libertad toda la vida. Esa es la razón de mi fortaleza para soportar la espera, sin embargo, hoy que estamos a unas horas de cumplir ese sueño que tanto anhelamos, la ansiedad de ti me vuelve loco. Es por eso que me atrevo a escribirte declarándote entre líneas el amor que mis caricias trazan en tu piel. Ese amor que te protegerá y que nos une con la bendición del creador.

Ansío que nuestros planes salgan a la perfección; cuando todo el mundo esté esperando el tan anhelado enlace conLady Clarie, tú y yo estaremos muy lejos camino a la felicidad. Es por ello que me permito recordarte la importancia de que te reúnas a las 2:30 pm con Timothy en el cruce del camino real, solo así podrá transportarte segura hasta nuestro encuentro en el entronque del río.

Siempre tuyo: William Lancaster».

El confundido Sir Thomas inundado en ira y celos de inmediato dedujo que esas osadas palabras eran para su joven esposa. Lo que tenía en manos era una burla a su persona al igual que las imágenes insanas de Juliet junto a Lord Lancaster que lo torturaban: *sus cuerpos sudorosos unidos por el pecado embriagados de pasión*. Eso era humillante cuando con él siempre existió esa rigidez cada vez que intentaba hacerla su mujer. Siempre pensó que era por su pudor, pero ahora estaba seguro de que lo rechazaba mientras que con Lancaster retozaba cual meretriz.

—¡Se ha estado revolcando con él! —espetó queriendo matarla por lo que la buscó por todos lados.

Faltaba poco menos de una hora para la hora pactada así que todavía estaba a tiempo de impedir que se fugara. Al no encontrarla en casa, salió iracundo temiendo no alcanzarla hasta que la encontró en una zona poco vigilada en los límites de su propiedad acompañada de Ashanti. No tenía duda de que esa esclava fuese la celestina que la ayudaba para poder escapar con su amante. El ignorante hombre no sabía que los papeles eran al revés. La mulata estaba por escabullirse entre los matorrales cuando Sir Thomas gritó colérico tomando a Juliet del brazo:

—¡Maldita, casquivana! —Las jóvenes estaban asustadas pues las había descubierto ese hombre fuera de sí. Todo fue tan rápido que ni tiempo les dio de reaccionar cuando él abofeteó a la rubia con tanta fuerza que cayó al suelo—. Pero ni creas que te vas a escapar con tu amante, ¡primero te mato! —amenazó estrujándole el cuello colocándose a horcajadas sobre ella.

—¡Déjela, la va amatar! ¡Ella no hizo nada malo! —gritó la mulata desesperada al ver a Juliet luchando por respirar y con los ojos inyectados en sangre. Pudo haber escapado y dejarla a su suerte, mas la necesidad de salvarla la dominó y se abalanzó sobre el hombre quien le dio un tremendo codazo en la cara que la hizo trastabillar.

». ¡No te metas, sucia negra alcahueta! —amenazó Sir Thomas sin dejar de ejercer presión en el delgado cuello.

«¡Dios de los blancos, ayúdanos!», rogó la mulata forcejeando con el agresor.

No muy lejos de ahí, Robert también intentaba escapar como deseaba desde que William a escondidas le dio suficiente oro y papel moneda, junto con una falsa carta de libertad. Sin embargo no lo hizo, acordó fugarse el mismo día que ellos para no estropearles los planes ya que esa misma tarde abordarían una embarcación hacía otro continente. Estaba por lograr su sueño cuando escuchó el alboroto y de inmediato reconoció la voz de ese clamor: *Ashanti.*

Ella ya no era su responsabilidad, aun así el sentimiento de protección afloró en él y sin dilatar llegó hasta ella. Sin comprender

qué había pasado se abalanzó con todo su cuerpo hacia el viejo que intentaba asesinar a Juliet, quien ya estaba inconsciente. Fuera blanca o no, ninguna mujer se merecía ser tratada así y mucho menos una niña como ella que su único pecado fue tratarlos como personas.

Con el impacto logró liberar a la joven, pero la riña no acabó ahí: *el ágil anciano se liberó de su agarre e intentó patearlo y Robert lo esquivó*. Sir Thomas viendo la desventaja ante el corpulento hombre desenfundo su arma e intentó disparar, mas su oponente comenzó a forcejear para quitársela, sumiéndose en una danza letal entre gritos e insultos.

Ashanti, con mucho esfuerzo, logró arrastrar el cuerpo inconsciente de su hermana para protegerse tras una roca sin dejar de pensar en que Robert saldría herido. La negra cavilaba una forma de ayudarlo cuando el estruendoso disparo la sobresaltó temiendo lo peor. Tras un sepulcral silencio, salió de su escondite temblando al encontrarse con la sangrienta escena: *el anciano tendido a los pies del esclavo sobre un charco de sangre.*

—¡Robert! —gritó con alivio arrojándose en sus brazos y entre sollozos le dio gracias por haber llegado a tiempo.

Apenas se recomponían del susto cuando a lo lejos se escuchaba el ladrido de esos perros del demonio comandados por los guardias de *The Paradise*. Los esclavos sabían que ese era un anuncio de muerte para cualquiera que fuese sorprendido en algo ilícito y ellos tenían el letrero de culpables en todo lo alto. No solo estaban escapando, sino que el cuerpo del amo los tachaba de asesinos.

—¡Corre, no podemos quedarnos aquí! —ordenó el negro jalándola de la mano.

—No podemos dejarla aquí, van a pensar que ella es culpable —replicó Ashanti señalando a Juliet quien comenzaba a reanimarse algo confundida.

Llevársela solo los retrasaría, pero Robert no pudo decir que no a esa mirada suplicante y mucho menos tras ver esas marcas amoratadas que manchaban el blanco cuello de la rubia. Así que sin esfuerzo alguno la cargó cual costal de papás y la llevó con ellos, rogando al cielo que los guardias estuvieran lo suficientemente lejos como para darles la oportunidad de escapar.

«*Dios haz que lo logremos*», rogó Ashanti en su interior corriendo delante del esclavo.

Necesitaba llegar cuanto antes con el reverendo o de lo contrario corrían el riesgo de perder la única embarcación que saldría ese día. Así lo había planeado con William para no dar lugar a que alguien los alcanzase, pues se suponía que para cuándo se dieran cuenta de su ausencia el barco ya habría zarpado hacia su libertad.

* * * *

William se encontraba ante el altar montado en el jardín principal de *Saint Helen*, la ansiedad reflejada en su rostro era confundida con la experimentada por todo futuro esposo. Al menos eso creían aquellos que con falsas sonrisas le daban sus parabienes. La realidad era que buscaba entre los invitados a su aliada de fuga: *Mrs. Juliet Taylor*. Necesitaba que le confirmara si Ashanti escapó, pero no la veía por ningún lado y eso le preocupaba. Lo único que lo detenía de salir corriendo era que tampoco Timothy había llegado, señal de que hacía casi una hora llevaba a su amada e hijo rumbo a su libertad.

«*Ya casi es hora*», pensó sintiendo que el corazón se le aceleraba al ver que el reloj de bolsillo marcaba las 3:20pm.

—¿William, será que el reverendo Denson no se dignará a venir? Debió llegar hace más de media hora —reclamó casi en un susurro Lady Lancaster para evitar habladurías.

Por primera vez no sintió como pesadas las exigencias de su madre, pues esas palabras eran la señal que esperaba para huir sin levantar sospechas.

—Y mi hermana junto con Sir Thomas Taylor tampoco han llegado —agregó preocupada Susan Dagger.

—Es muy probable que se encontraran con un obstáculo en el camino, Madre. Si me permite debo ir por ellos para dar comienzo a la ceremonia —se excusó William saliendo del recinto. Lady Lancaster no objetó pues no imaginó en ningún momento las ocultas intenciones de su hijo quien estaba dispuesto a dejar esa vida repleta de falsedad.

«*Si me doy prisa llegaré a tiempo al entronque del río*», pensó William montado en su caballo al salir de la caballeriza.

Pareciera que el destino pintaba para bien cuando de repente, toda una cuadrilla de soldados frenó su paso apuntándole con sus armas de fuego. Tal despliegue de autoridad alarmó a los presentes, mas no limitó al personal de *Saint Helen* para encañonar a las autoridades, protegiendo al amo y señor de esas tierras.

—Lord William Lancaster, se le encuentra culpable de traición al gobierno a los *Estados Unidos de América* por malversación de fondos y negocios ilícitos con esclavos fugitivos —citó el de más alto rango delante de todos los invitados causando expectación y murmuraciones.

—¡Esto es un atropello! —espetó Lady Lancaster quien más que preocuparse por la suerte de su vástago lo hacía por el qué dirán.

—No pueden urdir tal blasfemia y venir a acusarme sin pruebas —aseveró el ojinegro sin ápice de miedo en su actuar.

—Se encontraron las reses de esta hacienda en posesión de un poblado de sucios fugitivos y cotejando con sus libros estas nunca fueron reportadas como pérdida de los atracos —reviró el oficial dando la orden de detención por lo que se desató un zafarrancho.

Entre gritos por parte de los invitados, disparos y el relinchar de los

caballos, William Lancaster pudo escapar a todo galope sin poder librarse del todo de sus perseguidores. Él no comprendía por qué la vida se empeñaba en evitar que cumpliese su sueño junto a su esposa, pero eso no lo detendría, escaparía con ella sí o sí.

«Espérame, amor, pronto seremos libres», pensó ese hombre enamorado que esquivaba los troncos que obstaculizaban su andar, sintiendo que daría todo por amar a esa mulata dueña de su corazón.

* * * *

En medio de la reyerta entre las autoridades y los guardias de *Saint Helen* los invitados escaparon para salvaguardar sus vidas. Tremenda confusión dio pie a que varios esclavos huyeran, entre ellos Peisha, no quería morir como los que presentaron resistencia. Laurie fue una de las desafortunadas, la negra fue usada como escudo por Lady Lancaster cuando se sintió en peligro, sin importarle la vida de su esclava.

De hecho a ella no le importaba nada más que el escándalo que se cernía en su familia. Ella no podía creer que su único hijo hubiese manchado así su apellido y quitarle su antigua gloria por culpa de sus malos afectos hacia esos inmundos negros.

«¿Por qué tuviste que hacerlo, William?», pensó temiendo que lo mataran por evadir a las autoridades, que en ese momento estaban tomando posesión de sus bienes. Según las leyes de ese rudimentario país perderían sus tierras como pago a su afrenta.

Con aspecto desaliñado y con una Susan asustada tras ella, salía de la propiedad con sus últimas pertenencias en las maletas. Ambas estaban siendo echadas como perros, mientras su administrador se encargaba de los aspectos legales para rescatar algo de esas tierras olvidadas por la mano de Dios.

Sin amistades que la amparasen y sin ningún lugar decente donde no sufriera el escarnio público, la humillada Lady Lancaster pasaría la noche en la desvencijada cabaña Dagger. Bien pudieron pedir asilo a Sir Thomas Taylor, pero en poco tiempo se corrió la voz de su muerte y el rapto de su mujer, lo que tenía muy consternada a su hermana. Solo se preguntaba cuál sería el destino de su gemela.

Lady Scarlett sentía que era lo más bajo que había caído y pensó que sería muy difícil salir de esa situación. No es que no contara con más propiedades y dinero en *Inglaterra*, pues las tenía al por mayor. El problema era que la humillada madre sabía que lo sucedido se oiría hasta en el fin del mundo*: los Vizcondes de Darmounth tan ofendidos lo divulgarían para justificar por qué fue que rechazaron la boda.* Con tales habladurías, hasta sus más íntimas amistades le rehuirían y sus negocios se verían afectados, al grado de que no tardarían en fracasar.

—Todo mundo nos va a señalar a donde vayamos —dijo llorando desgarradoramente, sufriendo desde ya los estragos de su ruina social.

—¿Cómo puede importarle más eso que la seguridad de su propio hijo y la desaparición de mi hermana? —reclamó Susan molesta.

—Porque eso se arregla con el tiempo, un luto o una espera. Mientras que el escarnio público dura hasta la muerte, niña estúpida —dijo con un tono gélido mirándola con ira.

Esas palabras demostraron la frialdad de esa mujer, una que la joven no podía comprender.

—Entonces no creo que esto le interese —respondió con displicencia mostrándole el sobre que Mr. Andrew Smith le entregó para que se lo diera de parte de William. Sin embargo, este sí le interesó a la adusta dama quien lo tomó impaciente para comenzar a leer la misiva.

«*Madre:*

Para cuando lea esta nota ya estaré demasiado lejos cumpliendo los anhelos de mi corazón, esos a los que usted tanto se negó a que alcanzara. Sé lo mucho que esta noticia puede estar afectándole por el qué dirán y el qué tanto se manchará nuestro apellido por dejar ante el altar aLady Clarie, y es precisamente por esas razones que renuncio a todo lo que ser un digno Lancaster conlleva. No puedo seguir siendo parte de una sociedad que se maneja bajo una doble moral mostrando a todos una apariencia impecable y por dentro ser más pútrido que un cadáver en un sepulcro.

No, Madre, es imposible tratar de ser alguien que no soy y arruinar mi vida al unirme a una mujer que fue capaz de sedarme para hacernos creer que la tomé sin reparos. Pero es mucho más imposible renunciar a ese amor que usted tanto aborrece y tacha de inmoral.

Como estoy seguro de que se enterará por otras lenguas, no puedo ocultarle que he elegido a Ashanti, ella no es hija de mi padre como usted siempre ha creído. Es por ello que le dejo sus memorias para que la turbación de un pecado inexistente deje de amedrentar su alma y tal vez encuentre la paz como lo hice yo al leerlas. Esa paz que me abrió la mente para poder decidir entre una vida recluido en una jaula de oro y el amor. Escojo mil veces el amor de mi mujer aun si por eso tengo que renunciar a mi posición para hacer una vida al lado de ella y mi hijo. Sí, leyó bien, seré padre de una creatura que nacerá libre, sin ataduras, ni impedimentos en su vida. Prefiero una vida sin lujos junto a ellos que una llena de riquezas que no llenarán el vacío de un corazón destrozado.

Sé que en estos momentos soy para usted una calamidad en la familia y estará dispuesta a todo con tal de evitar mi felicidad. Como decía mi padre, sus odios no tienen límites, así que le pido no nos busque porque jamás nos encontrará. En cuanto a su posición económica y social, no se preocupe, adoso a esta carta los poderes que la acreditan como dueña única de la herencia familiar y albacea de toda propiedad fuera del título. Así como la sesión de este al siguiente en la línea de sucesión junto con las detalladas instrucciones que Mr. Smith sabrá llevar a cabo.

Atte: William».

Lady Scarlett no podía creer lo que acababa de leer, enterarse de que su hijo planeó una fuga con la esclava era la gota que derramaba el vaso. Se creyó una ilusa por no haber descubierto sus intenciones, ya que siempre creyó que había triunfado al separarlos. La ira bullía en su interior al saber que su vástago tiró todo por la borda por entregarse a ese pecado vehemente hecho mujer.

—¡Te prefiero muerto antes que en brazos de esa negra!, ¿me oíste?, ¡muertooooo! —gritó desquiciada en el marco de la puerta sintiendo que perdía el conocimiento. No sabía que la fuerza de sus odios justo estaba por alcanzar al fruto de sus entrañas trucando su camino…

Timothy esperaba en el punto acordado con la carreta equipada con documentación, dinero y oro que William le entregó días atrás. En cuanto vio llegar a Ashanti dedujo que la fuga no había sido del todo exitosa. Y cómo no pensarlo si corría despavorida en compañía de Robert y Mrs. Taylor, que ya consciente decidió escapar de esa vida que le esperaba. «*Ya encontraría la forma de hacérselo saber a su hermana*», pensaba la rubia.

Viendo el apuro del trio, el reverendo no cuestionó nada y en cuanto abordaron se puso en marcha. En el camino, ambos esclavos de forma apresurada le contaban lo sucedido y el porqué de su aspecto lodoso, el cual fue de mucha utilidad para quitarse el aroma a sangre y despistar a los perros de caza. Con un asesinato a sus espaldas no podían darse el lujo de parar y dejarse atrapar, por ello Ashantí pese a su estado no objetó en correr.

—Ahora más que nunca veo peligroso el que tomen un barco, para cuando lo hagan las autoridades tendrán sus señas. Porque tengan por seguro que creerán que se han fugado por asesinar a su amo. Y pensarán que han raptado a su esposa —aseguró preocupado el hombre de Dios mientras que Ashanti imaginaba la escena siendo encarcelada.

—No podemos quedarnos en este país donde nunca seremos libres y nos perseguirán hasta matarnos como perros —replicó la esclava casi llorando pues muy en el fondo sabía que el reverendo tenía razón.

—Si huyen hacia el norte, hasta salir del país, estarán más seguros. Existen algunas colonias inglesas donde podrán hacer una vida lejos de esta sociedad esclavista.

Como hombre de viajes largos sabía muy bien dónde se ubicaban pues alguna vez estuvo en esos lares. Ahí, por muy utópico que pareciera, la gente negra no sufría la opresión de la supremacía blanca como en *Virginia*, si bien no tenían altas posiciones, por lo menos se les daba la oportunidad de una vida digna como a cualquier humano.

Esas palabras esperanzadoras dieron animo a Ashanti por lo que

asintió llena de entusiasmo, acordando decírselo a William en cuanto lo viera. Llegando al punto de reunión, Robert se bajó de la carreta dispuesto a seguir el viaje por su cuenta. No era su plan escapar junto a la feliz pareja y mucho menos cargar con una blanca que sabrá Dios cuál sería su destino. Estaba por tomar su morral cuando algunos balazos y gritos de jinetes interrumpieron el lugar.

Ashanti, alarmada, volteó hacia dónde provenía el alboroto creyendo que eran sus perseguidores, pero cuál fue su miedo al ver a su esposo escapando cual fugitivo de los guardias. El corazón se le aceleró de inmediato y quiso bajar para auxiliarle al instante en que fue derrumbado por un osado jinete al darle alcance.

—¡Huye! —alcanzó a decir William preocupado de que ella saliera afectada en el alboroto.

Ella se negaba a obedecerle, simplemente no podía dejar al padre de su hijo en esas condiciones, no cuando él arriesgó la vida muchas veces por ella. El juramento que hizo ante Dios era sagrado y había prometido que estaría con él en las buenas y en las malas por lo que no dimitiría a la primer dificultad. Estaba por ir a su lado cuando Robert la frenó cargándola hasta ponerla en la carreta.

—Vete pa´el norte, mi negra, yo te juro que llevaré a tu hombre hacia ti —dijo mirándola con determinación y tras besar su frente, la carreta dio marcha a toda velocidad con un par de mujeres angustiadas que miraban la refriega que se armaba.

Los medio hermanos unirían sus fuerzas para combatir a los oficiales pero el estruendoso disparo y el lacerante dolor que atravesó la espalda de William, anunciaban su fin.

—¡No, mi amor! —exclamó con mucho dolor Ashanti viendo a lo lejos a su hombre caer de rodillas mientras que Robert se abalanzaba sobre el asesino.

La destrozada esposa sentía que todos sus sueños y esperanzas se veían reducidos a nada y quería morir junto con él. Y lo hubiese hecho arrojándose de la carreta de no ser porque un movimiento vigoroso en su vientre le recordó que había un pedazo de ese hombre dentro de ella. Era como si su hijo hubiese decidido moverse por primera vez para hacerle ver que no todo estaba perdido.

«Solo tú eres mi motivo para vivir», pensó inundada en llanto mientras Juliet la consolaba en sus brazos.

Pese a aferrarse a ese ser creado con el más puro y limpio sentimiento, Ashanti no podía dejar de reprocharle a Dios el haberle arrebatado al amor de su vida. Era como si hasta él se opusiera a verlos felices. La mulata se negaba a creer que el «*hasta que la muerte los separe*» que el reverendo pronunció hubiese llegado tan pronto.

—Te amaré más allá de la muerte —prometió viendo al cielo como si desde allí William la estuviese cuidando en ese nuevo comienzo que

prometía ser más llevadero en tierras desconocidas.

New Brunswick, Colonia inglesa. Mediados de Octubre, 1838

Amanantando en el pórtico trasero de su casa a su pequeño, quien tenía toda su atención. Aunque por la forma en que miraba de soslayo el horizonte cualquiera diría que esperara la llegada de alguien.

Ashanti como todos las tardes desde hacía casi un mes estaba

La hermosa mulata acariciaba con ternura a su bebé prodigándole un amor infinito, descubriendo nuevas características que le recordaban a su padre: *el rostro afilado, el color de su piel y la nariz recta*. Se parecía tanto a ese hombre que tanto amaba que hasta tenía la peculiar marca en forma de media luna.

—Es tan hermoso nuestro hijo, mi amor —dijo como si William la escuchara desde donde estuviera.

Entonaba la canción de cuna que Caly le cantaba meciendo a su pequeño. La nostalgia la invadía al recordar cuando vio por primera vez esa marca en su hombre: *en esa tarde cuando se hicieron más evidentes sus sentimientos*. Era tal la necesidad de él que hasta lo imaginaba orgulloso cargando a su hijo diciendo «*es todo un Lancaster*».

Ella no podía evitar pensarlo a cada instante y menos con el fruto de su amor entre sus manos, por lo que las lágrimas se hicieron presentes. Aun después de casi cuatro largos meses no se sobreponía a su pérdida, haciendo de su existencia un mundo oscuro donde el único rayo de luz era su bebé. Le faltaba la presencia de su único gran amor y hasta se sentía culpable por el destino de Robert, pues por ayudarlos nunca pudo ser libre como siempre lo deseó y ahora estaba muerto.

Era una pena que se guardaba para sí, ni siquiera lo hablaba con Timothy o Juliet que vivían con ella brindándole su apoyo, ellos no la comprenderían. Quien lo haría si debería ser feliz ahora que no había cadenas, ni látigos opresores, era dueña de sí misma y madre de un hermoso bebé. Podría tener mil cosas más pero sin William todo se tornaba falto de brillo, hasta llegaba a pensar que gustosa volvería a ser esclava sin con eso él volviera a vivir. El destino le cobró muy cara esa anhelada libertad.

«Perder un amor como el suyo es una pena que jamás se irá mi corazón», pensó rogándole a Dios que le diera fuerzas para salir adelante junto a su bebé que ahora dormía placido.

—Aquí estás, mujer. Los Ricfield te buscan —anunció Juliet señalando la modesta construcción que habían comprado con el dinero de William para usarla como consulta—. Al parecer su hijo no se encuentra bien.

—Voy en un momento, ¿ya están en a la estancia? —cuestionó limpiando las lágrimas y tras un asentimiento de la joven le dio a su pequeño para que lo acostase en la cuna. Las hermanas, pese a no saber nada de su parentesco tenían una conexión muy especial y sabían que contaban la una con la otra.

—Tu mamá es muy fuerte, pequeño Will —dijo expresando su admiración. Los meses en esa travesía que decidieron vivir juntas habían servido para unirlas más como una familia. Por eso Juliet siempre estaba allí brindándole una mano cada vez que lo necesitaba.

Antes de entrar a atender a sus clientes, Ashanti dio un largo suspiro y puso su mejor cara encaminándose a hacer su trabajo. Uno por el que recibía un sueldo y no tenía que rendir obediencia a nadie, y por muy irónico que pareciera, por el que era respetada en ese poblado. Respeto que se había ganado por sus remedios tan efectivos a base de hierbas. Quienes los probaban quedaban tan satisfechos que los recomendaban en los poblados cercanos por lo que en poco tiempo se ganó el apelativo de *Madame miracle, le guérisseur du haut*: *señora milagrosa, la sanadora de los altos.*

—*Madame miracle*, nuestro pequeño no ha dejado de volver el estómago desde la mañana y ahora parece que no tiene fuerzas ni para llorar —anunciaron los angustiados padres al verla entrar.

—Lo debieron traer de inmediato, eso es muy peligroso —los reprendió Ashanti tomando al pequeño de no más de un año y tras palparlo unos minutos comenzó a preparar sus brebajes en un pequeño pocillo.

«Esta será una larga noche», pensó la mulata dispuesta a salvar a esa creatura y con una concentración imperturbable agregó y molió cuanta hierba necesitaba para después darle al bebé el brebaje mientras los padres la miraban sin rechistar.

Todos sus pacientes jamás replicaban de sus remedios pues confiaban más en ella que en los galenos cuyos honorarios a veces eran incosteables, en cambio la negra lo hacía a un costo mucho menor. Hasta llegaban a pensar que tenía un don de Dios y que por eso el reverendo con el que vivía junto con su joven esposa cuidaban de ella mientras realizaba el ministerio que el altísimo le había dado.

Nada más alejado de la realidad: *ni Timothy tenía esposa, ni cuidaba el ministerio de sanación de Ashanti*. La razón por la que la mulata no

cobraba excesivamente era porque con el dinero que dispuso William para ellos y con el que tenían de Robert les alcanzaba para bien vivir muchos años. Por eso habían podido conseguir con gran facilidad una propiedad, que si bien no era una mansión, les brindaba cobijo y comodidad.

Si ella se ocupaba de los enfermos era porque le gustaba ayudar, aunque más que nada porque necesitaba distraer su mente que tendía a navegar por los caminos tortuosos del dolor. Hasta el reverendo lo veía bien, solo así y con la ayuda de Dios la joven viuda podría salir del valle de sombras en el que se encontraba.

En cuanto al matrimonio entre Juliet y Timothy, la explicación era un tanto circunstancial. Las habladurías que se hicieron en cuanto llegaron al primer poblado que pisaron por ver a un hombre vivir con dos mujeres sin ser familiares fueron tremendas, lo que los obligó a irse de ahí. Bien pudieron callarlas viviendo separados, pero teniendo a Timothy como único protector, ya que las mujeres solas corrían mucho peligro, no lo creyeron prudente.

El hombre sentía ese compromiso para con su amigo, cuidaría de su mujer y ese pequeño que jamás conocería. Como estaba claro que no las dejaría, se mudaron a otro poblado obligados a ocultarse bajo un falso matrimonio a falta de papeles para hacerlo legal. Además de que eso los ocultaba del ojo de la ley por si alguien buscaba a la viuda Taylor desaparecida.

Juliet no quería volver a esa vida donde su madrina la obligaría de seguro a casarse con quién sabe qué persona: *no quería revivir el infierno que sufrió con su difunto esposo*. Prefería fingir ante la gente estar casada y un cambio de nombre a ser encontrada. Por lo menos en su nueva vida podía ser ella, sin reprimendas y era respetada por ese gallardo pelirrojo que procuraba su bienestar en todo momento y que, siendo un caballero, no se aprovechaba de ella.

Hasta comenzaba a disfrutar su cercanía y la caballerosidad con la que la tomaba del brazo o la protegía dándole su lugar cuando salían a las pequeñas calles en busca de víveres. A veces se le hacía poco el tiempo que fingían pues al llegar a casa volvían a ser solo dos conocidos. Lo cual le apenaba pues creía que era impropio el sentimiento que le provocaba, sobre todo cuando esos ojos grises se posaban en su persona como si la admiraran. La rubia se recriminaba pensando que eran imaginaciones suyas, sin saber lo que esa mirada en realidad expresaba.

Si bien Timothy jamás creyó verse en tal situación, no le costaba trabajo aparentar ser su marido. Tras varios meses de convivencia y esa familiaridad con la que se trataban delante de los demás, sentía que se comenzaba a tomar muy en serio su papel. No podía negarse a sí mismo que comenzaba sentir algo más que cariño por esa rubia de

mirada dulce. De no ser así no hubiera experimentado esos celos al descubrir a uno de los lugareños mirándola con lujuria. Y mucho menos sentir la necesidad de admirarla aun dentro de lo que era su hogar, pero esa brecha de la diferencia de edades era muy difícil de cruzar para pronunciarse ante ella.

Sin saberlo, ambos estaban tocando las puertas de lo que sería su propio cielo, uno que los colmaría de dicha cuando se decidieran a dar el paso y dejaran de lado los prejuicios que les limitaban. Sin embargo, ninguno de los tres habitantes de ese hogar intuía que los fantasmas de su pasado estaban a punto de alcanzarlos…

* * * *

Tras varios meses de huidas furtivas llegaban a *New Brunswick* dos hombres. Aunque no tenían aspecto de vagabundos, era obvio para cualquiera que los viera que la vida no había sido muy buena con ellos en los últimos tiempos. En efecto tendrían razón, pelear contra la muerte misma y viajar cual fugitivos durante largo tiempo cobró factura en su persona: *lucían un tanto demacrados por el cansancio.* Y cómo no estarlo tras librar por meses los retenes donde sus rostros adornaban los temidos carteles de «*se busca*» en el país vecino.

Siendo ambos unos temidos asesinos, o por lo menos así los tachaban, pendía sobre sus cabezas una jugosa recompensa. Eso los obligaba a mantener un bajo perfil en cada poblado de esas tierras extranjeras que visitaban lo cual era difícil: *no era común ver a un mulato y un rubio hacer una dupla fugitiva.*

Entraban a un sencillo establecimiento cuando el rubio sintió perder la fuerza de la pierna por lo que trastabilló, algo común en las últimas semanas tras andar a pie por meses. El esfuerzo al que se sometió no dejaba de cobrarle factura, si no fuera por las secuelas que le dejó la quemadura, él podría esforzarse como cualquier otro.

—Siéntese aquí para que repose —sugirió el dependiente del local ofreciéndole una silla.

«*Sabía que no aguantaría, pero es un terco po´que no sabe oír*», pensó el enorme negro reprobando su actuar.

—Lo soportaré, Robert —respondió el rubio adivinando su pensar y se puso de pie. Sabía que su dolencia se quitaría solo con descanso. Uno que no estaba dispuesto a darse en ese momento, no pensaba perder el tiempo pues cada día que pasaba sin saber de su mujer era un suplicio.

—Eres un terco, William —espetó el aludido—. No continuaremos hasta que un médico te vea esa pierna.

El comentario molestó al rubio pues no toleraba que lo tomaran como débil; desde que casi muere a causa de esos oficiales sentía que Robert lo consideraba así. No es que no agradeciera lo mucho que arriesgó por él, no cualquiera se arriesga a que casi le disparen en la

cabeza por salvar a alguien. Lo que William no sabía era que los impulsos de Robert eran diferentes, no solo le ayudaba por ser su hermano*: él había hecho una promesa y la cumpliría.*

Por eso y por los deseos de su difunto padre puso todo su empeño en auxiliar a William sacándole la bala que, para su suerte, se alojó en el hueso. Lo difícil vino después, por semanas el laxo cuerpo de su hermano luchó contra las temperaturas altas. Eso y el transportarlo a hurtadillas por las noches para evitar ser capturados no ayudaba a su recuperación. Por eso tardó poco más de un mes en lograr vencer al halo de la muerte que rondaba su lecho.

—No hasta que encontremos a mi mujer y mi hijo o hija, Robert —reviró William desatando un duelo de miradas para dominar la situación: *vaya que eran testarudos los dos*.

Al menos se parecían en algo, cortesía de Lord Arthur Lancaster. Esta vez la batalla la ganó William y no porque Robert fuese débil, él dimitió porque sabía lo mucho le urgía a su medio hermano hallar a su familia.

—Perdón que me entrometa, pero él tiene razón —interrumpió el mulato que los estaba atendiendo—. Del otro lado de la ciudad cruzando el río hay una curandera negra que se acaba de asentar hace poco junto con un religioso y su esposa, sus remedios son muy efectivos y…

—¡¿Una curandera con un religioso dijiste?! —cuestionó William impaciente tomándolo de la solapa—. ¿Cómo se llama? —presionó. Solo Dios sabía cuánto necesitaba escuchar de labios de ese hombre que lo miraba sorprendido el nombre de su esposa.

—*Madame miracle*, así es cómo le llaman —respondió soltándose del agarre del rubio que tenía la mirada perdida como si algo muy dentro de él se rompiera.

Y no era para menos, desde hacía casi veintiún días que llegaron al nuevo país buscando de colonia en colonia. Pese a las señas que daban de Timothy y las mujeres no los encontraban. Era como si se los hubiese tragado la tierra y eso incrementaba su temor de que algo malo les hubiese pasado. Hasta llegaron a pensar que iban en la dirección incorrecta, de no ser porque en un poblado algo retirado se enteró de que un trio similar trató de asentarse por esos lares hubieran cambiado de rumbo.

«*No duraron ni dos semanas, andaban en boca de todos por inmorales y de la noche a la mañana desaparecieron*», esas fueron las palabras del cantinero que se jactaba de estar bien enterado de la comidilla de los puritanos lugareños.

Si bien no consiguió los nombres, las señas coincidían. Lo que lo impulsó a no rendirse a encontrarlos entre miles de personas en un mundo lleno de retratos al óleo y registros de viajeros escritos a mano.

Así de complicado era el asunto.

William estaba perdido en su pensar debatiéndose entre si esa dichosa madame pudiera ser su mujer. El nombre no le decía nada y mucho menos el que estuviese con un religioso casado, Timothy era soltero, aun así algo dentro de él lo incitaba ir hacia ella. Aunque sea para salir de las dudas; necesitaba saber si ella era su mujer sí o sí. Sin decir nada y sin prestar atención al tirón de su pierna salió raudo con Robert tras él. Tenía esa determinación de no rendirse en la mirada y el negro sabía muy bien que no podía hacerlo cambiar de parecer, al menos eso aprendió los últimos cuatro meses a su lado.

En cuanto llegaron a una construcción apartada del centro. William sentía que con cada paso que daba su corazón repiqueteaba sin cesar. Al abrir la puerta casi se le detuvo al ver a una mujer de color ataviada con finas, pero nada ostentosas ropas. De espaldas nadie la reconocería, mas para él esa silueta, esa melena rizada y esa forma de moverse eran inconfundibles. Por un momento temió que fuese un sueño como tantos que tuvo, sin embargo, al escuchar la melodiosa voz pidiéndole que esperara para atenderlo supo que era real. Así que se posiciono tras ella, tan cerca que casi podía percibir su calor.

—No creo poder esperar más ahora que te encontré —anunció aspirando su fresco aroma, sintiendo las emociones a flor de piel sin saber que su gruesa voz evocaría memorias muy intensas en Ashanti.

«*Esa voz es idéntica a la de… No, eso es imposible*», pensó sintiendo un escalofrío que le recorrió la columna y perdió la fuerza en sus manos temblorosas dejando caer el cuenco que sujetaba.

Creía que su mente la había llevado demasiado lejos en su alucinación, hasta que unas fuertes manos que se sentían muy familiares la tomaron de la cintura. La mulata consternada se giró con brusquedad y al encontrarse de frente con el dueño de su corazón se paralizó al grado de que no pudo hablar.

—Te dije que te lo traería, mi negra —anunció Robert sonriéndole desde la puerta.

Verlos a los dos la sobrepuso y las imágenes de la última vez que los vio se hicieron presentes haciéndola perder el conocimiento en esos brazos que la acunaron como si fuese lo más valioso del mundo. William estaba pletórico por haberla encontrado por lo que no pudo evitar besar los labios que tanto extrañaba. Hasta las lágrimas recorrían su rostro sin importarle que su hermano lo estuviese viendo, no era menos hombre por llorar.

Ajenos a lo que ocurría, Timothy junto con Juliet desayunaban con el pequeño Will en brazos cuando de repente fueron interrumpidos por un inesperado visitante. No podían creer lo que sus ojos veían: *William cargando a Ashanti y Robert al lado.*

Sin preguntar, en medio de la conmoción, llevaron a la mulata a su

recámara y tras depositarla en su lecho William acortó la distancia con su amigo para darle un abrazo fraternal. Estaba gradecido de que haya cuidado de su mujer e hijo en el que tenía posada la mirada. Nadie tenía que decírselo, la pequeña creatura que cargaba Juliet era su hijo. Moría por tenerlo entre sus brazos, idea que lo inundaba de una felicidad extrema que no podía ocultar: *su vástago, en solo segundos, se le metió en lo más profundo del corazón.*

—Se llama William —anunció ella entregándoselo para colocarle las sales a Ashanti en la nariz, pero al parecer la impresión fue muy fuerte porque no reaccionaba. Tal vez sería mejor dejarla descansar por lo que todos salieron aunque William hubiese preferido quedarse.

Tras asearse y comer, los hermanos contaban las peripecias en las que se vieron envueltos, aunque habló más Robert porque Lord Lancaster estaba enajenado mirando a su hijo. Ese pequeño era suyo y de Ashanti, producto de su amor incorruptible por lo que no se cansaba de verlo y arrullarlo. En cuanto se durmió, con extremo cuidado lo colocó en la mullida cesta que tenían en la salita y besó su frente, prometiendo protegerlo y darle el más grande tesoro que un hijo puede tener: *amor sincero y comprensión.*

Pasaba de medio día cuando Ashanti, confundida, abrió los ojos encontrándose en su recámara. Recordaba muy bien lo último que vio por lo que se levantó de forma precipitada reencontrándose con ese par de ojos negros que la miraban con devoción desde el dintel.

Sin decir nada, William se introdujo cerrando tras de sí la puerta provocando un vuelco en el corazón de su mujer que todavía dudaba de lo que veía. Necesitaba comprobar que no era producto de su imaginación así que con el corazón desbocado levantó la mano para tocar ese rostro cubierto de fino vello que hacía lucir a William más maduro y gallardo. Y en cuanto hizo contacto percibió ese calor que recorría su ser evidenciando la realidad.

—Estás vivo —susurro teniéndolo frente a ella dejándose envolver por sus fuertes brazos.

—Sí, mi amor, lo estoy—anunció perdiéndose en el oliva de sus ojos al disfrutar del cálido contacto—. Jamás los dejaría solos —juró rozando sus labios carnosos.

Estar con su amor así era abrumador por lo que las lágrimas provocadas por la dicha rodaron por las mejillas de la mulata. William comenzó a besar cada una de ellas como si quisiese borrar el dolor que su ausencia le causó, provocando un estremecimiento intenso en su esposa. Tenerla así era como volver a la vida, todo su ser ansiaba su cercanía, su olor, su palpitar. Toda ella era adictiva por lo que no pudo resistir la tentación de perderse en un beso apasionado, ya tendrían mucho tiempo para hablar. Por ahora solo quería amarla como si no hubiese un mañana.

Ashanti se sentía en el cielo con ese beso que evidenciaba lo mucho que se habían extrañado y, olvidándose de todo, se dejó llevar por esa necesidad que los arrasaba cual tornado. Recostados sobre la cama, entre jadeos y caricias desnudaban sus cuerpos a la luz del día sin pudor alguno, necesitaban aplacar ese fuego que nacía desde lo más profundo de su ser: *besando, lamiendo, tocando, mordiendo y saboreándose el uno al otro.*

Con posesión, él se adueñaba de cada gemido que le arrancaba a su mujer, haciéndola sentir dichosa bajo el candente tacto que adoraba cada parte de ella. Aun las pequeñas curvas que dejó el embarazo se le hacían de lo más sensuales y se lo hizo saber con esa manía suya de probar cada fragmento de su cuerpo. Le encantaba sentir cómo Ashanti se retorcía con el deseo a flor de piel sufriendo en su centro la abrasadora agonía que le provocaba su lengua.

—¡Will!, no voy a soportar —gimió embriagada de pasión liberando esa presión que flagelaba su sexo mientras su esposo bebía su placer cual manantial divino.

—Tiene que, señora Lancaster, porque pienso hacerle el amor toda la vida si es necesario —dijo con la voz ronca por la excitación al posicionarla a horcajadas sobre él.

Tenerla así, admirando su cuerpo desnudo, la hacía ver como si fuese una Diosa, por lo que la tomó de las caderas y se adentró de una estocada en esa calidez que lo enloquecía. Ashanti disfrutaba de su hombría en su interior llenándola por completo y como si fuese una amazona lo montó sin recato. Sin perder la conexión con esos ojos negros que ardían como un volcán se deleitaba en su unión proporcionándole el más exquisito placer a ese hombre que la devoraba cual manjar. Eran uno solo de nuevo y lo serían siempre.

En medio de tan sensual y ardiente danza, por horas los esposos experimentaron el paraíso en la tierra hasta que sus cuerpos quedaron laxos en esa habitación. Abrazados se perdían en sus miradas que expresaban la dicha de dos seres que se amaban por sobre todo. Con ese amor que rompía barreras forjaban el camino de una vida lejos del dolor de antaño, haciéndose juramentos impregnados de amor y entrega.

—Juró que te amaré hasta que la muerte me impida hacerlo —dijo William como si renovase sus votos en esta nueva oportunidad que el destino les regalaba. Una en donde se amarían con libertad y sin temor, pues nadie los separaría.

—Y yo te buscaré en el más allá cuando esta llegue. Vayas a donde vayas siempre te encontraré pues nuestro amor perdurará más allá de la muerte —prometió Ashanti con fervor como si fuese una verdad inquebrantable y besó a su esposo sellando ese pacto.

Unos dirán que eso es imposible, otros que solo con un hechizo se

lograría. Pero yo prefiero pensar que aun en otras vidas, sus almas se reencontrarán mil veces de ser necesario. Siempre buscando amarse aunque para ello tengan que romper las cadenas de cualquier yugo que les impida la felicidad.

Sobre el autor.

A. Monrow nació el 7 de febrero del 85 en México D.F, aunque actualmente reside en Querétaro de Arteaga. Ella es la mayor de 3 hermanos y gozó de una hermosa infancia en compañía de sus padres y hermanos.

Desde niña fue muy soñadora y demostró tener inclinaciones a las artes destacando en canto, danza, música y dibujo. Para ella la lectura comenzó como un escape de la realidad hacia mundos utópicos, siendo este el detonante para enamorarse de la literatura. Sin embargo, no fue hasta sus diecisiete años que empezó a inclinarse por la escritura componiendo poemas que le dedicaba a su novio en la universidad, el cual es su esposo en la actualidad.

A.Monrow estudió la carrera de ingeniería industrial y la concluyó satisfactoriamente sin despegarse de su pasión por las artes: *mejorando sus técnicas de canto, dibujo y escritura con algunos relatos cortos y poemas inéditos.* En un largo proceso de preparación debido a su perfeccionismo en las cosas que le apasionan, a sus 29 años se dedicó de lleno a la escritura y publicó su primera bilogía: ***"Amar, Morir y Renacer: Luchando con los demonios" y "Renacer, Sobrevivir y Trascender: El peso de la sangre"***, ambos libros de venta en Amazon.

rxe.me/DF5GXC

rxe.me/LQMC1R

"Amor entre cadenas" es su primera novela histórica. Al ser su primer proyecto de este género dedicó un año en documentarse en la época esclavista americana con el fin de dar más realismo al contenido. Creando así esta historia cargada de sentimientos, realidades dolorosas y un amor que florece entre las espinas de la esclavitud.

En la actualidad está escribiendo un *spinof* de la bilogía "Amar, Morir y Renacer" llamado "***Sucumbir: Derecho de sangre"*** donde por fin se sabrá más sobre la vida de Frederick y sus amores, esperando les guste tanto como la bilogía anterior. Aunado a eso sigue documentándose para su próximo proyecto de nombre: "***Silencio entre partituras***", una novela de romance y superación personal que tocará el tema de la violencia de género, pero desde el enfoque masculino. La autora considera que es un tema que no se ha explotado ya que por lo general las protagonistas que son maltratadas son mujeres y quiere

probar este nuevo giro en su historial literario, esperando sea del agrado de sus lectores.

Agradecimientos.

Primero que nada te agradezco a ti lector por haber elegido esta historia, espero que la hayas disfrutado y que entre sus líneas te hayas trasportado a esa época llena de injusticias y vivido el amor de William y Ashanti. Gracias por leer mi primer libro en este género y darle la oportunidad de inundar tus sentidos con su crudeza y la sensibilidad de sus personajes.

Agradezco a mis hijas y esposo que comprenden a esta loca enamorada de las letras dándome mi espacio para poder crear historias y mundos que no verían la luz si no me apoyaran. Gracias por darme su opinión y consejos durante todo el tiempo que dediqué para escribir esta obra.

Gracias a Lisdey Sánchez, Maritza García, Sonia e Isabel: *mis lectoras cero*. Por sus consejos y su gran habilidad para encontrar detalles en el manuscrito, por su pasión por la lectura y su paciencia con esta obsesiva por el orden y las ansias de sabes sus opiniones. Son un amor y estoy feliz de haberlas conocido y ser su amiga.

Gracias a mis queridas amigas y hermanas de letras: *Nina Wattson, Jane Mackena*. Su apoyo moral y en las redes sociales, junto con sus consejos siempre tan oportunos me ayudaron a impulsarme en el camino tan difícil que se recorre en este mundillo literario. Pero sobre todo, gracias por su amistad incondicional y desinteresada, porque la distancia no ha sido motivo para que dejemos de estar unidas, las amo con todo mi corazón.

Agradezco al club de lectura: "***Apasionadas literarias***". que con sus likes y comentarios me impulsaron a seguir con este sueño y no desistir jamás. Por dar una oportunidad a los autores Indies, sus dinámicas tan innovadoras, toda la interacción con los lectores y por esas reseñas tan completas, precisas en sus críticas y consejos muy útiles para los autores.

Gracias a "**Ediciones AL**", por su excelente trabajo en cuanto a maquetación, boocktrailer, corrección y por esa portada de infarto que me han hecho para publicar esta historia para el concurso Amazon 2020: *su diseñadora Leydy García es súper talentosa*. Por su profesionalismo y calidad en sus servicios en cuanto a publicidad y lanzamientos de libros. Es un honor trabajar con ustedes.

[1] Apelativo ofensivo y denigrante que se usaba para referirse al pueblo africano. En la actualidad ha perdido esa característica ofensiva y se refiere a personas que habitan principalmente en Malí, Guinea y Senegal.

[2] Tocado o pañuelo anudado en la cabeza en forma de un turbante usado por las esclavas para designar su estatus inferior. Este hábito resulta de las leyes suntuarias promulgadas en 1785, que exigían a las mujeres negras usar el tignon con el fin de disminuir su creciente atractivo que encandilaba a los hombres blancos. Estas leyes fueron hechas en nombre de las mujeres blancas que sentían que las esclavas eran una tentación para los hombres blancos.

[3] Durante el período de esclavitud en América, los esclavos usaban esta simbología saltando una escoba para celebrar sus propias uniones, ya que el matrimonio entre esclavos no fue reconocido legalmente hasta el fin de la Guerra Civil Americana.

[4]Adjetivo coloqial de México, [animal, persona] Que es terco o rebelde.

[5] Hacer algo por uno mismo.

[6] Amenaza usada para dar a entender que el sufrimiento que se avecina va a ser de tal magnitud que solo clamando a Dios por un milagro podrías salvarte.

[7] Caricia dada con especial aprecio o cariño y sin denotación sexual.

[8] COLOQUIAL•AMÉRICA CENTRAL: Situación en la que hay falta de orden y confusión. Atrevimiento desmedido al hablar o actuar.

[9]Coloquialismo latino que significa darle puñetazos a alguien hasta el cansancio, sin recurrir a armas, bofetadas, patadas u otro tipo de agresión.

[10]Cosa que se repite con una insistencia tal que resulta molesta e inoportuna, especialmente un sonido o lo dicho por alguien. También hace alusión a continuas rabietas.

[11] Edificio o cabaña de una o pocas plantas con un jardín pequeño. Está destinado a modo de vivienda de reposo aislada en un lugar específico de la propiedad general.

[12] Mexicanismo: Acto de humillar a una persona.

[13] Que no se tendrá piedad, ni clemencia para con los demás ya sea en una decisión o acto.

[14] Pretextos o distraer la atención de alguien sobre un asunto con la intención de que se retrase su resolución.

[15] Faltar el debido respeto o reverecia a alguna persona o ley.

[16] Repelar, en México, significa discutir o llevar la contra en algo.

[17] Adjetivo, Honduras: Persona que está enfurecida, cabreada, enfadada, molesta.